

N.º 1011  
JOSE LUIS ESTRADA  
MALAGA



I. 14. 026

E/2287

# LECCIONES



DE

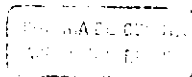
**ELOCUENCIA EN GENERAL, DE ELOCUENCIA FORENSE, DE ELOCUENCIA  
PARLAMENTARIA Y DE IMPROVISACION.**

ESCRITAS POR

**DOÑ JOAQUIN MARIA LOPEZ.**

**ABOGADO DEL ILUSTRE COLEGIO DE MADRID.**

—  
—  
**TOMO PRIMERO.**  
—  
—



**MADRID: 1849.**

—  
Imprenta que fué de la Sociedad de Operarios, ahora de D. M. Gabeiras,  
calle del Factor, número 9.

Esta obra es propiedad del autor, y se perseguirá como furtivo todo  
ejemplar que no lleve la siguiente contraseña.



**NOTA.**

Estas lecciones fueron empezadas á explicar en el establecimiento científico titulado el Porvenir. Cerrado aquel cuando solo iban pronunciadas tres lecciones, el autor ha continuado el trabajo que ofrece hoy al público.

## LECCION PRIMERA.

---

De la elocuencia.—De su índole y destino.—De las reglas.—Elocuencia del silencio.—De accion independiente de la palabra.—Diferencia entre ser orador y ser elocuente.—Del calor, el patético.—Y el abandono en el discurso.

**G**RANDE ES, señores, ó por mejor decir inmenso el poder de la elocuencia. Ella se dirige á la razon para persuadirla, al corazon para moverlo, y á la imaginacion para exaltarla. Cuando los antiguos Galos representaban un Hércules armado de cuyas manos pendian unas cadenas de oro que iban á parar á los oidos de los que le rodeaban, querian significar por medio de este ingenioso emblema el irresistible ascendiente del talento de la palabra. Pero aun iba mas allá la alegoria: las cadenas estaban flojas; y esto daba á conocer desde luego que el poder del orador no descansa en la fuerza, sino en la mágia de la espresion y del pensamiento que cautiva y arrastra las almas y los corazones.



Y en efecto , señores : la palabra ; ese lazo de amor , esa melodía del alma es para el hombre , como ha dicho muy bien un célebre escritor , un manantial inagotable , una fuente perenne de inspiracion , de entusiasmo y de gloria . Mas ¿quién podrá comprender , añade , esa actividad interior , por la cual hacemos de un instrumento tan grosero , de una fuerza tan indocil , un instrumento tan armonioso , una fuerza tan magnífica ? ¿Quién podrá penetrar en los misterios de esa fermentacion , que hace que en un momento dado , momento solemne en la vida de la inteligencia , la llama escape del espeso humo , y el fuego sagrado que dormía bajo la ceniza se reanime , se inflame y se remonte al cielo ?

Y sin embargo , señores , tal es el destino y el poder de la elocuencia ; de la elocuencia , que es la poesía de la palabra ; que es un arma destinada solo para la conquista ; que es un Numen que habla por la boca de un mortal inspirado para imponer silencio á las malas pasiones y á los bastardos intereses , y consagrarse solo á la defensa de la verdad , de la razon , de la humanidad , de la justicia , de las leyes y de la religion .

Y hé aquí el momento de defender á la elocuencia de las injustas acusaciones que le dirigen algunos filósofos y otros austeros moralistas . Ellos han mirado en la oratoria un peligro , y la han condenado como tal . Han creído que el orador solo se propone seducir á los que le escuchan , dándoles á beber un breverage que turbe su razon . No es esto absolutamente exacto , no ; el orador que presta sus servicios á una mala causa , prostituye las dotes brillantes de que le ha colmado el cielo . Lo primero , es estar penetrados de la verdad y justicia de la causa que se defiende . Sin esto , el orador no es

orador : será á lo mas un ingenioso retórico , ó un detestable sofista. Verdad es que la elocuencia escita las pasiones y de ellas saca partido; pero es y debe ser siempre un partido razonable, conforme á las leyes severas de la moral. Toma á los hombres como son, y aprovecha los medios que su naturaleza le ofrece para conducirlos al bien. Con este solo objeto debe lidiar el orador, y lidiar sin descanso. Sócrates no quiso defenderse cuando vió que su virtud no bastaba á imponer silencio á la calumnia. No imitemos nosotros en esta parte su ejemplo. La elocuencia tiene una mision sublime que llenar sobre la tierra, y nunca debe enmudecer á la vista del peligro, ni por el despecho, ni por las dificultades, ni por ninguna otra consideracion, interesada ó medrosa.

La elocuencia tiene dos caracteres diferentes, ó mas bien, opuestos; la calma y la impetuosidad; y bajo este punto de vista podemos compararla al mar. El mar en las horas inefables de serenidad y de calma suspira dulcemente como un niño; parece dormido sobre el lecho de sus arenas; su superficie refleja como un espejo los astros todos del firmamento, y se ostenta limpia y tersa como la hoja de un sable. Mas á seguida braman los Aquilones, se revuelven las aguas, se amontonan las olas, escupen sus espumas á las nubes como si quisieran con ellas apagar el rayo que lanzan, y en aquellos momentos la vista de este espectáculo imponente, inspira al mortal que lo contempla profundos y variados sentimientos de terror, de espanto y de sorpresa indefinibles. Asi la elocuencia es dulce, tranquila y armoniosa cuando representa objetos agradables; es el arpa melodiosa que halaga nuestro oido para domi-

nar dulcemente nuestro corazon; corre pura y limpida como las horas fugitivas de la infancia en que el hombre vive solo en sí mismo, y vive en sus mas bellas ilusiones y en sus mas encantados sueños. Pero llega el momento solemne en que el orador se agita en las tempestades del pensamiento; y entonces es un océano sin riberas, es un torrente desbordado, es un atleta formidable é invencible, es un hombre ó por mejor decir un semi-Dios, que por medio de grandes imágenes produce en nosotros grandes emociones, que se hace dueño de nuestra sensibilidad, de nuestra cabeza, de nuestro corazon, y que se apodera de nuestro ser por asalto y sin dejarnos lugar alguno á la duda ni á la resistencia.

¿Mas por qué fatalidad los hombres que mas han sobresalido en la elocuencia, no nos han dejado por lo comun reglas ó preceptos que nos pudiesen servir de guía para imitarlos? Sea que el talento del escritor y del orador se escluyen frecuentemente; sea que estas lumbreras de la ciencia, elevados á tan grande altura no hayan querido volver los ojos para ver los caminos ásperos y difíciles que recorrieron con tanto trabajo; sea que ocupados esclusivamente en sobresalir para reducir á la oscuridad á sus rivales, hayan preferido mercerse en las elevadas regiones de la imaginacion y del entusiasmo á descender á la improba tarea de marcar todos sus pasos y la huella que dejaron en su vuelo rápido y atrevido, ello es lo cierto que han preferido trepar la senda á allanarla, que han querido mas bien levantar el edificio, que alumbrar su entrada. Nosotros procuraremos alumbrar esta entrada por medio de reglas y preceptos, confiados en que vendrán despues

otros mas felices que lleven la luz hasta las últimas bóvedas de ese templo de gloria y de inmortalidad.

Mas al hablar de reglas , naturalmente se ofrece al espíritu de indagacion una cuestion importante ¿Es la elocuencia un don natural que el cielo concede á unos y niega á otros segun le place , ó es por el contrario una ventaja que puede conquistarse y adquirirse por el arte y por el estudio? Ciertamente se necesitan disposiciones naturales , y el que no las tenga despues de trabajar mucho , tendrá que concluir con aquello de *sudet multum frustra que laboret*: el que no tenga genio es inútil que quiera robar el fuego cual Prometeo : podrá alguna vez remontarse , pero no será mas que para ofrecer el triste espectáculo de una lastimosa caída. Mas sin embargo , es seguro que el arte y el estudio desarrollan aquellas disposiciones y algunas veces hasta las hacen germinar , de lo cual es buen ejemplo Demóstenes , que ya estaba decidido á renunciar á sus tentativas oratorias en vista de la desgracia de sus primeros ensayos , cuando un célebre actor amigo suyo , tomó á su cargo dirigir sus trabajos , con lo cual vino á ser el padre y el príncipe de la elocuencia de los siglos.

Mas no nos engañemos no obstante acerca del valor y utilidad de las reglas. Ellas tienen , es verdad , la ventaja de mostrar los medios que la esperiencia y la observacion han demostrado ser los mejores ; pero tambien tienen la desventaja de dar esterilidad y servilismo al espíritu , y de ofrecerle no pocas veces el error como si fuese una verdad acreditada. Por otra parte no todas las reglas pueden mirarse como invariables , y asi antes era una muy respetada que el poema épico no podia escribirse sino en verso , y despues hemos visto y admira-

do el Telémaco de Fenelon puesto en prosa. Sobre todo: el genio cuando despliega sus anchas alas no quiere cárceles ni ligaduras que lo aprisionen ó impidan al menos su vuelo variado y atrevido. No admite ni compás ni nivel; él es su propio regulador y su propia guía. Las reglas, pues, solo deben servir de puntos de vista para no estraviarse en la larga carrera que se tiene que recorrer. Son como los pilares que están en los lados de los caminos, que dicen al viajero que no ha perdido la direccion; pero que no embarazan en manera alguna la velocidad de su marcha. ¡Desgraciado el orador que al elevarse á las regiones del pensamiento, no aparte nunca su vista del materialismo de las reglas! El niño á quien se lleve siempre de la mano ciertamente no andará mucho.

El destino de la elocuencia es inmortal, porque el destino tambien inmortal de las naciones, la defiende y protege. En el desenvolvimiento actual de las sociedades, en esa liza siempre abierta al talento y á la palabra, en ese combate siempre vivo de la tribuna, querer desterrar de las discusiones á la elocuencia, seria tanto como querer robar al mundo el sol que lo calienta y vivifica. La elocuencia por lo tanto no puede perecer; y de ella debe decirse lo que Doña Gertrudis Avellaneda ha dicho de la Poesia, en su canto al Genio:

Que la palabra que lanzó el poeta  
A la ley de morir no está sujeta.

Mas la elocuencia es doblemente inmortal, por la mision protectora que le está encomendada sobre la suerte de los pueblos y que ha llenado siempre dignamente en la historia. Mientras se dejó oír la poderosa voz de Demóstenes, Atenas se salvó. Ciceron habla, y

Catilina vé destruirse todos sus proyectos. Solo cuando degeneró la elocuencia, se hundió Roma con sus brillantes destinos.

Pero si la elocuencia es inmortal, los oradores mueren pronto; porque una vida tan agitada y llena de inspiracion no puede ser duradera. Ciertamente el orador no habla como la Pítonisa con sonidos inarticulados y confusos, arrancados en medio de las convulsiones y del dolor: mas como se remonta á tan elevadas regiones, suele parodiar la fábula de Icaro; el fuego lo abrasa y lo lanza en los mares de la eternidad. La llama que lo anima, tambien lo devora y lo consume. Craso, el primer orador romano, murió despues de haber pronunciado un elocuente y fatigoso discurso, de resultas de una fiebre que le produjo y que solo le dejó siete dias de vida. Mirabeau, fué tambien aniquilado y muerto por la tribuna. Danton, Camile Demoullins y otros oradores del tiempo de la revolucion francesa, espiraron en el cadalso, víctimas de la persecucion política. Los partidos en la embriaguez de su triunfo, no podian sufrir la independendencia ni el combate rudo de la palabra. Tal fué la suerte de los Girondinos.

Hechas estas generales observaciones, entremos ya en el terreno de las reglas. No se crea que solo hay elocuencia en la palabra: la hay tambien á las veces en el silencio y la inmovilidad. Hay sentimientos que el hombre no puede explicar; porque asi como la música tiene sonidos tan agudos que no alcanza ninguna voz cantante, asi tambien existen afectos que la imaginacion comprende, que el corazon los mide por sus latidos, pero que las lenguas no encuentran pala-

bras para espesarlos. Ved aqui un pasage del anciano y virtuoso Flavio. Precisado á ir á Roma á implorar al Emperador en favor de los habitantes de Antioquia contra los cuales estaba muy irritado, llega al palacio, descubre al soberano, y en vez de dirigirle una palabra suplicatoria, se arrodilla, inclina su venerable cabeza sobre el pecho, permanece inmovil y silencioso, y riega la tierra con sus lágrimas. El Emperador le vé; se halla conmovido por la presencia y por el aspecto de aquel hombre á quien todos respetaban, se llega á él, lo levanta, y le manda que hable. ¿Para qué necesitaba hablar si ya tenia mudamente concedido el perdon que venia á implorar?; qué exordio tan elocuente, ! ¿qué oracion por mas sentida que fuese, hubiera podido igualarle?

Los trágicos griegos que tan bien poseian el secreto de producir vivas y grandes emociones, han puesto en sus obras frecuentemente en juego este medio. En una tragedia de Eurípides, Hércules á quien una Diosa enemiga habia turbado la razon, en uno de sus accesos, mata á sus hijos. Recobra despues el juicio, conoce su error y su desgracia, vé la sangre de que están bañadas sus manos; y sin pronunciar una palabra, sin exalar una queja, se cubre la cabeza y se arroja desesperado al suelo, donde permanece inmovil y en silencio en medio de los inútiles consuelos que quieren prodigarle sus amigos. ¿Qué discurso por vehemente que fuese, hubiera podido penetrar como este triste cuadro de horror y de desesperacion?

Pero hay tambien otra clase de elocuencia que consiste en la accion, independientemente de la palabra. Un guerrero es acusado de un delito que no se aviene

con la elevacion del alma ni con el valor que la acompaña. Hace su defensa; la esfuerza; pero en medio de su peroracion, calla; rompe sus vestidos, y muestra un pecho lleno de cicatrices de otras tantas heridas recibidas en defensa de la patria. ¿Qué figura oratoria, qué imágen por feliz y atrevida que fuese, hubiera podido ganar en tan alto grado la conviccion y el corazon de los jueces? La vista del puñal de Lucrecia y de las ropas ensangrentadas de Cesar, contribuyeron mas á mudar los destinos de Roma, que todos los discursos que hubieran podido pronunciarse sobre los tristes sucesos á que se referian aquellos recuerdos mudos.

Pero no se crea que la elocuencia es el patrimonio esclusivo del orador. Puede tenerla el hombre rudo é inculto, y hasta el salvaje. Un general musulman muere en la batalla, y sus soldados que todo lo esperaban de su valor y de su brazo, desalentados por esta desgracia principian á huir, cuando un capitan les grita: ¿Cobardes, dónde huis? Se os dice que Derar ha muerto: mas qué importa? Dios vive y nos mira: marchemos: Ved aqui un rasgo elocuente, y sin embargo, aquel capitan no era orador.

Oigamos ahora las sencillas pero arrebatadoras palabras de un marinero, que hicieron que la Inglaterra declarase la guerra á España. Cuando los españoles (dijo) despues de haberme mutilado me condenaron á muerte, encomendé mi alma á Dios, y mi venganza á mi patria.

Hemos dicho que hasta en los salvajes pueden encontrarse rasgos elocuentes: y esto nos recuerda la respuesta que dió una tribu á los misioneros que las querian obligar á alejarse del territorio en que se hallaba establecida. «Nosotros hemos nacido en esta tierra (dijeron): en ella



reposan los huesos de nuestros padres. ¿Diremos á los huesos de nuestros padres, levantaos y venid con nosotros á buscar una tierra estrangera? Todos estos pasages son á la verdad elocuentes; y sin embargo no eran oradores las personas que los pronunciaron; porque hay una diferencia inmensa entre ser elocuente y ser orador. Para lo primero basta á las veces estar conmovido, sentir con viveza y saberse espresar con facilidad; mas para lo segundo es necesario poseer un gran caudal de conocimientos por lo cual nos dice Ciceron, que *in omnibus disciplinis et artibus debet esse instructus orator*; es necesario conocer todas las reglas, los resortes del corazon humano, sus pasiones y el modo de herirlas; es necesario en una palabra, poder seguir todas las ondulaciones del pensamiento é inspirar á los demas las ideas y los sentimientos de que nosotros nos hallamos poseidos. No debemos, pues, mirar como orador, ni dar el nombre de tal, sino al que posea el secreto de producir los afectos y variarlos de tal manera en sus oyentes, que le convenga la pintura que Driden hace en su oda titulada El Festin de Alejandro, del ascendiente que el cantor Timoteo ejercia con su voz y con su lira, en el ánimo de aquel príncipe.

El Macedon celebraba un convite á que asistian todos sus guerreros y sentada á su lado estaba la bella y amable Tabis. Descollaba el músico en medio de la concurrencia, y empieza por cantar el poder de Júpiter. Alejandro se posee de tal modo, que se cree ser el padre de los Dioses; revela en sus miradas y ademanes la conviccion de su omnipotencia, y mueve su cabellera como nos dice Homero en la Iliada, que la movia el dueño del Olimpo.

Canta despues Timoteo las glorias de Baco, y Alejandro ébrio de entusiasmo, cree en sus trasportos tener delante las huestes enemigas; echa mano á la espada y se arroja ciego á romperlas.

Quiere despues Timoteo, traer al héroe á la compasion, y hace vibrar un sonido melancólico que representa la suerte de Dario y de su infortunada familia. Alejandro abre su pecho á la lástima y á la piedad, y oculta su rostro anegado en llanto.

Invoca Timoteo con su lira al Dios de los amores, y el Macedon extasiado busca los ojos de la hermosa Tahis, la mira, suspira, y va á imprimir en sus labios el beso dulce de una pasion embriagadora.

Resuena de nuevo un sonido guerrero, y Alejandro respirando solo muerte y destruccion, se levanta, toma una hacha encendida, y guiado por la seductora Tahis pene fuego al palacio. He aqui el poder sobrehumano que Driden concede á la música y que yo deseo en el orador. Sí, señores, porque el orador siguiendo los rumbos del pensamiento y plegándose á todos los tonos; en tanto debe ser el trueno que rasga las nubes y la tempestad que amenaza tragarse la tierra, y en tanto la mañana serena y apacible, vestida de flores y arrullada por las auras; en tanto el mar embravecido que azota las playas con el sacudimiento de sus olas, y en tanto el manso arroyuelo que alegra la pradera con su frescura y con su blando murmullo; en tanto el leon que asusta el desierto con su espantoso rugido, y en tanto la tórtola que gime dulcemente en el bosque, ó el ruiseñor que encanta los jardines con su melodía; en tanto la trompeta terrible que ha de sonar al fin del mundo para hacerlo despertar de su letargo, y en tanto el suave

laud que suspira solo amores en las manos del Trobador.

Pero para que el discurso produzca este efecto mágico; para que hiera como una conmocion eléctrica, es necesario que una de sus principales cualidades, sea el calor en los sentimientos. Para adquirirlo hay un medio y una regla. El medio está reducido á penetrarnos y poseernos bien del asunto; la regla á huir todo lo que sea ingenioso, sutil y espiritual. De aquí una consecuencia; que el pueblo es el mejor juez respecto á lo que conmueve; porque cediendo siempre á pasiones generosas, ageno al frio cálculo, á las cábalas, y las miserias que pervierten la razon y hasta el sentimiento, tiene viva la fuente de todo lo que es grande, y encuentra eco en su corazon todo lo que es noble y sublime. D' Alambert, ha dicho: La elocuencia que no es para el mayor número, no es elocuencia. Y Maury ha añadido: el pueblo, el pueblo, he aquí el mejor árbitro de vuestros trabajos oratorios. El pueblo quiere oír cosas que esciten, que conmuevan, que arrebaten; no presenciari una parada de ingenio: El que va á pelear, necesita armas y no adornos. Sencillez y energía; ved aquí todo el secreto para el calor que conmueve y exalta.

Este calor, sin embargo, ha de estar en la indole é importancia del asunto, y no en la exageracion. Cuando los sentimientos ó las ideas se exageran, degeneran en estravagancia. El delirio no es el entusiasmo. Por esto se ha dicho sin duda que del sublime al ridiculo no hay mas que un paso.

El calor llevado al mas alto grado constituye el patético, y en estos momentos solemnes, es circunstancia

precisa del discurso, el abandono. Las imágenes deben herir con fuerza; las figuras de pensamiento deben ser atrevidas y penetrantes; el language cortante y acerado como la espada de Alejandro; en una palabra; no debe ser el orador el que hable, sino su corazón. Entonces no hay que buscar las frases ni los conceptos; ellos se ofrecerán espontáneamente; no hay que consultar las reglas del arte; el sentimiento sabe mas que ellas; no hay que ir á caza de adornos pueriles; la grandilocuencia los desecha en estos arranques de fuego y de pasión. El orador pelea desnudo, pero fuerte é invencible, dice sin pensarlo y sin saberlo siquiera lo que nunca podría inventar el ingenio, y S. Agustín lo compara al guerrero que en medio del combate hiere á una parte y á otra con armas preciosas de oro y pedrería, sin reparar en su valor. Para producir este mágico efecto, es necesario que la cabeza no domine sobre el corazón: cuando sucede lo contrario se mostrará espíritu, pero no se producirá emoción. El discurso podrá elogiarse, pero no hará sentir.

Para hacer sentir es necesario principalmente que nosotros estemos poseídos del sentimiento que queremos comunicar. Por eso ha dicho Horacio en su epístola á los pisonés:—*Si vis me flere, dolendum est primum ipse tibi: tunc tua me infortunia lædent.*

Esta regla sin embargo, por mas general que sea, por mas fundada que se halle en la naturaleza, no deja de tener alguna excepción. Hay ocasiones en que la calma y aparente insensibilidad del orador produce una impresión y un efecto poderoso en el auditorio. Sócrates escucha su sentencia de muerte, y sin mostrar ni sorpresa ni dolor, dice con una impassibilidad admirable:

Jueces : vosotros me habeis condenado : Yo ya lo esperaba , y os lo perdono : solo me admira que hayan votado tantos por mi absolucion . Atenienses : acabais de dar un motivo poderoso á los que os quieren desacreditar . Se os acusará de haber hecho morir á Sócrates , de quien se dirá que era un sábio ; porque para mas vituperaros , se me dará este nombre que no merezco : En lugar de que si hubiéseis esperado un poco tiempo , yo hubiera muerto sin que Atenas se deshonrase . Mirad mi edad ; apenas si se sostiene mi vida , y toco ya el umbral del sepulcro . Pero ya es tiempo de que marchemos yo á morir , y vosotros á vivir . ¿De estas dos cosas cuál es la mejor ? Los dioses lo saben , pero los hombres lo ignoran .

Esta tranquila arenga penetró todos los corazones : mas nótese que en tales circunstancias , no es lo mismo hablar en nombre de otro , que por sí mismo . Tales palabras pronunciadas por una persona estraña en favor del acusado , no hubieran hecho la misma impresion . Entonces hubieran parecido frias é insulsas .—Respondamos para concluir á una observacion que no pocos hacen contra la elocuencia . Su historia , nos dicen , está identificada con la de los grandes crímenes . Solo en épocas de revueltas , de escesos , de agitacion y de sangre han aparecido los grandes oradores . Esto es , señores , tomar el efecto por la causa . No ha habido conmociones y males porque haya habido oradores . Ha habido , sí , oradores , porque les han precedido aquellas circunstancias , y por ellas y por su influjo se ha desarrollado el talento de la palabra , para vindicar los derechos de los pueblos amenazados ó escarnecidos , ó para defender los fueros de la razon y de la justicia ,

atropellados indignamente. No ha producido la elocuencia el mal; ha sido, sí, su remedio.

En otra lección presentaremos la historia de la elocuencia, y trataremos de las cualidades del orador.

Gorgias.

Droz.





## LECCION II.

---

Historia de la elocuencia.—Cualidades y estudios del orador.—Madrid 23 de febrero de 1848.

**L**A elocuencia, señores, es hija de la poesía. Aun no habia oradores, cuando ya el divino Homero habia cantado su Iliada inmortal. Pero si bien es cierto que la poesía engendró á la elocuencia, no lo es menos que esta procuró bien pronto conquistar, y conquistó en efecto su imperio aparte.

Protegida y fecundada por la libertad, apareció en Atenas. Aquel debia ser su mejor teatro; porque la elocuencia, principalmente la política, solo puede desarrollarse con todas sus ventajas en los estados democráticos, en que la discusion está siempre viva y animada, y en que el talento de la palabra es á la vez el camino y el instrumento de engrandecimiento y de gloria.

Ya habian sobresalido como oradores, Pisistrato, Alcibiades y otros; pero todavia no se conocia una



escuela que enseñase este arte de encantos y de poder. Gorgias fue el primero que instaló una enseñanza de él y lo poseyeron de una manera admirable Pericles Focion, Demades y Demóstenes. Pericles, que por su facundia conservó siempre vivo su ascendiente sobre el pueblo mas vario y mas inconstante del mundo: Focion, de quien se decia que era el acha de los discursos mas acabados: Demades, á quien todo el pueblo de Grecia rodeaba extasiado, pendiente de su palabra que corria como un torrente: Demóstenes por último, que era el espanto y terror de Filipo y de sus legiones, y que resucitó la verdadera elocuencia vigorosa y enérgica, á despecho de los retóricos y los declamadores que la habian desvirtuado y prostituido.

Mas de la observacion de que la elocuencia ha nacido de la poesía, se infiere una reflexion importante, á saber; que en la poesía es donde principalmente debe estudiarse la elocuencia. Con efecto: En aquella es donde mejor se encuentra la grandi-elocuencia: el vigor de los pensamientos; la propiedad de las imágenes, la fuente del entusiasmo, los vuelos de la imaginacion y el modo de seguirla en todas sus ondulaciones y giros. El apólogo nos presenta el modelo de la sencillez y brevedad; la poesía bucólica de la dulzura y de la armonía; la poesía dramática nos ensena la senda del corazon y el secreto de interesarlo y conmoverlo; la poesía lírica es el germen de la inspiracion, y la épica es el cuadro de la elevacion y magnificencia de las ideas y de los afectos. Recorriendo en esta arpa misteriosa todos los tonos desde el mas grave hasta el mas agudo, en tanto descansa y reposa el alma gozando á la vista

de perspectivas encantadoras, en tanto suspira conmovida cuando el orador vibra un sonido melancólico y lastimero, en tanto se exalta y arrebatada, cuando la palabra es la voz del huracán y el rayo de las venganzas.

Mas ¿cuál es el carácter de la elocuencia griega? De notar es ante todo, que la filosofía que parecía abrazarla, no era en realidad sino una viva y continua protesta contra ella. La reforma intentada por los filósofos no podía menos de mirar como enemiga la dominación ejercida por los oradores. En cuanto al carácter de aquella elocuencia, todos sabemos que el espíritu de los griegos era esencialmente dialéctico y sutil, y por consiguiente su elocuencia era la elegancia, el gusto, el refinamiento acompañados de la fuerza y energía. Nada había tan delicado como el oído del auditorio de Atenas. Ningun orador se hubiera permitido usar una palabra dura ó inusitada; y el mas grande de todos ellos se escusó una vez por haber faltado á lo que se llamaba la elegancia antigua, diciendo que la suerte de toda la Grecia no podía depender de un giro oratorio. Pericles (1), segun nos dice Plutarco, no iba jamás á la plaza pública sin haber hecho reiteradas oraciones á los Dioses, en que les pedia la gracia de no decir ni una sola palabra que no fuera conveniente: Y Foción permanecía largo rato silencioso al pie de la tribuna, pensando el modo de espresar sus ideas con pocas palabras para no esponerse al riesgo de cometer alguna falta, y para que su discurso fuese mas vigoroso y mas vehemente. Hé aquí el carácter de aquella elocuencia: La corrección, la fuerza y la energía.

De Grecia vino la elocuencia á Roma. Su constitucion

(1) Villemain.

política, su senado, su foro, todo contribuía grandemente á su desarrollo. La palabra fué bien pronto en Roma un arma tan poderosa y temible como la espada: y cuando aquel pueblo señor del mundo, sacio de conquistas, cerró el templo de la guerra, concedió á la elocuencia tantos laureles, tantas palmas y tantos honores, como antes habia concedido á las victorias. (1) La elocuencia en Roma tenia ademas mas basto teatro, pues en Grecia puede decirse que estaba solo reducida á los muros de Atenas. Mas ¿cuál es el carácter de la elocuencia Romana? La pompa, la magestad y la armonía; como puede verse en Ciceron. Podemos, pues, comparar la elocuencia latina á un doncel delicado y hermoso que se atavia con todas sus galas para asistir á un festin en que se propone agradar, y á la elocuencia griega al formidable atleta que se presenta á luchar desnudo, para que sus movimientos sean mas libres, y sus golpes mas certeros y contundentes.

Pero la elocuencia política acabó en Roma en tiempo de los emperadores. La elocuencia que desde entonces se conoció, fué una elocuencia de lisonja y servidumbre que abria la puerta al engrandecimiento y fortuna. *Lucrosam et sanguinolentam elocuentiam*, que dice Tácito. No era ya la espada aterradora que defendia los derechos del pueblo; era el incienso que se derramaba al rededor del poder: y aquella elocuencia á que yo no daré este nombre, porque solo lo merece la que tiene por base la independencía y la virtud por inspiracion, no podia producir nada que fuese grande y duradero.

Vengamos á la tercera época de la elocuencia, que es la del cristianismo. Desde las montañas de Judea habia venido la elocuencia á Roma, á prolongar la

(1) Gorgias.

lamentable agonía del imperio. Los hombres que no tenían ni patria ni derechos políticos que defender, dirigieron todos sus pensamientos al cielo; y su elocuencia era grande, poderosa, inmensa, porque su inspiración era divina. Los Crisóstomos, los Agustinos, Jesucristo mismo, no eran oradores preparados; pero tenían fé, tenían convicción, tenían caridad, y su palabra cundía y arrebatada. *Currit verbum*, dice San Pablo. Y corría velozmente, porque tenía unción. Hé aquí el carácter de la elocuencia del cristianismo. Su alma era la tristeza y la abnegación como la de la filosofía Alejandrina, mas así hería los corazones, y les llevaba hasta el entusiasmo. (1)

La Italia de la edad media, si bien tan favorable á la poesía, nada produjo grande y digno respecto á la elocuencia. El senado de Venecia discutía en el misterio, y en Florencia eran tan frecuentes y rápidas las proscripciones, que muchas veces los oradores no tenían tiempo ni aun para concluir sus arengas. Aquella Italia carcomida y degenerada, no conocía ni podía conocer entonces la elocuencia política, á pesar de tener tantas instituciones democráticas.

Para encontrar esta elocuencia, fuerza es cruzar por medio de los tiempos, y venir á Inglaterra en el de su revolución. Para hacer una calificación acertada, necesario es saber que entonces había tres escuelas diferentes, á que correspondían tres diversos tipos de oradores. Una era la escuela de la elocuencia de la corte, ingeniosa, elegante, de que ha participado algun tanto Shakspear, y de la cual nos ha hecho una ingeniosa parodia Sir Walter Scott en uno de sus romances: otra la de la antigua filosofía, estraña ó por mejor decir, enemiga de las ideas de la época: otra la elocuencia de la reforma que bullía

(1) Gorgias.

por todas partes , aunque todavia ruda é imperfecta. (1)

Puede decirse con verdad , que la revolucion inglesa, no produjo mas que dos grandes oradores. Straimffort y Cromwel. El primero ; ese grande hombre en medio de sus defectos ; ese hombre á quien se inmoló , porque se creyó que la justicia debia sacrificarse á la conveniencia ; ese hombre que para hacer mas acerba su desgracia , tuvo que pasar por desgarradores desengaños y ver la debilidad y la ingratitud de Cárlos I ; ese hombre digo , pronunció un magnífico discurso en su defensa , que sostuvo con el mayor valor contra trece acusadores distintos , por espacio de diez y siete dias. Su final es sublime y tierno á la vez. «En cuanto á mi, pobre criatura (dijo , y se echó á llorar) no tomaria tanto trabajo en mi defensa para salvar un cuerpo que ya solo es ruinas , y que está cargado de tantos males, que en verdad poco placer puedo encontrar en sostener este peso por mas tiempo.» Se detuvo, y despues continuó. «Me parece que me quedaba algo que decir; pero mis fuerzas y mi voz desfallecen. Pongo humildemente mi suerte en vuestras manos. Cualquiera que sea vuestro fallo , bien me dé la muerte ó la vida, yo le acepto anticipadamente con libertad , y diré: *Te deum laudamus.*

Estas palabras son muy parecidas á las que pronunció Sócrates al oir la sentencia de su muerte; con la diferencia de que el filósofo de la antigüedad desdeñó una defensa que miraba como inútil , y el hombre político de los tiempos modernos la esforzó con una valentia inimitable , si bien mostrando para el porvenir una resignacion altamente filosófica ó profundamente cristiana.

(1) Villemain.

Cromwel era el intérprete y el Dios de la elocuencia puritana.

Mas al hablar del puritanismo, entiéndase, señores, que hablo de aquel puritanismo de virtud, puritanismo de desprendimiento, puritanismo de martirio; pues si bien es cierto que el pueblo acogia con entusiasmo á los puritanos, tambien lo es que el gobierno los perseguia hasta el punto de hacerles cortar las orejas. No hablo del puritanismo de nuestros dias, transaccion oficiosa é imposible entre sistemas que se excluyen, escuela flaca y débil en su base, efimera en su duracion, y dudosa al menos en su verdadero objeto y en sus aspiraciones. De la elocuencia de Cromwel, vigorosa aunque ruda, hace Voltaire un magnífico elogio y concluye diciendo: «Un movimiento de aquella mano que habia ganado tantas batallas y dado muerte á tantos realistas, producía mas efecto, que todos los periodos de Ciceron.

Esta elocuencia se poseyó con mas brillo y con mas ventajas por el célebre Pitt, y por el opulento Fox, que nombrado para el Parlamento á la edad de 19 años, supo emanciparse, é hizo oír varias veces su voz en defensa de las leyes y de los católicos.

Faltaba el cuadro mas grande de la elocuencia moderna, y lo presentó la revolucion francesa: ese acontecimiento que con la reforma de Lutero ha compartido la admiracion del mundo. Pero yo preguntaré: ¿Cuál era el carácter de esta elocuencia? ¿Se parecia á la inglesa, hija de sus tradiciones y de sus antiguos recuerdos? ¿Se parecia á la de Polonia formada entre las agitaciones de una anarquía guerrera? ¿Se parecia á la de Grecia y Roma que era el retrato de las costumbres

de aquellos pueblos? No: tenia un carácter nuevo debido á su origen literario y filosófico. Era el desarrollo y desenvolvimiento de un gran pueblo, que ébrio de entusiasmo, marchaba armado de la palabra y de la espada á conquistar sus derechos. Esta elocuencia nueva en su género, era mas grande, mas atrevida, mas sistemática que las demas elocuencias conocidas hasta entonces. Mirabeau, Virgnaud, Barnabe, Danton, Camille Demoulins, Robespierre y otros, hicieron conocer hasta dónde alcanzaban los tiros y la fuerza de aquella palabra, inflamada por la inspiracion del interés comun y por el peligro de la patria.

Nosotros tenemos tambien nuestra elocuencia política moderna, desde que se abrieron nuestras asambleas en medio del fragor de las armas en la guerra de la independencia; y los nombres de los Argüelles, de los Galianos, de los Olózagas, de los Cortinas, de los Martinez de la Rosa y de otros, son el honor y el lustre de nuestro pais. Pero una observacion antes de concluir: ¿Nuestra actual elocuencia puede tener el vigor y la fuerza, los vuelos atrevidos que la de los antiguos? No: de ningun modo: nuestra elocuencia no puede ser tan vigorosa, ni remontarse á aquella altura, porque nuestras ideas y nuestras instituciones están basadas sobre el cálculo frio, sobre la razon y la conveniencia, y no sobre el entusiasmo. Anticipadas estas ligeras observaciones sobre la historia de la elocuencia, hablemos ahora de las cualidades del orador.

De estas, unas se deben á la naturaleza, y otras se adquieren con el trabajo y el estudio. De las primeras, unas tocan al corazon y otras al espíritu.

Hay algunas que son absolutamente necesarias, y

cuya falta no puede suplirse de ningun modo. Podremos aprender á hacer una estátua: pero no alcanzarán nunca nuestros esfuerzos á darle palabra y sentimiento. (1)

Una de las cualidades mas precisas al orador, es un carácter grande y elevado, superior á todos los obstáculos y á todos los peligros. La carrera de la tribuna es peligrosa y resbaladiza, porque frecuentemente se ponen en juego contra la conciencia los dos resortes mas poderosos del corazon humano: el temor y la esperanza. Es necesario, pues, que el orador que tiene una mision sublime sobre la tierra, abrazado con sus convicciones y con sus deberes, desprecie igualmente las amenazas que los alhagos: que en cualquier circunstancia de su vida pública, repita, obrando en conformidad, aquel verso antiguo.

*Fiat justitia et ruat cælum.*

El que no tenga este valor, esta intrepidez, podrá ser orador brillante en dias y en discusiones serenas y bonancibles; pero desaparecerá en la hora del peligro; al paso que el hombre de carácter elevado é inaccesible al temor, brillará en esa hora mas que nunca, y orlará sus sienes con la corona mas envidiable, por lo mismo que habrá sido mas costosa.

Necesita tambien el orador estar dotado de suma sensibilidad.

Sin esta flexibilidad y enternecimiento de corazon no podrá experimentar nunca vivas y profundas emociones, no podrá identificarse con el hombre ó el pueblo cuya causa defiende; no podrá experimentar el hálito de la inspiracion, ni remontarse en alas del entusiasmo y del genio, ni sentir esa corriente eléctrica que lleva á la

(1) Droz.



profundidad misteriosa de las ideas , y á la valentia de las imágenes.

El orador debe tener tambien reputacion de virtuoso, porque si se le conocen vicios degradantes que prueban un ánimo mezquino ó venal, se le escucha con prevencion, y salen ya de su boca desautorizadas las palabras. No quiero decir con esto, que el orador no haya de tener ningun defecto; porque esa perfeccion soñada y quimérica no es por desgracia el patrimonio de la mísera humanidad. Quiero decir, que debe estar recomendado por su virtud política, aunque tenga otras faltas que sean excusables, y que acaso favorezcan sus disposiciones oratorias. Tales son las que nacen de la misma sensibilidad; esas pasiones ciegas, volcánicas; pero elevadas y nobles, que parten del corazon y en él tienen su santuario, que remontan las almas sobre la esfera de los goces groseros y de las pasiones sensuales, que hacen de la vida un paraíso, y dejan provar en la tierra la felicidad de los ángeles. El orador á quien se acuse de estas faltas, podrá decir con Horacio en la traduccion de Burgos :

Esto de todo vergonzoso esceso

Mantuvo siempre limpia mi conciencia :

Y si tengo otras faltas que confieso,

Dignas son de indulgencia.

En cuanto á las cualidades del espíritu, la principal en el orador es el genio. Ya hemos dicho otra vez que el que no lo tenga es inútil que se afane, porque no podrá escribir jamás en su carrera una página inmortal. Mirabeau decia á Barnabe, que tenia el talento de la palabra, pero no genio: en tí no hay nada de divino. Sí: porque el genio es el gérmen de la creacion ora-

toria; es la semilla fecunda; es el destello de la Divinidad que cae en la cabeza del hombre para desarrollarse en ella, y vestir sus concepciones sublimes y pasmosas con el lenguaje de los mismos Dioses.

Necesita tambien el orador tener una buena memoria, no solo para recordar todo lo que ha leído, sino principalmente en la improvisacion para tener presente todo lo que ha dicho el contrario, para dominar su discurso como se domina un valle desde una altura, para dar á las observaciones opuestas el órden y claridad que les falte, y poder refutarlas con mas facilidad y éxito.

Se necesita tambien tener buena figura y una voz sonora y agradable, aunque esto depende solo de la naturaleza.

Mas no importa que no se posea este conjunto de cualidades, ni por eso se debe nunca desmayar. El orador no es como el poeta en que no cabe medianía. En la elocuencia puede quedarse decentemente á cierta distancia del término.

Pero yo preguntaré antes de concluir, sobre esta materia: ¿Es una fortuna ó una desgracia el triste privilegio de reunir las cualidades que hemos enumerado, y que necesita el orador? ¿Es una fortuna ó una desgracia tener ese carácter elevado, esa sensibilidad, y sobre todo ese genio? No lo preguntemos á los hombres que viven en medio del mundo devorados por la ambicion é infatuados con la grandeza. Preguntémoslo á esos mismos genios tan superiores á esas pequeñeces y á esas miserias. Ellos nos dirán que su corazon es á un tiempo un volcan y un abismo; que marchan tristemente por el camino de la vida, sin encontrar al paso otro corazon que los consuele, porque por lo comun no en-

cuentran ninguno que los comprenda ; que se les puede aplicar aquellos versos de la Avellaneda , en su sentida plegaria á la Virgen.

Van por innotos caminos  
Peregrinos  
Solitarios y sin nombres ;  
No los conocen los hombres ,  
Ni comprenden sus destinos.

Tal es por desgracia la suerte de los hombres privilegiados. Se me dirá tal vez que les compensa la gloria, el rango y el poder que con ella suelen adquirir. Yo contestaré con Chateaubriand , que se necesita muy poco para pasar la vida , y que sobre todo , debiendo ser esta de tan corta duracion , es muy indiferente haber ensordecido los valles con el estampido de un cañon , ó haber encantado los bosques con los suspiros de una flauta.

Pero dejemos este punto que evoca tristes reflexiones y dolorosos recuerdos , y digamos dos palabras acerca de los estudios que debe hacer el orador.

El orador debe tener estensos conocimientos , porque no se llena su vacío con las frases ó palabras , ni con ellas se fija y resuelve una discusion. Muchos visten su ignorancia con un aparato científico , ó con un barniz prestado de filosofia ; mas estos no serán nunca oradores. Todas las ciencias agrandan sin duda el dominio de las ideas ; pero hay unas para el orador que son absolutamente necesarias , en tanto que otras son solo auxiliares.

Lo primero que debe hacer el orador es un estudio profundo del hombre , de sus pasiones , y de los resortes que mueven su corazon. Este conocimiento se adque-

re con la observacion y con la esperiencia ; pero esta es por lo comun amarga y costosa. Debe el orador conocer todas las constituciones y legislaciones de los demas paises, y especialmente del suyo, y la historia. Gordon y Maquiabelo estudiaron en Tito Libio y en Tácito lo que habia sucedido en otros tiempos y paises , para acomodarlos á los suyos. Debe estar tambien instruido en la administracion.

Uno de los estudios que mas debe hacer el orador es el de los discursos de los que le han precedido. Esto tiene la ventaja de dar un tipo de creacion y de language: pero cuídese mucho de no imitar servilmente. Se puede igualar y aun esceder á un gran orador ; pero nunca será imitándolo con ciega servilidad , siguiendo el compas de todos sus movimientos. Un célebre escritor ha dicho: »Que el hombre sea mucho ó poco , todo ó nada; pero que sea él, y solo él.» Los discursos de Demóstenes, Ciceron, Mirabeau, General Foy , son buenos modelos , y no solo deben leerse, sino copiarse y aprender de memoria los mejores pasages. Y no se desdeñe por pueril este trabajo. Demóstenes copió á Tucídides hasta ocho veces , y bien se deja conocer en lo cortado y enérgico de su diction.

Sobre todo: debe meditarse mucho. Cuanto mas se medita sobre una materia , mas ideas y mas imágenes se encuentran. La cabeza del hombre es como el fuego de la fragua que derrite el hielo , y por último le hace hervir.

Cuando despues de haber meditado mucho se domina el asunto; cuando uno se encuentra poseido é inspirado , es llegado el momento de decir el discurso formulado en nuestra mente , como dijo Cristo á Lázaro »Levántate y marcha.» Este es el instante solemne en

que la fermentacion intelectual, se revela al mundo armada como Minerva, é invencible como Aquiles. Entonces es cuando se pronuncia un bello y arrebatador discurso: De las cualidades y bellezas que este debe tener, nos ocuparemos en la leccion inmediata.

Gorgias.  
Villemain.  
Droz.



### LECCION III.

---

*Cualidades del estilo.—Tropos y figuras.*

**H**oy, señores, no hay que pedir ni que esperar nada de la imaginacion. La leccion será puramente didáctica rodando sobre reglas y preceptos, y las reglas y los preceptos se gravan tanto mejor, cuanto mas sencillo y mas claro es el lenguaje con que se presentan. La materia es del dominio del arte, y queda á gran distancia de la esfera elevada de la ciencia. No podrá menos por lo tanto de ser árida, aunque yo espero que no sea enteramente inútil.

A la manera que para llegar un dia á pintar un cuadro, se necesita empezar por conocer los colores y el modo de usarlos y de mezclarlos alternativamente, asi tambien para formar un discurso, es necesario conocer antes los tropos y las figuras de palabra y de pensamiento, que son el verdadero colorido de nuestras ideas. El estudio de la medicina; de esa ciencia que es la filantropia per-

sonificada, empieza por la anatomía. Así nosotros empezaremos también haciendo anatomía del discurso, para analizar y conocer las partes de que se compone. Por esta razón, tan luego como demos algunas nociones generales acerca de las cualidades que debe tener la oración, esplicaremos los tropos y las figuras, que le dan vida y atractivo. Estas son en verdad el traje rico y brillante con que se visten nuestros pensamientos: traje que agrada siempre por su belleza ó magnificencia, en tanto que un discurso privado de estos adornos, no es más que un repugnante esqueleto, una estatua fría é inanimada que nada dice á los sentidos, ni nada revela al corazón. Pero hablemos ya de las cualidades del discurso.

Nos ocuparemos ante todo de la corrección. Esta es muy importante, y debe procurarse con esmero. Pero no nos engañemos acerca de su resultado. Ella no produce el menor efecto, ni sobre los sentidos ni sobre las imaginaciones. Tiene solo la ventaja de evitar al orador la amarga censura que de él se hace cuando se le encuentra incorrecto, y la desfavorable prevención que se forma desde que se repara en que no conoce bien su propia lengua. Una de las reglas que deben observarse para la corrección, es no usar palabras nuevas que el uso no tenga todavía admitidas, ni tampoco las que á fuer de anticuadas, son más bien que un adorno, la exhumación de un cadáver fétido. No obstante el interés de la corrección, puede faltarse á ella, cuando esta falta escusa otras más graves y trascendentales. Digamos ahora algunas palabras acerca de la claridad.

Esta es por su interés la primera de las cualidades. El orador habla para convencer, para persuadir y para

mover; mas deja de conseguir ninguno de estos objetos, cuando por su oscuridad deja de ser comprendido. Por esto se ha dicho: *prima virtus perspicuitas*; que la primera virtud del discurso es su claridad. Porque á la verdad, ¿de qué nos sirve ni qué vale que haya delante de nosotros un magnífico monumento, obra acabada de la profundidad y de la inteligencia, si está envuelto en una densa niebla, ó si le roban á nuestra vista la interposicion de un bosque impenetrable, ó las sombras de la noche?

Para ser claros la primera regla es, no hablar de un asunto hasta que se le comprenda perfectamente. Y no así como se quiera, sino que se le conozca en todas sus relaciones; en el orden y con el método natural que existe entre las ideas; que se le vea como se vé un llano cuando se le examina desde una altura, que se le domine, que se tengan en nuestra mano todos los ramales de esa gran cadena conociendo todos los eslabones que la forman, y la dependencia y enlace que tienen entre sí. Cuando las ideas se hallan en nuestra cabeza confusa y hacinadamente, no pueden menos de venirse al labio en tropel y con el mismo desorden. Pero cuando su colocacion es natural y oportuna, se espresan con facilidad y acierto. Por eso ha dicho Boilau:

»Lo que bien se concibe, claramente  
suele espresarse; y aun decirse puede,  
que por sí mismas vienen las palabras.»

La segunda regla es, que los periodos no sean demasiado largos, ni demasiado cortos. Los primeros fatigan en vez de deleitar, y los segundos dejan vacíos que el pensamiento del que escucha se vé en la necesidad de llenar, lo que no puede menos de producir



obscuridad y confusion. Los periodos, divididos siempre en una estension proporcionada, deben mezclarse para que alternen y den variedad; porque no hay nada que fatigue tanto como la monotonia, y el advertir que todas las frases salen como vaciadas en el mismo molde, con iguales medidas y con idénticos lineamientos.

Se necesita tambien para la claridad, que el orador no haga alarde de ingenio. Cuando abunda en conceptos y sutilezas, no puede menos de incurrir en hinchazon; y esta es diametralmente opuesta á la sencillez y naturalidad que debe tener todo discurso. De estos oradores ha dicho La Bruyere que tienen dos capitales defectos: uno el no tener talento, otro el empeñarse en mostrar que lo tienen.

Perjudica mucho á la claridad, la falta de conocimientos en el orador. La falsa ciencia procura llenar este vacio con frases hinchadas que nada significan, y que no producen, sino el ruido de las palabras. Tales discursos ha dicho un observador se parecen á las veigas llenas de aire, que tienen volúmen pero no peso; y que arrojadas al agua, vagan de una parte á otra movidas por cualquier impulso, mas sin penetrar al fondo, porque no pueden vencer la resistencia. Asi estos discursos quedan siempre en la superficie, y jamás calan hasta los senos de la razon ni hasta el fondo de los corazones para excitarlos y para conmoverlos.

Advertiremos antes de dejar este punto, que la claridad es mucho mas necesaria en el orador que en el escritor. La palabra escapa en el momento mismo en que se pronuncia, y si en su veloz tránsito no la comprendemos no hay ya poder alguno que la vuelva á nuestro oido; en tanto que lo escrito permanece siem-

pre fijo y siempre inmutable, ofreciéndose constantemente al exámen de nuestra vista, y á las reflexiones de nuestra inteligencia. Hablemos ahora de la concision.

La concision es compañera de la claridad, y uno de los medios mejores para alcanzarla. Téngase muy presente, que en la pasion, una sola palabra puesta demas, destruye todo el efecto.

Las repeticiones que debilitan la idea, y hacen decaer el ánimo y la atencion del que escucha, son faltas imperdonables en punto á correccion. Cada palabra debe representar una idea nueva, y cada miembro un nuevo pensamiento. Sin embargo de lo claro y sencillo de esta regla, se falta frecuentemente á ella aun por los autores de mas celebridad. El P. Granada ha dicho: «¡Qué se hicieron vuestros gozos pasados? ¿Dónde se fueron aquellas alegrías antiguas?» Aquí el segundo miembro es enteramente igual al primero.

Garcilaso en su égloga primera dice:

«¡Ay! ¡Cuán diferente era  
Y cuán de otra manera!»

Hubiera hecho mejor en omitir el segundo verso que no es mas que una fria repeticion del primero.

Ciceron aunque tan brillante, no es á las veces el mejor modelo de concision. Montaigne ha dicho de él que con sus amplificaciones destruye y ahoga todo lo que tiene de vivo y de bello. El autor mas conciso ha sido Tácito; pero no es posible serlo tanto en los discursos oratorios.

Al dar por regla que las frases deben limpiarse de todo lo que sea redundante y ocioso, naturalmente se ocurre la cuestion de cuándo deben ponerse y cuándo evitarse las conjunciones copulativas. Se omiten por

máxima general cuando se quiere que el pensamiento pase velozmente sobre los miembros del periodo, cuando se desea producir en vez de meditacion, calor é impetuosidad. Asi aquellas palabras de César: «Llegué, ví, venci» espresan con mas energia la rapidez de la victoria, que si se hubiese usado de la particula copulativa. La misma observacion se encuentra aplicada por Fray Luis de Leon en su profecia del Tajo:

»Acude, corre, vuela.

Traspasa el alta sierra, ocupa el llano

No perdones la espuela,

No des paz á la mano,

Menea fulminando el hierro insano.»

Mas cuando por el contrario se quiere que el pensamiento se detenga en cada una de las frases y de las ideas, que marche pausadamente y que multiplique por decirlo asi, los objetos aunque sean simultáneos, entonces se usa de la copulativa, y hace un grande efecto. Fernando de Herrera en su elegia á la muerte del rey D. Sebastian nos ha dicho:

»Y el santo de Israel abrió su mano:

Y los dejó, y cayó en despeñadero

Y el carro, y el caballo, y caballero.»

No es menos acertado el uso de la copulativa en los siguientes versos de un autor recomendable:

»Acometen con ánimo inhumano;

Y degüellan al padre,

Y á la madre, y al hijo, y al hermano.»

Otra de las cualidades que deben notarse en el discurso, es la facilidad. La oracion debe tener todas las bellezas posibles; pero de modo que parezca que nacen espontáneamente en la boca del orador. Esta es

una regla que no tiene escepcion ni en lo moral, ni en lo fisico. Sufrimos siempre en lo que creemos que los demas sufren ó han sufrido. Y no se suponga equivocadamente que la facilidad es un don natural que nace y se desenvuelve con el hombre: se adquiere con el trabajo y continuo egercicio, porque no es una cualidad aparte sino la perfeccion de todas las otras. Todo el secreto para la facilidad está en estudiar y meditar la materia hasta hacérsela familiar: porque cuando se llega á esta posesion, todo es claro, facil y fluido.

Ademas de estas cualidades hay otra de sonoridad y cadencia de mucho mérito é interés. Esta es la parte musical del discurso que se llama armonía, y mas propriamente melodía. Y no se crea que alhaga solo al oido; penetra hasta el espíritu y aun habla á las imaginaciones. Ciceron y Quintiliano nos hacen ver hasta qué punto encantan los finales armoniosos. La armonía depende siempre de la eleccion de las palabras, de su colocacion, y de la forma y duracion de los periodos. Entiéndase por regla general que todo lo que es difícil y áspero al pronunciarse, no puede menos de producir una impresion desagradable cuando se oye. Ciceron quiere que la armonía resalte en el principio y fin de los periodos; mas fuerza es confesar que la lengua de los latinos se prestaba mas que la nuestra á este género de belleza. Y no se pretenda para ser armonioso dar á la prosa el tono de la poesia. Este es un error que lleva á la afectacion. Ciertamente se pueden aprovechar los mismos medios, pero en diferente escala.

Hay ademas una armonía aparte que se llama imitativa, y que merece que de ella se digan algunas palabras. Consiste en valerse de la voz que imite el objeto

que por ella se quiere representar. Asi decimos: el murmullo del arroyo, el susurro del viento, el balar de la abeja, el mugir del buey, etc. Debe notarse ante todo que esta armonía no se traduce; porque consistiendo en el sonido que forma la palabra, desaparece en el momento en que esta se cambia para hacer pasar la idea de una lengua á otra. Esta armonía cabe solo en los objetos físicos y en los movimientos; pero nunca en los objetos abstractos. Sin embargo, reglas hay para acercarse al menos al efecto en estos últimos, y asi las ideas de virtud deben espresarse con palabras llenas de dulzura, las de gloria con palabras brillantes.

El fin y el deseo del orador es siempre producir efecto. Para que pueda conseguirlo es necesario advertir que aquel depende muchas veces solo de la colocacion y giro de las frases. Bossuet en su oracion fúnebre á la muerte de la reina dice: «¡oh noche desastrosa! ¡noche terrible! en que corria como una exhalacion la desconsoladora nueva de «la reina se muere, la reina ha muerto.» Inviértase el orden de la oracion y de las frases y se verá que desaparece todo el encanto. Dígase: ¡oh, noche desastrosa! ¡noche terrible! en que la desconsoladora nueva de «la reina se muere, la reina ha muerto» corria por todas partes como una exhalacion. ¿Qué habrá quedado entonces? Una locucion comun, lánguida, fria: una cosa que no llama al corazon ni conmueve las imaginaciones. El efecto todo habrá desaparecido.

Este consiste tambien en gran manera en la forma que se de á la oracion ya sea espositiva, ya interrogativa, ya en cualquiera de los otros giros que puede admitir el pensamiento.

Las formas grandes no deben usarse nunca para las ideas pequeñas ni al contrario; porque en el primer caso se incurre en una afectacion ridicula, y en el segundo en una puerilidad lastimosa.

La observacion y la meditacion hacen hallar en los objetos ideas adecuadas y convenientes que suelen escaparse á primera vista, y que no estan al alcance de los entendimientos comunes.

Cuando los pensamientos son dictados por la pasion, llevan el sello de la inspiracion verdadera. El arte, pues, consiste en hallar las ideas mas convenientes al asunto, y el lenguaje mas conveniente á las ideas. Entonces es solo cuando se habla en el tono debido y proporcionado, entonces es solo cuando se pinta lo humilde con humildad, y con sublimidad las cosas sublimes. Pasemos ya á ocuparnos de los tropos y figuras.

Los autores han contado en el número de los primeros, la metáfora, metonimia, sinecdoque, ironía, hipérbolo, antonomasia y alegoría. Nosotros los reduciremos diciendo desde luego que la metáfora, la comparacion aunque no sea propiamente tropo en su forma ordinaria, y la alegoría son una misma cosa en el fondo, aunque con diferente estension y desenvolvimiento.

La metáfora consiste en trasladar una palabra de su significacion propia á otra agena aunque con semejanza. Asi decimos «la mañana de la vida, el invierno de la edad, el báculo de la vejez, la columna del Estado.» Pero no queremos contentarnos con citar palabras sueltas y preferimos esponer modelos en que todas estas bellezas se encuentran apiñadas. Tomaremos el primero del canto á Teresa de Espronceda en su obra titulada

« *el diablo mundo.* » Pintaba las horas felices tegidas por el amor al lado de una muger adorada en quien miraba todos los encantos de la hermosura y de la virtud. Decia despues que estas horas fueron seguidas de otras de amargura y de dolor en que tristes desengaños le arrancaron la venda de los ojos, y secaron en su corazon la fuente de las ilusiones. — He aquí su pintura—

» Y llegaron por fin: ¡ ay! ¿quién impío  
Desojó así la flor de tu pureza?  
Tu fuiste un tiempo cristalino río  
Manantial de purísima limpieza:  
Despues torrente de color sombrío  
Rompiendo entre peñascos y maleza;  
Y estanque al fin de aguas corrompidas  
Entre fétido fango detenidas. »

¡ Cuántas y cuán bellas imágenes! Aquí se encuentra á la vez la metáfora, la gradacion de menor á mayor y la alegoría. Desojar la flor de la pureza; el cristalino río, el torrente de sombrío color, el estanque de aguas corrompidas detenidas entre fétido fango, todas estas son metáforas muy felices. Hay tambien como acabamos de decir, la alegoría que no es mas que una metáfora continuada, pues se siguen bajo el emblema de un río y de todos los tránsitos y alteraciones que pueden tener sus aguas, las mudanzas que puede sufrir el caracter y el pudor de una muger desde la pureza del ángel y el albo velo de la virgen hasta el abandono de la prostituta.

Tomaremos el segundo modelo de Chateaubriand cuando hace decir á Chactas dirigiéndose á las mugeres que le rodeaban, y que esperaban presenciar su suplicio:  
» Vosotras sois las gracias del dia, y os estima la noche como el rocío. Sale el hombre de vuestro seno para col-

garse de vuestro pecho y de vuestra boca, y teneis palabras mágicas que adormecen todos los dolores. Esto me dijo la que me parió que no me volverá á ver jamás. Tambien me dijo que las virgenes eran ciertas flores misteriosas que se crian en los parages solitarios.»

Toda metáfora contiene una semejanza oculta: cuando esta se desenvuelve toma el nombre de comparacion. Tal es el bello modelo de Osian: »Llegó Gaul hijo de Morni, el mas robusto de los hombres.... Detúvose sobre la cresta de los montes á la manera de una encina... Su voz era semejante al eco del torrente... Soy fuerte como la tempestad en medio del Océano... Como el huracan sobre la montaña.»

¡Cuántas y cuán magnificas comparaciones!

Hé aqui otro pasage de Chateaubriand en que la comparacion y la metáfora son mas envueltas y delicadas: »Mi padre el águila; vos teneis el espíritu de un zorro y la prudente lentitud de la tortuga. Quiero manifestar entre vos y yo la cadena de amistad, y plantaremos el arbol de la paz. Pero mudemos las costumbres de nuestros abuelos en lo que tengan de funestas. Tengamos esclavos que cultiven nuestros campos, y no se oigan mas los gritos de los prisioneros que conmueven las entrañas de las madres.»

La alegoría hemos dicho que no es mas que una metáfora continuada; relativa en todo su curso al mismo objeto que se toma como emblema. Son frecuentes en los libros sagrados en que se compara al pueblo á una viña siendo el Señor el vendimiador. Es ingeniosa la alegoría de nuestro poeta D. Ramon Fernandez, cuando dice



«Un grande tahir de amor  
Y una jugadora tierna.»

Aquí se ve que sobre la imágen del juego se pintan las cualidades encontradas de los dos amantes.

Mas estensa y mas bella es la alegoría de Horacio en su oda 14 del tomo 1.º en que compara la república á un bajel acometido por la tempestad, contrastado por todas partes por el furor de las olas y próximo á romperse contra un escollo: y de esta composicion y sobre el mismo pensamiento tomó motivo Francisco de Figueroa para su cancion que empieza:

«Cuitada navecilla  
Por mil partes hendida, ect.»

La metonimia que comprende todos los géneros de traslacion toma el antecedente por el consiguiente, la causa por el efecto, el continente por el contenido, el autor por sus obras ó al contrario.

Sinecdoque: usa la parte por el todo ó vice-versa como tantas velas por tantos buques: el género por la especie; la materia por la cosa misma; el abstracto por el concreto, y al contrario.

La ironía consiste en dar á entender lo contrario de lo que se dice. Esta significacion no está en la palabra, sino en el tono que la acompaña.

La hipérbole consiste en exagerar ó deprimir una cosa mas de lo que permiten los términos naturales: asi se dice de una leve estocada que es la picadura de un alfiler, de un grande lago que es un Océano. He aquí una bella hipérbole de pensamiento en un episodio de Chateaubriand en su obra titulada, *El Genio del Cristianismo*. Atala estaba recostada en su lecho de muerte, y lanzaba sus últimas miradas sobre Chactas,

que la contemplaba sumido en el dolor. Entonces ella le dice: «Cuando contemplo que voy á separme de tí para siempre, mi corazon hace tales esfuerzos para vivir, que casi encuentro en mí el poder de hacerme inmortal á fuerza de amarte.» ¿Puede darse un pensamiento mas exagerado, un rasgo mas sublime de amor, de ese amor inspirado por el secreto y por la soledad de los bosques, en que el alma no vé mas que á un Dios en el cielo á quien dirigir su plegaria desde el abandono, y un mortal á quien dedicar su adoracion en la tierra?

La antonomasia finalmente consiste en poner el nombre general por el particular ó al contrario, como en distinguir á uno por una cualidad notable, con el nombre de otro que la haya poseido en alto grado. Asi se dice: Es un Ciceron de uno que es muy elocuente, es un Nerón de otro que es muy cruel.

Concluidos los tropos, hablemos de las figuras. Ya indicamos que eran de palabra y de pensamiento; y consiste la diferencia entre ambas en que las primeras desaparecen en el momento en que se muda la palabra, en tanto que permanecen las segundas aunque se haga este cambio siempre que se conserve el giro y forma de la espresion. De unas y otras pondremos solo las principales que son de mas frecuente uso.

Entre las de palabra, es la primera la repeticion, que consiste en repetir la misma voz al principio de todos los incisos, miembros ó periodos. Asi dice Ciceron: «Escipion rindió á Numancia, Escipion destruyó á Cartago, Escipion salvó á Roma de la ruina de las llamas:» y en otra parte dirigiéndose contra Catilina: «Nada tratas, nada maquinas, nada piensas, etc.»

La conversion se comete cuando la palabra se repite no ya al principio de cada inciso, miembro, ó cláusula, sino á su final. Asi el mismo Ciceron dice: »¿Llorais la pérdida de tres ejércitos? Los perdió Antonio. ¿Sentis la muerte de vuestros mas ilustres ciudadanos? Os los robó Antonio. ¿Veis hollada la autoridad del orden? Hollóla Antonio.»

Complexion es la union de las dos anteriores, y consiste en empezar y concluir las cláusulas con la misma palabra. Sirva de ejemplo el tan conocido ¿Quién ha roto los tratados? Cartago. ¿Quién ha assolado la Italia? Cartago. ¿Quién nos ha espuesto al mayor riesgo? Cartago.

La conduplicacion repite consecutivamente en un mismo inciso la misma palabra. Asi dice Ciceron: »Vives, vives y no para deponer, sino para aumentar tu audacia. *Dolebam, dolebam rempublicam esse perituram.*» Esta figura es de notable efecto.

La gradacion es el ascenso ó descenso que se da al pensamiento por medio de la palabra. Puede ser ascendente ó descendente. Se dice en la primera—Por un clavo se pierde una herradura, por una herradura un caballo, y por un caballo un caballero. En la segunda, no se interesa por la humanidad, ni aun por las naciones, ni aun por los individuos. Digamos ahora algo de las figuras de pensamiento.

La descripcion es de esta clase y se adorna al mismo tiempo con varios tropos y otras figuras. Es necesario que haya propiedad y naturalidad en todas las descripciones, y como estas pueden ser tan variadas, de aqui que necesite el orador suma flexibilidad en su pensamiento y en su language. Para describir bien se nece-

sita conocer perfectamente el objeto que se describe, las circunstancias ó puntos de vista mas importantes que deban preferirse para producir el efecto, los resortes del corazon en órden á sus naturales simpatias por las ideas que deben despertar estas pinceladas: asi que una buena descripcion requiere y supone un conjunto feliz de todas las dotes oratorias.

Puede referirse la descripcion á un objeto futuro y tal es la que hace Ciceron del incendio de Roma en sus tristes presentimientos: »Me parece (dice) que veo á esta gran ciudad lumbrera del orbe, alcázar de todas las naciones, ardiendo de repente por todos lados: veo montones de cadáveres de ciudadanos insepultos entre las ruinas de su patria: veo el semblante de Cetego rebozando gozo al vernos á todos degollados.»

La descripcion puede tambien recaer sobre el carácter de una persona, y de este género es la que hace Bossuet del carácter de Cromwel en su oracion fúnebre por la reina de Inglaterra: »Hallóse un hombre de una profundidad increíble de espíritu, hipócrita tan refinado como hábil político; capaz de emprenderlo todo y de egecutarlo todo: tan activo é infatigable en la paz como en la guerra; que nada dejaba á la fortuna de cuanto podia quitarle por consejo ó por prevision: pero por lo demás tan vigilante y pronto para todo, que jamás perdió ocasion alguna de cuantas la suerte le presentó: en fin; uno de esos espíritus discolos y osados que parece han nacido para trastornar el mundo.»

Puede la descripcion ser de fisonomías, y Cervantes las tiene muy bellas de este género.

Puede la descripcion pintar un lugar determinado, y tal es la del poeta Rubí:

»Está la calle sombría  
Solitaria y sin rumor;  
No se escucha del cantor  
La dulcísima armonía.»

Puede pintar un cuadro de la naturaleza, una noche encantada con todas sus ilusiones y con todos sus misterios, y tal nos la presenta los versos de Espronceda:

»Alumbra la luna  
Serena en el cielo;  
Domina en el suelo  
Profunda quietud:  
Ni voces se escuchan,  
Ni ronco ladrido,  
Ni tierno quejido  
De amante laud.»

Muy bella es también la pintura que doña Gertrudis Avellaneda nos hace del Otoño en su novela titulada *Las Dos Mujeres*.

Chateaubriand nos ha dejado una descripción magnífica de la apacibilidad y del encanto de la noche en medio de los desiertos.

»La noche (dice) estaba muy deliciosa. El genio de los aires sacudía su azul cabellera perfumada con la fragancia de los pinos, y se respiraba el suave olor del ambar que exhalaban los cocodrilos echados bajo los tamarindos de los ríos. Brillaba la luna en medio de un azul claro, y flotaba sobre la cima de los bosques su luz de perla. No se percibía más ruido que el de una especie de armonía á lo lejos que reinaba en la profundidad de la selva, de modo que se podía decir que suspiraba el alma de la soledad en toda la extensión del desierto.»

Quedan otras varias figuras de pensamiento , y reservaremos tratar de ellas para la lección inmediata. A seguida hablaremos de la imaginación y del sublime, y despues entraremos en la formación completa de un discurso oratorio.

Droz.  
Bateux.  
Dumarsais.  
Araujo.  
Capmany.





## LECCION IV.

---

De las figuras de pensamiento.

**L**AS figuras de pensamiento no son otra cosa que la forma particular que dan á la enunciacion de nuestras ideas en el discurso la imaginacion ó las pasiones. Estas formas pueden variarse hasta lo infinito, y asi es tambien infinito el número de esas alocuciones ó giros. Pero como el estudio de la elocuencia supone el de la retórica en cuya jurisdiccion entra la enseñanza estensa de estos pormenores, esplicaremos solo las mas necesarias y frecuentes, remitiendo á los que quieran profundizar mas la materia á las obras de Dumarsais, Mayans, Bateux, Capmany, Andino, Castrillon y otros autores.

Los tropos de que hemos hablado en la leccion anterior, indican por lo comun serenidad en el ánimo de la persona que los usa: son como un entretenimiento ó juego de la imaginacion que quiere adornar con flores



todas sus producciones. Pero las figuras de pensamiento son la obra de la pasión agitada; son la manifestación espontánea de un alma conmovida; son la chispa eléctrica que tiende á difundir el estremecimiento de la conmoción. Ellas forman el arsenal del orador y por lo tanto es menester que examinemos el temple de cada una de estas armas.

No basta que conozcamos vagamente el nombre de las figuras. Se necesita comprender su filosofía, su índole, su poder, la ocasión y la manera de usarlas porque no de otro modo podremos sacar de ellas toda la ventaja á que aspiramos. Para que mejor se comprenda este artificio pondremos ejemplos al lado de los preceptos; porque consistiendo la elocuencia en gran parte en ensayos de imitación; la vista de los modelos es del mayor interés para el conocimiento y realización de la teoría.

Ya dijimos que el tropo y las figuras de palabra desaparecían en el momento en que la palabra se mudaba: pero las figuras de pensamiento se conservan aunque algunas palabras se muden, en tanto que se conserve la forma y giro de la frase ó alocución. Sentada esta advertencia, reduciremos á cuatro clases las figuras de pensamiento, siguiendo el método y la división que nos presenta un recomendable profesor que lo fué en los establecimientos científicos de esta corte. (1) Diremos, pues, que unas figuras sirven simplemente para dar á conocer los objetos en sí mismos; otras para comunicar reflexiones ó raciocinios; otras para atenuar ó disimular una idea; y otras finalmente para expresar las

(1) D. Luis de Mata y Araujo, catedrático de los estudios de San Isidro.

pasiones de que nos hallamos poseidos y queremos inspirar á los que nos oyen.

### PRIMERA CLASE.

#### Para dar á conocer los objetos.

##### DESCRIPCION. ENUMERACION.

Si el objeto es único, se describe; si son varios, se enumeran. De la descripción nos ocupamos ya en la lección precedente, y sus reglas son comunes á la enumeración, sin más diferencia que la de deber ser esta más estensa. ¿Pero cuál es la filosofía y fin de esta figura? Por ella intentamos presentar el objeto á la imaginación de los que nos escuchan, de modo que produzca en ellos la impresión más viva. Es necesario, pues, que echemos mano de las ideas ó circunstancias que pueden tener más poder sobre el corazón y sobre la fantasía. Un mismo objeto puede presentar varios puntos de vista, y la destreza del orador ó del escritor estará en valerse de aquellos, que al laconismo unan la exactitud, la propiedad y la viveza en la representación. Chateaubriand nos ha dicho: »Si de la otra parte del río se nota un gran silencio y reposo, aquí por el contrario todo es movimiento y murmullo. Ya se oyen picotazos de aves en los troncos de las encinas; ya el ruido de los animales que van pasciendo y rompiendo entre sus dientes los huesos de las frutas; y ya el quejido de las ondas, sus débiles gemidos, bramidos sordos, y unos dulces arrullos que llenan los desiertos de una

tierna y suave armonía.» En este pasage hay enumeración, antítesis y bellas metáforas.

## SEGUNDA CLASE.

### Para comunicar raciocinios y reflexiones.

#### COMPARACION.

Ya dijimos algo de esta figura cuando hablamos de la metáfora. Ambas se fundan en la semejanza; pero en la una está oculta, y en la otra desenvuelta. El designio del que compara es traer en auxilio de la idea que presenta, otra idea y otra imagen para que juntas produzcan mayor efecto. El hombre tiende naturalmente á comparar, y toma sus comparaciones de los objetos con que está mas familiarizado. El marino las saca de sus mares; el labrador de sus campos; y el salvaje de su vida errante, y de sus bósques. La comparacion es una de las figuras mas brillantes, y gran parte del agradable colorido que barniza las obras de Lamartine, de Chateaubriand y de otros escritores contemporáneos se debe á la oportunidad y propiedad de sus comparaciones. Fundándose esta figura en la semejanza, es necesario evitar igualmente dos escollos: uno que la semejanza sea tal que resulten iguales los dos objetos, pues entonces no da mas fuerza la figura, y otro que la relacion sea tan remota que deje de percibirse á primera vista.

Otra regla debe tenerse muy presente. La comparacion supone calma y serenidad en el espíritu de quien

la usa, y por eso no puede convenir á la pasion. Veamos algunos ejemplos.

Chateaubriand hace decir á su j6ven sauvage: »Te amo como á la sombra de los bosques en medio del dia. Eres hermoso como el desierto con todas sus flores y brisas.»

Alguna vez la comparacion envuelve un pensamiento profundo que se desarrolla en ella misma, como en estas palabras del mismo autor: »El corazon del hombre es como la esponja del rio que unas veces bebe agua clara en tiempo de serenidad, y otras la bebe turbia en tiempo de tormenta.» Yung nos ofrece otro ejemplo de este género cuando dice;

»Vanidad es la gloria de este mundo  
Parecida á las ondas que en el agua  
El aire forma; se dilatan, crecen,  
Y en su misma estension se desvanecen.»

#### ANTITESIS.

Si la comparacion se funda en la semejanza, la antitesis se funda en la oposicion. Es necesario en ella pintar con mucha propiedad los dos extremos opuestos, para que asi resalte mejor el contraste, que es en lo que consiste el mérito de esta figura. Sin que tengamos la presuncion de creer podemos dar modelos, reproduciremos una antitesis de la leccion primera, no porque tenga mérito alguno, sino porque ya nos es conocida. Hablando del orador digimos: »Que en tanto debia ser el trueno que rasga las nubes y la tempestad que amenaza tragarse la tierra, y en tanto la mañana serena y apacible vestida de flores y arrullada por las auras: en

tanto el mar embravecido que azota las playas con el sacudimiento de sus olas, y en tanto el manso arroyuelo que alegra la pradera con su frescura y con su blando murmullo: en tanto el leon que asusta el desierto con su espantoso rugido, y en tanto la tórtola que gime dulcemente en el bosque, ó el ruiseñor que encanta los jardines con su melodía: en tanto la trompeta terrible que ha de sonar al fin del mundo para hacerlo despertar de su letargo, y en tanto el suave laud que suspira solo amores en las manos del trovador.»

CONCESION.

Por esta figura convenimos con el contrario en el todo ó parte de sus argumentos ó suposiciones, para hacer ver que aun otorgada esta concesion gratuita, nuestra idea es igualmente justa y demostrable. Es necesario que en este caso los resultados correspondan á la esperanza y á la promesa, pues de otro modo la concesion se miraria solo como una inconsiderada y ridicula jactancia.

CORRECCION.

Esta figura reforma ó corrige la idea que se acaba de espresar aumentando su significacion y fuerza. Como si digéramos: »Napoleon ha sido uno de los primeros capitanes que se han conocido en el mundo: no he dicho bien: ha sido el primero entre todos ellos.»

AMPLIFICACION.

La amplificacion es acaso la figura que mas nutre el

discurso, y que le da más ostentacion y brillo. Sin ella las ideas se presentarían las más veces con una aridez monótona, y la oración carecería de desenvolvimiento, de gracia y de magestad. La oración más larga y brillante puede reducirse á pocas proposiciones, y presentarlas en escasas palabras si se quiere seguir el método conciso y dialéctico de las escuelas; pero el orador se apodera de este esqueleto de ideas, las extiende, les da varios giros, las adorna con imágenes, y al círculo estrecho de la primera concepción, señala una periferia dilatada que antes no se hubiera podido ni aun imaginar. Las ideas se amplifican á medida que más se piensa sobre la materia, porque siempre los horizontes intelectuales se extienden á proporción que más meditamos. Desde luego se puede comprender, que todas las demás figuras son tributarias de la ampliación, y le prestan sus servicios.

Puede ser la ampliación de palabras y de pensamientos. Las primeras dan gracia y fuerza alguna vez; pero las segundas son las que imprimen al discurso una fisonomía propia y determinada de energía y de belleza. Por eso en el acertado uso de esta figura se hacía consistir muy particularmente el mérito de los oradores antiguos. Sin embargo: cada estilo oratorio tiene su tipo particular, y así encontramos poca ampliación en Demóstenes, al paso que las de Cicerón son tan frecuentes, como sonoras y magníficas. Tiene la ampliación el peligro cuando se extiende demasiado, de incurrir en languidez, y así sucede en algunas del indicado orador latino á pesar de su mérito indisputable.

Por lo que hemos dicho, podrá conocerse la exactitud de la definición que de esta figura nos dió Ysócrates.

»Es un modo de espresarse (dice) que engrandece los objetos, ó los disminuye.» Esta definicion ha sido criticada porque se ha confundido con la exageracion que forma un vicio ó defecto en toda figura. Tampoco parece rigurosamente exacta la definicion de Longino que supone ser la amplificacion un acrecentamiento de palabras; puesto que las mas veces consiste en la dilatacion de los pensamientos, y en esto está toda su fuerza. Se necesita no descender en ella á detalles minuciosos; que el asunto ú objeto merezca por su importancia ser amplificado; que esta figura forme por sí una prueba que añada fuerza á las anteriores; y que el fondo de la idea esté sólidamente establecido, porque de otro modo todo quedaria reducido á una declamacion vana, sin mas valor ni efecto que el ruido de las palabras de que se haya valido el orador para construir sus pomposas y vacías frases. Pongamos ahora algunos ejemplos de este giro oratorio.

Ciceron tiene uno bellissimo de la amplificacion que disminuye, en su defensa por Celio acusado por sus relaciones con Clodia. No las niega; pero atenúa y disminuye la falta en la manera siguiente:

»Romanos, dice, la severidad de las costumbres de nuestros mayores solo existe ya en los libros; los mismos libros en que está descrita han envejecido y estan olvidados. Los sábios todos no han mirado como incompatibles la dignidad y el placer. La naturaleza tiene atractivos á que la misma virtud resiste con dificultad. Presenta á la juventud senderos tan resbaladizos, que es muy dificil no dar en ellos alguna caida. No miremos á esa antigua senda de la sabiduria, tan poco frecuentada que ya está cubierta de zarzas. Concedamos algo á

la edad. Tenga algun ensanche la juventud. No se lo neguemos todo á los placeres. No domine siempre la exacta y recta razon; triunfe de ella alguna vez el ardor del deseo; el placer. Dispénsese tal cual vez un jóven de tener pudor, con tal que le respete en los demas. Séale permitido entregarse algunos momentos á los placeres frívolos, siempre que por lo comun acuda al cumplimiento de sus negocios domésticos y de los públicos. Ademas de que se ha visto en nuestros tiempos y en los de nuestros mayores bastantes hombres grandes, ilustres ciudadanos, que despues de haber pasado la mas fogosa juventud en el fuego de las pasiones, han manifestado en edad mas sólida y madura las mas brillantes virtudes.»

Presentemos otro modelo de Demóstenes; de la amplificacion que aumenta para que se conozca el contraste. Despues de una enérgica arenga dirigida á defender el consejo que habia dado de hacer la guerra á Filipo, concluye de este modo:

»A vista de esto, me preguntas, Esquines, ¿por qué virtudes pretendo que se me decreten coronas? Pues yo te respondo sin recelar: porque en medio de nuestros magistrados y de nuestros oradores generalmente corrompidos por Filipo y Alejandro, siendo tu el primero de ellos, he sido el único á quien, ni las delicadas y críticas circunstancias, ni las persuasiones, ni las promesas magníficas, ni la esperanza, ni el temor, ni el favor, ni cosa alguna de este mundo me han podido mover á que desista de lo que creia favorable á los derechos é intereses de la patria: porque cuantas veces he aventurado mi parecer y mis consejos, no lo he hecho como tu, cual mercenario, que semeiante á una



balanza, siempre se inclina al lado que recibe mas peso; sino que una intencion justa y recta ha dirigido siempre todos mis pasos: porque, en fin, llamado y exaltado mas que ningun otro de mi tiempo á los primeros empleos, los he servido y desempeñado con una religion escrupulosa y con una perfecta integridad. Por esto pido que se me decreten coronas. » Desde luego puede conocerse el diferente tipo de las amplificaciones entre el orador griego y latino. El modo con que Demóstenes agranda los objetos (ha dicho un autor recomendable) (1) ó amplifica, jamás pertenece á la imaginacion: consiste en dar á los racionios amplitud, fuerza y dignidad. Estiende menos que profundiza; grava en lugar de pintar; y por mudar de imágen, estiende los brazos con menos gracia, pero los estrecha con mas vigor y nérvio que Ciceron.

#### ANTEOCUPACION Ó PREVENCIÓN.

Por esta figura presentimos las razones mas poderosas de que se podia valer nuestro adversario, y las rebatimos anticipadamente. No hacemos en ello otra cosa que imitar la conducta del que marcha por un camino que ve obstruido por un estorbo, el cual separa ante todo el obstáculo que se opone á su marcha, para poder continuarla con mas ligereza y facilidad. El uso de esta figura cuando se emplea con éxito, mejora extraordinariamente la posicion del que habla, pues le desembaraza de dificultades é inconvenientes, y le deja dueño á su placer de la marcha de la discusion. Por este dies-

(1) Monsieur Batteux.

tro manejo se quita al menos gran fuerza á los argumentos contrarios, ya que no se les destruya de todo punto, porque se les despoja del mérito de la novedad y de la viveza de una primera impresion. Toda objecion no es mas que un tiro embotado, una saeta sin punta, cuando préviamente se ha apoderado de ella el orador, la ha analizado y rebatido. El que se vale de la anteocupacion hace lo que el maestro de esgrima, que á los primeros golpes desarma á su contrario y queda dueño del campo y de la victoria. Tiene ademas otra ventaja, porque no solo forzamos por esta figura las trincheras en que se ha de mostrar despues parapetado nuestro impugnador, sino que desconcertamos completamente el plan meditado de su discurso, porque le inutilizamos una gran parte de las fuerzas que en él se proponia desplegar.

### TERCERA CLASE.

---

**Figuras de pensamiento, para atenuar una idea.**

#### PRETERICION.

Por la pretericion fingimos pasar en silencio ó indicar solo muy ligeramente, lo que sin embargo de este artificio anunciamos de una manera muy clara y fijamos con pocos, pero con muy marcados rasgos. Estos son otras tantas heridas que se hacen al paso; pero heridas tanto mas profundas, cuanto que la velocidad aumenta la fuerza del golpe y que el veneno va desleido en cada uno de los pensamientos y palabras. Ciceron

tiene en su primera Catilinaria un modelo acabado de esta figura.

RETICENCIA.

Esta es la figura por la cual el orador se muestra contenido en medio de su fuego ó impetuosidad por alguna consideracion de pudor ó de prudencia que le ocurre en aquel instante y que le obliga á detenersé y á reservar la idea ó frase que iba á emitir. Sirva de ejemplo aquella oracion del mismo Ciceron contra Catilina, en que en medio de un arrebato y cuando el auditorio espera el complemento de la esplosion, la suspende con arte, y dice: «no me atrevo á proseguir por temor de proferir alguna cosa indigna de mí al decir una digna de tí.» El uso de esta figura es de un resultado seguro, porque los oyentes se colocan instantáneamente en el lugar del orador, y quieren adivinar todo lo que éste ha callado, dándole en su mente mas importancia, mas realce y formas mas gigantescas.

CUARTA CLASE.

---

**Figuras para espresar y mover las pasiones.**

INTERROGACION.

Colocaremos en el número de las figuras de esta clase en primer lugar á la interrogacion. Esta tiene por lo pronto la ventaja de granjearse la benevolencia y asentimiento de los oyentes, cuyo amor propio se lisonjea al ver que el orador les pregunta pareciendo querer

someterse á su fallo, y que los constituye jueces y árbitros de su razon. Ademas, la interrogacion es la figura mas pronta, mas enérgica y mas apremiante, porque hundiendo al adversario bajo el peso de una pregunta indeclinable, le corta todos los caminos de retirada, y le coloca frente á frente con la cuestion entre su derrota y su vergüenza. Esta forma del pensamiento es siempre mas viva, mas incisiva y penetrante que la forma tranquila y amanerada de esposicion. Un filósofo ha dicho, contrayéndose á los grandes conquistadores:

» ¡Qué! ¿Roma é Italia convertidas en ceniza, me harán honrar á Sila? ¿Admiraré en Alejandro lo que detesto en Atila? ¿Llamaré virtud guerrera á un valor mortífero que baña sus manos en mi sangre? ¿Podré forzar á mi lengua á que alabe á un héroe nacido para causar la desgracia del género humano?» Cada una de estas preguntas es un dardo que va derecho al entendimiento y al corazon, pero cuya fuerza y cuyo calor se pierden en el momento en que se quiere reducir las ideas á la forma espositiva.

A las veces el orador desea como aqui, repetir estas impresiones, quiere aumentar el calor que producen, y entonces se vale del medio de redoblar sus interrogaciones que es lo que un crítico ha llamado esplosion de rayos de la elocuencia. Un bello ejemplo tenemos en la primera Catilinaria, en que las reiteradas y enérgicas preguntas de Ciceron rodean por todas partes al acusado sin dejarle medio alguno de evasion ni de respuesta. Una gran parte del mérito de los discursos de Demóstenes, se debe á sus repetidas interrogaciones tan oportunas como aterradoras.

Dos reglas deben tenerse muy presentes para hacer un uso acertado de esta figura. Primera: que cada pregunta debe contener una idea diferente para que sea, no una amplificación vacía, sino un nuevo apoyo á la que le precede. Segunda: que no se emplee esta locución para el desenvolvimiento de los principios sobre que descansa el discurso, pues que entonces en vez de herir el corazón, esparce por lo comun la oscuridad en el entendimiento. Esta es una figura de pasión y debe reservarse para dar por ella salida á los grandes movimientos. Despues de las interrogaciones es de mucho efecto una proposición cortada y perentoria, ó una exclamación profunda íntimamente ligada con lo que se acaba de decir.

Una observación importante se debe hacer antes de concluir sobre este punto, y es; que la forma interrogativa sin negación equivale á la espositiva negativa; como: »¿deberemos preferir la vida en el oprobio á una muerte honrosa y á la gloria que por ella se adquiere?» Pero cuando la forma interrogativa tiene negación equivale á la espositiva afirmativa, como por ejemplo: »¿no se muere al fin una vez por mas que cobardes queramos huir de los peligros?»

#### SUBJECCION.

La subjección es una figura por la cual el orador pregunta á su adversario ó á sus oyentes encargándose él mismo de dar la respuesta. Este giro participa en su forma de la interrogación y le son comunes por lo tanto su fuerza y su efecto.

#### DUBITACION.

Por esta el orador se muestra dudoso de lo que debe

decir ó hacer, aunque lo sabe bien y lo tiene anteriormente resuelto. La duda que se aparenta no existe en realidad; pero se muestra el ánimo perplejo para dar á lo que se dice mayor fuerza y realce. Pide por lo comun ocasiones solemnes, y cuando se usa con oportunidad y con tino son seguros sus resultados. Citaremos por ejemplo aunque se halle tan repetido por varios autores á causa de su belleza, el razonamiento que Tito-Libio pone en boca de Escipion dirigiéndose á sus soldados: » No encuentro (dice) palabras para hablaros, ni aun sé el nombre que os deba dar. ¿Os llamaré ciudadanos? No, porque habeis faltado á vuestra patria. ¿Soldados? Tampoco, porque habeis quebrantado vuestros juramentos. ¿Enemigos? No puede ser porque veo los rostros, los trages y el exterior romanos. Mas vuestros dichos, vuestros proyectos y vuestra conducta son de enemigos de Roma.»

#### ESCLAMACION.

Esta es la espresion viva de los afectos, el desahogo de una pasion vehemente y profunda. Chateaubriand hace decir al jóven salvaje en uno de sus mas bellos episodios: «¡Ah, que no hubiera yo bajado antes al pais de las almas! Al menos hubiera evitado las desgracias que me aguardaban sobre la tierra.»

#### OPTACION.

Es la figura por la cual se espresa un deseo. En el mismo autor y en el propio episodio, se leen las siguientes frases: »¡Ojalá apague Mila este faról! ¡Quié-

ran los dioses que su boca derrame sobre él una sombra gustosa! Fertilizaré yo su seno; estará pendiente de su fecundo pecho la esperanza de la patria, y fumaré mi pipa de paz sobre la cuna de mi hijo.»

#### DEPRECACION.

Esta es la espresion de un deseo, á que acompaña el ruego que dirigimos á alguna persona para que acceda á nuestras súplicas. Nunca deben ser estas bajas, aunque sí templadas ó modestas. Huerta, en su Raquel, nos ofrece un buen modelo de esta figura en la arenga que dirige Hernan Garcia al rey D. Alfonso.

#### IMPRECACION.

La imprecacion consiste en amenazas y maldiciones, y prueba no solo la fuerza, sino tambien el delirio de la pasion. Asi ciego y frenético dice Chactas al misio-nero: »¿Es esta la religion que tanto me habeis ponderado? ¡Perezca el juramento que me quita á Atala! ¡Muera el Dios que se opone á la naturaleza! ¡Hombre, sacerdote! ¿Qué has venido á hacer á estos bosques?»

#### CONMINACION.

Se parece mucho á la anterior: su fin es intimidar poniendo á la vista el mal que se seguirá á los oyentes, y tiene mucho uso en la elocuencia sagrada para inducir por el temor á la penitencia.

APÓSTROFE.

Esta es una de las figuras mas vivas, mas vehementes y de mas fuerza y efecto; pero es necesario que la magnitud é importancia del objeto y el calor del discurso la reclamen ó autoricen, porque en otro caso degenera en una hinchazon ridicula y risible. Por este movimiento el orador aparta su vista de los que le oyen, para dirigir la palabra á objetos ausentes, á Dios, á la tierra, á los muertos, y aun á seres inanimados y metafísicos. Bossuet, en la oracion fúnebre de la duquesa de Orleans, y Flechier en la de Turena, abundan en apóstrofes las mas felices. A veces es doble esta figura, y entonces lleva el calor y la vehemencia hasta el último grado. Citaremos algunas apóstrofes en verso de las que dan mucha vehemencia ó magestad á los pensamientos: tal es la de Garcilaso en su conocido soneto:

» ¡Oh dulces prendas por mi mal halladas,  
Dulces y alegres cuando Dios quería!  
Juntas estáis en la memoria mia  
Y con ella en mi muerte conjuradas, etc.»

No es menos bella ni menos tierna la apóstrofe que usa doña Gertrudis Avellaneda al partir de la isla de Cuba para España.

» ¡Perla del mar! ¡Estrella de Occidente!  
¡Hermosa Cuba! Tu brillante cielo  
La noche cubre con su opaco velo  
Como cubre el dolor mi triste frente.  
¡Voy á partir! La chusma diligente  
Para arrancarme del nativo suelo



Las velas iza, y pronta á su desvelo  
La brisa acude de tu zona ardiente.  
¡A Dios patria feliz! ¡Eden querido!  
Do quier que el hado en su furor me impela  
Tu dulce nombre halagará mi oido.  
¡Ay! que ya cruje la turgente vela,  
El ancla se alza, el buque estremecido  
Las olas corta, y silencioso vuela.»

Concluiremos con otro apóstrofe bellissimo del señor  
Espronceda en su himno al Sol.

»Pára y óyeme; ¡oh sol! yo te saludo  
Y estático ante tí me atrevo á hablarte:  
Ardiente como tú mi fantasía  
Arrebatada en ánsia de admirarte  
Intrépidas á tí sus alas guía.  
¡Ojalá que mi acento poderoso  
Sublime resonando  
Del trueno pavoroso  
La temerosa voz sobrepujando  
¡Oh sol! A tí llegára,  
Y en medio de tu curso te parára!

#### PERSONIFICACION Ó PROSOPOPEYA.

Esta figura de pensamiento por movimiento presta á las cosas insensibles, sentimientos y pasiones, y las hace hablar como si estuvieran dotadas de accion y de palabra. Sirva de ejemplo la profecia del Tajo de fray Luis de Leon, que empieza asi:

»Folgaba el rey Rodrigo  
Con la hermosa Caba en la ribera  
Del Tajo, sin testigo:

El pecho sacó fuera  
El rio, y le habló de esta manera :  
En mal punto te goces  
Injusto forzador ; que ya el ruido  
Oigo yo , y las voces,  
Las armas y el bramido  
De Marte, de furor y ardor ceñido.»

Tales son los principales tropos y figuras de que puede hacerse uso en la elocuencia. Una vez explicados podemos elevarnos algun tanto, y tratar de la imaginacion y del sublime, para pasar luego que sea conocida su teoria, á la formacion de un discurso, en cuya estructura deben aprovecharse todos estos materiales. Comprendidos todos los elementos que entran en su formacion, nada mas facil despues que hacer su aplicacion oportuna, dando los primeros pasos en el arte de la oratoria.

Droz.  
Bateux.  
Fenelón.  
Araujo.  
Capmany.  
Mayans.





## LECCION V.

---

De la imaginacion y del sublime.

**L**a imaginacion es el pincel del entendimiento. Este forma, combina y produce las ideas, aquella les presta su seductor colorido.

Imágen quiere decir retrato ó pintura; la imaginacion, pues, consiste en retratar ó pintar los objetos por medio del lenguaje del modo que mas interesen y agraden á los que nos escuchan. Un discurso sin imágenes podrá tal vez convencer; pero no llegará nunca á deleitarnos y menos á conmovernos.

La imaginacion no es el esclusivo tipo del sublime. Verdad es que en él se ostenta en todo su poder y valentia, y como haciendo la prueba de sus fuerzas; pero recorre tambien todas las gradaciones de la naturaleza y de la expresion desde el objeto y lenguaje mas sencillo al mas elevado.

A las veces se contrae á objetos agradables; otras á

fuertes y terribles. En el primer caso es la honda que juguetea sobre la arena; en el segundo, la ola espumante que rompe furiosa contra la roca. En aquel es el blando céfiro que forma en las ramas del bosque un sonido parecido al suspiro de la felicidad: en éste es el huracan que troncha los robles y hace estremecer al mundo. Hablemos, pues, de la imaginacion en todas sus gradaciones.

Puede quererse pintar un objeto ó una idea sencillas, y entonces el language debe tener mucha sencillez y naturalidad. Hero, esperaba todas las noches á Leandro que atravesaba á nado para verla, el estrecho del Helesponto, y el poeta al pintar la distraccion de la jóven enamorada cuyo corazon latía entre el temor y la esperanza, la hace decir:

» Y absorto en ti mi pensamiento loco,

A veces con el huso el suelo toco. »

¿ Puede darse una espresion mas sencilla y al mismo tiempo mas bella? Para conocer toda su propiedad es menester haber pasado muchas horas en las veladas de una aldea: cuando la familia reunida en silencio alrededor del hogar ve deslizarse un tiempo que parece volar por su lentitud con alas de plomo; cuando el pensamiento vaga incierto por el campo de melancólicos recuerdos; cuando resuena con triste tañido la campana de la iglesia vecina que llama á la oracion y á la quietud; cuando el tronco que arde á nuestra vista cubierto de una capa blanquecina y agrietada parecida á la capa de dolor que envuelve la vida del hombre, arroja alguna chispa semejante á los destellos de esperanza que parten de un corazon mústio y lacerado. ¡ Dichoso quien en tales horas tenga alguna idea fija y agradable que le

ayude á sobrellevar la pesada carga del tiempo! Hero la tenia, olvidaba su ocupacion entregada á sus pensamientos, y el poeta ha sabido describir en un solo rasgo la profunda distraccion de un alma que solo vive en sus memorias.

Puede otras veces quererse pintar un sitio ó una idea agradable, y entonces la imaginacion debe inspirar un lenguaje propio, dulce y sonoro á la vez. Hé aqui unos versos de Garcilaso en su égloga primera que pueden servir de modelo:

»El, con canto acordado  
Al rumor que sonaba  
Del agua que pasaba  
Se quejaba tan dulce y blandamente,  
Como si no estuviera de allí ausente  
La que de su dolor culpa tenia:  
Y así como presente  
Razonando con ella le decia.»

Otras veces queremos añadir un colorido de descripción, y entonces debe el lenguaje corresponder al objeto que se describe. He aqui una bella descripción de un sitio ameno, que leemos en la oda 25 de Anacreon:

»A la sombra, Batylo  
Reclinate; ¡ cuán grata  
Y cuán bella es la sombra  
De la fresca enramada!  
Las blandas hojas mueve  
Del céfiro agitada  
Con un suave estruendo  
Que dulcemente encanta,  
Y cerca se desliza  
Una dulce fontana.

¿De tan feliz manida  
Quién viéndola se pasa?»

(Traducción de D. José Antonio Conde.)

Del mismo género son estos otros versos de Garcilaso  
en el lugar antes citado:

»Corrientes aguas, puras, cristalinas;  
Arboles que os estais mirando en ellas,  
Verde prado de fresca sombra lleno,  
Aves que aqui sembráis vuestras querellas,  
Yedra que por los árboles caminas  
Torciendo el paso por su verde seno.  
Yo me ví tan ageno  
Del grave mal que siento,  
Que de puro contento  
Con vuestra soledad me recreaba  
Donde con dulce sueño reposaba;  
Y con el pensamiento discurría  
Por donde no encontraba  
Sino memorias llenas de alegría.»

Otras veces se quiere dar á la descripción un aire  
marcado y suave de naturalidad, y de este género son  
los siguientes versos de D. Esteban Manuel de Villegas:

»Yo ví sobre un tomillo  
Quejarse á un pajarillo  
Viendo su nido amado  
De quien era caudillo  
De un labrador robado.  
Vile tan congojado  
Por tal atrevimiento  
Dar mil quejas al viento  
Para que el cielo santo  
Lleve su triste llanto,

Lleve su triste acento.  
Ya con triste armonía  
Esforzando el intento  
Mil quejas repetía.  
Ya cansado callaba  
Y al nuevo sentimiento  
Esforzado volvía.  
Ya rastrero corria,  
Ya, pues, de rama en rama  
Al rústico seguía  
Y saltando en la grama  
Parece que decía :  
Dame rústico fiero  
Mi dulce compañía;  
Y que le respondía  
El rústico , no quiero. »

De la misma entonacion son aunque mas vivos y sobre diferente objeto, los siguientes versos de Gaspar Gil Polo:

» Entre la arena cogiendo  
Conchas y piedras pintadas  
Muchos cantares diciendo  
Con el son del ronco estruendo  
De las ondas alteradas ,  
Junto al agua se ponía  
Y las ondas aguardaba  
Y al verlas llegar huía:  
Pero á veces no podía  
Y el blanco pie se mojaba.

En otras ocasiones se quiere dar al language cierto tono de gravedad y de este género es el discurso que Alonso de Ercilla pone en la Araucana en boca de Colocolo :



»Caciques del estado defensores :

Codicia del mandar no me convida

A pesarme de veros pretensores

De cosa que á mí tanto era debida.

Porque segun mi edad , ya veis señores

Que estoy al otro mundo de partida:

Mas el amor que siempre os he mostrado.

A bien aconsejaros me ha incitado.»

Otras veces se quiere dar al lenguaje elevacion , presentando por él un pensamiento atrevido y profundo. Tal se ve en Chateaubriand cuando nos dice :

»A cualquier acontecimiento y á todas las horas del dia meditaba yo sobre aquellos monumentos. Al mismo sol que habia visto abrir los fundamentos de aquellas ciudades , lo veia yo muchas veces ponerse majestuosamente sobre sus ruinas. Otras veces , elevándose la luna en medio de un cielo sereno entre dos urnas cinerarias , me manifestaba los pálidos sepulcros ; y á los rayos de ese astro que alimenta las ilusiones , me pareció ver tal vez al génio de la memoria sentado á mi lado con ademan pensativo.»

Mas esta elevacion y esta fuerza corresponden ya al sublime de que nos vamos á ocupar muy detenidamente , porque es el que mas hace brillar al orador. Los demas oradores que sobresalgan en otros géneros de elocuencia podrán ser el emblema de los dioses que dirigen y dominan al mundo ; pero el orador que descue-lla en el sublime , será el emblema del mismo Júpiter que manda á los otros dioses , que impele las tempestades , y que lanza el rayo con su brazo omnipotente.

Puede hallarse el sublime en el objeto , en la idea y en la manera de espresarla. En cuanto á los objetos , en

cada circunstancia, en cada hora y á cada paso varía el aspecto de la naturaleza, y con él varían tambien las impresiones y sentimientos que despierta en nosotros. La mañana es por lo comun alegre y placentera; la tarde melancólica y contemplativa. Agradable es el arroyuelo que se desliza puro y bullicioso sobre un lecho de guija, y corre besando las adelfas que bordan sus márgenes; imponente y aterrador es el torrente que arrastra entre sus espumosas aguas al pino derrumbado de la colina. Nos deleita la vista del valle vestido con todas sus galas cuando le contemplamos desde una pequeña altura; nos asusta sin embargo la profundidad escarpada del precipicio en que se pierden nuestros ecos como la sonda en el Océano. Los primeros objetos convidan al placer; los últimos nos aterran, porque nos representan un poder cuya idea concebimos de una manera siniestra y medrosa. Hé aquí la fuente principal del sublime. Entonces á la grandeza del objeto responde la grandeza del pensamiento; y como todo lo que es grande es elevado, el alma se eleva al contemplarlo, la imaginacion es herida con una impulsión estraña, y la lengua traduce la agitacion del espíritu con imágenes osadas y gigantescas.

La vista, pues, de lo extraordinario, la idea del poder empeñado en protegernos ó en abatirnos, es lo que forma el sublime en los objetos. Nuestra alma recibe esa vibracion imponente y forma una idea elevada y magnífica. Nuestra lengua se vale de una frase enérgica y concisa, rápida como la exhalacion; y hé aquí todo el secreto del sublime en el objeto, en la imagen y en la palabra. Dijo Dios, segun el Génesi: »Hágase la luz,» y la luz fue hecha. Aria ofrece á Peto el puñal

despues de haberse herido , y le dice : »Peto , esto no hace daño alguno :» preguntan á Medea : ¿ qué te queda contra tantos enemigos ? Y ella responde : » Yo misma. » César dice al marinero que temia lanzarse con él al mar embravecido : »Qué temes ? Llevas á César.» Manifiestan á Horacio cuando marchaba al combate que tal vez habria que llorarle , y él responde : »¿Pues qué , me llorareis muriendo por mi patria ?» Dan al padre de los Horacios la nueva de que dos de sus tres hijos habian muerto y que el tercero habia huido ; se indigna el anciano por aquella fuga , y le preguntan : » ¿ Qué queréis que hiciera ? » *Que muriese,* » responde con voz terrible. Lloro una madre la muerte de su hijo único ; un sacerdote para consolarla le recuerda el ejemplo y la resignacion de Abraham dispuesto á sacrificar á su hijo al mandato de Dios , y ella le responde : » ¡ oh padre ! Dios no hubiera exigido jamás ese sacrificio de una madre. » Todos estos son rasgos sublimes porque tienen á la vez elevacion y brevedad.

Segun esto , el sublime no puede admitir amplificacion. Amplifiquese un rasgo sublime ; adquirirá armonia y belleza si se quiere ; pero perderá energia y cambiará su índole y sus efectos. Marcial ha querido ampliar el citado pasage de Aria , y pone en su boca estas palabras dirigidas á su esposo : » La herida que me he hecho no me causa dolor : mas el golpe que te vas á dar , Peto , es lo que me hace sufrir. » ¿ Qué queda en esta nueva version de la energia y profundidad de la primera ? Nada absolutamente.

Se ve , pues , que la medida de las disposiciones para el sublime en cada individuo , será la de su imaginacion y sensibilidad. El temple del alma es , si cabe de-

cirlo así, parecido al temple del cuerpo. Una mano áspera y callosa no siente el tacto suave que haría estremecer y comunicaría una corriente eléctrica á otra mano delicada y fina. Así también la magnitud de los cuadros de la naturaleza y las vibraciones que comunican, son como perdidas para las almas duras ó poco impresionables que asisten á la escena del mundo sin interesarse ni conmoverse. Por esta razón, sin duda, pensó Longino que á su tratado sobre el sublime debía preceder el de las pasiones.

En la línea de lo sublime en cuanto á los objetos, debe contarse la oscuridad. Así lo ha comprendido un célebre poeta inglés, cuando haciendo la pintura de la divinidad, en medio de su profusion de imágenes brillantes, concluye de este modo:

»Y pone en derredor del trono escelso

La augusta majestad de las tinieblas.»

Sin embargo, á veces una luz pálida y dudosa realza el sublime mas que la oscuridad absoluta de cuya observacion se ha aprovechado Virgilio en el libro sexto de su Eneida, cuando dice:

»Tal era aquel camino por do iban

Cual es el de una espesa selva humbrosa

Cuando la luna muy menguante y vieja

Dá al mundo escasa luz y amortiguada.»

(Traduccion de Hernandez de Velasco.)

Fijados ya los principios y reglas sobre el sublime, vamos á presentar modelos procurando al mismo tiempo analizarlos, porque como hemos dicho, éste es el punto mas difícil y de mas interés en la elocuencia, puesto que en él consiste el mayor poder y mérito del orador.

Tomaremos los primeros ejemplos de la poesía lírica sagrada, cuya ventaja en punto á sublimidad es incontestable.

El primer cuadro en que el poeta sagrado espresa en el salmo 103 su admiración y reconocimiento al ver las obras divinas, dice así:

» ¡ Señor, tu alteza  
Qué lengua hay que la cuente!  
Vestido estás de gloria y de belleza  
Y luz resplandeciente. »

La gloria, la belleza y la luz resplandeciente son tres cosas magníficas é imponentes por sí; el poeta las escoge, las reúne en un mismo cuadro, y hace de ellas la vestidura del Altísimo. ¡Qué pensamiento tan sublime!

Pero lo son mas todavía y dan del poder la idea mas asombrosa, los siguientes versos del cuadro segundo.

» Encima de los cielos desplegados  
Al agua diste asiento.  
Las nubes son tus carros; tus alados  
Caballos son los vientos.  
Son fuego abrasador tus mensajeros  
Y el trueno y torbellino. »

No se sabe á cuál dar la preferencia entre tan sublimes pinturas. » Encima de los cielos desplegados... » Parece que toda esta inmensa bóveda no sea mas que una reducida y flexible tienda que el Hacedor pliega y desplega en un momento como por un leve juguete de su omnipotencia.

» Las nubes son tus carros... » ¿Se podía haber escogido una carroza mas veloz, mas imponente, ni mas misteriosa?

» Tus alados caballos son los vientos... » Los vientos

son los alazanes de Dios, en sus alas camina y sobre ellos recorre el espacio. Ni en Homero ni en ningún otro poeta se hallan pensamientos tan magníficos. ¿Cuáles son los batidores que preceden al poder y gloria divina en sus rápidos movimientos?

»Son fuego abrasador tus mensajeros

Y el trueno y torbellino.»

Al leer estos últimos versos el espanto se apodera de nosotros; conocemos toda nuestra pequenez á cuyo lado resalta más ese inconcebible poder que se anuncia por mensajeros tan formidables, y la impresión de nuestro asombro excede en mucho, aunque en otra línea, al que pudo producir el Edipo de Sófocles ó la Eumenides de Esquiles.

No son menos atrevidos los siguientes pensamientos del cuadro tercero en que el poeta habla de la tierra, y dice:

»Los mares la cubrían de primero

Por cima los collados;

Mas sonó de tu voz el trueno fiero,

Y huyeron espantados.»

Es necesario detenerse para conocer toda la sublimidad de estas ideas.

»Los mares la cubrían de primero....

Por cima los collados....»

¡Qué mares tan insondables! Fijémonos en las aguas de este elemento contenido hoy dentro de los límites que marcan su esclavitud. Contemplemos su profundidad: el asombro y el temor nos poseen. Miremos después la cima de los Andes ó de nuestros Alpes. ¡Qué elevación tan pasmosa! Pues esta elevación unida á aquella profundidad es la medida de los mares que dá

el Profeta. La imaginacion apenas la alcanza.

»Mas sonó de tu voz el trueno fiero

Y huyeron espantados....»

¡Qué voz debería ser tan poderosa para que hiciera á estos mares abandonar su posesion, huir despavoridos, y precipitarse en su fuga para quedar encarcelados y dejar libre la tierra!

En el cuadro sexto se añade:

»Mas tornará tu soplo, y renovado

Repararás el mundo:

Será sin fin tu gloria, y tú alabado

De todos sin segundo.

Tú que los montes ardes si los tocas

Y al suelo dás temblores.»

El rasgo de pintar el poder de Dios animándolo todo con su soplo, es muy sublime; pero lo son sin duda mas los últimos versos en que el ligero contacto de su dedo convierte los montes en llamas y hace vacilar el mundo. El pasage tan ponderado de la Iliada en que el solo sacudimiento de la cabellera de Júpiter conmueve el Olimpo, no iguala á éste en que no se agita, sino que se inflama y consume la materia menos combustible á la aproximacion del dedo del Todopoderoso, y el globo entero se queda en una oscilacion de angustia.

Añadiremos algunos ejemplos de la poesía griega.

La Iliada, al hacernos la pintura de la diosa de la Discordia, nos dice que tiene:

»La cabeza escondida allá en los cielos

Y sus plantas asienta acá en la tierra.»

Esta medida dada por el entusiasmo de Homero, era la mas sublime y la mas propia para representar el influjo y el poder de este génio infernal.

De este modo pinta la marcha de los dioses:

»Cuanto espacio divisa un hombre puesto  
En la orilla del mar sobre alta roca,  
Tanto avanzan de un salto los caballos  
Que tiran de los dioses la carroza.»

Todo el horizonte es la medida de este salto: ¿Quién (dice un crítico recomendable) al ver la magnificencia de esta hipérbole, no esclamará con razon que si los alazanes de los dioses quisieran dar un segundo salto no les bastaría todo el espacio del mundo?

No es menos magnífico el pasage en que pinta el carácter del guerrero que pide la luz á Júpiter aunque tenga que combatir contra él.

»Destierra, ¡oh, gran Dios! de nuestro campo  
Las espesas tinieblas que nos cercan,  
Y despues con la luz si te agradáre  
Entra contra nosotros en pelea.»

Digamos ahora algo de la poesia latina.

El audáz Turno, creyendo perseguir á Eneas, cuya imágen habia puesto Juno en un barco, salta en él; pero es apartado de su campo y bien pronto reconoce su error. Entonces, poseido de una indignacion desesperada, dirige esta súplica al viento:

Tén tú piedad de mi, animoso viento,  
Y condesciende al punto al ruego mio:  
Aumenta el soplo, esfuerza el bravo aliento  
Y en dura roca rompe este navío.»

Tal debia ser el language de un valor indignado á la vista de un engaño que podia eclipsar la gloria á tanto precio adquirida.

Despues hace decir Virgilio al impío Mecencio al acometer á su enemigo:



»Mi diestra, que es mi Dios, y aquesta lanza,  
Que en ella firme é impávido meneo,  
Me dén en este paso buena andanza,  
Y cumplan mi justísimo deseo.»

Pero todavía hay mas osadía, mas arrogancia, y mas ciega confianza en sí mismo, en los siguientes versos que el poeta pone en boca de Eneas:

»Así lo haga el padre omnipotente  
De los dioses: él quiera aliento darte:  
Hágate el alto Apolo tan valiente  
Que conmigo te atrevas á trabarte.»

En la literatura oriental se encuentran tambien rasgos muy sublimes. Tales son los siguientes tomados de los fragmentos de Antár:

»Vale mas morir combatiendo, que vivir en la esclavitud. Mientras se me cuenta en el número de los esclavos, mis acciones atraviesan las nubes para elevarse hasta donde es imposible subir.

La muerte es una fuente de la cual es indispensable beber tarde ó temprano. Cesad, pues, de reconvenirme, porque si no me muero, será preciso que me maten. Quiero vencer á todos los reyes que estan ya cerca de mis pies temiendo los golpes de mi brazo terrible. Hasta los tigres y los leones me estan ya sumisos. Cuando apercibo la muerte, la haría un turbante de mi sable.

Mi guarida está en la polvareda del campo de batalla.

He hecho huir á los guerreros enemigos, arrojando á tierra de un golpe el cadáver de su gefe. Ved su sangre que gotea de mi sable.»

Pasemos á la poesía inglesa.

Sublime es el rasgo que Milton pone en boca de Satanás en su paraíso perdido.

»Salgo á buscar la libertad de todos

Solo y sin compañero;

Que peligros partir con nadie quiero.»

De la muerte dice que era :

»Negra como la noche mas oscura

Y cual diez furias infernales brava.»

Y despues añade :

»Del escuálido espectro la amenaza

Mil veces mas horrible hizo su traza.»

Yung abunda igualmente en pasages sublimes, principalmente en la paráfrasis del libro de Job. Del mar dice :

»Cuando horrible tormenta lo oscurece

Y con hirvientes olas lo embravece,

Viendo allí impreso mi inmortal decreto

Que dice : á tu furor es concedido

Llegar aquí, no pases atrevido,

Las olas amansando con respeto

En su centro obediente se contiene,

Y la orilla á besar humilde viene.»

Presentar á Dios escribiendo sobre la arena de las playas el decreto que debe enfrenar la cólera de los mares, es un pensamiento tan gigantesco como profundo; y la antítesis que le sigue es tan feliz como bella.

Del caballo hace una magnífica pintura, concluyéndola de este modo :

»Responde relinchando dénotado

Del clarín enemigo al son guerrero,

Hasta que desangrado

Dá el último sollozo y el primero.»

En los pensamientos que siembra este autor en sus Noches, se encuentra del mismo modo mucha sublimidad. En la quinta dice:

»La opulencia en que el rico se complace;  
De los héroes la gloria y las proezas;  
De los monarcas mismos las grandezas  
Todo al fin se termina en: »aquí yace.»

En otra parte dice del Altísimo:

»Tú mandas, y soles se encienden y mundos existen. Vuelves á mandar, y aquellos se apagan y éstos perecen. Con una mirada tranquila los ves nacer, y con la misma aniquilarse.... Hiciste seña con una de tus miradas poderosas, y al momento salieron mundos enteros de la nada y ocuparon su lugar; hiciste otra nueva seña y desaparecieron. Dé todo esto no sentiste mas alteracion que la que experimenta el sol á la vista de los insectos que sus primeros rayos hacen nacer y mueren antes de ponerse.»

Hé aqui otra pintura de un conquistador, notable por su sublimidad.

»¡Cuán formidable es un rey á la cabeza de un ejército de guerreros dispuestos á marchar á su primera orden! Manda, y cien mil espadas brillan. El se acelera para hacer la conquista del mundo. El lustre de sus armas reverbera hasta las nubes; el terror le anuncia, y la desolacion le sigue. Ejércitos enteros huyen cuando él se acerca, y cada uno de sus pasos es una victoria. Las naciones tiemblan delante de él, y los pueblos se prosternan bajo su yugo muy dichosos aun de ser sus esclavos. El rumor de sus conquistas ha penetrado ya hasta los confines de la tierra, y se adelanta á señalar los límites que él ha puesto á sus victorias. Llega has-

ta los desiertos de la Arabia, y no siente sino el no haber hallado una resistencia digna de él.

El orgullo transforma su valor en furor; y en este frenesí blasfema del Todopoderoso; pero este Señor ve su audacia, y su soplo agita las arenas del desierto así como los vientos sublevan las olas del mar. El cielo se oscurece repentinamente, el día se eclipsa; montañas de arena cubren al insolente mortal, y él con todos sus guerreros son ahogados en el polvo. Un momento les aniquila y ni aun sus vestigios subsisten ya.»

Los siguientes rasgos al hablar de Lisboa, son mas atrevidos todavía:

»Sus cimientos reposan sobre montañas nacidas con el tiempo en un mismo día. Sobre montañas cuyas raíces se pierden en los abismos del Océano que une y separa al mismo tiempo los mundos: sobre montañas que no pudieron ser movidas cuando una parte del mundo fue tragada por las aguas, cuando Atlante se abismó y mandó al laborioso Océano produjese el Mediterráneo. La cima de sus torres se perdía en las nubes, y la soberbia altura de sus suntuosos palacios era desde lejos el brillante punto de vista hácia el que miles de velas se encaminaban diariamente para disponer de las riquezas que conducian de todas las partes del universo.... Pero la hora terrible de su destino llegó, y la hirió.... El Omnipotente hace una seña repentinamente, los vapores de las cavernas subterráneas se abrazan, y estendiéndose con una incomprensible rapidez, levantan la corteza exterior de la tierra. Ensoberbécese el fondo del mar, y tres veces el Océano es arrojado fuera de su lecho, é igual número de ellas tiemblan las costas

de ambos mundos. Los reinos asombrados ven á sus monarcas huir con espanto de sus vacilantes tronos, olvidando sin trabajo en este instante que eran dioses, y hé aquí el momento que va á decidir la suerte de Lisboa. Los cimientos de las montañas se conmovieron hasta las raices mas profundas, y sus campanarios y palacios son derribados por un horrendo fracaso, enterrando debajo de sus ruinas á una multitud de habitantes; y hé aquí cómo un cuarto de hora terrible abisma la obra de muchos siglos. ¡ Oh, Dios mio! ¿ Quién es semejante á tí? El cielo es tu trono y la tierra tu tarima. Tú puedes humillar á los grandes y elevar á los pequeños; hacer de un rey un esclavo, y de un esclavo un rey, y reducirlos ambos á polvo.»

Seria no acabar nunca si quisiéramos presentar todos los modelos sublimes que se ofrecen á nuestra leccion. Citemos ahora algunos de la poesia española.

D. Manuel José Quintana ha dicho en su canto al armamento de las provincias españolas contra los franceses en 1808.

» Eterna ley del mundo aquesta sea ;  
En pueblos ó cobardes ó estragados  
Que rueda á su placer la tiranía :  
Mas si su atroz porfia  
Osa insultar á pechos generosos  
Donde esfuerzo y virtud tienen asiento ,  
Estréllese al instante  
Y de su ruina brote el escarmiento.  
Dijo así Dios : con letras de diamante  
Su dedo augusto lo escribió en el cielo ,  
Y en torrentes de sangre á la venganza  
Mandó despues que lo anunciase al suelo .»

Esto último especialmente es de todo punto atrevido, gigantesco, y sublime.

Del mismo género es el siguiente pensamiento de don Alberto Lista en su composición sobre la Providencia.

» Deja que á la virtud hermosa y pura  
La adversidad persiga,  
Y que al malvado la fortuna impura  
De rosa y de laurel corone amiga;  
Deja al desorden que domine al mundo!...  
Vendrá el terrible día  
Que arranque á la maldad el cetro inmundo  
Y grite el cielo... La venganza es mia.»

Este último rasgo es muy sublime, y su sublimidad se realza por la antítesis.

Don José de Espronceda pintando en sus fragmentos del Pelayo el combate de Sancho con el moro, dice:

» Y envueltos entré el polvo que levantan,  
La tierra en torno al embestirse espantan.»

En el canto del Cosaco presenta estas sublimes imágenes.

» ¡Hurra cosacos del desierto! ¡Hurra!  
La Europa os brinda espléndido botín:  
Sangrienta charca sus campiñas sean,  
De los grajos su ejército festin...  
¡Qué! ¿No sentís la lanza estremecerse,  
Hambrienta en vuestras manos de matar?  
¿No veis entre la niebla aparecerse  
Visiones mil que el parabien os dan?...  
A cada bote de la lanza ruda,  
A cada escape en la abrasada lid,  
La sangrienta ración de carne cruda  
Bajo la silla sentireis hervir.

Y allá despues en templos suntuosos  
Sirviéndonos de mesa algun altar,  
Nuestra sed calmarán vinos sabrosos,  
Hartará nuestra hambre blanco pan.»

Por lo que se ha dicho antes y por los modelos que profusamente se han presentado, podrá distinguirse con facilidad el sublime, y conocerse en qué está todo su secreto. Distinguese en la honda impresion que hace en nosotros; en que nos eleva sobre nosotros mismos; en que embarga nuestra sensibilidad; en que nos deja un recuerdo intenso, recogido y como religioso, que da por algun tiempo un barniz solemne y fantástico á todos nuestros pensamientos. Miramos como animados de cierta cosa sobre natural á los que nos hablan este language, y un eco misterioso sigue obrando en nuestra mente y en nuestro corazon hasta despues de haberse desvanecido en el espacio. Sus golpes se parecen á las heridas que profundizan hasta la parte mas sensible del cuerpo humano, las cuales causan un dolor mas vivo y duradero.

Pero no á todos los objetos se presta igualmente esta entonacion. Es necesario que el asunto lo requiera por su importancia, para que se emplee este medio con suceso, y sin degenerar en hinchazon y en ridiculez. El sublime como hemos visto es la mas poderosa de todas las formas del pensamiento para producir una impresion penetrante y bibradora en el ánimo de los que nos escuchan; pero es necesario no solo saberlo emplear con oportunidad, sino usarlo con medida y parsimonia. Es la exhalacion que cruza con velocidad; el rayo que nos sobrecoje tanto por su fuerza, como por su rapidez. La elevacion y la tension extraordinaria que causa no

pueden sostenerse por mucho tiempo, porque el alma no puede permanecer sino cortos instantes en el estado de embriaguez y de fascinación á que la llevan estos arranques. Nuestros ojos no sufren por mucho tiempo una luz muy viva; así también nuestro espíritu no se sostiene sino instantáneamente sobre su nivel á una altura que no es la ordinaria de sus impresiones y de sus afectos. El que quiera producir un efecto grande, que no lo prodigue.

Desde luego puede conocerse que el sublime necesita el auxilio de la imaginación. El talento del pintor consiste en elegir la actitud en que tiene más vida su pintura; el talento del orador sublime, en pasar revista á todos los pensamientos, y escoger aquel cuya impresión debe ser más maravillosa y decisiva. A las veces la sublimidad está en un solo rasgo, y entonces no debe tener otro adorno que la sencillez. Pero otras veces se dilata y enriquece algún tanto, y entonces llama en su ayuda el colorido de las imágenes. Estas no son otra cosa que la pintura de los objetos sensibles cuya reminiscencia llama una idea ó un sentimiento que nunca despertarían los objetos metafísicos ó invisibles. Por este medio se da vida, cuerpo, y movimiento hasta á las materias más abstractas, y el lenguaje habla á la vez al alma, al corazón, y á los sentidos. Tal es nuestra organización que á pesar de preponderar en ella el alma sobre el cuerpo, necesitamos para producir efecto en la primera echar mano de las cosas que más inmediatamente tocan á las impresiones y dominio de este último.

Tenemos, pues, ya conocido el objeto de la elocuencia, las cualidades del discurso y del orador, el mecanismo de los tropos y figuras, y la teoría y uso del su-



blíme; demos un nuevo paso para empezar á formar un discurso , y hacer con todos estos fragmentos una estatua entera y proporcionada.

Droz.  
Capmany.  
Bateux.  
Durke.



## LECCION VI.

---

De la formacion de un discurso.

**H**asta aqui no hemos podido hacer otra cosa que marchar por un camino trillado desde muy antiguo, puesto que los tropos y figuras tienen su nombre é índole propia consagrados desde el origen de la elocuencia, y no han sido menos detalladas las reglas generales que deben dirigir la locucion.

Ahora podemos empezar á elevarnos algun tanto á la línea filosófica y al desenvolvimiento de los principios.

El que quiera componer un discurso, lo primero que debe saber es cuántas partes entran en su formacion para disponerlas de un modo conveniente. Los retóricos nos han dicho que estas partes son exordio ó introduccion, proposicion, division, narracion, argumentacion ó parte de prueba, refutacion, parte patética ó de afectos, epílogo y conclusion; mas con poco que se discurra se observará que esta enumeracion no es exacta.

El exordio tiene por objeto preparar al auditorio, y por consiguiente es inútil cuando se le encuentra ya preparado. Entonces debe aprovecharse esta disposicion favorable y del momento antes que se disipe, y por eso vemos que Ciceron empezó una de sus mejores arengas sin exordio alguno, y entrando desde luego en materia con él *¿Quousque tandem abutere Catilina patientia nostra?*

La proposicion se omite por lo comun porque va envuelta en el pensamiento y objeto del discurso, y porque esponerla en términos precisos daria á aquel el aire de escolasticismo que tanto desdice de su elevacion y natural soltura.

La division no se necesita sino en las materias y cuestiones muy complicadas, debe omitirse siempre que se pueda, porque perjudica á la unidad que es la cualidad mas importante en todo discurso, y aun en el caso de establecerla no se debe olvidar que cada extremo ha de tener su unidad subordinada porque todo discurso no debe desenvolver mas que un pensamiento cardinal.

La narracion no tiene lugar en los discursos políticos en que á lo mas hay solo una simple esposicion: la parte de prueba y refutacion no se encuentran nunca en los elogios fúnebres circunscritos á la narracion mas ó menos amplificada, la misma refutacion no cabe en el que habla primero; muchas son las ocasiones en que la índole de la materia no autoriza la parte de afectos; y por último, la recapitulacion ó epílogo no tiene aplicacion en las arengas breves ó sobre cuestiones sencillas en que debe escusarse este trabajo supérfluo. La division, pues, hecha por los retóricos, puede faltar en los discursos y falta frecuentemente. Lo que no puede faltar es el plan

que siempre deben tener, ni el desenvolvimiento de la idea que en ellos domine.

Pero como quiera que alguna vez podrán entrar en la construccion de una arenga todas las partes que se han indicado, forzoso será presentar las reglas á que deben acomodarse, porque mas vale dejar sin uso lo que se sabe y no conviene aplicar, que verse envuelto y en la necesidad de entrar en un terreno que nos es de todo punto desconocido.

#### EXORDIO Ó INTRODUCCION.

El exordio no tiene otro objeto que el de preparar los ánimos en el auditorio, captarnos por él su atencion, su interés y benevolencia, y venir á abordar naturalmente la cuestion. El orador cuando se levanta á hablar debe examinar y conocer las disposiciones de los que le escuchan. Estas pueden ser indiferentes, favorables ó contrarias. Si domina la indiferencia, el exordio debe procurar reemplazarla por el interés; si las prevenciones son favorables, la introduccion debe aumentar el valor de esta circunstancia, y si el auditorio está prevenido en contra, es necesario ante todo que el exordio destruya y desarraigue esta disposicion perjudicial y funesta.

Todo exordio debe ser proporcionado á la medida que haya de tener el discurso, y sobre todo notablemente claro. No hay nada que prevenga tanto contra el orador y contra el discurso que aun no se ha oido, como ver por muestra un exordio enfático, lleno de pensamientos sutiles, y parada ridicula de conceptos premiosos y de frases forzadas. Si el language debe ser

natural, claro y sencillo; el tono, el gesto y la fisonomía deben ser modestos, los mas á propósito para interesar y para granjearse la atención y la voluntad. No se olvide nunca que el exordio prepara los espíritus para subyugarlos despues, y que en él se siembra el germen de la convicción que ha de arraigarse mas tarde profundamente y dominar en los espíritus. Para facilitar esta convicción entra por mucho la confianza que inspire el orador por la opinion que goce de que no quiere sino lo justo, y porque se le mire como un celoso defensor de los intereses públicos.

Los tropos y figuras que se usen en el exordio han de corresponder á la claridad y sencillez que reclama por su naturaleza. Como el fin es empezar agradando y cautivando la atención, las metáforas, las comparaciones y las demas formas y giros naturales y sencillos serán de un uso muy útil y de un resultado seguro: sobre todo, nada de énfasis, nada de pasiones: el exordio es la imagen del manso y cristalino arroyuelo que debe ir acrecentando sus aguas hasta convertirse en un rio caudaloso cuya corriente arrastre en pos de sí cuanto se le oponga ó resista. Este rio es el discurso: el exordio no debe ser mas que el puro y límpido manantial.

El exordio es una parte del discurso y como tal debe estar con él íntimamente ligado. De este principio se deduce una observacion importante y precisa para conocer cuáles son los exordios que estan bien contruidos. Por regla general todo el que puede quitarse sin que haga falta debe decirse que es malo.

Algunos autores aconsejan que los exordios se formulen despues de preparado y dispuesto todo el discurs-

so, porque entonces es cuando mas bien se conoce el enlace y encadenamiento de las ideas, y su afinidad con aquellas que deben servir de introduccion. Tal vez este método podrá aprovechar á los principiantes; pero no lo juzgamos necesario ni aun útil á los que ya esten versados algun tanto en la elocuencia, los cuales desde que trazan en su mente el plan ó la periferia del círculo que se proponen recorrer, conocen el punto de que deben partir, y aquel á que deben llegar.

#### PROPOSICION.

Hemos dicho que las mas veces se omite porque no es necesaria, y porque anunciada en términos marcados, da al discurso el sabor de escolasticismo. Si alguna vez se establece, especialmente en la elocuencia sagrada en que se usa con frecuencia, debe ser breve y clara, de modo que se fije bien en los oyentes y se recuerde con facilidad, para que se vea que es el ege sobre el cual gira todo el discurso en su sucesivo desenvolvimiento.

#### DIVISION.

Ya hemos anunciado igualmente que esta es pocas veces necesaria, y debe omitirse siempre que se pueda porque tiene el grave inconveniente de romper la unidad. Sin ella no hay discurso que merezca este nombre; solo se presenta un farrago de palabras, un laberinto de ideas, y para decirlo de una vez, el caos. La unidad forma de un discurso una cadena de conceptos cuyos eslabones ligados y sostenidos entre sí, no pierden nunca su inmediato contacto ni su union estrecha

é indisoluble. ¿Qué sucede cuando se divide un razonamiento por medio de este procedimiento retórico? Que esta cadena que no debía ser mas que una, se corta y separa en dos ó mas ramales, y por consiguiente se trunca el orden inmediato y sucesivo entre todas las partes que la formaban. Repetiremos, porque es muy importante, que aun en este caso se ha de procurar que en cada uno de los extremos divididos haya una unidad particular y subordinada, á que servirá en el simil que hemos propuesto, un eslabon primero y fundamental en que vengán á reunirse todos los ramales de la cadena cortada. De cualquier modo y por mas trabazon que se quiera conservar en la division, se incurre mas ó menos en oscuridad y este es un gran defecto, porque la extension de la inteligencia humana es limitada, y es menester facilitar y allanar los caminos á sus concepciones en vez de rodearlos de dificultades y de tinieblas.

#### NARRACION.

Esta unas veces precede y otras sigue á las partes que acabamos de recorrer. La narracion debe ser lo mas breve posible y sobre todo sumamente clara; porque ha de servir para el auditorio en todo el progreso del discurso de punto continuo de partida, y de punto continuo de referencia. En ella debe ser el orador escrupulosamente exacto y veraz; porque sino lo fuera, dejaria á su adversario varios flancos por donde poder atacarle con ventaja, y no hay nada mas concluyente ni mas vergonzoso á la vez para quien sufre una derrota, que destruirle una base con la cual viene desde luego á tierra todo su edificio. Sin embargo; el orador debe ser muy

diestro en la narracion para sin faltar á la exactitud hacer resaltar las circunstancias que mas favorecen á su causa y mas juegan á su propósito. Aqui se trazan las líneas sobre las cuales se ha de levantar despues el plan y proporciones de la obra. Necesario es, pues, proceder con mucho tino y cautela para que esta obra se presente en su conjunto sólida sin que pueda bambolearse ni derrumbar por falta de nivel ó de resistencia en el cimiento, y para que ofrezca las proporciones y la vista de mas belleza y atractivo.

#### ARGUMENTACION Ó PARTE DE PRUEBA.

Esta parte toca en su esencia á la lógica mas bien que á la elocuencia. Las pruebas que vienen en confirmacion de la idea ú opinion que sostenemos, estan en los sistemas científicos, estan en los libros, estan en las combinaciones que nosotros formamos: la lógica las recoge, las viste con toda su fuerza de conviccion, y las ofrece al orador para que las esponga y presente en la forma mas ventajosa. ¿Cuál será esta?

Las mas fuertes y robustas deben colocarse al principio y al fin. Esta conducta es muy prudente y en ella se imita la del general que al dar una batalla cubre los puntos avanzados y de retaguardia con sus mejores tropas, dejando las menos aguerridas situadas en el centro donde no pueda penetrar el empuje del enemigo cualquiera que sea la direccion en que acometa. En la esposicion de las pruebas débiles siempre decae el discurso y la impresion del auditorio. Siguiendo el plan y la combinacion que acabamos de esponer se consigue herir con fuerza á los oyentes por medio de pruebas ó



argumentos indestructibles colocados al principio , y que el decaimiento que causa la esposicion de pruebas ó argumentos débiles que vienen á seguida, se reemplace y borre bien pronto por otras razones mas persuasivas y concluyentes.

Respecto á las pruebas débiles , debe ensayarse otro medio. Se las une para que asi ofrezcan mas valor é importancia y de este modo presenten un frente , y una fuerza que realmente no tienen en sí , ni tendrian separadas. Sobre todo , debe procurarse siempre aumentar el valor de las pruebas y argumentos por medio de reflexiones morales y de alusiones históricas hábilmente combinadas y espuestas.

Para calcular y medir el efecto que pueden hacer las pruebas , es necesario hacer análisis del hombre , y asi se pueden dirigir aquellas con todo tino y acierto. El hombre se compone de espiritu y corazon ; y por eso unas pruebas son de razon y otras de sentimiento. Las primeras deben dirigirse á la cabeza en la parte del discurso destinada á este objeto, con destreza pero sin aparato ; las segundas deben herir al corazon , y reservarse para la parte patética del discurso. Cuando se invierte este órden las pruebas mas convincentes dejan de producir efecto , no por falta de eficacia , sino por falta de tacto en el tiempo y forma de ponerlas en juego.

#### REFUTACION.

Ya dejamos dicho que hay materias , objetos y casos que no admiten pruebas ni refutacion , y al ocuparnos de las figuras espusimos la conocida con el nombre de ante-ocupacion ó prevencion , que anticipa las refutaciones de los argumentos que pueden hacerse para dejar asi mas

fácil y espedito el rumbo del discurso. En la necesidad de refutar, deben observarse ciertas reglas si no se quiere que la locucion decaiga y si se desea evitar una derrota.

La primera regla es que no deben refutarse todos los argumentos contrarios, y si solo aquellos que son de conocida importancia y de influencia decisiva. Cuando se analizan las ideas que forman un discurso, se ve que hay una principal que domina á todas las otras, y frecuentemente no se hace más que dar diferentes vueltas á los mismos conceptos á la sombra de alguno nuevo que se les agrega, pero que realmente depende y está embebido en el que descuella como fundamental. Basta, pues, entonces rebatir esta idea ó principio culminante, porque una vez destruido, lo queda tambien de hecho cuanto le estaba subordinado. Querer en tales casos emprender la ímproba y enojosa tarea de seguir paso á paso cuantos argumentos se han presentado, es rebajar la discusion de su primitivo tono, es meterse en un bosque en que los movimientos no pueden ser tan desembarazados y libres, y es por último fatigar al auditorio poco dispuesto á seguir al orador en el exámen de estas pequeñeces, y que por lo tanto empieza por distraerse y acaba por bostezar.

Y no se espere que lo escogido de la alocucion pueda evitar este naufragio. Los hombres quieren principalmente importancia en las ideas, y no solo barniz ó colorido en las palabras; y de nada aprovecha que estas sean grandes, si se destinan á vestir pensamientos pequeños. Tanto en el que inicia una discusion como en los demas que le siguen en ella, la perfeccion del talento consiste en no decir mas que lo que debe decirse; porque con mucha propiedad se ha comparado el indis-

creto empeño de decirlo todo, al que muestra el que quiere apurar el líquido de una vasija que al fin viene á sacar las heces y á enturbiar con ellas lo que antes estaba claro y transparente.

La segunda regla es que deben citarse fielmente los argumentos contrarios para rebatirlos. Seguir una conducta opuesta es tanto como confesar falta de medios ó razones para impugnar lo que realmente se ha dicho, y esta confesion aunque disimulada equivale en el concepto de los que escuchan á una verdadera derrota. Es peor todavía: se descubre desde luego la mala fé con que se procede, y esta táctica se condena siempre ya sea que pruebe impotencia, ó ya que arguya dolo y superchería. El orador colocado en esta posicion se ofrece como un objeto risible, porque no hay nada que lo sea tanto como el afán de construir un fantasma para dirigirle golpes y tiros á nuestro placer. El no permitirse en los reglamentos de nuestros cuerpos deliberantes usar de nuevo de la palabra al que antes la obtuvo sino para rectificar hechos, da frecuente ocasion á que se desnaturalicen las cuestiones en la boca de impugnadores poco exactos, y nada es mas comun que estos cambios de fisonomía de los discursos á que se contesta por los que solo aspiran á un brillo pasajero y se muestran para obtenerlo poco veraces y escrupulosos.

Si el adversario ha reunido dos ó mas pruebas que de suyo eran débiles, para darles mas valor usando del ardid que antes indicamos, convendrá mucho separarlas para reducirlas á la verdadera importancia que cada una tenga en sí misma. La estratagema que se habrá puesto en juego será la aplicacion de aquel principio de física que nos dice »que la fuerza unida es mas

fuerte; pero por este sencillo y contrario medio revelarán los argumentos toda su flaqueza y desaparecerá el encanto que solo debian á su colocacion.»

Advertiremos para concluir sobre este punto, que en la refutacion no debe seguirse estrictamente el orden en que nuestro adversario haya presentado sus argumentos, sino que abrazando con una mirada rápida de nuestro espíritu todo el plan que nos proponemos seguir en nuestro discurso, debemos traer á él en el lugar mas oportuno, mas ordenado y metódico cuantas especies nos proponemos rebatir, con lo que, sobre evitar la languidez que lleva consigo el procedimiento opuesto, obtendremos la ventaja de hacer servir á la refutacion como parte natural y constitutiva de nuestro discurso.

#### PARTE PATÉTICA Ó DE AFECTOS : EPÍLOGO Y CONCLUSION.

Aquí el orador debe echar mano de todos sus medios, tanto en la fuerza de las ideas como en su vehemencia y en el colorido de las imágenes. Esta parte del discurso no admite nada que sea lánguido ó frio. Si en el exordio se procuró conciliarse la atencion y benevolencia de los oyentes; si en la narracion se presentó la materia con método y claridad para colocarla á la altura de todas las capacidades; y si en las pruebas se aspiró á gravar una conviccion acabada y profunda en el entendimiento de los que nos escuchaban; en este periodo de la arenga los tiros deben ir al corazón y no omitir nada de lo que pueda interesarlo y conmoverlo. El orador en este instante solemne debe ceder á todos los arranques á que le lleve su imaginacion atrevida, debe ostentarse grande, vehemente y elevado, debe seguir todas las conmociones de la inspiracion en las corrien-

tes eléctricas que produce el entusiasmo. Las figuras valientes y vigorosas; los pensamientos gigantescos, y una palabra siempre poderosa y siempre inflamada, son las armas que debe esgrimir en esta situación decisiva de la lucha. Hasta allí ha hecho pensar á la asamblea y á cuantos le rodeaban: les ha espuesto las razones para que las pesasen en su criterio: ahora debe dirigir todos sus esfuerzos á quitarles la facultad de pensar para entregarlos solo á la facultad de sentir. Si el auditorio raciocina y calcula entre tanto, será la triste señal de que el orador no ha acertado á herir con una vibración enérgica é irresistible las cuerdas de su corazón. Este momento es el del calor y los arrebatos, y el calor y los arrebatos ahogan al raciocinio, porque mas poderoso que él, se muestra siempre el sentimiento. Esta oportunidad es única y fugaz. Déjese escapar y nada queda que pueda volvernos á su solemne importancia. Un epílogo, que no es mas que un relámpago, porque si otra cosa fuera equivaldría á una segunda edicion del discurso, y una conclusion en que debe espiarse el punto de terminar, son los únicos reductos que se ofrecen á un orador que va á descender de su trono en el instante mismo en que selle su labio. Una vez reducido al silencio no le es dado volver á inflamar la llama á que no haya dado bastante pábulo. Consulte, pues, su corazón; mida por sus latidos las emociones de los que le oyen; adivine en el sentimiento propio el sentimiento de los demas, y si se encuentra satisfecho ponga término á su obra y concluya. La impresion que haya dejado será como un eco fiel que repita sus palabras, y ya se habrá apagado su voz cuando se dejará oír todavía gravado en los corazones su recuerdo.

## LECCION VII.

---

De la invencion, disposicion, alocucion y pronunciacion.

**E**N todo discurso debe haber ideas, orden, formas y palabras. Por eso han dicho los retóricos que el orador necesita hallar los argumentos, presentarlos en un orden conveniente, adornarlos con palabras y espresarlos con decencia y decoro; y esto es lo que han llamado invencion, disposicion, alocucion y pronunciacion. Vamos á ocuparnos de cada una separadamente.

### INVENCION.

La invencion consiste en encontrar las ideas y argumentos con que nos proponemos formar nuestro discurso. ¿Mas cómo se hallan? ¿Cuál es la fuente donde se ha de recurrir? ¿Por qué el entendimiento se niega muchas veces á prestarnos este servicio?

Con razon ha dicho un autor que todo es estéril para

los espíritus estériles : que todo es superficial para los espíritus superficiales , y que todo es el caos para los espíritus oscuros. Puede asegurarse que la medida de los objetos con relacion al alma está en el alma misma. El mismo objeto retratado por una pluma ó lengua de una manera mezquina y prosáica , adquiere en otra lengua ó pluma formas gigantescas é inmensas proporciones. El privilegio de los talentos y del genio está en encontrar en las cosas las relaciones mas importantes , y representarlos con formas que correspondan á esta grandeza. Todo lo que perfeccione el talento nos proporcionará nuevos progresos en este camino.

Pero asi como la imaginacion cierra muchas veces al hombre sus tesoros , asi tambien el entendimiento se los oculta con harta frecuencia , y nada le dice , nada le aconseja de cuanto quisiera hallar para formar un discurso. Busca afanado argumentos , datos , ideas y principios , y nada encuentra en medio de un campo árido y seco que se niega á ofrecerle no ya las flores que embellecen la produccion , sino hasta los frutos con que debe nutrirla y sostenerla. Esto es para el orador principiante una fatiga y un tormento. ¿Cómo salir de esta posicion afflictiva? ¿Dónde encontrará lo que busca con tanto anhelo?

Conocimientos estensos adquiridos por el estudio ; el hábito de reflexionar sobre las cosas ; y un exámen continuo y profundo sobre las materias de que quiere ocuparse , he aquí los manantiales de la invencion de donde ha de sacar el orador todos sus recursos.

Ponemos en primer término los conocimientos que suministra la lectura. Sin ideas no es posible ni aun hablar. A proporcion que la locucion debe ser mas lar-

ga y sostenida, se necesita para mantenerla mayor número de conocimientos; y el caudal de estos debe ser mas considerable en el orador que se ve todos los dias en la necesidad de tratar materias eterogéneas, y de contraerse á objetos tan difíciles como complicados. El que quiera llenar el vacío que forma la ignorancia con palabras vacías, matará el tiempo, hará ciertamente un ruido confuso é incomprensible: pero jamás pronunciará un discurso que convenza ni haga sentir. El estudio asiduo para hacerse con conocimientos estensos y profundos: tal es el secreto para adquirir abundancia en la invencion, y que esta se ofrezca no como un terreno agostado ó estéril, sino como una tierra virgen y feraz que presente por todas partes lozanas y sazonadas producciones.

Pero el estudio es como los alimentos que no prestan sustancia alguna cuando no se digieren. Para digerirlo se necesita esa elaboracion mental que llamamos reflexion. Las ideas no son mas que movimientos fugaces que se borran bien pronto del lienzo en que se estamparon, si el hombre con el trabajo intelectual no se las asimila. Y no se crea que assimilarlas es solo retenerlas. Cuando permanecen hacinadas y en tropel forman una erudicion desordenada é indigesta que no da al entendimiento sino oscuridad y embarazo. Pero llega la meditacion, y del caos sale la luz. Por ella pasamos revista á los conocimientos adquiridos, los analizamos, les damos en la mente la colocacion que les faltaba, formamos un sistema, y en esta filiacion nueva una idea llama á otra idea, de un principio surgen todas las consecuencias que admite, y se llega á aquel punto de superioridad y dominio que constituye el verdadero saber.



El que haya de alcanzarlo; el que quiera con su auxilio brillar un dia en las luchas de la elocuencia, es necesario que se condene á una vida retraida y por decirlo así ascética, porque en el ruido del mundo, no tiene lugar esta meditacion solitaria. Penosa es á la verdad en un principio: ; Pero cuántos encantos no ofrece despues al hombre pensador y laborioso! El no vive la vida de la disipacion, la vida expansiva, la vida del movimiento tumultuariò; pero en cambio vive la vida del pensamiento, la vida de los goces intelectuales, la vida de un alma que se desprende de su grosera corteza para remontarse á los espacios en alas de la creacion. El hombre en estas horas calladas de recogimiento no está solo, puesto que le acompañan las grandes producciones de tantos sábios y de tantos genios, entre cuyo recuerdo y á cuyo hálito se mueve el alma ansiosa de beber en sus inagotables raudales. Piensa; medita; comprende lo que antes se escapaba á una atencion superficial; adquiere el movimiento que le imprimen aquellos resortes elásticos, ensaya á volar, y al fin encuentra y crea: he aquí el orador.

Mas la creacion fantástica es solo una disposicion feliz que el orador necesita aplicar á un objeto dado. Aconsejamos que este objeto se examine con todo detenimiento antes de hacerlo materia de un discurso, porque solo este exámen nos ha de mostrar el filon en la rica mina de los argumentos ó razones. La vista de la inteligencia es miope y no distingue por lo comun á larga distancia. Es necesario acercarnos al objeto; examinarlo en todas sus dimensiones; recoger todas las ideas que le convienen: componerlas y descomponerlas sucesivamente; descubrir el punto de vista mas interesante en

que deben ser presentadas; darlos por último plan y formas de enunciación. He aquí el trabajo y el fruto de la invención oratoria.

De la disposición nos hemos ocupado ya al marcar las partes de que puede constar una arenga, y respecto á la alocución creemos haber dicho lo suficiente al hablar de los tropos y figuras. Réstanos, pues, solo fijar las reglas de la pronunciación.

#### PRONUNCIACION.

Tal vez no haya nada mas importante que la pronunciación en todo discurso. Preguntaron un dia á Demóstenes cuál era la parte principal en la oratoria, y contestó «la pronunciación» ¿Y despues de esta? le volvieron á preguntar. «La pronunciación» respondió del mismo modo. ¿Pero y despues de la pronunciación? le replicaron por tercera vez «La pronunciación» fue tambien su tercera respuesta.

Bien habia profundizado aquel grande genio los encantos y los secretos de la elocuencia, cuando los referia casi esclusivamente á este elemento de medida y de sonoridad.

Es tan grande la diferencia que resulta de oír un discurso bien pronunciado, á leerlo despues, que puede decirse con verdad que la imprenta aunque copie con fidelidad la palabra, no nos trasmite mas que su sombra. Conocer por lo tanto á un orador por sus discursos escritos, es no conocerle.

La entonación, las inflexiones y el ademan, suplen mucho al pensamiento, y el orador que pronuncia bien, dá calor donde no le hay, y produce armonía donde

realmente falta. El mejor discurso cuando se pronuncia mal, pierde todos sus atractivos, y el mas mediano adquiere gracia, belleza y encantos cuando las formas exteriores se combinan hábilmente para disimular sus defectos y realzar sus perfecciones.

Esquines se retiró á Rodas en su destierro, y allí abrió su cátedra de elocuencia. En la primera reunion leyó á sus discípulos su discurso contra Demóstenes, y el que éste habia pronunciado contra Esquines. Los discípulos aplaudieron estrepitosamente el discurso de Demóstenes, y Esquines les gritó: »Si asi aplaudís la lectura, ¿qué haríais si se lo hubiérais oido á él mismo?»

Con efecto: la palabra tiene tal flexibilidad que puede decirse que hasta su significacion depende muchas veces del tono y de los ademanes. A una muger se la puede llamar hermosa, y segun la entonacion de ceremonia, de vehemencia, ó de burla, la palabra significará un mero cumplimento, una pasion viva, ó una picante ironía.

El mismo trozo pronunciado hábilmente en la tribuna, y leído despues aunque se haya copiado con religiosa escrupulosidad, dejan de ser la misma cosa. ¿Y por qué? Porque la accion, que es un language que viene en auxilio de otro language; el tono, las modulaciones de la voz, el gesto, y la espresion de la fisonomía, auxiliares todos tan poderosos y de que tanto partido saca el orador, no se transmiten al papel en que solo puede trazarse una copia muerta al lado y en comparacion del cuadro vivo y animado que se levantó en el lugar de las arengas. Este language de accion y de espresion de las emociones, es mil veces mas pode-

roso que el de la palabra : su elocuencia es por lo mismo mas persuasiva. Estriba en la semejanza y afinidad que hay entre todos los séres inteligentes y sensibles, y en ese secreto mágico que hace que al gozo ó á los quejidos de un corazon responda el gozo ó los quejidos de los demas corazones. Nunca se desconfia de ese resorte porque es movido por la mano de la naturaleza ; y esa elocuencia , omnipotente en sí misma , y contagiosa en sus resultados, tiene la doble ventaja de que habla directamente á los ojos, de que se filtra por ellos como un veneno que se busca con ansiedad, y de que manda en silencio hiriendo á grandes distancias.

Pero la pronunciacion consta de muchos elementos que es preciso señalar con separacion.

Corresponden á ella la voz , la espresion de la fisonomia y la accion del cuerpo.

En la voz hay que considerar el tono , las inflexiones y la celeridad.

Respecto al tono , diremos por regla general que al empezar un discurso no debe tomarse la entonacion tan alta como se fija luego , no solo porque de otro modo pronto se fatigaria el orador , sino tambien porque seria muy impropio comenzar con grandes voces una discusion entonces tranquila y apacible. Solo debe esforzarse la voz desde el principio cuando hay necesidad de dominar el ruido que impediria oír si se hablase en tono regular.

Respecto á las inflexiones , puede decirse que la voz humana es un instrumento que tiene una cuerda distinta para cada emocion del corazon. A una emocion de gozo corresponde una palabra abundante , ligera , animada y viva. A una emocion de pena aguda siguen so-

nidos casi inarticulados que vienen á morir en un plañido lastimero: la emocion de un dolor profundo pide una palabra lenta y de un timbre melancólico y lúgubre: los arrebatos de la desesperacion se anuncian por un lenguaje de calor y movimientos; y por último las impresiones de la felicidad tienen por intérprete una palabra dulce, tranquila y afectuosa. Para pulsar bien esta lira es necesario hacer un estudio detenido y varios ensayos á que puede servir la lectura y mas bien la declamacion. Si: la declamacion es sumamente útil, porque á cada cosa dá su medida, y á cada idea y á cada afecto la espresion, el tono y el colorido que les corresponde. Y no queremos decir con esto que la tribuna admita las formas depuradas y estrictas de la escena. Hay una inmensa distancia de lo uno á lo otro. Las arengas reclaman mucha mas sobriedad; pero conocida la teoria de la espresion escénica, nada mas facil que aplicarla en menor escala á las luchas de la palabra. En cuanto á la celeridad de esta, todo discurso debe por lo comun empezar con calma y serenidad, y con una palabra limpia y sostenida. Al paso que la discusion se va animando y que el orador se inspira con el interés y calor de la materia, la palabra debe ser mas fluida y veloz. En los grandes arranques debe correr como un torrente despeñado, como caen las aguas en la catarata del Niagara con ronco bramido entre hirvientes espumas. Si de repente hay un cambio de afectos, es preciso que la palabra se dome y que siga sin titubear la direccion de este nuevo impulso. Esto es lo que forma el secreto de los contrastes que de tanto efecto son en todos los casos.

Por regla general la palabra, especialmente en la passion, debe correr con mas celeridad al final de los pe-

riodos. Fácil es conocer la exactitud de esta observacion. *El lenguaje es el reflejo del pensamiento, y de él recibe la inspiracion, el impulso y las escitaciones.* Es forzoso que se acelere ó suspenda segun las vibraciones mas ó menos lentas, mas ó menos vivas que reciba de adentro; y como estas son siempre mas rápidas en los finales, se hace indispensable que la lengua siga á la precipitacion que le transmite el alma. Esta es otra observacion que nadie habrá dejado de hacer. No parece sino que el pensamiento obedece las mismas leyes de gravedad que los cuerpos fisicos. Acelera su movimiento á medida que se acerca su término, y por eso los finales de los periodos cuando la lengua sirve bien á la inspiracion, deben ser mas rápidos y animados que lo demas que le precede.

Convendrá hacer algunas ligeras pausas al concluir algun período importante, porque en ellas toma aliento el orador, y sin que se disminuya el calor que lo posee y que da pábulo á su inspiracion, puede hacer una combinacion instantánea de ideas é imágenes para continuar.

Daremos para concluir sobre este punto, una regla que nunca falla. El sentimiento enseña mas que todas ellas, y así el orador debe abandonarse al sentimiento, seguro de que siguiendo dócilmente todos sus impulsos, usará del tono, de las inflexiones y de los accidentes y formas que mas convengan en todos los casos.

En lo demas del discurso no debe hablarse tan veloz que se pierdan las palabras, ni tan lentamente que el auditorio en su impaciencia vaya, por decirlo así, empujando la pesadez que no puede soportar. Digamos ya algo del gesto y de la accion.

El gesto es un poderoso medio de hacer notar y sentir lo que se dice. El revela muchas veces lo que las palabras no espresan; mas lo revela con señales tan inequívocas, que todos los corazones lo comprenden, porque les habla el lenguaje de la naturaleza y de la pasión. Pueden variarse hasta lo infinito; pero deben usarse con parsimonia y procurar sobre todo que tengan siempre dignidad

Todos los músculos de la cara pueden recibir una espresion marcada, y los ojos mas que todo como espejos del alma, descubren sin disfraz y sin engaño todas sus emociones. La espresion de los ojos va siempre acompañada de la de toda la fisonomía; porque cuando aquellos hablan ésta no puede permanecer muda. Entonces la fisonomía entera del orador presenta un nuevo cuadro transparente de sus ideas y afectos, y á esta doble fuerza se debe atribuir el gran poder de los discursos que se pierde ó debilita cuando la imprenta los recoge y los trasmite.

En cuanto á los demas movimientos, no deben ser de todo el cuerpo, sino que la accion ha de partir de el brazo. El derecho es de mas uso; pero no por eso debe quedar el izquierdo totalmente entregado á la inmovilidad. La posicion del orador debe ser recta, un poco inclinada hacia adelante porque así queda el cuerpo con mas libertad y soltura. La inclinacion atras da á los movimientos dificultad y una dureza de mal efecto.

Tales son las principales reglas de la pronunciacion en todos los elementos que la constituyen: la observacion y el ejercicio las van despues continuamente mejorando.

No nos cansaremos de inculcar la importancia de este

ramo de la oratoria. De su perfeccion depende las mas veces el éxito. Tómese si se quiere hacer un ensayo, el discurso mas acabado y sentido; recítese de propósito con un ademan y entonacion contrario ó diverso del que requiere cada uno de sus periodos, y pronto se hallará la insignificancia ó el ridiculo en lo que realmente hay tanta profundidad y tantos afectos. Lo propio sucede en menor escala, cuando no de propósito, sino por falta de hábito ó de estudio se equivocan el ademan y las inflexiones. El corazon tiene sus tonos como los tiene la voz. Si se alteran ó cambian, la impresion resulta imperfecta y tal vez contradictoria. Los antiguos conocian hasta tal punto el interés de esta observacion, que tenían una especie de flauta para dar tono á sus oradores. Preguntaba á un amigo suyo un célebre poeta que leia péximamente las composiciones, si le gustaban sus versos. » Sí, contestó el interrogado: me gustan mucho, aunque seas tu quien los lea » Este hombre con su sencilla respuesta hacia el mayor elogio de la poesía sobre cuyo mérito era llamado á fallar. Necesario es, que sea muy buena una obra para que guste cuando se la lee ó presenta rebajándola ó destrozándola en la recitacion.

La forma exterior que del orador recibe la palabra, es lo que se ha llamado *elocuencia cörperis*; de grande interés ciertamente, porque sin la concurrencia feliz de esta perfeccion serán casi inútiles y perdidas todas las otras que podamos alcanzar. Aunque la palabra sea de fuego, si sale mal articulada ó acentuada de una persona de exterior frio y cuya fisonomía no se conmueva ó inflame al pronunciarla, le sucederá lo que al hierro ardiente que se mete en el agua, que en el mismo instante



puede tocar todas las manos sin que les comunique el mas pequeño calor.

La accion con todos sus otros auxiliares es la que da vida á la palabra. Ella hace de un sonido un dardo, de un acento una conmocion, y de una voz una tempestad. Las ideas y las frases con que se representan, quedarian siempre descoloridas y harian lo que hace una saeta sin punta, si la accion con sus auxilios, con su vehemencia, con su ardor y con sus aparatos, no les diese la vida y la eficacia que imprime el golpe atrevido del pincel sobre el cuadro muerto.

Y no es extraño que asi suceda. La accion ha sido un lenguaje entre los hombres que analizaba todos sus pensamientos y transmitia todas sus emociones. Cuando las lenguas vinieron á reemplazar aquel medio de comunicacion se conservó mas ó menos en cada una de ellas como su poder auxiliar; y Roma admiró á un Roscio que representaba las mismas ideas y afectos con su accion que Ciceron con sus discursos; llegando á tal punto de estravio la aficion á este arte, que hubo de prohibirse á los senadores el estudio de la pantomima.

Pero en nada se puede conocer mejor el socorro que la accion presta á la palabra, que en el orador mismo. En él corren siempre unidas, la una sigue fielmente los impulsos de la otra, y se ostentan como dos hermanas nacidas á un tiempo, que no pueden separarse. Para el verdadero orador la palabra sin la accion seria una cosa imposible. Si se le ligase de tal modo que se le redugese á la mas completa inmovilidad; si se cubriesen sus ojos de modo que no pudieran anunciar expresion, ni direccion alguna, y si en este estado se le mandase pronunciar un discurso, de seguro no

acertaria á hablar, pareciéndole que los lazos que oprimian sus movimientos y ademanes, encadenaban tambien su lengua. Tal es el servicio que la accion presta á la palabra, que esta no acierta á caminar ni á anunciarse por sí sola. Son los dos hermanos de armas que no saben pelear el uno sin el otro. Que estudie muy detenidamente la accion y todos los accidentes el que quiera que su elocuencia sea inflamada y arrebatadora, porque de otro modo solo podrá producir impresiones tibias y poco durables. La palabra sin tales ausilios es la espada rota que roza sin penetrar; es un fuego fosfórico que ilumina, pero no calienta; es la estatua cuyas proporciones y bellezas admiramos; pero que no tiene ni movimiento, ni vida, ni corazon, ni pasiones para que la podamos amar.





## LECCION VIII.

---

Trabajos preparatorios para la elocuencia y reglas generales para el orador.

**L**A vida de la tribuna es vida de continua anhelacion y afan: tambien lo es por lo comun de sinsabores y de desgracia. La independencia de los oradores ofende frecuentemente á las personas contra quienes lanzan sus tiros encendidos , y no pocas veces se hace sentir la flecha en el pecho de quien la disparó. Verdad es , que la elocuencia del foro y la sagrada no esponen frecuentemente á estos riesgos. Pero ¿qué valen esas producciones sosegadas y tranquilas , medidas por un compas inalterable , circunscritas á un solo y determinado objeto , en comparacion de la elocuencia de la tribuna que vive y descuella en medio de las tempestades y de los peligros, sin trabas ni estorbos en las inmensas regiones de la imaginacion y del pensamiento , sin otro límite que los de la inteligencia , y sin otro juez que la opinion? Los

consejos y reglas que vamos á establecer servirán en todos los géneros de oratoria, y por eso hemos querido consignarlos en este lugar.

El que quiera llegar á ser orador es necesario ante todo que se dedique mucho á la lectura de libros escogidos, donde se encuentran unidas á la erudicion y á la solidez de las ideas, las bellezas y energia del language. No se sabe lo que influye esta ocupacion continua en los progresos que se desean. El hombre se forma poco á poco sobre lo que con mas frecuencia hiere sus sentidos, y acaba por contraer sin repararlo el hábito de discurrir y espresarse con soltura y elegancia cuando tiene siempre á la mano libros que sobresalgan en este ventajoso tipo. Pero no basta leer: es necesario entregarse á un trabajo mental muy detenido, para ir dando diferente giro á todos los periodos de la obra que se lee, procurando cambiar su fisionomia, y si es posible mejorarla. En cada uno de estos ensayos desempeñados en el laboratorio de la inteligencia, se nota que se van rompiendo las trabas y dificultades en que tropezaban nuestra razon y nuestra lengua, y que empiezan á crecer las alas que permiten ensayar algun corto vuelo. Otro de los ejercicios que mas conducen al mismo objeto es el de traducir. La traduccion tiene dos ventajas: presentar un tipo al pensamiento en la obra que se traduce, y tener que pasar por necesidad revista á un crecido número de palabras, con lo cual insensiblemente adquirimos un tesoro de voces.

Tanto en la lectura como en la traduccion, se deben escoger con cuidado las obras que nos hayan de servir de modelo, porque cuanto se adelanta si estas son buenas, se atrasa y contraen hábitos perniciosos si las pro-

ducciones sobre que trabajamos son lánguidas y prosáicas.

Con estos ejercicios previos ya se puede empezar á hacer tentativas para componer. Elegido objeto, debe meditarse mucho sobre él para encontrar los pensamientos y coordinarlos de modo que tengan entre sí el encañamiento, la filiacion y dependencia que les sean mas naturales y lógicas. Esta ocupacion aunque desabrida y enojosa en un principio, viene á agradarnos despues, y concluye con cebarnos presentándonos atractivos y encantos. El orador separado del resto del mundo, aislado en su soledad, entregado á su afan de investigacion, se mueve en un círculo de ideas é imágenes que á cada paso se agranda, y en esta especie de panorama intelectual elige y guarda las que mas conducen á sus miras. Los botánicos se someten á mil privaciones y tormentos para hallar una planta que enriquezca su gabinete; el orador en sus momentos de recogimiento busca y encuentra flores para levantar el cuadro de un discurso que persuada, hiera, é inflame á los que despues lo oyen con avidez. No desempeña su trabajo recorriendo sitios ásperos y desiertos ni sofocado por los rayos de un sol abrasador; retirado en su habitacion ó bien vagando por amenas soledades, se erige en juez y rey del pensamiento; mueve los resortes de este; manda por la meditacion á las ideas y á las imágenes que se presenten, y ellas obedecen á los impulsos de una fermentacion creadora. Esta composicion mental no tiene nada de fatigosa y es la que mas dispone para la verdadera elocuencia.

Cuando la cuerda se halla en este estado de tension conviene mucho leer un discurso y probar á variarlo

conservando su espíritu y sus proporciones. Entonces nuestra lira ya templada responde fácilmente á la armonía que la escita, y cada uno de estos pasos nos acerca mas de lo que creemos al término de nuestro anhelo. Cuando se llega á este punto, ya tenemos al orador no en embrion, sino en la situación de su desarrollo y espontáneo desenvolvimiento.

Un consejo daremos aqui porque cuadra mejor que en ninguna otra en esta coyuntura. Que no se trabaje nunca de prisa, especialmente en el principio, porque querer llegar demasiado pronto; equivale á no llegar jamás. Un escritor juicioso ha dicho: »Lo que se hace en poco tiempo, regularmente no vale el tiempo que se ha empleado en hacerlo.» En la oratoria, mas que en ninguna otra cosa, se necesita que los primeros pasos sean firmes y seguros, porque el que desde el principio estrague su gusto ó contraiga un hábito perjudicial, será muy difícil que lo mejore ó reforme en lo sucesivo. Que sean lentos y escrupulosamente revisados los primeros ensayos. Detenerse en esta primera grada es adquirir la fuerza necesaria para saltar las demas con aire seguro y velóz: salvarlas rápidamente es caer sin remedio para no levantarse nunca.

Otra advertencia queremos añadir. Que no se tracen discursos largos, porque éstos se debilitan en su misma estension, y concluyen siempre por fatigar al auditorio. Los discursos por otra parte son como las fortificaciones, que á proporcion que mas se estiende su linea, se hace mas difícil la defensa, y el orador siempre debe quedar en guardia para la réplica.

Hay una circunstancia que pudiera hacer desmayar, y sobre la cual se necesita alentar á los principiantes.

Por desgracia no es esta una contrariedad de los primeros ensayos, sino que persigue al orador en todos los dias de su vida. La desigualdad domina en el mundo y se hace notar hasta en nuestras mismas disposiciones. Dias y momentos hay para el orador en que todo le acude con una presteza y con una facilidad maravillosas. Parece roto el lazo que ata al alma á la parte grosera y material, y que aquella se agita é inspira desde las etéreas regiones. Los pensamientos acuden en tropel; se formulan por sí mismos, y la imaginacion vuela presurosa á prestarles todos sus encantos. Otros dias y otros momentos hay aciagos é infecundos en que el pensamiento está remiso y perezoso; en que apenas se vislumbran las ideas en un lago de tinieblas; en que no se acierta á formularlas, y en que hasta la lengua se niega á prestarnos su servicio. En esta soñolencia de facultades; en este estupor del entendimiento; en esta parálisis de la imaginacion, lo mejor es no despertar al que duerme y esperar resignados horas mas fecundas y propicias. Cuando hay calma en esta navegacion, mejor que desesperarse es echar el áncora y aguardar el viento para volver á dar la vela. Esto es solo para los trabajos solitarios y no para una discusion pública. En ella la concurrencia, el aparato, la solemnidad, la pugna, son estímulos harto poderosos para sacar al alma de su postracion y hacerla remontar á sus conocidas alturas.

Las reglas indicadas no solo sirven para la preparacion de un discurso, sino que conducen tambien en mayor ó menor escala á hacer improvisadores. ¿Y por ventura, no necesita serlo al menos hasta cierto grado, todo el que haya de hablar en público? ¿Qué dirá cuando los



accidentes de una discusion han metamorfoseado el debate colocándole en un terreno muy diverso de aquel en que al principio se encontraba? ¿Cómo responderá á un argumento que no habia previsto y cuya contestacion no puede dejarse para el siguiente dia? ¿Triste posicion la de un orador que va encerrado en su plan como en una máquina neumática y que no puede sin tropezar dar un solo paso fuera de él! Su angustia, ó mas bien su agonía, causa lástima, porque no acertará á salir de esta posicion comprometida si es enteramente extraño al arte de improvisar.

Añadiremos otra regla muy esencial. Cuando el orador ha combinado ya sus ideas; cuando las ve con claridad y conoce su enlace y afinidades; cuando hirviendo su cabeza le ha suministrado en el calor de sus meditaciones copia abundante de imágenes que volverá á inspirarle sin duda cuando se inflame de nuevo, entonces como preparacion para hablar en público, solo deben escribirse las divisiones ó arreglo del discurso y las ideas capitales que han de servir en él de puntos de partida. Para esto con muy pocas notas basta. Muchos oradores se parecen á los que se embarcan por primera vez, los cuales no quieren perder la tierra de vista, sin pensar que en la tierra estan las rocas y la muerte. Que se lancen al Océano insondable si quieren seguridad, vientos y veloz derrotero. Asi los oradores á quienes aludo no quieren perder de vista sus notas, cuando estas si son mas que simples señales de recuerdo, solo sirven á sujetar al pensamiento y á la imaginacion encerrándolos en una cárcel muy estrecha. Que se arrojen á los mares desconocidos de una discusion libre é inspirada, y allí encontrarán las corrientes que en cualquiera otra

parte buscarian en vano. Un discurso es un cuadro; pero un cuadro que debe pintarse en el momento dado, sin que antes se hayan debido diseñar mas que sus contornos.

Acabamos de dar reglas al orador para que pueda preparar su discurso : ahora vamos á acompañarle en él.

Lo primero que le aconsejaremos es que procure ser modesto. Cuando el orador se presenta arrojado ó petulante, se sublevan contra él los ánimos que debia hacer dóciles y benévolos, y sus palabras se escuchan con prevencion porque se ha tenido la desgracia de que ofendan el amor propio de los demas. Pero hay otra consideracion de mas peso é interés.

Por el mero hecho de brillar, y de brillar se trata, se despiertan emulaciones bastardas en una gran parte de los hombres que no sufren en calma ni oposicion ni sombra. Desde entonces esté seguro el genio de que en la altura á que se eleve le rodearán los vapores de pasiones miserables que se ponen en juego para eclipsarlo. Los cunucos miran ciertamente con dolor á los que pueden gozar placeres que á ellos les son negados; pero ocultan su frente en el polvo y no muerden á aquellos á quienes envidian. La impotencia literaria no es así: de su desesperacion brotan la rabia y el encono, y con ellos se procura destruir todo lo que oscurece á las mediocridades celosas. Que aparezca un hombre que esceda algunas líneas á la estatura comun; bien pronto se levantarán contra él las medianías envidiosas, y tal vez mas aun las nulidades impotentes. El orador que sobresalga prepárese á esta persecucion sorda, invisible, pero incesante y terrible. ¡ Cuánta indiscrecion se

necesita para avivar mas aun la envidia con el arrojo y con la inmodestia , para evocar nuevas tempestades , para echar leña al fuego y para añadir á la animosidad de los celos los resentimientos de la vanidad ofendida !

La precaucion que aconsejamos es doblemente necesaria al orador jóven y principiante. Los años y la reputacion adquirida dan cierta autoridad para insistir firme é irrevocablemente en una opinion enunciada ; pero el orador que todavia no es conocido con gran ventaja no puede usar sin riesgo de este fuero de privilegio. Mirabeau , proclamado el dios de la elocuencia en medio de la exaltacion revolucionaria , cuya palabra omnipotente movia las opiniones de sus cólegas y la voluntad de las masas como los aquilones impelen las olas , podia bien usar de aquel rasgo atrevido y memorable: «Yo persevero en mi opinion , yo la adopto de nuevo, yo la proclamo por la razon de que ha sido combatida;» pero Mirabeau murió ya , y el trono que él ocupaba en la elocuencia estará probablemente muchos años todavia sin ser reemplazado.

Mas aunque el orador sea modesto , debe evitar con gran cuidado el degenerar en tímido. La serenidad y la calma del espíritu se concilian muy bien con la modestia , y sin aquellas cualidades es imposible de todo punto pronunciar un discurso , y mucho mas una improvisacion. El temor ofusca la razon , entenebrece el entendimiento , embarga la facultad de discurrir , y sus síntomas inequívocos producen indiferencia y lástima en el auditorio tan pronto como los aperece. Recomendamos en esta parte el término medio ; pero si se ha de tocar en alguno de los extremos , preferible es ser osado á ser meticuloso.

Las cuestiones deben elevarse siempre que se pueda porque lo permita su importancia, ó los accidentes del momento, ó la naturaleza é índole de la asamblea. Un discurso pronunciado ante el pueblo y contraído á sus intereses y derechos, permite gran calor y vivos arranques, porque el pueblo es susceptible de grandes impresiones, y sus instintos generosos responden siempre á la voz inflamada de sus oradores. Todavía podrá remontarse mas el vuelo cuando en una fermentacion revolucionaria hierven todas las cabezas y latén con violencia todos los corazones. Entonces las palabras del orador deben ser la lava del volcan que quemén cuanto toquen. Ninguna circunstancia mas favorable puede presentarse en las vicisitudes de los pueblos al crédito de los oradores. Dejarlos pasar, es tanto como dejar caer el cetro de su mano. Despues del parasismo de una revolucion vienen la calma y el aplomo de las situaciones normales; y entonces no tienen frecuentemente lugar en la discusion los movimientos impetuosos, las figuras atrevidas, ni las palabras de fuego que revelan al corazon hasta contra la propia conciencia.

Otras circunstancias hay no tan notables; pero de que tambien puede sacarse mucho partido, aun en discusiones ordinarias. El lugar en que se habla, revestido de cierta solemnidad y aparato; los recuerdos mudos de este mismo lugar ó de acontecimientos verificados en igual época que todavia hablan muy alto á la memoria y á las imaginaciones, las calidades especiales del objeto ó de las personas á que se contrae la discusion, todos estos son elementos en manos del orador hábil, de que sabe sacar gran ventaja, especialmente en los exordios y parte patética.

Si las circunstancias, como acabamos de decir, son un semillero fecundo de giros y movimientos, hay algunas tan graves y decisivas, que piden en el orador un esfuerzo desesperado. Tales eran las que produjeron las palabras de Mirabeau en el momento en que se anunciaba á la asamblea la orden del rey para que se separase: »Id, y decid á vuestro amo, que nosotros estamos aqui por la voluntad del pueblo, y que no saldremos sino por la fuerza de las bayonetas.»

Otro de los objetos que nunca debe perder de vista el orador, es el dar variedad á su discurso para que no resulte todo él con la misma entonacion y con igual colorido. En la elocuencia, como en la pintura, el claro oscuro es el que produce el efecto, el que da todo el mérito y todo el realce. El discurso mas brillante, si todo es igual, tendrá una monotonía insoportable y bien pronto fatigará al auditorio. La variedad es el sello en las obras de la naturaleza, y es tambien la cualidad en los discursos que mas hace resaltar su mérito y sus bellezas. Para darla á la oracion, basta entregarse al asunto, y en la parte de pasión abandonarse al sentimiento.

Y á propósito de pasión: nunca se recomendará bastante á los oradores, que en los arranques y movimientos de ésta no procuren dirigirla, fijando el método y el orden en lo que no debe tener ninguno. El desorden en la pasión es lo que mas gusta, porque es lo que mas descubre el corazón y los afectos que exhala. Hablad con el corazón y vuestras palabras encontrarán eco en los demás corazones. Desde el momento en que en esta parte se descubre el ingenio, el espíritu que domina, que dispone y arregla los impulsos y las pala-

bras, el fuego se convierte en hielo y deja de comunicarse. Abandonaos, pues, al sentimiento, no pongais dique ni fijeis reglas á la pasion que os conmueve, y estad seguros de que se hará contagiosa. Os encontrais en medio de un rio cuyo empuje os arrastra; no tomeis punto fijo de direccion, abandonaos á la corriente y procurad solo ganar la orilla.

Sobre todo; que no busque jamás el orador en estos movimientos, ni palabras ni imágenes. Ellas vienen en nuestro auxilio, cuando estamos poseidos del asunto, sin necesidad de que las llamemos. San Agustin ha dicho muy acertadamente: «Que las palabras dependen del orador, y no el orador de las palabras.» Lo que nutre el discurso, lo que le da robustez y valentía son las ideas; y cuando hemos hecho un gran caudal de éstas, por medio del estudio y de la meditacion, podemos estar seguros de que las frases nacerán espontáneamente porque son el trage y la sombra que sigue siempre al pensamiento. Cuando se va á caza de espresiones se pierde de vista el vigor de los conceptos, y no hay nada que desentone ó debilite tanto un discurso oratorio.

Concluiremos con una advertencia de la mayor importancia. El decoro y la circunspeccion han de presidir al debate, y el orador debe procurar con gran cuidado no confundir nunca la línea de la discusion con la del agravio. El que sustituye las malas pasiones á la elevada y santa inspiracion; el que en vez de atacar ó defenderse con nobleza descarga golpes brutales y vierte groseros insultos, prostituye la elocuencia y abdica su propia dignidad. No se olvide nunca la regla de ser fuerte en los argumentos, templado y comedido en el modo de proponerlos. El language puede ser medido

y circunspecto, sin que por eso deje de ser enérgico. Sustituir á las razones la ofensa, á los argumentos los denuestos, á la discusion la intolerancia, y á las pruebas los dieterios, es hacer una sacrílega profanacion á lo que hay mas respetable y sagrado en la tierra: el pensamiento del hombre y la facultad natural de anunciarlo y de defenderlo. Por faltarse á esta regla muchas veces reuniones numerosas se ven convertidas en el campo de Agramante, y la razon se ahoga, y la razon enmudece, y la razon se replega á sus solitarios asilos porque es como la flor, que solo se deja ver en los dias apacibles y serenos, y que se cierra y esconde al sople de las tempestades.



## LECCION IX.

---

Reflexiones filosóficas y de aplicación sobre los principios establecidos.

**P**RECISO nos ha sido en las anteriores lecciones ceñirnos á las definiciones y reglas que hemos hallado establecidas en los tratados de elocuencia. El que escriba sobre la historia se verá en la necesidad de repetir hechos y épocas que otros hayan detallado: el que se ocupe de la geometría tendrá que acomodarse á las verdades antes demostradas y á los principios que pasan por axiomas, y el que contraiga sus trabajos á la ciencia de los números, habrá de admitir las bases sancionadas como fundamento de todo cálculo. Pero aparte de estos elementos precisos y rigurosos, está la esfera de las deducciones y del exámen filosófico, y en este vamos á entrar porque todas las teorías se fundan en la observacion, y no basta conocerlas cuando no se conoce su secreto.

La elocuencia ha debido ser muy anterior á todas las



reglas. Antes que los hombres hayan podido fijar estas, ha existido la inspiracion; y la inspiracion basta para producir un discurso elocuente, aunque no llegue al grado de refinamiento á que despues ha abierto camino el arte.

Este está fundado sobre una base muy obvia. La lógica alcanza á dar claridad á las ideas, y á llevar al último punto una demostracion: mas con la lógica sola, el orador será metódico y esacto pero no vehemente: convencerá, y no podrá mover.

De otro lado la sensibilidad bastará por sí para producir un discurso vehemente y sentido que arrebaté á cuantos le escuchen; pero si le falta lógica, esta parte de método, de trabazon y enlace que le da la inteligencia, será inconexo, desordenado y sin plan, y en el efecto se hará siempre sentir este vacío. La lógica y la sensibilidad; la inteligencia y la pasion; hé aqui lo que forma el arte en todo su conjunto. Por eso sin duda ha dicho un escritor contemporáneo. » No es orador ni el que dispone, arregla y clasifica bien las ideas, ni el que las produce con armonía y con las gracias de la locucion halagando al oido y á la imaginacion á la vez: sino el que posee estos dós talentos, y los sabe reunir y ejercitar. »

La elocuencia puede ser buena ó mala, una virtud ó un vicio, un ángel ó un demonio segun el objeto que se propone y los medios que emplea. No parece sino que haya un fondo de amarga verdad en la opinion de aquellos filósofos que creian haberse repartido el dominio del mundo dos principios opuestos, como eran el del bien y el del mal. A la elocuencia severa de Solon opone la naturaleza la artera y astuta de Pisístrato; y

à las arengas inmortales de Demóstenes presenta por contraste las sofisticas y amañadas de Esquines. Cuando la elocuencia sirve de instrumento á malas pasiones y á bastardos intereses; cuando en vez de afanarse por hacer triunfar á la inocencia se agita y revuelve por cubrir al crimen con el manto de la impunidad; cuando en vez de servir á la causa de los buenos principios presta su apoyo á las pretensiones del fraude y de la injusticia, entonces es un genio maléfico que no se revela al mundo sino para servirle de azote y de funesta plaga. Ya digimos en otro lugar que el orador no debia defender nunca una mala causa; pero en el estado actual de las sociedades en que la astucia, el poder y el valimiento prevalecen tan frecuentemente sobre la razon; en que el mundo se ha convertido en un gran mercado donde todo se compra y se vende por conciencias corrompidas: en que se defienden todos los abusos y se oye muchas veces con desden ó con enojo la palabra abandonada de los oradores independientes, en este estado, digo, es un problema bien difícil de resolver si el talento de la palabra es un bien ó un mal para el género humano. No está sin embargo el daño en la elocuencia porque el abuso no es el principio: está en los hombres que han prostituido hasta lo mas sagrado; que han reemplazado á las convicciones el cálculo, y que cubierto el corazon de una triple malla, dan solo entrada y valor á lo que halaga y favorece sus designios, rechazando todos los instintos nobles y todas las pasiones elevadas.

Pero hé aqui una doble causa y un doble motivo para darse con mayor afan al estudio de la oratoria. A proporcion que crece el mal se necesitan mayores remedios. Es menester oponer la razon al sofisma, la justi-

á primera vista enojosa. Es sumamente ventajoso formar extractos de cuanto se lee, porque esto nos proporciona un grande ahorro de tiempo para cuando se quiere repetir la misma lectura, y porque en estas notas se contraen las ideas á un cuadro mas reducido, descartadas las amplificaciones y rodeos en que no puede menos de incurrirse al escribir un libro. En estos se encuentran frecuentemente grandes lagunas que distraen y dividen la atencion y que impiden que el sistema de doctrina se pueda registrar de una sola ojeada. Todas estas lagunas, todas estas amplificaciones desaparecen en el trabajo que aconsejamos, y con su auxilio puede recorrerse en poco tiempo una série inmensa de ideas, fruto recogido en mucho tiempo de nuestra asidua laboriosidad. Y no se tema que esta sea una operacion muy entretenida y lenta. Por desgracia son muy pocas las verdades absolutas descubiertas hasta ahora en las ciencias, y si hubiéramos de atenernos á esta observacion, poco papel bastaria para consignarlas todas. Ni siquiera sabemos lo que son en si mismos los objetos que continuamente hieren nuestros sentidos, ni cuál sea su atributo primario, porque solo comprendemos lo que son respecto á nosotros siéndonos su esencia enteramente ignorada.

Decidido por el orador qué es lo que va á hacer entrar en su discurso, la dificultad que le ocurre inmediatamente es dónde lo ha de decir.

Lo primero que debe hacerse es elegir y separar las ideas que deben formar el exordio, la proposicion, la narracion y la division cuando haya de haberlas, procurando que por su sencillez y claridad correspondan al fin, que no es otro que el de preparar el conocimiento

de la cuestion y presentar esta de la manera mas lacónica y perceptible.

A seguida debe hacerse igual eleccion y separacion respecto á las ideas que deben formar el cuerpo del discurso que es la parte de prueba, cuidando mucho de que aquellas sean perentorias é indeclinables, y que en sí mismas tengan una fuerza que no se pueda destruir. Este trabajo es ya mucho mas detenido. Todas las ideas tienen su enlace y puntos de contacto que las ligan ó aproximan, y es muy de atender esta genealogia para no alterarla en el plan que se de á nuestra alocucion. Este método lleva de suyo á la naturalidad de las transiciones, y no es esta la parte mas fácil de desempeñar con éxito cuando no se ha guardado en la colocacion el orden mas riguroso. Es muy diferente la impresion que causan las pruebas y la fuerza que arrojan en el caso de estar diestramente presentadas sosteniéndose entre sí y ofreciendo un todo ligado y homogéneo, de la impresion y la fuerza que producen si les falta este método y reciproco enlace. Este sistema de cálculo y combinacion se sigue aun en el uso de la fuerza física. Ningun general presenta en la batalla sus tropas en desorden, sino las arregla y dispone del modo que puedan oponer mas vigorosa resistencia. Tampoco las divide ni separa para que queden aisladas á sus esfuerzos; sino que las une y estrecha á fin de que se sostengan y ayuden mutuamente. No mira con indiferencia esta colocacion: pone en ello mucho cuidado, y sitúa cada uno de sus batallones donde puede hacer mas vigoroso empuje y obtener resultados mas felices.

Arregladas las pruebas, queda solo por combinar la peroracion y conclusion del discurso. Este debe ser el

foco donde se reúnan todos los rayos esparcidos en él. Convencida ya la razón del auditorio, aquí se trata exclusivamente de mover su corazón por medio de imágenes vehementes y de arranques de pasión y de fuego. Elijanse á este fin las ideas que más puedan escitar y conmover, para que los golpes al corazón vengan á concluir la obra que empezó la razón serena y tranquila. Un escritor muy moderno nos ha dicho, que la elocuencia es la facultad de obrar sobre la inteligencia y las almas por medio de la palabra. A la inteligencia se han dirigido las demás partes del discurso: emplead, pues, la peroración en conmover el alma, en enviarle vuestro sentimiento con todo su calor, con toda su vehemencia, y no dudéis que la sensación viva y profunda que le haréis experimentar durará y se prolongará en un santo recogimiento.

Pero queda todavía por resolver la última cuestión. Encontradas las ideas; dispuestas en el lugar que les corresponde; colocadas con el enlace y trabazón que reclaman ¿cómo se deberán esponer? Esta es la cuestión de ornato oratorio, de las gracias y bellezas que deben resaltar en el discurso.

Hay en esta parte una regla muy sencilla. Fíjese la atención en el objeto á que se dirige cada parte de la arenga, y no podrán equivocarse los medios de la locución.

Antes digimos que el fin del exordio era captarnos la benevolencia, la atención y la docilidad del auditorio. Para esto el lenguaje debe ser claro é insinuante. Nada de frases ingeniosas; nada de movimientos; nada en una palabra que pueda ofender la claridad, suavidad y ligereza de la dicción. Los adornos que admiten las

introducciones son simples metáforas , alguna comparacion ú otra figura que tenga ligereza y gracia sin oscurecer ni complicar. Húyase toda digresion en este período. Las digresiones estravian la atencion de los oyentes , y el orador debe fijarla sobre el punto principal á que se dirige.

Viene luego la narracion , y como en ella el fin es solo dar idea del asunto , el orador debe procurar ser sumamente claro y conciso para que se grave bien en la memoria de los que le escuchan , porque á este punto han de referir despues todo lo que se les diga. Aqui tampoco tienen entrada sino los tropos y alguna otra figura muy ligera que aumente la claridad y sirva á los recuerdos.

La proposicion y la division que á lo mas deberá tener tres miembros , deben formularse en los términos mas sencillos , porque su fin no es otro que enunciar un concepto. Su índole no admite tropos ni figuras.

Mas estas partes oratorias no son mas que corrientes que van á desembocar en el lago de las pruebas. Aqui ya toma el discurso otro carácter, otra importancia, otra majestad y otro tono. El fin es convencer. Las interrogaciones que dan una fuerza muy apremiante á los racionios ; las exclamaciones , que completan aquel efecto ; la amplificacion , que recorre circunstancias para herir y para gravar mas profundamente ; la anteocupacion , que es á veces un ardid de gran resultado ; las pretericiones y reticencias ; todas estas figuras y las demas que no toquen á la pasion , porque el racionio no debe ocupar nunca el lugar de los afectos , tienen su colocacion natural en este período del discurso. Los tropos lo embellecerán al mismo tiempo porque estos

derraman gracia sin quitar vigor á las formas.

Las mismas reglas deben seguirse respecto á la refutación, que no es mas que el complemento de las pruebas. Queda, pues, solo por tratar la peroracion ó parte patética.

¿Qué figuras se usarán en ella? Su fin hemos dicho que es hablar al corazon, interesarlo y conmoverlo, inspirarle la pasion que al orador inflama, y para ello debe echarse mano de todos los giros vehementes, de todos los arranques de calor, de todos los vuelos atrevidos que elevando las ideas, les imprimen un sello de solemnidad para que causen una emocion profunda. Este es el punto en que el orador debe aprovechar todas las reglas que se han establecido, y poner en contribucion todos sus medios á fin de que su locucion sea esforzada y rica de imágenes. Como todo lo que agrada predispone favorablemente y abre los caminos á la conmocion, convendrá sembrar la peroracion de tropos y figuras de palabra, que barnicen esta parte del discurso con un colorido de interés y de belleza. Esto será halagar al alma para dirigir tiros certeros al corazon. Con este último objeto se pondrán en juego las figuras mas animadas y valientes. La interrogacion por su viveza; la concesion por su osadia; la amplificacion por su fuerza siempre poderosa y siempre creciente; las pretericiones y reticencias por la eficacia y virtud de su mismo silencio; las exclamaciones patéticas; las optaciones y deprecaciones cuando la materia las permita; y sobre todo los apóstrofes y prosopopeyas si la discusion por su solemnidad las reclama naturalmente. Debe advertirse, sin embargo, que en el uso de estas dos últimas figuras debe el orador ser muy circunspecto. Ellas es-

ceden los límites de la naturaleza; envuelven muchas veces una ficción violenta que solo los arrebatos de la pasión pueden sancionar, y por lo tanto son muy pocas las ocasiones en que puedan tener cabida sin faltar á todas las reglas de probabilidad y buen criterio.

En esta coyuntura del discurso es donde el orador se debe mostrar sublime é inspirado. ¿Qué sirve haber persuadido á la razón si el corazón permanece rebelde y protesta mudamente contra la aquiescencia del entendimiento? ¿Qué importa que éste ceda á una demostración casi matemática, si el corazón en tanto es un lago de hielo en vez de rebosar por todas partes la lava abrasada del volcán? De la razón á la voluntad hay una distancia inmensa, y desgraciado el orador que no la abraza toda, ejerciendo sobre ambas igual poder decisivo. No hablamos solo para formar opiniones, para ganar adeptos, sino para arrastrar voluntades, para hacer fanáticos que se sometan con ceguedad al yugo de la palabra que como una flecha encendida queme cuanto toque en su tránsito. No hay ninguna cuestión con tal que sea importante, que no se preste á estos movimientos. Todas ellas ofrecen diversos aspectos por cada uno de los cuales pueden invocarse grandes intereses, y proclamarse elevados principios. El resorte de la pasión puede hacerse jugar fácilmente en cualquiera opinión que se defienda, y hé aquí cómo colocados en oposición dos oradores en ese palenque abierto al genio, aquel vencerá que posea el secreto mágico de conmover y arrebatar. Y digo el secreto mágico: porque á las veces todavía el entendimiento no se halla completamente satisfecho, cuando tiene que ceder en medio de su incertidumbre á la corriente del entusiasmo, al im-



pulso de la fantasía ó á la fuerza de una emociion que sofoca todos los escrúpulos y que se proclama y erige en tirana. Si: tirania hay á las veces en la palabra porque el dominio del mundo es de la fuerza, ya sea fisica ó moral; pero la primera nos es odiosa, es una cadena que quisiéramos romper, en tanto que la segunda en la elocuencia nos conduce dulcemente por un camino sembrado de flores, por el cual nos abalanzamos apasionados y conmovidos para someternos á su poder y dominacion.

Ya hemos indicado en otro lugar una observacion que no será ocioso repetir aqui. En estas locuciones de agitacion y de fuego, debe evitarse todo lo que suponga calma y serenidad en el espíritu. La comparacion que pide una vista intelectual detenida y tranquila; la antítesis, que es la obra de un trabajo lento y reflexivo y cualquiera otra figura que participe de esta índole, sentarian muy mal en las peroraciones en que todo debe ser vehemente y arrebatador. Entonces se comprenderia que el orador no sentia como aparentaba sentir, y se sublevaria contra él el amor propio de los oyentes que se considerarían reducidos al triste papel de servir de juguete ó de entretenimiento.

Y hé aqui otra consideracion del mayor interés. Tan cierto es que en la pasion debe huirse todo lo que indique tranquilidad de alma en el orador, que éste en sus transportes debe ser hasta desordenado; porque este envidiable desorden es el orden de la naturaleza que siempre debemos imitar. Un hombre vivamente conmovido en un negocio dado, no discurre ni se produce con exactitud, orden, ni concierto. Sus ideas se agolpan á la imaginacion, la ocupan confusa y atropelladamente,

y la lengua las produce con el mismo trastorno porque la reflexion que arregla y ordena ha sido arrojada de su lugar por las pasiones en tumulto. Lo mismo debe hacer el orador. Si procura ser metódico al mostrarse inspirado, si quiere atenerse á reglas en medio de los arrebatos que las rompen ó las desechan, si intenta presentarse reflexivo cuando solo debe aparecer conmovido vivamente, destruirá sin duda el efecto que deseaba producir. Si por el contrario, arroja lejos de sí ese severo compás y esa rigurosa medida, lo encontrareis tal vez incorrecto; notareis en el hilo de su discurso algunas irregularidades: nada importa; estos no serán mas que lunares que servirán para realzar la belleza del conjunto, y á pesar de todo aplaudireis con frenesí, porque vuestra pasion correrá como la espuma del torrente entre las aguas que la arrastran, envuelta y confundida en la pasion del orador. Vereis copiada á la naturaleza cuyo orden simétrico altera el soplo de las tempestades, y al conocer la exactitud de la copia, no podreis menos de mostraros satisfechos y complacidos. Otra observacion importante se roza con esta, y puede decirse que es su natural consecuencia. Esta es tambien la razon por qué los hombres de una imaginacion fecunda y brillante son por lo comun incorrectos. En medio de la reputacion colosal de Shakspear: en medio de sus grandes imágenes y de sus vuelos osados y casi inconcebibles, la incorreccion resalta á cada paso en sus escritos, y todavia no se ha decidido si esceden sus defectos á sus bellezas. La causa es muy natural y facil de comprender. El que crea, no corrige; y el pensamiento que vuela en el espacio cruza los intévalos sin percibirlos, y no desciende á las pequenezes que le im-

ponen otras tantas ligaduras. No se llega á tanta elevacion sino en alas del entusiasmo ; y el entusiasmo mira arriba , á las fuentes de la creacion , y no vuelve su vista abajo donde quedan las reglas y las convenciones formuladas de los hombres comunes.

Concluiremos con un consejo que no se debe olvidar y que es una deducccion inmediata de las reglas establecidas sobre la formacion del discurso. Que no se aprenda ninguno de memoria para pronunciarlo despues en la tribuna. Lo mas que puede permitirse el orador principiante es llevar aprendido el exordio , para tomar tono y para tener tiempo mientras lo recita ; de reponerse de la agitacion que es tan natural en las primeras veces que se habla en público. Debe hacer lo que se practica con la barca amarrada á la orilla del rio y con que se pretende navegar ; que se la ayuda con los remos hasta dejarla flotante y ponerla en un punto en que pueda caminar con solo el impulso de la corriente.

Fuera de esto no hay una situacion mas espuesta y embarazosa que la del orador que lleva aprendido de memoria un discurso. Todo le impone , todo le turba , cualquier accidente le desconcierta , y si una vez tiene la desgracia de perder el hilo de sus recuerdos , mas se oscurecen estos cuanto mas se afana y porfia por volverlos á encadenar. Toda su presencia de espíritu viene á tierra , y esta es una escena tan deplorable y mortificadora para él como para los demas que sirven de espectadores. Aunque logre escapar de este naufragio ; aunque por una casualidad feliz y poco frecuente , el discurso preparado y aprendido cuadre bien con el estado de la cuestion en el momento de pronunciarlo , no se obtendrá otra cosa que una recitacion lánguida y fria,

desnuda del calor que ya se disipó en las preparaciones, y despojada de todo el interés que continuamente arrojan los incidentes del debate. Algunos toman esta funesta precaucion por miedo, y no hay nada tan espuesto y arriesgado. Del orador que fia á su memoria el discurso que quiere pronunciar con todas las apariencias de una produccion súbita y espontánea, ha dicho Timon en su libro de los oradores: »Que no siente el dios interior, el dios de la Pitonisa que agita y oprime; que es el hombre de la víspera y no el hombre del momento; el hombre del arte y no el de la naturaleza; que en una palabra, es un cómico que no quiere parecerlo siendo él mismo su propio apuntador, y que procura engañarlos á todos y hasta engañarse á sí mismo.»





## LECCION X.

---

Aplicacion de las teorías espuestas á varias clases de elocuencia.

**E**L objeto de esta obra es hacer conocer las reglas generales de la elocuencia, y su aplicacion al foro, á la tribuna y á la improvisacion. Mas aparte de estas clases que forman tipos marcados, hay otras que se deben estudiar, porque tienen su índole propia, si bien corresponden al mismo sistema de principios, y estan sujetas á la ley de las analogías. Ellas vienen á formar el completo del orador profano, á quien servirán muchas veces de auxilio, y por lo tanto merecen un exámen mas ó menos detenido.

### ELOCUENCIA POPULAR Y DE LA PRENSA.

La elocuencia popular; esa elocuencia que tiene por tribuna el espacio y por auditorio el pueblo, es la que permite vuelos mas atrevidos, imágenes mas valientes,

y emociones mas vivas y profundas. El pueblo no calcula de antemano ni cambia sus convicciones por su interés. Hay ideas y nombres mágicos que siempre hallan eco en su corazon, y ademas el orador está libre con él del peligro de la envidia porque el pueblo es demasiado grande para que pueda ser envidioso. Siempre atiende menos á los adornos del language que al nervio y energía de lo que se le dice. Quiere oír cosas grandes y que se le anuncien con apasionada voz, con ademanes espresivos y con todos los sintomas de conviccion y de entusiasmo. Perdona la incorreccion en gracia al vigor de las ideas, y al calor y vehemencia de las formas que siempre le contagian. ¡Qué grande espectáculo el de esa tribuna inmensa en que el orador agita ó calma las masas con el sopro de su palabra! ¿Quiere llevarle al combate? Lanza una voz poderosa que resuena en todos los pechos como el trueno retumba por los senos de las cavernas, y el pueblo desenvaina el acero y se apresta á la pelea. ¿Quiere despues enfrenar sus impetus belicosos? Pronuncia una palabra templada é insinuante, y la multitud mete la espada en la vaina quedando la mano pegada á la empuñadura como si esperara una nueva orden de otra nueva inspiracion. ¿Quiere el orador escitarle á la piedad? Derrama por el espacio una voz que invoca la compasion y la lástima, y el pueblo se muestra mas que nadie generoso porque se reconoce mas que nadie pobre y desvalido. Esta es la elocuencia por escclencia, elocuencia que toca todas las fibras del corazon, que invade hasta su santuario, que todo lo puede, que todo lo intenta y que todo lo alcanza. El tribuno habla á las oleadas del pueblo que le rodean extasiadas, y estas ceden doblándose al impulso

que les comunica, como las espigas de los campos se postran al empuje del viento de la tarde.

¡O'Connell! Tú has sido en nuestro siglo la personificación gloriosa de este poder invencible. Mientras Mirabeau hablaba á una asamblea que le presentaba émulos y rivales entre los ciegos partidarios de envejecidos abusos, y mientras su palabra soberana encontraba valientes paladines que tenian la osadía de disputarle la victoria, tú dejando el parlamento que era, muy estrecha cárcel á tus inconmensurables concepciones, volabas á colocar tu tribuna al pie de las montañas de tu patria, y allí rodeado y bendecido de todo un pueblo, eras á la vez su tribuno, su rey y su Dios. Tu palabra era poderosa y terrible como las olas que azotan las playas de tu tierra natal; tus ecos se difundian como los vapores del terremoto, y á tus acentos una nacion entera levantaba sus manos al cielo pidiendo justicia y libertad. Tú eras el dueño absoluto de aquel universo señalado por los límites de los mares; el pueblo se apiñaba á tu alrededor para recibir de tu boca palabras, inspiraciones, mandatos, creencias, religion, esperanzas; y asemejándote al padre de la creacion, te bastaba decir »Hágase» para ser al instante obedecido. Tú colocaste la espada de tu elocuencia al lado de la espada con que Napolcon escribía y encadenaba los destinos de la Europa: ¡Mas qué diferencia! El conquistaba para oprimir, para borrar la palabra libertad del Diccionario de los paises que se prosternaban al rebervero de sus armas, y tú eras fuerte para ser justo, y adorado de tus conciudadanos para llevarlos por la libertad al término de la dicha. La muerte no ha bastado para relegar al olvido tu nombre. Has desaparecido como el sol



para alumbrar nuevos mundos , y como él nos has dejado en tu ocaso vivos á la par que melancólicos resplandores.

Pasemos á la elocuencia de la prensa que forma un verdadero poder en los estados. Los libros recorren el mundo , atraviesan los mares , reciben en cada pais un nuevo bautismo , y forman por las ideas que difunden el núcleo de la humanidad. Nada civiliza tanto á los pueblos como la lectura que ilustra su razon , á la par que desarrolla la sensibilidad de su carácter. Chateaubriand ha contribuido en gran manera á esto último con sus inmortales obras. Guiado siempre por una imaginacion brillante y sin límites , nos ha dejado pinturas tan acabadas , descripciones tan bellas , cuadros de tan profunda y tierna emocion , que al leerlos nos creemos trasportados á una region etérea y divina. El ha embellecido cuanto ha tocado , y triunfa siempre de nosotros por una de esas imágenes que solo han cruzado por su cabeza , ó por una de esas palabras que solo ha grabado su pluma.

Mas aparte de los libros está la prensa periódica, estan los folletos que tienen realmente una mision social y que deben sujetarse á reglas y á principios. Cualquiera puede ser escritor en tanto que no á todos es permitido ser oradores, y sin embargo es mas fácil ser buen orador que buen escritor. En la elocuencia se permite alguna incorreccion, alguna desigualdad , y el orador tiene mil medios de disimular sus defectos, en tanto que lo que se escribe debe ajustarse á reglas inflexibles, y se entrega al prolijo exámen de los lectores de quienes no hay que esperar ni generosidad ni favor. El auditorio es siempre apasionado é indulgente; los lectores por el contrario

son rígidos y severos. El orador tiene en su auxilio la acción, la inflexión y los ademanes que ocultan muchas imperfecciones; el escritor entrega su obra á un análisis lenta y escrupulosa, y la abandona en manos de censores que la desentrañarán y calificarán en calma, sin que nada ni nadie pueda defenderla. Al orador se le escucha con entusiasmo porque habla á la pasión que es ciega; al autor se le juzga con severidad y tal vez con injusticia, porque se dirige á la reflexión que mide y calcula. Las palabras del orador se recogen con avidez en una atmósfera de seducción y de ilusiones, en tanto que un escrito se lee, comenta y repasa en una atmósfera de preveniciones, de frialdad, y de rigidez. El orador triunfa fácilmente porque se dirige á los sentidos y á las imaginaciones embriagadas; el escritor sucumbe ó se salva con trabajo porque habla á los espíritus siempre despiertos y siempre recelosos.

Si se quiere apreciar en su justo valor esta notable diferencia, tómese el discurso que mas hayamos admirado, que mas nos haya hecho gozar y sentir, analícese con detenimiento, y aunque sea exactamente el mismo que antes escuchamos porque se haya copiado sin faltarle una letra, le encontraremos lleno de defectos y apenas acertaremos á explicarnos tan completa y sorprendente transformación. ¿Qué es, pues, lo que ha sucedido? Que el papel es un instrumento sin diapason que no puede variar los tonos, producir la armonía y despertar los sentimientos, en tanto que la palabra es un instrumento completo y sonoro con todas las escalas y con todos los medios de expresar y hacer sentir: que el papel es un cadáver que no presenta sino una fisonomía pálida y descarnada en un cuerpo sin movimiento

ni acción, y la palabra es el cuerpo vivo y lleno de movilidad, con una fisonomía animada y voluble.

El mismo fenómeno se observa entre las reminiscencias de lo que se ha leído y de lo que se ha escuchado. Lo primero habla al alma con un lenguaje mudo y misterioso, lenguaje que afecta sin gravar, en tanto que lo segundo penetra y se grava profundamente porque viene acompañado de mil formas esternas que por decirlo así lo materializan. Lo leído se evapora y disipa bien pronto porque ha hablado solo á un sentido: el discurso permanece en la memoria porque ha hablado á muchos sentidos y al espíritu á la vez, y así resuena sin cesar en el oído y en el corazón el arrullo ó el trueno de una palabra dulce ó terrible.

Y sin embargo de estas diferencias, ambos medios se comparten el dominio del mundo, y son las verdaderas palancas de la civilización y voluntad de los pueblos. Con razón, pues, se ha dicho: »Los oradores y los escritores son reyes de la inteligencia, y la inteligencia concluirá por gobernar el universo.»

Chateaubriand en sus folletos se ha mostrado muy diferente del Chateaubriand de las demás obras. En estas, amenidad, erudición, pensamientos elevados, imágenes felices, todo lo que puede interesar y conmover: en aquellos, la contradicción, la perplejidad y la duda de quien lucha consigo mismo, porque no puede conciliar sus sentimientos con sus opiniones. Chateaubriand tenía instintos y presentimientos republicanos, y sin embargo sus opiniones eran de la monarquía y para la monarquía. Había en él, (ha dicho un autor célebre,) un combate continuo entre la razón y las preocupaciones, entre el talento y el corazón. Era publicista

mas bien que polemista , y mas bien polemista que libe-  
lista; y no parece sino que al arrojar al viento las lige-  
ras hojas de un folleto, ha sentido pasar por sus manos  
el helado viento de la aristocracia, abandonando por se-  
guirla la marcha libre y rápida de sus concepciones.

Este escritor inmortal necesitaba otro campo en que  
su alma se moviese sin ligaduras , sin compromisos y  
sin estorbos , y en que su imaginacion inagotable no  
tuviese que seguir otro impulso que el de sus emocio-  
nes. Cuando se mece como el águila en este espacio  
inmenso , abandonado á sí mismo y sin puntos marca-  
dos adonde dirigir su vuelo tan elevado como rápido:  
¡ qué grande y magnifico se nos presenta ! Sobre todo,  
cuando pinta los desórdenes del corazon , la fuerza de  
las pasiones , la agonía de la razon combatida por ellas,  
los delirios del amor en la embriaguez de la juventud,  
en los senos de la naturaleza y en la soledad de los  
bosques , su pluma no tiene rival, y el René, la Atala  
y el episodio de Velleda en sus Mártires , se leerán  
siempre con una melancolía dulce é intensa , con vio-  
lentas palpitaciones en el pecho, y con las lágrimas  
en los ojos.

¡ Águila atrevida del pensamiento y de la imagina-  
cion ! Tú has llegado adonde llegan muy pocos y de  
donde probablemente no pasará ninguno. ¡ Tú vivirás  
siempre en tus obras , y al resplandor que arrojan se  
leerá con gratitud y con admiracion tu nombre ! ¡ Si és-  
te pudiera morir , tus escritos que proclaman tu genio  
te vengarian del olvido , pues desde el sepulcro serás  
el fanal y el maestro de donde reciban luz y lecciones  
todos los que quieran escribir ó pronunciar palabras  
inmortales !

ELOCUCENCIA MILITAR.

La elocuencia militar es una de las que mas grande influencia han tenido en los destinos del mundo. Embriagar á los hombres para hacerles correr ciegamente tras la imagen dorada de la gloria; exaltar su espíritu hasta lograr que vayan á la muerte con la misma alegría con que marcharian á un festin; y entusiasmarlos hasta el punto de hacerles olvidar en el fragor de la pelea sus padres, sus hijos y sus esposas para pensar solo en el ídolo que tienen á la vista, la patria y la bandera que la simboliza, es la prueba mas díficil y mas sublime que puede hacerse del poder de la palabra. Las victorias de Napoleon se debieron en gran parte á esa palabra de fuego que salia de la boca del caudillo para penetrar en las filas y trasmitir al soldado todo el entusiasmo, toda la arrogancia y toda la magnanimidad del gefe. En tales momentos todo desaparece para el guerrero: no tiene mas que un impulso; el que le lleva á combatir; no tiene mas que un deseo, el de la victoria. La máquina que se mueve por estos resortes debe mandar una fuerza inmensa.

El cuadro de la elocuencia militar de los antiguos ha recibido sin duda una exageracion inverosimil en la pluma de los historiadores y de los poetas. Homero y Virgilio nos representan á sus héroes pronunciando arengas vehementes, con las cuales animaban al soldado transmitiéndole el ardimiento de que ellos estaban poseidos; pero no es de creer que hombres por lo comun rudos, se mostrasen conocedores del arte con la perfeccion que les ha prestado el genio que despues ha

contado sus hazañas , ni posible que aquellos razonamientos fuesen oídos por un ejército numeroso colocado en una estensa línea , y en medio del estruendo de los combates ó del confuso rumor de los campamentos. Lo mas que podremos conceder á aquellos caudillos serán palabras sueltas , frases cortadas y vivas ; capaces de inflamar el ánimo y de despertar la bravura.

César se presenta en medio de la noche de aquellos tiempos como un astro refulgente. Soldado , escritor y orador á la vez , refirió en sus comentarios sus batallas y sus discursos ; pero de suponer es que los haya presentado con una estension y un colorido que antes no tuvieron , y que deseára por este medio dar mayor realce á sus hechos , cuando sácio y fatigado de lo presente , empezó á pensar en la posteridad.

En los ejércitos de los tiempos modernos , las arengas ó proclamas se escriben en la orden del dia , circulan por las filas , y despues vienen á parar al dominio de la imprenta. Nadie como Napoleon ha sabido anunciar en estas lacónicas producciones ideas osadas , pensamientos atrevidos , imágenes brillantes y todo lo que puede inflamar y conmover. Su lenguaje es cortado ; pero rico y espléndido. Conoce la parte que debe herir , y su palabra penetra en ella como una saeta chispeante. Mueve el corazon del soldado como si tuviese en su mano el resorte de su accion , y todo lo puede con sus ejércitos , porque los hace elevarse á la altura de sus concepciones y de su arrogancia , y para él no hay nada imposible. Citaremos algunos trozos de sus proclamas , que han sido ya traducidas , para que se conozca la índole y el poder de este género de elocuencia. No vemos en ellas solo frases cortadas hijas

del arrojó ó de la desesperacion como en otros guerreros. No se contenta con decir como Leonidas al hacerle observar que los dardos del enemigo eran tantos que oscurecian el sol: »Tanto mejor; así peharemos á la sombra.» No dice como César cuando cae al desembarcar en Africa. »Africa: ya te oprimo con mi peso.» Ni como Enrique IV en Contrás: »Apartaos, señores, no me oculteis, quiero presentar mi pecho.» Estos pensamientos cortados hubieran sido muy poco para una imaginacion tan rica y fecunda, y en un general que segun la espresion de Kleber era tan grande como el mundo. Apenas toma el mando del ejército de Italia encadena á sus armas la suerte de los combates, y vuela de triunfo en triunfo con una rapidez maravillosa. Diríjese á sus legiones, y les dice:

«Soldados: en quince dias habeis conseguido seis victorias, habeis tomado veinte y una banderas, cincuenta piezas de artillería y muchas plazas fuertes. Habeis hecho mil quinientos prisioneros y mas de diez mil hombres muertos ó heridos. Desprovistos de todo, habeis sabido suplirlo todo. Habeis ganado las batallas sin artillería, pasado los rios sin puentes, hecho marchas forzadas sin zapatos, vivaqueado sin aguardiente y á veces sin pan. Solo las falanges republicanas, los soldados de la libertad son capaces de sufrir lo que vosotros habeis sufrido. ¡Os doy gracias, soldados! La patria tiene derecho á esperar de vosotros grandes cosas. Teneis todavia muchos combates que dar, muchas ciudades que tomar, muchos rios que pasar. ¿Hay alguno de vosotros cuyo valor se amortigue? ¿Hay alguno que prefiera volver á repasar las cumbres estériles del Apennino y de los Alpes, sufriendo con paciencia las inju-

rias de esta soldadesca esclava? No: entre vosotros no se hallan mas que los vencedores de Monttenote, de Millesimo, de Dego y de Mondovi. ¡Camaradas! Yo os prometo esta gloriosa conquista; pero sed los libertadores de los pueblos y no su azote.»

Desde entonces Napoleon corre en pos de una fortuna siempre creciente: los sucesos son cada dia de mayor magnitud, y en la misma proporcion se eleva y engrandece su language. Cada encuentro es una victoria, y la huella de sus pasos se señala por los laureles que recoge y deja en su marcha rápida. Llega á Milan, y con aire satisfecho dice á sus soldados:

»Os habeis precipitado como un torrente desde lo alto de los Apeninos. El Piamonte se ha entregado. Milan es vuestro, y nuestro pabellon ondea en toda la Lombardia. Habeis pasado el Póo, el Tesino y el Adda, esos baluartes tan ponderados de Italia. Vuestros padres, vuestras madres, vuestras esposas, vuestras hermanas, vuestras amadas, se gozan en vuestros triunfos, y se alaban de tener el orgullo de pertenecerlos. Si, soldados: mucho habeis hecho; pero ¿no os falta ya nada que hacer? La posteridad os echará en cara haber encontrado á Cápua en la Lombardia. Partamos. Tenemos todavia marchas forzadas que emprender, enemigos que someter, laureles que cojer, injurias que vengar. Restablecer el Capitolio y las estátuas de sus héroes: regenerar al pueblo romano, adormecido por muchos siglos de esclavitud. Hé aquí lo que os resta que hacer. Entonces volvereis á vuestros hogares, y vuestros conciudadanos dirán señalándoos: »¡Ese fué del ejército de Italia!»

Emprende despues la espedicion á Egipto, llega á



aquella tierra de fanatismo , de recelo y de profundo resentimiento por los ultrajes recibidos , y se vale de aquel fanatismo , y procura calmar aquellos recelos , y halagar aquellos resentimientos prometiendo reparacion y venganza por medio de la manifestacion siguiente :

» ¡ Cadis , Cheiks , Imanes , Chorbadgys ! Se os dirá que vengo para destruir vuestra religion : no lo creais. Responded que vengo para restablecer vuestros derechos y para castigar á vuestros usurpadores , y que respeto mas que los Mamelucos á Dios , á su Profeta y al Corán. Decid al pueblo que todos los hombres son iguales ante Dios. La sabiduria , los talentos y las virtudes , son únicamente los que establecen diferencia entre ellos. ¿ Hay aqui una hermosa tierra ? Pues pertenece á los Mamelucos , ¿ hay una hermosa esclava , un hermoso caballo , ó una bella casa ? Todo pertenece á los Mamelucos. Si el Egipto es su patrimonio , que os presenten los títulos que Dios les ha otorgado. Pero Dios es justo y misericordioso para con el pueblo : todos los egipcios serán llamados á administrar los empleos. Que los mas sábios , los mas esclarecidos , los mas virtuosos gobiernen , y el pueblo será feliz. En otro tiempo habia entre vosotros grandes ciudades , grandes canales y un gran comercio. ¿ Quién lo ha destruido todo sino la avaricia , las injusticias y la tiranía de los Mamelucos ?

¡ Cadis , Cheiks , Imanes , Chorbadgys ! decid al pueblo que nosotros somos tambien verdaderos musulmanes. ¿ No hemos sido nosotros los que hemos destruido al papa porque decia que era preciso hacer la guerra á los musulmanes ? ¿ No somos , pues , amigos del gran señor ? ¡ Tres veces felices los que sean con nosotros !

Ellos prosperarán en su fortuna y en su rango. ¡Felices aquellos que permanezcan neutrales! El tiempo les hará conocernos y se unirán á nosotros. ¡Pero desgraciados tres veces, desgraciados aquellos que se armen en pro de los Mamelucos y combatan contra nosotros! No habrá esperanza para ellos: ¡perecerán!»

Sublévase el Cairo, y Napoleon no contentándose ya con aparecer como un hombre, como un soldado, como un vencedor, como el árbitro de los pueblos, quiere ofrecerse á las imaginaciones exaltadas y fanáticas como un enviado de Dios que trae la irrevocable mision de servir á sus designios y de ejecutar sus mandatos.

»Cheiks, Ulemas, sectarios de Mahoma (les dice) haced conocer al pueblo que los que han sido mis enemigos no tendrán refugio ni en este mundo ni en el otro. ¿Existe algun hombre tan ciego que no vea que el destino mismo dirige mis operaciones? Haced conocer al pueblo que desde que el mundo es mundo está escrito que despues de haber destruido los enemigos del Islamismo, despues de abatir la cruz, vendria yo del fondo del Occidente á cumplir la mision que me ha sido impuesta. Haced ver al pueblo que en el santo libro del Corán, en mas de veinte pasages está previsto lo que ahora sucede, y está igualmente explicado lo que sucederá. Yo podria pedir cuenta á cada uno de vosotros de los mas ocultos sentimientos de su corazon, porque yo lo sé todo, hasta aquello que no habeis dicho á nadie. Pero un dia llegará en que todo el mundo vea con evidencia que yo obro por órdenes superiores, y que todos los esfuerzos no pueden nada contra mí.»

Su discurso á los soldados despues de la batalla de Austerlitz, es una obra maestra en que se tocan todos

los resortes y se hace llamada á los mas grandes afectos.

»Soldados: estoy satisfecho de vosotros. Habeis condecorado vuestras águilas con una gloria inmortal. Un ejército de cien mil hombres mandado por los emperadores de Rusia y Austria, ha sido destruido y dispersado por vosotros en menos de cuatro horas. El que ha escapado de vuestras bayonetas ha encontrado la muerte en los lagos. Cuarenta banderas, los estandartes de la guardia imperial de Rusia, ciento veinte piezas de artillería, veinte generales, y mas de treinta mil prisioneros, son el resultado de esta jornada para siempre célebre. Esta infantería tan alabada y en número tan superior, no ha podido resistir á vuestro choque. En adelante no teneis ya rivales que temer. Soldados: cuando el pueblo francés colocó en mi cabeza la corona imperial, confiaba en vosotros para mantenerla siempre en este brillo elevado de gloria que puede solo darla precio á mis ojos. Soldados: pronto os volveré á Francia. Allí sereis el objeto de mi mas tierna solicitud, y os bastará decir »estuve en la batalla de Austerlitz,» para que se esclame «hé ahí un valiente.»

Todavía es mas vivo y exaltado su language en Fryeland.

» En diez dias nos hemos apoderado de ciento veinte piezas de artillería, siete banderas, muerto, herido ó hecho prisioneros sesenta mil rusos: hemos arrebatado al enemigo todos sus hospitales, todos sus almacenes, sus trasportes, la plaza de Koenigsberg, los trescientos barcos que estaban en el puerto cargados de toda clase de municiones, y ciento sesenta mil fusiles que la Inglaterra enviaba para armar á nuestros enemigos. Desde las orillas del Vistula hemos llegado á las

del Niemen con la rapidez del águila. Celebrásteis en Austerlitz el aniversario del coronamiento, y en este año habeis tambien celebrado dignamente el aniversario de Marengo. ¡Soldados del grande ejército francés, habeis sido dignos de vosotros y de mí!»

¡Qué animacion y qué vehemencia en esta arenga al ejército expedicionario de Nápoles contra los ingleses!

» Soldados: marchad, precipitad en las olas si es que os esperan, los débiles batallones de los tiranos de los mares. No tardeis en hacerme ver que la santidad de los tratados está vengada, y que los manes de mis bravos soldados degollados en los puertos de Sicilia á su vuelta de Egipto despues de haberse librado de los peligros del naufragio, de los desiertos, y de cien combates, están por fin aplacados.»

Pero aquel astro se oscureció, y al ruido brillante de tantas victorias, sucedieron los ecos tristes de una dolorosa despedida. Napoleon va á dejar los restos de su ejército que le habian permanecido fieles, y les dirige esta palabra llena á la vez de emocion y de dignidad.

» Soldados: me despido de vosotros. Despues de veinte años que hemos estado juntos, estoy contento de vosotros. Siempre os he encontrado en el camino de la gloria. Todas las potencias de Europa se han armado contra mí, algunos de mis generales han faltado á sus deberes y á la Francia. Ella misma ha querido otros destinos. Con vosotros y los bravos que me han quedado fieles, habria podido mantener la guerra civil; pero la Francia hubiera sido desgraciada. Sed fieles á vuestro nuevo rey, sed sumisos á vuestros nuevos gefes y no abandoneis nunca nuestra querida patria. No sintáis mi suerte: yo seré feliz, si sé que vosotros lo sois.

Hubiera podido morir, y solo por servir todavía á vuestra gloria he consentido en sobrevivir. Escribiré las grandes cosas que hemos hecho... No puedo abrazaros á todos pero abrazo á vuestro general... ¡ Venid, general Petit, que yo os estreche contra mi corazón! ¡ Que se me traiga el águila que quiero abrazarla también! ¡ Ah! ¡ Querida águila, ojalá este beso que te doy pueda resonar en la posteridad! ¡ Adios, hijos míos! siempre os acompañarán mis votos: conservad mi memoria! »

Reaparece Napoleon despues de haber dejado la isla de Elva y fiado á las olas su destino y sus esperanzas en la expedicion mas arriesgada y aventurera.

¡ »Soldados! (dice) En mi destierro he oido vuestra voz... Nosotros no hemos sido vencidos... sino engañados. Debemos olvidar que fuimos los dueños de las naciones; pero no debemos sufrir que nadie se mezcle en nuestros negocios. ¡ Quién pretenderá ser el amo entre nosotros? Recobrad esas águilas que teniais en Ulm, en Austerlitz, en Jena, en Montmirail. Los veteranos del ejército de Sambre y Mossa, del Rhin, de Italia, de Egipto, del Oeste, del grande ejército, se ven humillados. Venid, pues, á formar bajo las banderas de vuestro gefe... La victoria marchará al paso de carga... El águila, con sus colores nacionales, volará de torre en torre, hasta las de Nuestra Señora... »

Pero la suerte de este grande hombre estaba escrita en el libro del destino, y habia sonado la hora en que se debia cumplir. En vano fué oponer el valor á la astucia, el talento militar á las combinaciones oscuras, y un heroismo magnánimo y desesperado á las perfidias y á las traiciones. Waterlloo derribó al coloso para no volverse á levantar, y le encadenó en una isla separada

á gran distancia de los continentes , como si fuera necesario oponer por barrera á la inmensidad del genio, la inmensidad de los mares.

En aquella peña elevada , rodeada por todas partes del Oceano y á cuyo pie se rompen con furia las olas que agita el soplo de las tempestades , alimentaba el prisionero su acerbo dolor con los recuerdos de una vida que habia pasado como el meteoro. Allí exclamaba con el mismo colorido de imágenes que adornaba sus ideas en otro tiempo de gloria y de prosperidad.

»Nuevo Prometeo, estoy sujeto en una roca donde un buitre me roe las entrañas. Sí; yo habia quitado el fuego del cielo para darlo á la Francia; pero el fuego se ha remontado á su fuente , y ¡hème aquí! El amor á la gloria se parece al puente que Satanás arrojó en el cáos para pasar del Infierno al Paraiso. La gloria une lo pasado al porvenir del cual está separado por un inmenso abismo. ¡Nada para mi hijo nada mas que mi nombre!»

¡Desgraciado genio! La imaginacion de aquel gigante encadenado no cabia en las dilatadas llanuras que se ofrecian á su vista , y su alma la salvava para fijarse en el teatro de los pasados triunfos , y repasar en melancólica contemplacion su prosperidad huida y sus funestos errores.

La elocuencia militar segun ha podido repararse en los modelos que se han citado , debe ser brillante , rápida y sonora. En ella deben herirse fuertemente las imagiaciones , y apelar á los sentimientos de independencia , de nacionalidad , de honor , de lealtad y de fidelidad á las banderas juradas. El gefe que se dirige á sus tropas necesita alentar su valor con grandes esperanzas , y fortificarlo con la perspectiva de grandes

triumfos. El language y las imágenes se ha de procurar sean como los que se usan en las arengas dirigidas al pueblo, porque el ejército sale del pueblo y como al pueblo se le debe hablar.

#### DE LA ELOCUENCIA DE LAS REUNIONES PATRIÓTICAS.

Esta es regularmente la arena en que suelen empezar á ejercitarse en los tiempos en que se permite los que aspiran á ocupar algun día la tribuna parlamentaria; pero es necesario convenir en que no es la mejor preparacion, ni la mejor escuela. En estas reuniones hay mas calor que buen sentido, mas virulencia que razon, mas exageracion que aplomo. El entusiasmo se confunde con el delirio, y las palabras parece que salen de unos lábios abrasados por la fiebre. Frecuentemente se grita mas que se discute, y el que tiene mejores pulmones, es el que obtiene las ovaciones del triunfo. Hablamos de los inconvenientes en que tropiezan por lo regular estas sociedades, y no queremos decir que no pudiesen ser útiles á la elocuencia, si purificadas de sus inherentes vicios se erigiesen como escuelas preparatorias de discusion, de debate animado á la vez que medido y circunspecto, y de desarrollo oratorio. Y con efecto: ¿no podian haber sido estas reuniones cuando se han permitido, un palenque de ensayos, en el que á imitacion de la Academia antigua se sostuviesen todas las opiniones y todas las doctrinas, y en que la juventud se adiestrase en las luchas de la palabra, para lanzarse despues con gran ventaja en el vasto campo y en el gran teatro de las lides parlamentarias? Asi se hubiera educado convenientemente nuestra juventud, y los primeros dias de su inauguracion en la

tribuna pública, hubieran sido también los primeros días de su gloria. No es esta tribuna con su imponente aparato, con su numeroso concurso, con su crítica y con sus murmullos que tanto imponen á la cortedad y pudor de los noveles oradores, el mejor aprendizaje para las discusiones de gravedad y de empeño: en ellas se necesita lanzarse con un vuelo rápido y vigoroso, cuando todavía no se tienen alas, y se ignora la dirección que se debe seguir. Hé aquí por qué tenemos menos oradores sobresalientes de los que debíamos tener: hé aquí por qué solo tenemos improvisadores de génio; esos hombres privilegiados que llevan en su espíritu y en su corazón la guía, la regla y el maestro, y no tenemos oradores de talento y de estudio que solo pueden formarse por los preceptos y el ejercicio.

#### DE LA ELOCUCION DE LAS SOCIEDADES ACADÉMICAS.

Esta es mas fácil al talento que al génio. En ella no puede haber grandes rasgos, atrevidos arranques, ni imágenes asombrosas. Todo está medido y calculado, y solo se piden delicadeza en la dición, finura y sutileza en los conceptos, figuras brillantes en la línea de lo bello y no en la línea de lo elevado y magnífico, un compás y una cadencia á que no se ajusta el alma fácilmente en medio de sus trasportes. Se parece esta elocución al paseo que damos por amenos jardines donde las flores mas bellas y delicadas se ofrecen á nuestra vista, ó al estanque que recorremos en una barquilla cuyas márgenes están vestidas de arbustos simétricos, y cuyas aguas se rizan blandamente por el suave aliento de los céfiros. Queda muy lejos de ser la nave



velera que se tiende en la inmensidad del Oceano , que surca mares desconocidos , y que en ellos desafia con arrogancia el furor de las olas y la dureza de las rocas en que van á romperse con un rugido espantoso. Timon ha hecho una exacta pintura de esta elocuencia cuando nos ha dicho : » Tiene una fisonomía enteramente aparte. Se mira y remira como una coqueta de los pies á la cabeza. Acaricia la vanidad de los otros , para que estos á su vez inciensen la suya. No gusta de muchas ideas. Se mueve muellemente en medio de frases estudiadas, de delicadezas impalpables, y de finas alusiones. Se corona de rosas pálidas nacidas del carbon de tierra en los templados invernáculos del Instituto. »

#### DE LOS ÉLOGIOS FÚNEBRES.

Estos piden mucha delicadeza y mucha emocion. El auditorio se halla penetrado por la vista de un cadáver, por el silencio religioso de aquella mansion solitaria, por las meditaciones que naturalmente evoca , y todo llama al alma al recogimiento , todo la prepara y dispone á impresiones profundas y sombrías. Los discursos fúnebres que se pronuncian en tales circunstancias, deben ser un ramo que se forme con flores delicadas y de suave aroma , pero aroma que penetre en el corazon para conmooverlo intensa y melancólicamente. Comparaciones felices en que resalte este opaco colorido; metáforas de gran naturalidad y de grande sentimiento; alusiones propias que recuerden otras ideas y otros objetos no menos lamentables ; el crespon funeral en una palabra , tendido sobre toda la dición y á cuyo través se vean todas las figuras de este cuadro ; alguna

reflexion moral, diestra y ligeramente presentada; alguna cita histórica intercalada en la relacion de las virtudes de la persona á quien se llora; alguna apóstrofe sencilla sin violencia y sin aparato, son los atavíos que mas convienen á oraciones de esta especie. No deben referirse menudamente, como es costumbre, las acciones del que murió; esto seria una biografía descarnada y sin color, en vez de ser un elogio fúnebre dirigido á agradar y á conmover. Si los espectadores no lloran á pesar de haber tantos elementos en favor y ayuda del orador, será la señal segura y desgraciada de que no se ha encontrado el camino ni descubierto la fibra sensible; ni el modo de escitarla. Esto equivaldria á haber echado un puñado mas de tierra en la huesa; pero no á haber sacado del polvo un sonido lastimero y un recuerdo tierno y doloroso á la vez.

#### DE LA ELOCUCION DEL PÚLPITO.

No me propongo escribir un tratado de reglas y observaciones sobre la elocucion sagrada, porque mi objeto se ciñe á la profana, y porque para ello se necesitaria un trabajo detenido que me separaria del rumbo que deseo seguir. Voy solo, pues, á considerar la elocucion del púlpito en relacion con las demas elocuciones.

El predicador tiene muchas ventajas sobre el orador profano. Por lo pronto es dueño de elegir su objeto, de meditarlo, de disponerlo, de formularlo, de arreglarlo detenida y cuidadosamente en el archivo de su memoria, en tanto que el orador profano recibe el objeto que se le presenta y como se le presenta, y tiene

que hablar sobre él, las mas veces con poca ó ninguna preparacion.

El predicador se dirige á gentes piadosas y crédulas, en cuyos corazones no hay ni oposicion, ni recelos, ni desconfianza: el orador profano habla entre adversarios tenaces, y acaso ante un público rebelde á quienes es necesario desarmar primero, para someterlos despues.

En la boca del predicador solo se oyen palabras de dulzura, de amor y de fraternidad, en tanto que el orador profano lanza rayos encendidos y evoca las pasiones y los odios. El uno solo pretende hacer hermanos, el otro solo busca producir enemigos.

Al predicador se le oye con atencion y con recogido silencio; al orador profano se le interrumpe, se le grita y se le amenaza. Al primero nadie le contradice; al segundo todos tienen derecho de refutarle y combatirle.

El predicador puede estenderse cuanto quiera, puede divagar segun le plazca, y en el momento en que el orador profano deja la línea recta aunque sea para hacer uua desviacion científica ó agradable, se disponen sus compañeros ó sus jueces para llamarle á la cuestion.

El orador sagrado no tiene limites ni terrenos vedados en sus creaciones. Representante é intérprete del Dios que domina todos los tronos, les llama al inexorable juicio de su censura, les pide cuenta de sus acciones, les corrige y amonesta segun sus obras; mas al instante que el orador profano se propusiera hablar de estos objetos, mil voces se levantarían imponiéndole silencio y dirigiéndole mil baldones. Si todavia

no basta al orador sagrado una autoridad tan inmensa, deja la tierra, penetra en los cielos, abre sus espléndidos palacios, descubre la majestad y la gloria del Hacedor, y la anuncia al mundo que le escucha en medio de su admiración, de su arrobamiento y de sus trasportes: el orador profano no puede subir tan alto, y tiene que contentarse con un horizonte mas pequeño y con medios mas limitados.

Pero de parte del orador profano hay otras ventajas que compensan aquella desigualdad. El predicador es el hombre del día precedente, de los días anteriores; el orador es el hombre del momento actual. Aquel va encerrado en las hojas de un manuscrito del que no puede salir; éste se mueve en los espacios del pensamiento y de la inspiración: aquel va agarrado al hilo de la memoria que no puede soltar, porque en el momento que olvide un adjetivo ó una partícula, se corta la cadena de los recuerdos y se interrumpe la peroración; éste corre como el caballo brioso por los campos del entendimiento y de la imaginación, sin temor de estraviarse, porque no va asido á palabras, sino á ideas y á fórmulas que se pueden variar: aquel, finalmente, recita lo que compuso en la calma y en el silencio, sin escitaciones, sin contradicción, y por lo mismo sin calor y sin colorido, y éste bebe en los raudales de una inspiración instantánea, avivada por el estímulo de las réplicas, y exaltada por la solemnidad de la lucha, siendo sus palabras fuego que abrasa, porque salen de un corazón que arde.

Y sin embargo, ¡qué cuadro tan grande por otra parte el de esa cátedra en que resuena la palabra divina! El predicador es el abogado de la religión, y como tal abraza su causa y la defiende: es el intérprete de

Dios, y como tal anuncia y esplica el dogma, la moral, las verdades eternas; las promesas de una bienaventuranza imperecedera y de unos castigos sin fin; es el padre de los fieles, y como tal los dirige con su santa severidad, y los anima con su anjelical dulzura: es el guia del pecador que va á caer en el abismo, y como tal lo ase y aparta de él con su brazo poderoso: es el faro del justo, y como tal derrama sobre él una luz esplendente y protectora. Su palabra es de consuelo y esperanza y deja caer sobre el corazon un bálsamo bienhechor en las tribulaciones de la vida. Otras veces es fuerte y terrible, y entonces reprende á los potentados del mundo, á los reyes mismos, erigiéndose en su juez en nombre de Dios y como enviado del cielo. Siempre persigue al vicio, ya sea que se oculte bajo los andrajos en la pagiza choza del pobre, ya sea que se ostente brillante en trenes magníficos y bajo los techos embudidos de oro del poderoso. »Conoce, como ha dicho un escritor, sin practicarlas, esas pasiones y esos vicios que inundan la tierra: como desde lo alto de una playa de salud presenciarnos la tempestad sin mojarnos con la espuma de las aguas, sin ser azotados por los vientos, ni impelidos por las olas.»

¡Massillon, Flechier, Bossuet, Fenelon! Vosotros habeis llenado las bóvedas de los templos con vuestra uncion y con vuestra piedad, y vuestra palabra omnipotente se ha elevado mezclada con los himnos de gloria, con los suspiros del recogimiento, y con el humo del incienso que rodeaba el ara, á la manera de una nube misteriosa. Vosotros habeis pronunciado palabras fabricadas en el cielo para hacerse oír despues entre los hombres como el eco de una armonia celestial. Ha-

beis igualado todas las condiciones á los ojos de la religion de que érais Apóstoles ; habeis proclamado las verdades mas santas : habeis hecho cruda guerra al poder que oprime y á la riqueza que insulta ; habeis protegido la causa de la humanidad y hecho ver al mundo que para el Padre comun no hay reyes ni esclavos , porque todos son hijos. Habeis sido , en una palabra , los actores de un drama de que solo Dios puede haber sido el poeta. Vuestros tiempos han pasado , pero vuestra memoria no morirá.





## LECCION XI.

---

De la posibilidad en todos los hombres con pocas excepciones de llegar á ser elocuentes.

**L**A naturaleza ha concedido á todos los hombres la palabra, la razon y la pasion. Hé aquí el conjunto de la elocuencia que no es otra cosa que la palabra clara ó apasionada.

La cuna de la elocuencia está en el origen del mundo. La palabra que sirvió á la creacion; esa palabra misteriosa, generadora por excelencia, cohetánea del tiempo, término y fin del cáos, fué una palabra elocuente; fué mas que elocuente; fué sublime. Dijo Dios: » hágase la luz; aparezcan los cielos y el firmamento; fórmense los mares; sea la tierra y produzca frutos; existan el sol, la luna, y las estrellas; púeblese la tierra de animales y el mar de peces; hagamos por último al hombre; » y la luz fue hecha y se desplegaron los cielos bordados de estrellas con el sol que da luz y calor al mundo; con la luna que le envia sus tibios y melancóli-



cos resplandores; los mares se retiraron para gemir en perpétua prision; la tierra pareció con todas sus galas y producciones; fueron los animales y los peces, y por último apareció el hombre como dueño de todo lo eriado. Aquí una reflexion consoladora de aliento y de esperanza. *Hágase* habia dicho hasta allí el Criador en todos los periodos de la creacion; mas para formar al hombre, como si quisiera anunciar la mayor y la mas espléndida de sus obras, dijo » *Hagamos al hombre.* » ¿Quién al fijarse en este cambio de language, dejará de elevarse con la conviccion de su importancia y poder, y de intentarlo todo, seguro de su idoneidad y de su triunfo?

Posible y realizable es nuestro natural desco de domar la palabra, y de hacerla servir á todos los impulsos de la voluntad, á todos los giros de la inspiracion, á todos los caprichos de la fantasía. El hombre es un ser naturalmente progresivo. Desde que hubo lenguas, debió haber tendencias marcadas á su perfeccion, y desde que se hizo sentir el poder de la palabra animada, debió trabajarse para conquistar aquella ventaja. Todavía estaban los hombres muy lejos del arte; todavia no se conocian las reglas que fijan y arreglan los movimientos oratorios; pero habia palabras; habia razon que las dirigiera; habia pasion que las convirtiese en dardos, y esto bastaba para que la elocuencia existiese: no esa elocuencia compasada, destenida, esclava de los preceptos; que se hiela en la region de los cálculos y de las medidas, sino esa otra elocuencia varonil y abundante, hija del corazon, poderosa como él cuando se desborda, domina y triunfa de todos por medio de sus arranques y de sus arrebatos.

Las reglas dirigiendo al genio han podido producir grandes oradores. Los Pericles, los Alcibiades, y los Demóstenes en la culta Atenas destinada á ser la patria de las artes y de todo lo bello; los Gracos y un Ciceron en la república Romana, que al influjo del talento y de la palabra de este último, vió realizarse en ella la fusion y el tránsito de la civilizacion Griega. ¿Pero cuántas veces estos mismos oradores que llenaron el mundo con su palabra y con su fama, no rompieron las ligaduras de los preceptos al desplegar sus alas para remontarse en el espacio, y vagar en él impelidos por el soplo de la inspiracion?

Sí: la inspiracion es, si nó el todo, al menos el elemento germinador para la elocuencia: y esta inspiracion está en la fantasía, está en la sensibilidad, está en el corazon, y á todos nos ha cabido al salir de las manos de la naturaleza en mayores ó menores proporciones, corazon, sensibilidad y fantasía. Fijese la vista en un rancho de salvajes escitados por un sentimiento de odio y de venganza para marchar contra sus enemigos. Un hombre apasionado con el recuerdo de los ultrages, se alza entre ellos, muestra las heridas que acaba de recibir, y pide que se vuelva injuria por injuria, y flecha por flecha. Su palabra es inflamada, y produce en el circulo de gentes que le escuchan una conmocion viva y profunda. ¿Dónde ha aprendido las reglas para una peroracion tan acalorada y persuasiva? En ninguna parte: habla porque Dios le dió la palabra: habla directamente á su propósito porque Dios le dió la razon; habla con ardor y con vehemencia porque Dios le dió la pasion que le inspira y exalta.

Y si esto ha sido aun en medio de los bosques donde

no habia penetrado la luz bienhechora de la civilizacion; donde la razon es ruda y selvática, y donde no hay ni observaciones ni preceptos que poder seguir ¿por qué desesperar ninguno de nosotros de llegar á ser oradores, cuando la civilizacion en todo su desarrollo es el síntoma característico de nuestro siglo, cuando una emulacion vivificadora nos sirve de elástico resorte, cuando contamos con libros y maestros, y cuando tenemos todos los días á la vista cuadros de tan magnífica espontaneidad, y de alocuciones tan arrebatadoras? Y así es, porque la Providencia ha querido que nuestra época sea fecunda en sucesos, rica en emociones, abundante en vicisitudes y en contrastes, que en ella esten siempre abiertos ó en accion los laboratorios de la inteligencia, los tesoros del pensamiento, y los estímulos de la voluntad y de la pasion.

» Cada edad, (ha dicho un autor notable) ha tenido sus meteoros políticos, científicos ó literarios, y á veces los ha reunido en las mismas épocas de vida y fecundidad.» Este es el verdadero retrato del tiempo en que vivimos. Una fermentacion general se apodera de todas las inteligencias, y los hombres buscan la mejora de sus destinos por los caminos de la ciencia. Las lenguas se rozan y se enriquecen; los conocimientos y las ideas sirven de objeto á un comercio incesante y recíproco; el pensamiento vuela de una parte á otra como un viajero infatigable que recorre el mundo para visitar todos los pueblos sin parar en ninguno; y por do quiera procura la razon levantar sus templos, la justicia fabricar sus altares, y la filosofia con la elocuencia que es su lengua y su brazo, proclamar sus Dioses. ¿No nos ha dado la naturaleza la palabra como

el don magnífico que nos distingue de los animales? ¿No podemos enriquecerla con el estudio y con el trabajo, haciéndola servir con abundancia y hasta con lujo á la espresion de todos nuestros conceptos? ¿No nos ha concedido una razon que se ilustra y perfecciona con los libros, con la meditacion y con el trato de los demas hombres? ¿No ha colocado en nuestro corazon el gérmen de las pasiones, el centro del fuego de la vida, el manantial de nuestros afectos y de nuestro entusiasmo? De todos estos bienes somos poseedores, y solo se necesita emplearlos con acierto y constancia para que la palabra sea en nuestra mano un instrumento dócil y flexible que obedezca á nuestro deseo, y siga y se amolde á todas sus transformaciones. Que no se crea, pues, que es muy difícil hacerse elocuentes: piénsese en la gran distancia que hay entre el hombre de regular talento y educacion y los rudos habitantes de los campos en la manera de anunciar las ideas y vestir las con imágenes y giros graciosos, repárese en que esta diferencia consiste solo en la diversidad de estudios y de cultivo del entendimiento y de la espresion, y se desechará ese desaliento fatal que esteriliza y anula tantas felices disposiciones.





## LECCION XII.

---

Reflexiones sobre el desarrollo y carácter distintivo de la elocuencia, según el estado de las sociedades.

**H**ACE mucho que se dijo que la humanidad entera puede representarse en un solo hombre. Y en verdad, la aglomeración de individuos forma el conjunto de la humanidad, y la descomposición de este gran todo, da por resultado aisladas individualidades. Por este principio, las sociedades presentan en su progreso y decadencia las mismas leyes y las mismas transformaciones que se observan en la vida humana. La infancia, la juventud, la edad lozana, pero madura, y por último, la vejez decrepita, son los tránsitos, son las diferentes gradas que la mano de la naturaleza ha señalado en sus obras, y entre ellas en la vida del hombre. Las sociedades siguen el mismo orden de desenvolvimiento de ascenso y de descenso. La vida es para ellas como para los individuos, una cuesta más ó menos larga que sube la juventud, y que dobla y deja atrás la vejez. La

subida es alegre, bulliciosa, y con un horizonte á la vista estenso y encantado; la bajada es fatigosa por lo rápida, triste y melancólica porque el horizonte se acaba, y porque se piensa que todo ha quedado á la espalda. Pero entre los individuos y las sociedades hay una diferencia muy grande; el hombre muere, y las sociedades renacen y se regeneran. La elocuencia, que es el tipo de los individuos y de los pueblos, se acomoda á todas estas transformaciones, y por mejor decir, es su sello y genuina espresion.

Los pueblos en su infancia, como los niños, son vivos, volubles, confiados y expansivos. Su elocuencia en ese periodo es escéntrica, inquieta, bulliciosa, adornada con las gracias del colorido mas seductor, llena de metáforas y de figuras que revelan la vitalidad y la intemperancia de la fantasía. Se la nota incorrecta porque hay mas sentimiento que ideas, y á veces visionaria porque se mueve entre ilusiones y aun no ha llegado al desencanto de la esperiencia.

Cuando los pueblos tocan al periodo de su juventud, se poseen como los individuos, del sentimiento de su fuerza, y la elocuencia ofrece el cuadro de la lozania y virilidad. Imágenes atrevidas, rasgos valientes, la espresion del poder y de la confianza que se revela en todas las frases, son la marca de ese espíritu osado é impetuoso á quien las dificultades enardecen, y para quien los obstáculos son solo un motivo que redobla el ardimiento. En esta situacion las opiniones tienen una gravitacion marcada hácia la democracia; y la democracia es el campo mas abierto y mas vasto para las luchas de la tribuna. Hasta aqui la elocuencia ha servido al placer ó al engrandecimiento en los dos tipos en que

la hemos considerado ; pero llega el tercer periodo , y éste no puede menos de imprimirle una súbita transformación , que le da muy distinta fisonomía.

Empieza la edad madura de las sociedades, y en ella, como sucede en el hombre , la razon se perfecciona á costa del corazon. A la luz de la esperiencia, que ilustra entibiando los espíritus, se aprenden muchas cosas que se ignoraban, y se rasga el seductor velo de rosa, por cuyo transparente se veía antes todo en el mundo de las esperanzas y de una inocencia virginal. No es esta ya para los pueblos ni para los hombres la edad de oro ; es la edad de hierro en que el cálculo , la astucia y el egoismo reemplazan á todas las impresiones y á todos los sentimientos, y en que las individualidades se afanan por crecer y levantarse, resueltas siempre á sacrificar al interés propio el interés comun. Pero no hay contagio tan destructor que no perdone á algunos individuos. Quedan hombres incorruptibles que se ofrecen á la vista como las columnas que se conservan en pie en medio de un monumento derruido por los años : quedan hombres en cuyo corazon nada pueden ni el hálito de las malas pasiones, ni la perversidad del ejemplo, y estos hombres se consagran á la defensa de una causa tanto mas interesante cuanto mas abandonada ; y hé aquí el momento en que salen á combatir dos elocuencias distintas, opuestas, que como los hermanos enemigos de Racine no admiten ni tregua ni reconciliacion. ¿Cuál será el carácter de esta nueva elocuencia que se presenta en los pueblos para pervertirlos, para hacer la apoteosis del vicio, para defender todos los errores y todas las injusticias, y para poner sobre el mal, el traje y la máscara engañosa del bien ? Es una elocuencia que



renegó del Dios á quien antes adoraba ; que abdicó su poder cambiándolo por los halagos y por los favores de la fortuna ; que se degradó y se envileció hasta el punto de abrazar la causa de sus enemigos cubriéndolos con su escudo y defendiéndolos con sus armas, en tanto que lanza golpes sangrientos sobre sus amigos y sobre sus hermanos. La victoria fluctúa entre ambas filas, porque si en una está la justicia que reclama, en la otra está la fuerza que arrastra y el poder que compra prosélitos. Pero todavía al menos hay lucha ; todavía no se ha sucumbido ; todavía se quema en este tercer periodo un incienso puro, aunque en pocos lugares, á la divinidad á quien los antiguos adoradores dejaron velada sobre el altar, cerrando con desprecio las puertas del templo. No es esta ciertamente la edad de la infancia con su alegría y con su candor, ni de la juventud con su poder y con su fuerza ; es la edad adelantada con sus áridas convicciones, con sus calculadores planes, con sus inquietos recelos, con su maligna suspicacia y con su absoluta impotencia. La cima de la vida se dobló por desgracia, y en ese descenso hartó presuroso, cuanto mas se avanza, mas se adelanta hácia la decrepitud y la muerte.

Estas son la cuarta escala en que estampan su huella las naciones como los individuos antes de desaparecer para reproducirse ó para aniquilarse : grada desastrosa para los pueblos, levantada entre el polvo y los escombros de todo lo que fue grande, generoso y elevado : grada en que solo descansa la corrupcion disfrazada con el resplandor de sus oropeles : grada en que se apoyan los cuerpos débiles y estenuados por la voluptuosidad y por el desorden, porque se quiere que al clamoreo

de las exequias precedan la alegría embriagadora de las festines y los cánticos libertinos de las orgías. Esta edad no tiene elocuencia, y si alguna pudiera tener, sería la de los cementerios.

Hé aquí como la elocuencia marcha al compás de la civilización, de que puede decirse que no es mas que un reflejo. En Grecia se mostró grande cuando habia grandes hombres y grandes ejemplos que poder imitar : en Roma fue tan brillante como pura mientras se dobló la rodilla ante la virtud política , y desapareció cuando los ciudadanos no supieron mas que prosternarse ante sus emperadores. De todo resulta que la elocuencia sigue y representa fielmente la situación de los países , que es poderosa en su juventud , débil y tímida en su vejez, que suena terrible en las tempestades y en las horas de peligro, mientras hay corazones que la acojan y brazos que la secunden; pero que solo exhala sonidos débiles cuando los pueblos se hallan no en su sueño , sino en su postracion , ó cuando viejos y carcomidos se ocultan con amortiguada luz como un astro en el horizonte, para aparecer despues con nuevo resplandor y brillo.





## LECCION XIII.

---

Recapitulacion y consejos.

**T**OCAMOS al término de estas lecciones en la parte de reglas ó preceptos sobre la elocuencia en general. Antes de ocuparnos de la elocuencia del foro, conveniente será hacer una ligera recapitulacion de las observaciones mas importantes que han podido esponerse en lo que queda escrito.

Que no se olvide nunca la necesidad de estudiar y trabajar mucho para llegar á ser un dia oradores. Ciceron antes de brillar en la tribuna, habia consumido muchos años en sus estudios y meditaciones, habia hecho varios viajes á Grecia y Asia para enriquecer su espíritu y perfeccionar la forma y galas del estilo; y Demóstenes habia mezclado su voz con los ecos que esparcian las olas del mar Fócio al quebrarse contra la playa, consumiendo asi muchas horas en continuos y perseverantes ensayos.

Hecho por el estudio un gran caudal de conocimientos, y clasificados é identificados estos por la meditacion, deben ser muy detenidos y concienzudos los primeros trabajos en la elocuencia, porque en ella nada debe dejarse á la espontaneidad, sino que todo debe sujetarse á las reglas para adquirir asi el hábito de dirigirse por ellas, aun cuando nos parezca que no se las atiende ni consulta.

Que se procure siempre entrar en materia con suma sencillez, y ser notablemente claros en todo el discurso. La afectacion es lo mas funesto para un orador principiante, porque el que se deja poscer de este vicio contagioso, ya no lee en los modelos, en las reglas y en la naturaleza misma, sino á través de su hinchazon y de su petulancia, que crecen á proporcion que el orador mas se ejercita. Este es un defecto que halaga y ceba á muchos, y en que por lo tanto es mas dificil la enmienda; porque los que le tienen, confundiendo las palabras altisonantes y huecas, los giros de extravío y de redundancia con la verdadera diction y con el verdadero mérito, cada vez abanzan mas en ese laberinto, cada vez se afanan mas por cazar conceptos pedantes, frases ininteligibles y palabras sin verdadera relacion y sin verdadera propiedad, y asi empiezan por ser enfáticos é incomprensibles, y acaban por producir mónstruos. Muy otro es el camino que debe seguir el orador. Debe procurar ser tan claro, que lo entiendan perfectamente hasta los hombres de mas limitada inteligencia, de modo que se hagan la lisongera ilusion de creer que son capacidades extraordinarias.

Que no se intente nunca decirlo todo, pero que se cuide mucho de presentar bien lo que se dice. En las

pruebas principalmente se necesita consultar esta útil economía. Cuando una prueba ha llegado al lleno de luz que admite, todo lo que despues se aumente y recargue, no hace mas que debilitar y destruir el efecto que antes se pudo producir. En la pasion tiene lugar la aplicacion del mismo principio. Las emociones vivas ó extraordinarias no se prolongan nunca por mucho tiempo, y el modo mejor de inspirar el sentimiento, es ciertamente no prodigarlo.

Que se procure que en todo el discurso se note ese flujo y reflujo que forma la variedad y que es el mejor atractivo, porque nada molesta y fatiga tanto como la monotonía aunque sea en la línea de lo bello.

Que aspire en todas ocasiones el orador á apoderarse del lado nuevo que puede ofrecer la cuestion, porque como ha dicho un escritor ingenioso, para ser perpétuamente interesantes se necesita serperpétuamente diversos. Esta es otra ventaja que tiene el orador sagrado sobre el profano. Los asuntos del púlpito jamás se agotan: porque las pasiones, los vicios, las virtudes, las reglas de la moral, la misericordia y la justicia divina, la gloria de la majestad, forman una rica mina que se ofrece á una perpétua explotacion: mas el orador profano ve con frecuencia agotarse las cuestiones, especialmente en la tribuna parlamentaria, de cuyas materias se apodera primero la imprenta y despues el debate, perdiendo aquellas en cada uno de estos tránsitos toda la riqueza y novedad que tenian en el principio.

Procúrese conocer bien la línea divisoria entre la oratoria y la poesía. Esta última debe servir solo al placer, y admite por consiguiente todo género de di-

gresiones , y todo linage de ficcion. La elocuencia por el contrario , paga un tributo á la razon y á la imaginacion á la vez , y no permite sino la verdad , condeñando las desviaciones y todo lo que se aleje ó separe de la demostracion mas ó menos apasionada. El orador no trata solo de agradar; mas elevada , mas solemne é importante es su mision sobre la tierra.

Háyase de hacer concesiones generosas , porque esta generosidad que se olvida frecuentemente en el mundo , se paga siempre muy cara en las luchas de la palabra. Aun no bien se ha soltado una prenda , cuando el adversario se apodera de ella y la emplea como el ariete de los antiguos , en destruir las fortificaciones de su antagonista.

Sobre todo; que procure el orador ser dueño de sus pasiones para poder dirigitas como se dirige la nave al impulso de los vientos , en un derrotero rápido y feliz. Para esto es para lo que se necesita mas trabajo y mas ejercicios. Los dos extremos matan , y solo en el medio estan el acierto y la inspiracion. El orador que no tenga pasion , no la hará jamás sentir; pero el orador que tenga un exceso de pasion y que se deje dominar por ella , tampoco tendrá movimientos libres en la tribuna , y no hará otra cosa que sucumbir ahogado por esa sobreabundancia de sentimiento que lleva á la sofocacion y á la nulidad.

Por esto ha dicho Buffon sin duda , que los hombres demasiadamente apasionados no pueden ser nunca oradores. Para serlo , es menester dirigir , y no ser dirigidos; conservar cierta frialdad en medio del fuego , cierta calma en medio de las pasiones , y cierto dominio y templanza en medio de las corrientes de la inspi-

racion. Cuando esto falta, las ideas acuden en tropel; las que nuevamente vienen aumentan el desorden del espíritu; el corazón no pudiendo regular el sentimiento, ve ahogarse y desaparecer las emociones que sentía; y perdido el hilo de los conceptos, ya no se sabe por dónde se camina, ni se lanza más que una palabra incoherente, incierta, dudosa, y contradictoria, que nada expresa, sino la fatigosa y anhelante situación de quien la pronuncia.

Se ha dicho que en esta parte perjudica tanto el defecto como el exceso, y en verdad no es menos temible que la exhuberancia de pasión, la falta de brio y de resolución que produce la cortedad. » Hay oradores tímidos (nos ha dicho un crítico ilustrado) que se turban y desconciertan desde que ven que el auditorio fija en ellos su atención, pareciéndose á la dama encogida y demasiado ruborosa que anda mal cuando observa que la miran. Desde el momento en que el temor se apodera de nosotros, la lava se enfría, y la inspiración muere. Es necesario además que la distracción no nos ocupe ni un solo instante; porque un reposo funesto se trasluce en el discurso tan pronto como la pereza triunfa de la voluntad. » Siempre atención profunda y esmerada sobre el curso de las ideas; siempre cierta serenidad al ceder á los arranques; siempre osadía para moverse libremente en todos los giros que inspire la pasión. Esta es la obra del hombre; el orador lo hace todo por sí; y si permanece quieto, sosegado é indiferente á las emociones, no tiene que esperar que se repita en su persona el prodigio de Isaías, enviándole Dios un ángel que toque con carbones encendidos sus labios yertos ó mudos.



¡ Pero qué ventaja y qué superioridad da al hombre la elocuencia! ¡ Qué triunfos le proporciona! ¡ Qué coronas le ciñe! ¡ Qué brillante reputacion le forma! ¡ Qué momentos de inspiracion tan agradable y embriagadora! ¡ Qué vida tan espiritual, tan recogida y expansiva á la vez, de tanto flujo y reflujo, de tanta concentracion y de tanto y tan magnífico esparcimiento! El orador vé con un placer indefinible que en su boca las ideas toman otra vida, otras formas, otra fisonomía, y otra expresion: ve que la palabra rebelde para tantos otros le obedece sumisa presentándose cuando él la llama y de la manera que él le ordena: vé que del mismo instrumento de que los demas no pueden sacar sino sonidos confusos que sirven solo á una comunicacion escasa y oscura, él hace salir ecos misteriosos é inmortales que se derraman por el espacio acogidos por el entusiasmo y aplauso universal, para subir á los cielos.

¿ Quiere aplicar su elocuencia al foro? Armado con la ley y con la palabra que forman una alianza estrecha, perseguirá al malvado, y llamará sobre su cabeza el castigo que espia el crimen, y que pone en seguro á toda la sociedad.

¿ Quiere defender al inocente á quien injustamente se acusa y persigue? El bajará á los calabozos en que habita, le levantará de las miserables pajas que le sirven de lecho, le reanimará en su postracion desesperada, y lo presentará á sus jueces y al mundo con la frente erguida, con una mirada serena, con un corazon limpio y con una conducta intachable. El orador habrá obrado este cambio; habrá mudado tan repentinamente los destinos; habrá quitado al inocente la túnica sangrienta del suplicio; le habrá arrancado de las manos del ver-

dugo , y entregado á una familia que gemia entre la desolacion y la vergüenza , baja la cabeza por temor de encontrarse con la vista de los demas hombres.

¿Dirige el orador su palabra á las masas para hablarles de sus intereses , de sus derechos , de sus deberes , de su dignidad , para decidir las á grandes acciones , para inflamarlas é inspirarles un sentimiento elevado y heróico? Entonces es el huracan que todo lo conmueve y todo lo agita : es la tempestad desencadenada que se anuncia y revuelve en general estremecimiento : es el brazo poderoso é invencible que derriba y postra cuanto se le opone ó resiste. Millares de hombres obedecen aquellos acentos que cruzan por el espacio como un meteoro inflamado , y que penetran en el corazon como dardos que no es posible ni huir ni arrancar : y al mandato de aquella palabra omnipotente , el pueblo se postra , se levanta , se irrita , se calma , grita , enmudece , provoca ó perdona segun le señala la voz que sigue ansioso y embriagado , en todos sus rumbos y transformaciones.

¿Se contrae la elocuencia á la prensa? Escribe libros que presentan y desenvuelven teorías , que fijan principios luminosos , que consignan y demuestran los derechos de los hombres , que trazan y señalan los caminos de su dicha , y que esparcen con la luz de la doctrina la verdadera cultura é ilustracion de los pueblos. Cuando no quiere anunciar las ideas en grandes tratados de menos fácil circulacion y lectura , escribe folletos , periódicos , hojas volantes; y estas producciones ligeras y poco costosas , circulan con admirable celeridad , salvan los muros de los palacios , entran en la choza del pobre , cruzan los mares , viajan por todas

las regiones, se aclimatan en todos los países, y haciendo un solo pueblo de vastos é inmensos territorios, los une y estrecha por un mismo dogma, por un mismo espíritu, y por una misma creencia.

¿Necesita la elocuencia anunciarse por la boca de un guerrero á las legiones que le escuchan y obedecen? Entonces toma formas gigantescas; es la osadía pintada de cuerpo entero que se revela en las ideas, en las palabras, y en las formas, que inflama y embriaga al soldado, que le hace buscar el triunfo y la gloria á través de las privaciones y fatigas y de los despojos de la muerte esparcidos por todas partes por el brazo del Dios de las batallas. Esta elocuencia que se anuncia como el soplo de la tempestad, como el rugido del leon, es la mas vigorosa y atlética. Triunfa de todas las preocupaciones, de todos los hábitos y de todos los temores; tiene por teatro los campamentos, por espectadores los combatientes, y por himnos los quejidos de los moribundos, las exhortaciones del valor, y los cánticos de la victoria.

¿Se contrae la elocuencia á las reuniones patrióticas? Ilustra y agita á un tiempo; es el ensayo de un gran drama que se representa despues á la vista de una nacion entera, poniendo en escena sus derechos y sus intereses; es la escuela del debate en que los alumnos aprenden la gimnasia de la palabra para servirse algun dia de esta arma en medio de la admiracion de un pueblo, que saluda al vencedor con los estrepitosos aplausos de su entusiasmo.

¿Desciende la elocuencia á las tumbas para hacer oír sobre ellas el elogio de la virtud, y la inspiracion del dolor y del sombrío recogimiento? Entonces no es ya

la nube que truena ; es el númen que llora , es la tórtola que arrulla , es el quejido de los corazones lacerados , es el acento lastimero que hace verter lágrimas aun á los corazones mas duros , como la vara de Moisés hacia brotar agua de las entrañas de las peñas.

¿Aparece la elocuencia en su día de fiesta y de gala en las sociedades académicas? Entonces es su traje pulcro , su aspecto risueño y su porte compasado y fino. No dice grandes cosas ; pero las dice bien , se escucha á sí propia y busca con ávidos ojos las muestras de asentimiento y aprobacion tan mesuradas y circunspectas como lo es ella misma.

¿Sube al púlpito para proclamar las verdades eternas , predicar la moral y enseñar la religion? Entonces se dirige á la razon por la razon y por el sentimiento ; muestra el camino del justo y convida á los fieles á que entren en él ; les consuela y alienta en sus adversidades ; les promete eternas recompensas ó les amenaza con eternos castigos ; se remonta á los cielos ; y abriendo de par en par sus puertas de oro , derrama sobre el auditorio que le escucha en religiosos transportes , torrentes de luz , de gloria y de esperanza.

Pero en lo que mas brilla la elocuencia es en la improvisacion. No se prepara esta para la pelea limpiando sus armas , ciñéndoselas despues con cuidado , y esperando entre combinaciones y temores que suene el toque de ataque. En cualquiera hora que se busque , en todo momento que se quiera , aparece el guerrero y se presenta el luchador. Come y duerme con su armadura y no es posible sorprenderle. Siempre se halla preparado , siempre pronto y dispuesto para la defensa como para la agresion. En un instante traza su plan y lo eje-

cuta. Las ideas le acuden con una prontitud admirable, las frases se le ofrecen naturalmente con las formas mas oportunas y mas bellas, y las imágenes brotan de sus labios como bullen en un rico manantial las corrientes puras y caudalosas que ocultaba en sus senos.

Tal es la fuerza mágica de la palabra cuya teoria me he propuesto desenvolver en todas sus principales aplicaciones. Sentados ya los principios generales paso á contraerlos á la elocuencia del foro.



# **ELOCUENCIA FORENSE.**



# ELOGUENCIA FORENSE.



## LECCION XIV.

—

Historia de la elocuencia del foro.—Su necesidad en el estado actual de las sociedades.

**E**L hombre ha nacido para la sociedad civil. Sin la sociedad doméstica no podría vivir ni desarrollarse, y sin la civil le sería imposible llegar al estado de perfección, de cultura y de goces á que le llaman su naturaleza y sus instintos progresivos. Falto de todo al nacer; privado de un pensamiento activo y creador; con órganos débiles, con impotentes movimientos, su vida sin los auxilios de una madre, sería tan efímera y fugaz como la existencia de la flor que aparece y muere en el mismo día. Pero no basta esta vida animal á sé-



res inteligentes. La ley de la perfectibilidad y del progreso intelectual, moral y material que todos sentimos, nos haria siempre buscar en el roce y comercio de las grandes masas que se llaman pueblos, los medios de llenar este deseo vivo y profundo, medios que en vano se buscarian en las pacificas pero escéntricas reuniones del hogar doméstico. Si los viajes y las historias nos presentan hombres sin leyes que respetar, sin autoridades que obedecer, errantes por los bosques, arrancando á la naturaleza una subsistencia insegura, y fijando en cada sol una nueva choza y un nuevo domicilio, preciso es reconocer que esta no es la perfeccion, sino la degradacion de la especie humana.

Pero si el hombre no puede existir bien sin la sociedad, la sociedad no puede existir sin leyes. Una familia no necesita mas que la vigilancia y la voz de su gefe; una tribu puede pasar sin mas mandatos que los de su cacique; pero un pueblo numeroso y esparcido necesita códigos que arreglen y determinen sus derechos, leyes que todo lo tengan previsto y calculado. Asi, remontándonos al origen de las naciones mas antiguas, y en medio de la oscuridad que el tiempo ha derramado sobre sus instituciones, vemos reflejar y presentarse en la historia como fanales, los nombres de Nino, Sesostris, Minos, Zoroastro, Zaleuco, Dracon, Solon y otros, que han dado á los pueblos, traducidos en leyes, los preceptos de la moral mas rígida y pura, ó los principios de conveniencia comun que han debido prevalecer sobre los intereses individuales. Entre nosotros son innumerables los códigos que se han publicado á partir del origen de la monarquía Goda, desde el primero Visogodo hasta la Novisima Recopila-

cion; y en el dia se ha desarrollado de tal modo el espíritu de legislar, de dar reglamentos, decretos y órdenes sobre todas las cosas, que nuestra ciencia legislativa forma un bosque, mejor diremos un cáhos, en que no es posible seguir el orden y la huella de la verdad y del acierto, sino á la luz de la cronologia, oscura y confusa, como vaga é indeterminada. Y en medio de este laberinto en que se necesita el hilo de Ariana para seguir una direccion segura, ¿quién podrá desconocer la necesidad de peritos, concedores de la ley, y de sus múltiples y variadas disposiciones, que defiendan los derechos amenazados, y que pongan á cubierto á la razon de los tiros del fraude y de la intriga? Tal es el ministerio y el noble fin de la abogacia; pero el abogado no posee mas que una parte cuando solo posee la ciencia del derecho: necesita ademas sobresalir en la elocuencia; porque no de otro modo podrá pintar sus ideas y desenvolver sus teorías con ese agradable colorido, con ese barniz de entusiasmo que vence la resistencia de la razon, y arrastra la voluntad. De desear seria que la ciencia de las leyes se simplificase y metodizase hasta el punto en que fuera á todos fácil su conocimiento y alegacion; pero prescindiendo de las mudanzas que exigen todos los dias en la legislacion las circunstancias con su curso rápido y variado, no es de creer que el talento humano llegue á realizar este progreso y á dar á la ciencia del derecho esa fisonomía sistemática, esa unidad provechosa, esa sencillez envidiable, ese orden y esa claridad que la hiciese accesible á todos los que se viesen dotados de regular criterio y penetracion. Y aun en ese caso, la desigualdad de los talentos, de los medios de anunciarse, y de las

condiciones de los interesados en los pleitos y causas, haria indispensable la interposicion del abogado para evitar aquel desnivel que tan poderosamente habia de influir en la suerte de la justicia y de la inocencia.

De la justicia y de la inocencia digo, y estas dos palabras revelan por sí solas toda la importancia de la abogacia. Apenas habrá objeto alguno de que no pueda ocuparse. La propiedad que forma las fortunas; la vida mas importante que las propiedades; la honra, preferible á la vida, todo puede verse en peligro, todo puede estar sometido á una discusion judicial, y su fallo pender en gran parte de la manera en que se desempeñe la defensa. El abogado lucha en favor de su cliente, y necesita para vencer dos armas igualmente poderosas: la ciencia del derecho con la dialéctica que forma la base de los racionios, y la elocuencia que les presta su fuerza persuasiva, sus formas y galas de espresion.

¿Y cuántas veces por falta de destreza oratoria, de calor y animacion en una defensa, se perderá un pleito y con él la subsistencia y el bienestar de una familia desgraciada, y lo que es lo peor aun, cuántas sucumbirá un acusado en medio de su inocencia por haberse acogido á un defensor sin pericia, sin vehemencia, sin colorido, sin medios oratorios para persuadir á los jueces, y para arrastrar su razon y su voluntad á la vez, á una sentencia absolutoria? Grande es ciertamente la importancia del papel que la elocuencia judicial desempeña en el mundo, y no es menos tremenda la responsabilidad que se contrae cuando deja de llenarse dignamente el objeto por incuria ó por abandono. La elocuencia del foro es y será siempre un elemento tan poderoso como necesario en todos los pueblos cultos.

Y no se diga que es inútil cuando no nociva; no se sostenga que el cuadro de los hechos que ofrece la vista de un proceso, basta para formar cabal idea y resolverlo con seguridad y acierto; no se pretenda que el debate judicial entenebrece las cuestiones, deja perplejo el ánimo, y vacilante nuestro juicio. Tal podrá suceder en la boca de un sofista mercenario cuya astucia se ponga al servicio de la iniquidad: pero no es este el fin de la verdadera elocuencia. Esta solo aspira á descorrer el velo que cubre la verdadera significacion de los hechos; á deshacer los pliegues bajo los cuales se oculta la verdad, y á arrancar al error la máscara engañosa con que se cubre; y bajo este punto de vista, la elocuencia del foro es el escudo de la virtud atropellada, de la inocencia perseguida, del huérfano desvalido á quien pretende espoliar un tutor perverso, de la fortuna, de la honra y de la vida de todos los hombres que demandan proteccion á la palabra autorizada, para que los salve en momentos dados del conflicto en que se hallan y del peligro que les rodea. ¡ Digna y elevada mision por cierto que asemeja al abogado á la divinidad que vela siempre por el oprimido, y le tiende en su afliccion una mano protectora!

Ni se nos oponga tampoco para combatir la elocuencia del foro, el ejemplo de los Egipcios que en un tiempo desterraron á los oradores de sus tribunales, ni el de el Areópago de Atenas que prohibia en las defensas el exordio y la peroracion, y disponia que solo se hiciesen de noche en las causas criminales. Podrá haber habido abusos que hayan exigido y justificado estas y otras precauciones; pero el abuso en las cosas, no son las cosas mismas, no es su índole ni su esencia, y fuera

grave error confundirlo todo , y destruirlo de un solo golpe con ciega brutalidad. La razon delira alguna vez, y sin embargo nadie ha intentado proscribirla ; ni á nadie le ha ocurrido tampoco la idea de que se mande cerrar las boticas porque al lado de los remedios favorables á la salud están los venenos que la destruyen. Y si la astucia y el fraude pueden prevalecer en las defensas orales , y si por este temor se quieren condenar inconsideradamente , ¿ no se repara en que los mismos ardides se pueden poner en juego en las defensas escritas que no es posible en manera alguna negar á los contendientes , y que en este caso , no hay otro remedio que poner en presencia los intereses y las pretensiones opuestas , para que de su choque salte la luz , se aclaren con ella las cuestiones , aparezca la verdad y se ilustre la conciencia de los magistrados?

En todas partes y en todas las épocas de ilustracion se ha conocido la utilidad de la elocuencia forense, y se la ha mirado como un elemento indispensable para la buena administracion de justicia. En Egipto , origen de las ciencias y las artes , se admitió desde el principio en los tribunales la asistencia de los peritos en la ciencia legal, para que dirigiesen y ayudasen á las personas que les reclamaban sus defensas. En Grecia los oradores políticos lo eran igualmente de las causas criminales , y en Roma se concedió á los patricios la atribucion de defender á sus clientes , de que nacieron la clientela y el patronato.

Y no es solo que se haya permitido la profesion ; se ha honrado con todo género de distinciones y preeminencias , y esto da á entender la alta idea que se tenia de un ministerio tan noble y de un patrocinio tan generoso.

Dábase á los abogados el título de clarísimos, se les concedía asiento en los tribunales, y los mismos Emperadores hacían recibir á sus hijos en el foro conduciéndolos con un acompañamiento, con un aparato, con una solemnidad y con una pompa, que competía con el honor que se dispensaba á los triunfos ganados sobre el enemigo. Entre nosotros, desde el fuero de Molina hasta las disposiciones del rey D. Alfonso el Sábio, se hallan no pocas favorables á la abogacía á que se han dispensado honras y consideraciones en todos tiempos.

Pero aquí se nos dirá tal vez por los enemigos de la elocuencia judicial: no deben dispensársele estas ni otras atenciones, porque en el terreno práctico de los hechos habrá de resultar siempre ó enteramente inútil, ó perjudicial y funesta. Los magistrados tienen su pauta en el código y no deben apartar jamás de él la vista por atender al agrado del oído mas ó menos halagado por una palabra flexible y sonora. Tienen su deber en la ley de que son egecutores y no árbitros, y deben decidir por los consejos de su razon y no por los estímulos de un corazón débil ó conmovido. Su ministerio es impasible, y cuando su entendimiento ve el crimen, deben cerrar los ojos, deben taparse los oídos, y descargar el golpe su brazo inexorable. ¿Pero hay acaso verdad en todos estos argumentos? ¿Son tan claras las leyes que puedan los jueces en todos los casos, con la mano sobre su conciencia, decir como el filósofo de la antigüedad, que han encontrado la verdad y que no puede ya ni oscurecerse ni escaparse? Y aun cuando la ley sea clara ¿no se entra por ventura á cada paso en el terreno de la duda y de la oscilacion al querer aplicarla al caso que se controvierte, cuya índole especial,

cuyo carácter y cuyas circunstancias variables hasta lo infinito, exigen que la equidad y la misma justicia estiendan ó contraigan la medida antes de aplicarla con una ceguedad lastimosa y violenta? ¿No hay ocasiones en que el rigor debe ceder á la misericordia, y en que desconocer este principio es incurrir en aquella máxima de filantropía de que una suma justicia es á las veces una suma injusticia? Todo esto es muy cierto, y por ello, el ministerio del abogado es tan necesario como bienhechor, porque sustrae muchas veces la víctima que se sacrificaría de otro modo, á una inteligencia obstinadamente absurda de la ley, ó á su rigor inconsiderado. Que no se hable, pues, de la impasibilidad de los jueces. Esta es una palabra como otras muchas, escrita en los diccionarios, pero de muy difícil ó imposible realización. Los jueces son hombres como los demas, y aparte de un entendimiento para comprender las cuestiones, siempre espuesto á error, porque el error es el patrimonio de la mísera humanidad, siempre luchando con la duda y con la incertidumbre que son la sombra que sigue al cuerpo de nuestros juicios, tienen un corazon sensible para amar lo bueno, para odiar lo malo, para compadecer las flaquezas de nuestra naturaleza débil ó rebelde, para sufrir con el que sufre, para sentir los estímulos de la piedad, y para templar con la compasion la dureza y el rigorismo de su austero ministerio.

Mas hé aquí una cuestion que al fijarse en el carácter y en la importancia de las defensas judiciales, se ofrece naturalmente. ¿Se parecen nuestros tribunales á los de los antiguos, pueden servir á nuestro estudio los modelos de aquellos tiempos, y será útil vaciar en

cuanto sea dable nuestras defensas, en los moldes en que fabricaron las suyas Demóstenes, Ciceron y los demas oradores insignes de aquellas épocas lejanas? Ciertamente que no. Nuestros tribunales en nada se parecen á los de la antigüedad, y nuestras defensas deben por esta razon diferir de aquellas absolutamente. Nosotros nos dirigimos á un juez único ó á lo mas á pocos reunidos que forman el tribunal. Su espíritu y su corazon estan encerrados en aquel recinto sin que tenga influencia en su ánimo y en sus resoluciones otra cosa que la ley y la conciencia. El abogado debe hablarles mostrándoles con una mano el proceso y con otra el código, y los magistrados que solo mueven su espíritu de indagacion en este circulo del que no se permiten salir, escuchan en calma sin que nada les altere ni conmueva fácilmente, y pronuncian despues en la soledad y en la inflexible rigidez de sus principios. En Atenas se conocian como tribunales el Arcópago, que juzgaba las causas graves; el de los jueces particulares, que conocia en las de menos entidad; y el pueblo, que era el juez por escelencia en todos los asuntos públicos de notable importancia. Roma, durante su república, tuvo su senado, sus pretores, sus censores y sus caballeros, sometidos todos al Forum ó tribunal supremo que formaba el pueblo romano, dueño de las decisiones en último grado en todas las causas que merecian su conocimiento y resolucion. Basta desde luego apreciar esta diferencia tan esencial para exigir en las defensas unos medios, una vehemencia, unos giros y una espresion totalmente diversos. En un tribunal ceñido á pocas personas, guarecidas estas en sus creencias, atentas principalmente á sus



convicciones, no puede usarse de aquella expansion, de aquellas entonaciones, de aquellas imágenes y de aquellos movimientos á que tanto convidan y se prestan los tribunales numerosos que sienten el influjo del espíritu público, y que con frecuencia lo toman como pauta segura é inequívoca. Un tribunal formado por el pueblo entero es la reunion de todos los instintos, de todas las pasiones, de todos los intereses, de las opiniones todas; y para mover esta masa enorme á la vez que eterogénca, se necesita apelar á grandes recursos y poner en accion todos los resortes con que cuenta el orador en la fecundidad de su talento.

El espíritu que domina en cada época dá tambien por otra parte distinto carácter á la elocuencia judicial. Entre los antiguos era un principio práctico la máxima de Solón, que tenia por el pais mejor constituido, aquel en que cada ciudadano persiguiese la ofensa hecha á otro como si él mismo la hubiese recibido. De aqui ese lazo bienhechor que unia y estrechaba á todos los hombres; de aqui esa mancomunidad solidaria que opone á las violencias de uno la resistencia de todos; de aqui esa union y esa uniformidad que es el mayor consuelo y el mejor vínculo de las sociedades; y de aqui por último que siempre desaparezca la persona para hacer lugar al interés y á la representacion comun, y que todas las cuestiones se elevasen muy por encima del concepto aislado que tuvieran en su origen. Nosotros por el contrario, con nuestro espíritu egoista, con ese aislamiento pernicioso que ha hecho del mar de las sociedades un archipiélago en que cada porcion de tierra está separada de las otras por las olas que impiden la influencia reciproca y el mútuo comercio de

interés y de simpatías, lo reducimos todo á pequeñas proporciones, y sofocamos hasta los sentimientos, encerrándolos en una circunferencia de suma pequeñez é insignificancia. Nuestras causas, aun las mas grandes, pierden su magnitud para tomar las formas estériles y vacías de la individualidad. El orador lucha en un campo cuyos límites toca por todas partes, y no puede ni tender su vuelo cuando no hay espacio, ni tener grandes movimientos cuando no lo anima la espectacion del interés general, ni remontarse á grandes consideraciones cuando los hombres no miran mas allá del horizonte de sus cálculos, dentro del cual no hay para todo lo demas sino un desden frio, ó una curiosidad indifferente.

Pero por mas estrecho que sea hoy el espacio en que las formas y las costumbres han encerrado á la elocuencia judicial, todavia llena su mision bienhechora; todavia hace triunfar á la justicia á despecho de la maldad; todavia libra á la inocencia de los lazos que le tienden la perversidad y el fraude. ¿Por qué, pues, obra continuamente estos milagros, por qué obtiene resultados tan felices y sorprendentes? Porque estudia la senda de la conviccion y de los afectos; porque una vez hallada, la viste con flores y la adorna con galas; porque marcha siempre en pos del entendimiento, y se apodera de él por medio de la fuerza de racionios hábil y diestramente presentados; porque se dirige luego á los corazones, y los conmueve y domina con la ayuda de la imaginacion que es el auxiliar mas seguro y poderoso. Hé aqui la pintura que ha hecho el célebre D'Aguesseau del secreto y poder de esta aliada invencible. »Tal es, dice, la estravagancia del espíritu huma-

no, que quiere sujetar á la razon á que le hable el idioma de la imaginacion. La verdad desamparada y desnuda halla pocos secuaces; la mayor parte de los hombres la desconocen ó la desprecian, cuando se les presenta con sencillez y sin aliño. En vano se cansa el entendimiento pintando con naturalidad lo que el alma siente: si la imaginacion no anima el cuadro iluminándolo con colorido vivo y agradable, la obra queda reducida á una imagen muerta y helada. La imaginacion es la que dá vida y movimiento á la obra del orador. El simple concepto, por luminoso que sea, causa la atencion del espíritu; la imaginacion al contrario, la distrae y entretiene agradablemente con las cualidades sensibles de que reviste los objetos, que habian salido desnudos de mano del entendimiento. Todo lo que no viene por esta via, causa fastidio, y es desechado con despego. Es tal el influjo que ejerce esta facultad, y tan arraigado se halla el hábito que tenemos contraido de no dar buena acogida sino á las ideas que nos vienen presentadas por su mano, aunque sean verdades palpables, que muchas veces tiene mas atractivo á nuestros ojos una mentira bien adornada, que un axioma desabrido. El orador malograria todo el fruto que habia de prestarle el convencimiento, si no matizase sus racionios con las bellezas de la imaginacion. Esta es la que ha sometido el mundo al cetro suave de la elocuencia. Por ella vemos cerca de nosotros los objetos mas distantes, y en las palabras nos figuramos hallar realmente las cosas mismas que ellas nos representan. El orador enmudece y la naturaleza es la que habla, la imitacion hiere cual si fuese realidad, y cuando no se nos presenta mas que una descripcion ingeniosa, noso-

tros creemos ver , sentir y tocar todo lo que se nos pinta.»

Tales son las palabras de este célebre jurisconsulto y de este notable escritor. La imaginacion, pues, presta en los debates judiciales inmensos recursos al abogado, y este rompería su mejor arma si la desterrase de sus defensas. Ella pinta al crimen con color tan negro y odioso, que sobre su pintura descende la cuchilla vengadora que purga á la tierra de los malvados. Ella presenta á la inocencia tan pura é interesante, que la misma inflexibilidad de los jueces le teje coronas; y ella finalmente retrata la flaqueza del corazon, las debilidades del espíritu, y el poder violento de las pasiones, de tal modo, que no pocas veces arranca una sentencia de compasion y perdon, de los mismos labios que estaban dispuestos á pronunciar un fallo condenatorio y tremendo.

Mas estas mismas ventajas han dado ocasion á algunos filósofos para dirigirle cargos y acusaciones.

Filangieri ha dicho: »El juez es en el tribunal el órgano de la ley, y no tiene libertad para separarse de ella. Si la ley es inflexible, debe serlo el juez igualmente. Si esta no conoce amor, odio, temor, ni lástima, el juez debe ignorar como ella estas pasiones. Aplicar el hecho á la ley es el único objeto de su ministerio, y sin faltar á él no puede conmovirse á favor de una de las partes. Si tiene un corazon sensible y una alma fácil de apasionarse, ésta será una enemiga de la justicia, á la cual no debe dar entrada en el santuario de las leyes. La imparcialidad de su juicio exige una firmeza de ánimo y una insensibilidad de corazon que seria viciosa en cualquiera otra circunstancia.» Por

ventura los esfuerzos de un arte sutil, ingenioso y halagüeño, no pueden aplicarse con la misma eficacia para inclinar hácia el mal que hácia el bien? La elocuencia en el foro se emplea en exagerar la atrocidad del delito si se acusa; en exagerar igualmente los motivos y las excusas del crimen si se defiende; en indagar las varias pasiones de los jueces para moverlas segun conviene al plan que se ha adoptado; en escitar segun lo exige la necesidad, la ira, la compasion, el furor y la lástima; en sustituir á la calma de la razon el entusiasmo de una imaginacion acalorada; en hablar al corazón cuando no se puede seducir al entendimiento, y en conmovier al juez cuando no es posible seducirle. ¿Y no son estos oficios de un arte pernicioso, de un arte destructor de la justicia, de un arte que espone á mil riesgos á la inocencia y favorece á la impunidad? Si se castiga al defensor de un reo que trata de corromper á un juez con dinero, ¿se le ha de permitir que lo seduzca con el fuego de una alocucion patética? Los medios son diversos; pero el efecto es el mismo. La ley deberia ver en ambos casos un rebelde que trata de destruir su imperio.»

Estos argumentos anunciados con tanto calor y con tan aparente viso de verdad, merecen una contestacion cumplida, porque es muy autorizada la pluma que los ha estampado, y á primera vista muy concluyente la manera en que se presentan.

¿Es verdad ante todo que los jueces deben ser una máquina de juzgar, y que consultando ciega y desapiadadamente á la ley en todo su rigorismo, no deben hacer otra cosa que traducir en fallos sus disposiciones? ¿No pueden estas permanecer ociosas en los

códigos , y estar proscritas al mismo tiempo por la opinion , por la cultura y por los instintos ilustrados de una época mas filosófica , y por consiguiente mas humana? ¿El juez no tendrá mas que lengua con un ressorte dado para dictar sus decretos , y carecerá de razon para examinar las circunstancias , y de corazon para sentir su peso y su influjo? ¿Aplicará siempre la ley en su dureza y hasta en su crueldad , apartando la vista de todas las consideraciones decisivas y apremiantes que la condenan al silencio , ó por lo menos reclaman mas moderacion y lenidad? ¿Hubiera impuesto la magistratura en los últimos años la pena de las leyes antiguas á los acusados de agoreros , al uso de los coches , y á otros varios casos de igual ó parecida índole? Y aunque se trate de una ley vigente robustecida por las necesidades sociales y por la sancion de la opinion , ¿no admite cada caso fisonomías y circunstancias tan diversas que aconsejan en la línea de la equidad y de la misma justicia , que se temple y modere en una aplicacion humana y compasiva? La ley ha impuesto pena de la vida al que robe una pequeña cantidad en la Côte. ¿Se hubiera pronunciado esta pena ciega é inexorablemente aun cuando el ladron fuera un padre que no tuviese aquel dia pan que dar á sus desgraciados y hambrientos hijos que imploraban en vano la caridad estraña , y aunque este hombre lanzado por el brazo de hierro de la fatalidad en el camino del crimen , hubiese mostrado honradez y parsimonia en el acto de cometerlo , no tomando mas que una cantidad insignificante de la bolsa llena de oro que la desesperacion habia puesto en sus manos? ¿No habia de decir nada al corazon de los jueces esta conducta de virtud en el crimen? ¿no

habian de compadecer y mirar con indulgencia al que, juguete ó victima de una necesidad superior al temor que las leyes inspiran, las viola á su pesar, y mostrando en la misma transgresion un espíritu de moralidad que el infortunio ha sofocado por un instante, pero no destruido? La ley ha tratado con dureza al que provoca ó acude á un duelo: ¿pero los jueces mirarán del mismo modo al calavera pendenciero dispuesto por hábito á estas escenas sangrientas, que forman el elemento de su vida y de su vanidad, que al padre de familias honrado y retraido en el asilo de la vida doméstica, que cuando menos lo esperaba recibe un público y grosero insulto que el honor y la dignidad propia no permiten tolerar? Multitud de causas se han formado entre nosotros en los últimos tiempos en que una legislacion criminal inconsiderada y caduca regía en los fallos de la magistratura: ¿qué vendria á ser entonces la elocuencia del foro sino la voz mediadora ó de acusacion contra principios nimiamente rígidos y alguna vez absurdos, la voz protectora que se interpusiera entre la victima y el sacrificador para arrancar á este el cuchillo de sus manos?

Pero aquí se me dirá que las legislaciones modernas han señalado la escala de las penas segun las circunstancias agravantes ó atenuantes que concurren en los delitos. ¿Mas por ventura estas circunstancias no pueden escaparse alguna vez á los medios de prueba, y no por eso ser menos ciertas y seguras para el sentimiento íntimo, mas poderoso é irrecusable que las pruebas mismas? La defensa, que aun en los casos comunes se dirija á ofrecer en relieve y con todo calor y propiedad estas circunstancias, ¿será como quiere Filangieri

la obra de la mentira y de la intriga, ó será mas bien la palabra que se lance en el asilo de la justicia para que esta no hiera cubriendo la mano con su manto respetable y fascinador? Los tiros, pues, del escritor ilustrado á quien respondemos, se dirigen contra el abuso de la elocuencia, y nosotros esplicamos y recomendamos su uso. Nuestra teoría por lo tanto, queda fuera del alcance de sus fuegos, ó van estos dirigidos á otra parte, no pudiendo por ello causarles el menor daño. No es exacta la comparacion entre el abogado que apura sus medios en el foro para persuadir y conmover á los jueces, y el corruptor que procura comprar con dinero sus conciencias. Este último va á un término vedado, por caminos inmorales y vergonzosos; en tanto que el primero se propone un fin noble, y marcha á él con una frente sin rubor, con un alma grande, y con un corazon henchido de virtud y de generosidad. Este ha sido el punto de vista en que se ha considerado siempre la elocuencia del foro, y no se pueden citar testimonios ni ejemplos que induzcan á creer lo contrario. Si en algunas partes no ha sido elevada á un alto rango de honra y consideracion, consiste en que la hacian innecesaria la simplicidad de las formas, y la claridad y concision de las leyes, que constituan un manual cuyo conocimiento entraba en la educacion general del pueblo. Y si todavia se invoca el ejemplo del Arcopago, contestaremos que aquel cuerpo célebre en los anales de los tribunales, en cuyas deliberaciones se decia que tomaba parte Minerva segun la sabiduría y acierto que las acompañaba; aquel cuerpo á quien no se atribuia un solo acto de injusticia en doce siglos de existencia segun el dicho de Demóstenes;



aquel cuerpo que exigía sacrificios y horribles imprecaciones puesta la mano sobre las entrañas de las víctimas, para asegurarse de la buena fe de los litigantes; aquel cuerpo que daba tanta preferencia á la urna de la misericordia sobre la de la muerte, y que no abría ni una ni otra siempre que el acusado quisiera someterse voluntariamente al destierro; aquel cuerpo, digo, no proscribió la elocuencia, sino solo su abuso; no se alarmó contra la palabra que busca y conmueve las pasiones generosas y justificables, sino que solo pronunció su recelo contra la palabra artificiosa y sutil que tiende lazos á la razón y prepara al corazón cautelosas y pérfidas emboscadas.

Concluiremos esta lección con el razonamiento exacto y elocuente que se lee en la recomendable obra de D. Pedro Sainz de Andino.

» ¡A cuántos peligros (dice) no estarían espuestos los derechos mas preciosos del hombre, si la elocuencia no los escudase, protegiese, y tomase parte en la lucha que continuamente les están moviendo la malicia y la injusticia de sus semejantes! ¿Qué otra cosa nos representan los anales judiciales, sino una conspiración perpétua del dolo contra la buena fé; del engaño contra la probidad; de la envidia contra el mérito; de la calumnia contra la inocencia; de la impostura contra la verdad; de la usurpación contra la propiedad, y del vicio contra la virtud...? Si la mentira se reviste de las formas oratorias para adquirir mayor fuerza ¿cómo habría de negarse este mismo recurso á la verdad, para que no se presente con menos poder que la mentira? Acaso porque las pasiones suelen estraviar el corazón humano, ¿deberíamos privar á la virtud del imperio que

puede eggercer sobre ellas , valiéndose de las afecciones generosas, que son las armas propias para combatirlas? Seamos exactos y consecuentes en nuestros principios de moral y de política , y no reusemos todos los auxilios que puedan favorecer el triunfo de la justicia sobre la injusticia , ni privemos á la virtud de los medios con que pueda defenderse del vicio y de la mentira. ¿Para qué serviría la jurisprudencia desentrañando y revelando los derechos que se derivan de las leyes , si en la oratoria no se hallasen armas para defenderlos y asegurar su posesion? Estas son dos ciencias inseparables; y si se reconoce la necesidad del ministerio de los juriscónsultos , se ha de convenir igualmente en que los oradores son los órganos indispensables para que la justicia que aquellos califican , se demuestre eficazmente y sea acogida y administrada con rectitud y acierto.»

Tal es el término á que deben encaminarse todos los trabajos y todos los afanes del orador judicial. Quede para los habladores venales y corrompidos encargarse de causas malas ó tal vez desesperadas , hacer en sus defensas si nó la apoteosis del vicio , ostentacion al menos de todas las doctrinas indecisas ó conniventes , y sacar de los tribunales al verdadero reo triunfante y orgulloso , con la jactancia en el rostro , y con una nueva autorizacion en la mano para seguir siendo criminal. El abogado íntegro; el orador del foro que se estima á sí mismo y aprecia su profesion , jamás solicitará ni menos envidiará esta falsa y funesta gloria. La elocuencia en su boca será la razon armada que pelea solo por ella misma , y que no se propone ningun suceso que no deban aplaudir la sociedad en el sentimiento ilustrado de su interés , y la justicia en la austeridad invariable

de sus aspiraciones y de sus principios. La base de la elocuencia judicial es la verdad; el camino porque marcha, es el del deber; el término á que se dirige, es el triunfo de la razon contra las malas pasiones que la combaten. Rectitud en el fin; nobleza en el sentimiento; moralidad en el fondo; lógica y pasion en las formas, hé aquí el retrato del orador forense, y la línea que está trazada á su ministerio importante y santo.



## LECCION XV.

Carácter de la elocuencia judicial, estudios y cualidades del orador del foro.

**E**L objeto de la elocuencia judicial se ha dicho que es hacer triunfar la verdad y la razon del error y de la injusticia. ¡ Dificil de alcanzar por cierto ! porque ¿ quién en una cuestion dada estará seguro de haber encontrado la verdad que buscaba ? ¿ quién podrá estar satisfecho en sus juicios y en sus indagaciones científicas , de que le han servido bien sus sentidos que segun un filósofo son solo cristales oscurecidos de nuestra alma, y de que el entendimiento ha seguido rectamente el camino que llevaba al término deseado ? » Es muy difícil decir ( ha escrito un hombre de gran talento ) *aquí está la verdad, mas allá principia el error.* » ¡ La verdad ! ¡ El error ! Fuera del dominio de la revelacion , es un secreto reservado á Dios.

Nosotros nos afanamos siempre por descubrirla; mas no llegaremos nunca á la cumbre que vamos subiendo en nuestras investigaciones , porque es infinita y sublime , porque Dios ha querido que nunca estuviésemos satisfechos de nuestros juicios y de nuestras obras , y ha puesto en nosotros idealidades misteriosas , tipos eternos que no es dado alcanzar , y que Platón creía fuesen recuerdos vagos de una vida anterior , ó presentimientos de una vida futura. »

Nada mas frecuente que leer un proceso , y formar nuestro juicio , volverlo á leer ó á meditar , y variarlo. ¿Dónde esta la verdad entre las dos opiniones que mutuamente se escluyen? Dios solo lo sabe , porque ve la gran cadena de todos los fenómenos y de todos los principios; nosotros lo ignoramos porque nuestra vista no alcanza á distancias tan inmensas. Lo que podemos y debemos hacer , lo que depende de nosotros , es examinar detenida é imparcialmente las cosas para encontrar en ellas la verdad. Esto da una gran ventaja; y por eso el abogado que mejor estudie y profundice un negocio , será por lo general el que mejor hable , y el que mejor lo defienda.

Nuestra primera ojeada sobre el cuadro de los hechos y sobre las cuestiones que abrazan , es por lo comun confusa é imperfecta. El exámen mas reflexivo y la meditacion , van continuamente estendiendo la periferia de este círculo , y descubriendo nuevos horizontes á nuestra inteligencia. No se defienden bien los negocios sino cuando se conocen perfectamente; y no es dado conocerlos con ese grado de claridad creadora , sino cuando se han visto y examinado con toda atencion y detenimiento.

Hemos dicho que en los antiguos pueblos, la elocuencia judicial y la política formaban un solo género, porque el espíritu popular, los principios y las formas, el considerable número de jueces, lo vasto é inmenso del teatro cuando decidía el pueblo, la importancia y el aspecto de interés general que se daba á la mayor parte de las cuestiones, permitían en las defensas del foro, rasgos, arranques, y movimientos muy parecidos á los que distinguen la elocuencia tribunicia. También hemos observado que nuestra elocuencia judicial ha de diferir absolutamente de la antigua, porque las circunstancias con que debe siempre marchar en armonía son de todo punto distintas. Mas nuestra elocuencia forense actual tiene su carácter propio: la gravedad y la severidad son su base; la demostracion de lo verdadero y de lo justo es su fin.

Partiendo de esta observacion sencilla, ya es fácil comprender el rumbo, la indole, y la entonacion de las defensas forenses. Si gravedad y severidad debe haber en las ideas como en el language, las digresiones inútiles, las redundancias fatigantes, la insignificancia ó el vacío de los pensamientos, la puerilidad que disgusta, la petulancia que ofende, la procacidad que irrita, la jocosidad y la burla que todo lo rebajan y todo lo desnaturalizan, deberán desterrarse de las arenas del foro que reclaman profundidad, solidez y decoro.

Si el objeto es demostrar lo verdadero y lo justo, los sofismas y capciosidades, los errores disfrazados con el trage de la verdad, la mala fé revestida con las apariencias del derecho, serán igualmente medios á que no se deberá apelar nunca, porque estan en

Nosotros nos afanamos siempre por descubrirla; mas no llegaremos nunca á la cumbre que vamos subiendo en nuestras investigaciones , porque es infinita y sublime , porque Dios ha querido que nunca estuviésemos satisfechos de nuestros juicios y de nuestras obras , y ha puesto en nosotros idealidades misteriosas , tipos eternos que no es dado alcanzar , y que Platón creía fuesen recuerdos vagos de una vida anterior , ó presentimientos de una vida futura. »

Nada mas frecuente que leer un proceso , y formar nuestro juicio , volverlo á leer ó á meditar , y variarlo. ¿ Dónde esta la verdad entre las dos opiniones que mutuamente se escluyen ? Dios solo lo sabe , porque ve la gran cadena de todos los fenómenos y de todos los principios ; nosotros lo ignoramos porque nuestra vista no alcanza á distancias tan inmensas. Lo que podemos y debemos hacer , lo que depende de nosotros , es examinar detenida é imparcialmente las cosas para encontrar en ellas la verdad. Esto da una gran ventaja ; y por eso el abogado que mejor estudie y profundice un negocio , será por lo general el que mejor hable , y el que mejor lo defienda.

Nuestra primera ojeada sobre el cuadro de los hechos y sobre las cuestiones que abrazan , es por lo comun confusa é imperfecta. El exámen mas reflexivo y la meditacion , van continuamente estendiendo la periferia de este círculo , y descubriendo nuevos horizontes á nuestra inteligencia. No se defienden bien los negocios sino cuando se conocen perfectamente ; y no es dado conocerlos con ese grado de claridad creadora , sino cuando se han visto y examinado con toda atencion y detenimiento.

Hemos dicho que en los antiguos pueblos, la elocuencia judicial y la política formaban un solo género, porque el espíritu popular, los principios y las formas, el considerable número de jueces, lo vasto é inmenso del teatro cuando decidía el pueblo, la importancia y el aspecto de interés general que se daba á la mayor parte de las cuestiones, permitían en las defensas del foro, rasgos, arranques, y movimientos muy parecidos á los que distinguen la elocuencia tribunicia. También hemos observado que nuestra elocuencia judicial ha de diferir absolutamente de la antigua, porque las circunstancias con que debe siempre marchar en armonía son de todo punto distintas. Mas nuestra elocuencia forense actual tiene su carácter propio: la gravedad y la severidad son su base; la demostracion de lo verdadero y de lo justo es su fin.

Partiendo de esta observacion sencilla, ya es fácil comprender el rumbo, la índole, y la entonacion de las defensas forenses. Si gravedad y severidad debe haber en las ideas como en el language, las digresiones inútiles, las redundancias fatigantes, la insignificancia ó el vacío de los pensamientos, la puerilidad que disgusta, la petulancia que ofende, la procacidad que irrita, la jocosidad y la burla que todo lo rebajan y todo lo desnaturalizan, deberán desterrarse de las arenas del foro que reclaman profundidad, solidez y decoro.

Si el objeto es demostrar lo verdadero y lo justo, los sofismas y capciosidades, los errores disfrazados con el trage de la verdad, la mala fé revestida con las apariencias del derecho, serán igualmente medios á que no se deberá apelar nunca, porque estan en



abierta contradicción con el fin á que se aspira.

Becaría quiere que el ministerio judicial esté reducido á un simple silogismo, cuya mayor esté en la ley, la menor en el hecho, y la consecuencia en el auto ó decreto. En este mismo círculo está encerrado el abogado; pero con la diferencia que el juez lo estrecha para acortar las distancias, y el abogado lo estiende y dilata sin alterarlo ni salirse de él. Dos puntos de partida y de referencia continua tienen todas las defensas; la ley, y el caso del litigio; y todo se reduce á probar que el último está comprendido en la primera. Esto es en cuanto á la convicción; á su lado viene la parte de sentimiento, de calor y vehemencia en la que es necesario que el lenguaje sepa reflejar los sentimientos del alma. El estudio y el ejercicio perfeccionan estas dotes hasta un grado de espontaneidad tan asombrosa, que parece imposible; porque como ha dicho un recomendable escritor «el talento cultivado tiene una lógica secreta y luminosa que lo guía sin saberlo, que encadena las bellezas, y que tiene á su disposición el hilo que dirige al espíritu en su invisible curso.» El abogado debe ser la personificación de este fenómeno admirable. Y aun no le basta; porque no tiene suficiente con poseer la riqueza, sino que necesita también unir la prudencia, y saber el tiempo, el lugar y la forma en que debe gastarla. En un lugar deberá ser conciso, en otro amplificador; en uno sencillo, en otro ingenioso; en uno vendrán bien las galas y las flores, en otro perjudicarían; en uno deberá haber raciocinio, en otro afectos y pasión; aquí deberá ser solo claro, en otra parte brillante y magnífico: porque la elocuencia es un verdadero Proteo que á cada paso se transforma, que en todos los mo-

mentos se plega al objeto y toma su tono, y que siempre atenta á seguir el compas y los rumbos de la inspiracion creadora, tiene necesidad de mudar continuamente su fisonomia.

La elocuencia judicial es sin duda la mas dificil de todas. En las demas, el circo es muy dilatado, puede huirse el ataque y esquivar los golpes del contrario, hay un campo inmenso por donde vagar, y unos espectadores á quienes se puede sorprender con la belleza y energia de las formas; pero en el foro, colocado el defensor á la presencia de los jueces y frente á frente con su adversario, no tiene mas alternativa que la de salir vencedor ó confesar su derrota. Los jueces son severos é inflexibles, y no toman nunca las apariencias por la realidad; el adversario es astuto y receloso, y no pierde oportunidad de dirigir el golpe al corazon; los espectadores son mudos, y se hallan poseidos del sentimiento grave que el lugar inspira: no hay escudo con que cubrirse, ni coraza que nos defienda: se pelea partido el campo y la luz, pie con pie y pecho con pecho: ó vencer echando por tierra al enemigo, ó reconocerse vencido con el temblor de la sofocacion, y con los colores de la vergüenza. Por esto ha dicho Ciceron: «Que en todas las demas materias un discurso es un juego para el hombre que no carece de talento, de cultura, y de hábito de las letras y de la elegancia: en el debate judicial, la empresa es grande, y no sé si diga que es la mas grande de las obras humanas.» En cuanto á los estudios del orador forense, ya digamos que todo orador necesita hacerlos profundos y variados, porque no de otro modo se atesoran los muchos conocimientos que han de nutrir un discurso; pero el

abogado necesita principalmente sobresalir en su especialidad: Ciceron queria que tuviese primero la elocuencia, y despues la ciencia del derecho. Salvo el respeto que merece su autoridad, opinamos de un modo enteramente contrario. El que solo tenga elocuencia, si es que merece este nombre la verbosidad sin cimientos, dificilmente ganará un pleito ó causa, porque sin caudal de ideas, sin copia de doctrinas, no podrá hacer una alegacion científica, no podrá fijar bien la cuestion ni desenvolverla: en tanto que el que tenga conocimientos podrá herir y resolver todas las cuestiones aunque sea sin movimientos, sin galas ni bellezas en el decir. Los principios son antes que las formas de su esposicion; y nada sirve que se nos presente una superficie brillante y aparentemente seductora, si al sujetarla á la piedra de toque del raciocinio se la encuentra sin ningun fondo.

Pero no es bastante que el abogado conozca la jurisprudencia ó la parte dispositiva de las leyes; necesita ademas comprender su filosofia, los motivos que las produjeron, su espíritu y su marcada tendencia; porque no de otra suerte podrá penetrar en el intrincado laberinto á través del cual se busca la oportunidad y justicia de la aplicacion. Error muy grave es creer que al abogado le basta saber el derecho constituido, y que á los legisladores toca estudiar el derecho constituyente. Cuando no se conoce mas que el primero, la ciencia del foro se posee solo á medias. Para aplicar ó marcar la aplicacion de la ley, es menester conocerla á fondo, en su índole, en sus miras, en su espíritu y en su filosofia; y no la conoce de este modo el que solo sabe donde está, y lo que materialmente dice.

Y no es solo que el estudio y la ciencia del derecho constituyente deban acompañar al estudio y la ciencia del derecho constituido; es mas bien que debe precederle. Primero es conocer la filosofia de la legislacion, que su traduccion material en leyes escritas: primero es conocer las bases, las reglas, el espíritu á que deben acomodarse los códigos, que estudiar sus disposiciones, no pocas veces, caprichosas é incoherentes. Sin estar profundamente imbuidos en las máximas de justicia universal; sin el conocimiento claro de lo justo, independiente de las pasiones é intereses que lo sofocan ó destruyen, no puede comprenderse una legislacion determinada, ni ninguna de las partes de ese todo que debe descansar sobre las nociones elementales del derecho universal, comun á todos los pueblos y á todos los hombres. A veces hallaremos una ley, poco conforme con esas ideas primitivas que deben ser el faro y el norte del legislador; deploraremos su ceguera y nos veremos obligados á reconocerla como regla soberana en los juicios; pero conociendo sus cimientos flacos y movedizos, su contradiccion abierta con la razon, que es la reina del mundo, todavia podremos hacer ver con respeto y con tacto delicado, las consecuencias á que lleva aquella resolucion inconsiderada, y desautorizarla para la opinion con el arma de la filosofia y de la critica. Entonces se aplicará con mano tímida y en una escala menos lata, ó hará lugar á otra mas meditada y razonable; y en ambos casos el espíritu de equidad ó de reforma habrá triunfado á despecho del error que suele hablar por boca de la ley, bautizándose con su nombre y usurpando su autoridad.

Mas no se crea que á esto solo deben ceñirse los es-

tudios del abogado : la antigua y moderna filosofía deben ocupar un lugar principal en sus estudios , y en ellos debe aprender las doctrinas mas puras , el conocimiento del corazon humano , la historia de sus extravíos y de sus pasiones , los resortes que le mueven , el fin y objeto á que encaminan siempre sus pasos. Los libros de Sócrates , Platon y Xenofonte , derraman torrentes de luz á la vista del hombre estudioso y pensador , y la aplicacion que puede hacerse de sus máximas es casi universal , y de universal provecho en todas las otras ciencias. »La moral y la legislacion, ha dicho un autor moderno, nacieron á un tiempo, marchan siempre íntima é indisolublemente unidas , y no puede conocerse bien la última , sin haber penetrado en los senos de la primera.» Nuestro humanista Capmani ha añadido : »Para ser orador no basta hablar como orador , es menester ademas pensar como filósofo.»

Y ciertamente no podrá nunca aspirar á esta ventaja el que conoce solo el esqueleto de las leyes , ó á lo mas su espíritu y su tendencia , si de otra parte ignora las teorías filosóficas , fuente y origen en todas las producciones morales y legales del pensamiento creador del hombre.

Peró los estudios del orador forense deben ser todavía mas estensos y variados. Debe conocer la historia, las ciencias sagradas , y algun tanto las naturales, descendiendo ademas hasta á los principios de las artes liberales, porque á las veces, ocurren cuestiones que no se pueden resolver sin el conocimiento de las artes mecánicas.

Despues de haber recogido este caudal de ideas, viene la oratoria , que es á las otras ciencias lo que el

traje al cuerpo; lo que la forma á la materia. La oratoria en el abogado ha de ir siempre unida con la dialéctica. Su arma mas poderosa es la lógica severa é inflexible. Antes que el colorido y las imágenes, es que los pensamientos y los raciocinios tengan precision, exactitud y método. Sin que un discurso vaya nutrido de conocimientos; sin que en su enunciacion se atienda á todas las reglas de la demostracion lógica y de la mas fuerte trabazon entre las ideas que se emiten, no podrá convencer por mas que la imaginacion se afane en hacer bellas descripciones y en aglomerar frases escogidas y sedactoras imágenes. Siempre se echará de menos el fondo; y estos discursos vacios en la realidad, pulidos y adornados solo en las formas, se parecerán á las planchas de metal que á fuerza de bruñirse pierden de su espesor, quedándoles solo el brillo engañoso de su superficie.

Mas aparte de estos estudios fundamentales, el abogado necesita dedicarse á leer los poetas y otras obras de gusto y de imaginacion que despierten y sirvan de tipo á la suya, enseñándole á manejar el pincel que todo lo adorna y todo lo embellece. Esta es la primera necesidad para todos los oradores, sea la que fuere la clase de elocuencia á que quieran dedicarse; mas el abogado que desea adiestrarse para las luchas del foro, ha menester mas que ningun otro esta lectura frecuente y meditada.

Los libros que desde el principio se ponen en nuestras manos, estan redactados en un language desaliñado y aun chavacano, y el de nuestras leyes de partida y de nuestros fueros es casi de todo punto ininteligible á los que son profanos á la ciencia. Los comen-

tadores y dogmáticos, sean de aquellos tiempos ó bien de otros mas cercanos á nosotros, han escrito con el mismo desaliño, y aun los prácticos y tratadistas de nuestros días tienen á lo mas pureza y correccion, pero no pueden ofrecer giros ni imágenes en sus obras puramente didácticas. Las leyes de la época tienen, como no pueden menos de tener, el laconismo áspero y seco de toda produccion que solo aspira á la claridad, y por consecuencia de todo, el estudio de tales libros, la lectura de los expedientes y causas con sus diligencias vagas y redundantes, con sus fórmulas añejas y de mal gusto, son lo mas á propósito para sofocar las disposiciones oratorias todavía no desarrolladas, y para desentonar la cuerda vibrante y sonora de los que ya se han formado oradores. Añádese á todo esto en el abogado el hábito de dictar que no dá lugar á la meditacion ni á la atencion escrupulosa en lo que se escribe; la fatigosa precipitacion con que todo se despacha que tampoco permite el trabajo de la lima ni las correcciones concienzudas de un tiempo holgado, y de la serenidad del espíritu; la influencia de un tecnicismo embarazoso ó anticuado, y todo ello lleva la mente de laberinto en laberinto, de desierto en desierto, donde no se encuentra ni una fuente, ni una flor con que poder deleitarse. Asi, al orador forense es mas necesario que á ningun otro consagrarse al estudio de las bellas letras, si ha de neutralizar estas influencias destructoras, y respirar libremente en medio de esta atmósfera helada, de completa esterilidad para la imaginacion.

Ademas de esta diversidad de estudios, necesita el abogado estar dotado de un grande amor al trabajo en el ejercicio de su profesion; porque no basta que tenga

en su cabeza un arsenal de todas armas; es preciso además que conozca á fondo la causa ó cuestion en que ha de esgrimir las. La ciencia le dá la pauta; pero solo en el conocimiento del proceso encontrará el modo y la oportunidad de aplicarla. El debe hablar al tribunal en una mano la ley, y en otra el espediente; y es necesario que conozca una y otro con igual claridad y con igual perfeccion. Se necesita para animarse y seguir en este áspero y desagradable camino, tener una voluntad de hierro; penetrarse de la importancia de sus funciones y de la severidad de sus deberes, y repetirse continuamente aquel dicho del padre de la elocuencia: «Cuanto mas nos separemos del trabajo, tanto mas nos alejaremos de la gloria.»

Las academias prácticas pueden ser de mucha utilidad, porque en ellas se arreglan y pronuncian defensas, se habla en sentidos opuestos, y hay un presidente que nota los defectos y los corrige con tino é imparcialidad; mas convendrá que el tiempo que se dé para preparar estos trabajos no sea nunca angustioso, y sobre todo que la contestacion á las réplicas se deje siempre para los siguientes dias, porque el improvisar en el principio engendra malos hábitos, y solo debe permitirse cuando ya han adquirido los discípulos soltura y seguridad.

Las cualidades del abogado son todavia de mas interés que sus estudios, si bien muchas veces no dependen de su voluntad y eleccion.

Al frente de todas coloco la honradez y la reputacion de probidad justamente adquirida por una conducta no desmentida de laboriosidad y de virtud. ¿Quién querrá confiar sus secretos y los de su familia á un hombre



atolondrado y ligero que no sabe calcular el precio de aquel depósito? ¿Quién querrá encomendar la defensa de su fortuna, de su honra, ó de su vida al abogado venal y corruptible de quien siempre hay que temer una traicion, un amaño, ó una connivencia? ¿Ni qué valor obtendrá en defensa de la inocencia y de la justicia, la palabra desautorizada de un perverso para quien la justicia y la inocencia son cosas sin significado y tal vez palabras de escarnio? ¿Cómo perseguirá al crimen con seguridad y dureza el que en la crónica detestable de sus hechos se ha ofrecido mas de una vez, criminal á la vista del mundo? ¿Quién creará sincero contra el vicio el language del hombre que lo profesa y lo practica? Hé aquí por qué la honradez es la primera cualidad que debe adornar al abogado.

Muy importante es tambien la independenciam del alma y la firmeza inquebrantable del carácter. En otro lugar digimos que la elocuencia del foro no esponia por lo comun á los vaivenes y contratiempos que la de la tribuna, y sin embargo no siempre está exenta de peligros, ni puede servirse dignamente sino con cierta resolucion y osadia. A las veces hay que luchar con un poderoso ó con un malvado intrigante, temibles por su opulencia ó por sus venganzas: otras hay que entrar en liza con el poder que presenta las formas de un gigante á cuyo lado los demas solo pueden mirarse como pigmeos: otras hay que levantar la voz contra la pasion popular, el mas terrible de todos los enemigos; y si en esas ocasiones el abogado es tímido y pusilánime; si su alma débil vacila en la poquedad, y su corazon está falto de decision y de ardimiento, naufragará en esa navegacion borrascosa, porque no encuentra dentro

de sí nada de lo que debería oponer á su irritado adversario. Se necesita , pues , de entereza y valor , no solo para defender la justicia , sin que nos retraiga ninguna consideracion cobarde , sino tambien para negar nuestro apoyo á la injusticia prepotente , que quiere hacer servir de dócil instrumento á sus fines , al mas noble y elevado de todos los ministerios : y si ejemplos se necesitarán para no titubear en esos momentos de conflicto , con orgullo puede recordar esta magistratura que discute y pide , el del jurisconsulto Papiniano que quiso mas bien perder la vida que prestarse á defender un horrible fratricidio , y el del desventurado Malesherbes que pagó en el cadalso revolucionario el celo y valentia con que defendió la causa de Luis XVI. El abogado jura prestar su apoyo á la justicia que lo reclame. Su regulador es su conciencia que le ilustra y alienta ; su juez es Dios que le mira desde el cielo. Puesta , pues , la mano en su conciencia , y fija la vista en Dios , debe cerrar los ojos á toda consideracion humana , y entrar sin temor en el palenque , sean las que fueren para él las consecuencias del combate.

Pero á todas estas cualidades es necesario que el abogado una la de su veracidad. Puede alguna vez ser perdonable que en la celeridad del trabajo ; en la complicacion de las diligencias ; en esa gran balumba con frecuencia de fárrago inútil que presentan los expedientes , se pierda , olvide ó altere alguna circunstancia interesante que bien conocida y contraída daría diferente fisonomía á la cuestion ; pero lo que no tiene perdon , lo que rebaja notablemente á un abogado , lo que no se concilia de ningun modo con la pureza y dignidad de la profesion , es que de propósito se supongan

hechos que no existen, se desnaturalicen ó desfiguren los que existen consignados; y en una palabra, que se mienta con descaro á la vista del tribunal que oye, del contrario que advierte, y del público que critica. En otra parte hemos aconsejado que se pase ligeramente en la relacion sobre las circunstancias que perjudican, y aun que se procure atenuarlas en el modo que se pueda sin ofender la verdad; pero de esto á falsear los hechos y las cuestiones, hay una distancia inmensa, y si lo primero es un ardid ingenioso y licito, lo segundo es una falta gravísima, que los derechos de la verdad y de la justicia prohíben disimular. Y no crean los que se valen de tan censurable medio que consiguen su fin; los jueces se previenen muy pronto contra estos impostores, y les escuchan con recelo, temiendo que les tiendan una red de engaño y seducción. Aun cuando dicen la verdad no son oídos sino con desconfianza, y sus demostraciones mas acabadas quedan siempre para los que las presencian en la línea de los problemas.

Pero todas las cualidades del abogado, por mas aventajadas que sean, desaparecen y se inutilizan de todo punto si le falta la presencia de ánimo, la serenidad de espíritu que debe dominar á la sensibilidad y á todas las emociones. Es necesario que el orador, sea en el género que fuese, conserve siempre esa libertad de pensamiento, esa calma en medio de su agitacion y de sus afectos, para poder discurrir sin ofuscacion ni embarazo, pareciéndose al piloto que conduce su nave dirigiendo el timon sin atolondramiento ni zozobra, bien sea que surque una mar bonancible con tiempo próspero y feliz, bien que bramen los vientos á su alrededor y que las olas le envistan con un furor impo-

nente. El abogado que no tenga esta calma fria en medio de su pasion , se turbará y sucumbirá desde las primeras palabras de su defensa , y principalmente cuando haya de responder á una réplica imprevista, cuando haya de tratar la cuestion en un aspecto diferente de aquel en que la habia calculado; nada se le ocurrirá fuerte y vigoroso; ninguna imágen se le presentará bella ó feliz; y solo acertará á pronunciar con lengua valbuciente palabras entrecortadas y confusas, frases incoherentes ó débiles que dejarán en pie y en todo su valor el argumento tal vez especioso de su astuto competidor. A las veces el demasiado fuego lleva á ese resultado desastroso, y el exceso de vida en el corazon ahoga y mata la espresion de los conceptos. Es mas fácil reanimarse que tranquilizarse en estos casos; y una vez perdido el aplomo, á cada paso aumentan la confusion y el desorden de las ideas, sucediendo lo que al nadador poco diestro ó demasiado tímido, que cuando deja de hacer pie se va á fondo sin remedio por mas que haya ensayado sostenerse y girar sobre las aguas.

Otra de las facultades que mas favorecen al abogado es poseer una buena memoria. Esta facultad que Ciceron llama »Tesoro de todas las cosas» sirve en las defensas y mas aun en las improvisaciones, de una manera prodijiosa. Exaltada la imaginacion con la pugna, ella acude en socorro de quien la llama, le retrata como en un espejo que pone delante de sus ojos, los principios, las teorías, los hechos, las circunstancias todas; y arma en un momento al combatiente para que pueda, entre la admiracion y los aplausos, derribar vencido á su enemigo. Y sin embargo, la memoria es muchas

veces funesta y aun homicida. Ella nos representa placeres y dichas perdidas; ella perpetúa el dolor en el corazón haciendo eternos los recuerdos, y ella crea alrededor del hombre una segunda existencia de melancólica meditacion, que une á la amargura de lo que fué, el fatídico presentimiento de lo que será.

Y en medio de este mal, solo vivimos por la memoria. El hombre encerrado en la actualidad sin corrientes de comunicacion con lo pasado, sería un instrumento sin sonido; una voz sin eco; una música lúgubre sin armonías agradables; la pisada que no deja huella; la brisa que resbala en nuestro rostro y que se aleja silenciosa; la linfa del río que huye á nuestra vista para perderse en los mares. Sin la memoria, la amistad con sus tibios consuelos, el amor con sus fascinadores encantos no nos dejarían una señal que los reprodujera en el alma, y esta no podría mirar atrás, viviendo solo de lo presente, incapaz hasta de comparacion con el porvenir. El hombre goza por la memoria hasta en los males pasados, y por esto se ha dicho sin duda, »*recordatio malorum jucundissima.*» ¿Qué sería sino tuviera este tesoro de emociones que nos halagan como un sueño cuando ya hemos perdido la felicidad? sería un autómeta regido por un destino fatal; gobernado por instintos vagos y oscuros; incomunicado con el tiempo que dejase á la espalda, y lanzado en el que tuviera delante de sí, ciega y oscuramente sin anhelacion y sin esperanza.

Todavía no basta al abogado poseer este conjunto de circunstancias felices. Es necesario que sepa aprovecharlas, y que para ello sea circunspecto no recibiendo todo género de causas, ni en mayor número que

el que pueda cómodamente despachar. Cuando los negocios se reciben á la ventura; cuando á su admision no preceden la eleccion y el exámen, imposible es que todos sean ventajosamente defendibles, y que no se corra el riesgo de admitir causas conocidamente injustas. Este es el escollo de las mayores reputaciones. Al ruido de su renombre acuden clientes de todas partes; el abogado no tiene bastantes ojos para ver, bastante lengua para dictar, ni bastantes manos para escribir, y el trabajo siempre apresurado é irreflexivo, descubre la precipitacion y la ansiedad con que se trazó. No se espere nunca que salgan obras maestras en lo que asi se improvisa. Todos los talentos tienen una capacidad dada, y no estienden con demasia la atencion, sino á espensas del exámen y de la rectitud del juicio. Lo que se trabaja tan deprisa, cuesta desengaños dolorosos y obliga á las veces á pasar por la mortificacion del amor propio.

Al lado de la circunspeccion y la prudencia para admitir los negocios, estan tambien la circunspeccion y la prudencia en el modo de defenderlos. Algunos hacen consistir su mérito en formar escritos largos que no se leen ó se leen con harta pena, y en pronunciar informes difusos que fatigan y hacen bostezar. Desde que una demostracion se ha llevado á su complemento, todo lo que se le añade es no solo inútil, sino tambien perjudicial. La atencion tiene su medida, y solo se fija con intensidad por cierto tiempo aun en las cosas mas agradables. Una peroracion mas larga de lo que debiera ser, decae necesariamente; ofrece paréntesis y lagunas al interés, y lo que no se escucha, ó se escucha con distraccion, no puede convencer ni persuadir, ni menos

deleitar y conmover. Si la cuestion tiene varios puntos, es necesario que cada uno de ellos, sin que le falte la unidad al todo, presente unas ideas y un language igualmente sostenidos, para que la atencion de los jueces y del auditorio no decaigan. Este es el único medio para hacer breve lo que realmente es largo, y para conseguir que el interés renazca á cada momento, cuando á causa de la difusion parecia deber espirar. Sin esto, la atencion no se sostendrá á la misma altura en toda la duracion del debate, y á ella reemplazarán bien pronto la distraccion y la indiferencia. Es necesario, pues, no tomar la verbosidad insustancial por la verdadera elocuencia, y penetrarse de que aquella produce solo viento y paja, sin que deje nunca recuerdos en el alma, eco y emociones en el corazon.

A estos escritos é informes desmesurados, podria llevar tal vez en algunos la perspectiva de mas crecidos honorarios. Esto seria añadir á un defecto un vicio. Lo que mas rebaja á un abogado, es la codicia. En los tiempos en que esta profesion se desempeñaba gratuitamente; en que los patronos que acudian á la defensa de sus clientes lo hacian estimulados por un sentimiento humano y bienhechor y sin esperar otra recompensa que la estimacion pública y el lustre de su nombre, las defensas eran vigorosas porque no se dilataban por miras interesadas, y la facultad se desempeñaba con tanta pureza y dignidad, como gloria. Entre los Griegos hasta Antifon no se recibió remuneracion alguna por las defensas judiciales. Entre los Romanos la ley Cincia y las disposiciones de César Augusto consagraban el mismo principio exento de tentaciones; pero los Emperadores Claudio, Trajano y Justiniano permitieron





## LECCION XVI.

---

Dictámenes, demanda, contestacion, y posteriores escritos.

**E**L abogado debe ser elocuente cuando escribe y cuando habla. La elocuencia de los escritos difiere de la de los discursos; porque estos por lo comun permiten giros, imágenes y movimientos que no cuadran á aquellos, formados en el retiro y en la calma, sin contradiccion instantánea, sin nada que avive y provoque, sin nada que conmueva y arrebate. Pero aun en los mismos escritos que forman el tejido de un pleito ó causa, deben observarse diferencias en el modo de redactarlos. Queremos darlas á conocer antes de ocuparnos de las defensas orales.

### DICTÁMENES Á CONSULTAS.

Acaso entre todos los objetos de que se ocupa un abogado no hay ninguno que deba tratarse con tanto

pulso y detenimiento como los dictámenes que se vé todos los días en la necesidad de dar á las consultas que se le hacen. Estos dictámenes, son como sentencias anticipadas en la influencia que egercen en la suerte de los negocios; porque segun ellos, las partes se deciden á emprender un pleito ó á sostenerlo, resultando que la equivocacion del letrado es causa muchas veces de que se deje perder una fortuna á que se podíá aspirar en justicia, ó de que se reclame sin razon, y se compre solo con muchos disgustos y gastos un desengaño amargo, y un resultado desastroso. ¡Terrible responsabilidad en que tal vez no se piensa siempre, tanto como se debiera!

El lenguaje en que deben estar redactados estos dictámenes debe ser claro y conciso. Se trata solo en ellos de consignar un derecho, y para esto basta presentar la cuestion con sencillez, y resolverla con exactitud. Toda amplificacion, toda imágen, toda elevacion de conceptos, seria una pura petulancia en estos trabajos en que todo rodeo es una excrecencia, y toda complicacion un defecto. Fundamento en el juicio, y naturalidad en su esposicion; hé aqui todo lo que se necesita, y fuera de lo cual, cuanto se esponga y escriba, no será mas que una nociva y ridícula redundancia.

Las demandas deben redactarse tambien con suma sencillez y naturalidad. El fin es presentar la justicia de la accion y para ello debe atenderse con sumo cuidado, á no equivocarse esta y á esponerla en los términos mas claros y precisos. La demanda es el primer paso en los juicios; todavia no ha habido resistencia; todavia no hay contradiccion ni pugna; todavia no puede suponerse en los ánimos aquella efervescencia ni aquel

calor que pronto producen los encontrados lances de la contienda. El lenguaje debe por lo tanto ser limpio, sencillo y contraído, coñidamente al objeto. Tan mal cuadrarian en una demanda cierta expansion, las amplificaciones, los jiros y las imágenes, como frio y vacio seria un alegato, una mejora de apelacion ó súplica que dejara de tenerlos.

La contestacion puede ya animarse algun tanto. El abogado bajo cierto punto de vista es la personificacion de su cliente, y debe creérsele animado de sus mismos intereses, y de sus mismos afectos. La contestacion se escribe con el tinte de la sorpresa, de la estrañeza, ó de la irritacion que ha podido ocasionar la demanda, y por esto sin que deje la linea de la sencillez y claridad puede tener algun ensanche mas, y un poco de mas vivo colorido.

Llega la réplica, y en ella como en la dúplica, ya las ideas y las pretensiones encontradas, se han puesto en escena, ya la cuestion presentada pide alguna dilatacion, ya el espíritu de abierta pugna, autoriza mayor calor en las ideas y en los racionios. Todos estos escritos sin embargo no son mas que la prótasis del drama que se ha de seguir representando, y que es necesario que en cada acto crezca en animacion y en interés.

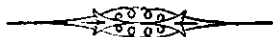
Los interrogatorios para las pruebas deben escribirse con toda la claridad y laconismo posibles, para que los testigos que han de absolverlos, sea la que fuere su capacidad, los comprendan facilmente sin necesidad de intérpretes ni comentadores.

Vienen por último los alegatos, y en ellos tienen ya lugar las amplificaciones, imágenes proporcionadas, y giros tan templados como agradables. Imposible es fi-

jar una regla general que sirva en todos los casos. Los negocios varían hasta lo infinito, y á su interés é importancia debe acomodarse siempre la entonacion. En esto consiste el tacto y el pulso del abogado; tacto y pulso que no se enseña; pero que los negocios, el hábito, y el gusto, llegan á hacer familiar: háyase con cuidado de toda pedantería, pues que no hay nada tan ridiculo como emplear las grandes formas, cuando ni el negocio ni el estado de la cuestion las merecen. La sentencia pone término á la lucha en la primera instancia, para que los combatientes descansen, para arrojarse de nuevo á la arena en la mas respetable presencia de la superioridad.

Ya aqui sin que el negocio haya variado, puede decirse que ha crecido. El tribunal que entiende tiene un carácter mas elevado, y la circunstancia de no ser una sola las personas que lo forman realza la solemnidad. La cuestion toma otras formas y otras proporciones, las ideas se agrandan y el language debe responder á todas estas variaciones. Cada escrito que se cruza en este nuevo palenque, hace mas viva y animada la pugna; y en cada uno de ellos pueden elevarse la cuestion, la dicción y las formas, á una altura que mide con exactitud el pensamiento, cuando son sus consejeros el juicio, el gusto, y la crítica. En este terreno concluye la discusion por escrito, avivándose mas si se entra en la tercera instancia, y en uno y otro caso, la necesidad que tiene el abogado de hacer en estrados su defensa de palabra, nos lleva naturalmente á tratar de los discursos forenses. Una advertencia haremos antes de concluir. Para escribir como para hablar bien, se necesita estar bien penetrados del asunto. Un escri-

tor moderno ha dicho : »Escribir bien es al mismo tiempo pensar bien , sentir bien , y esplicarse bien. Es tener á la vez talento , corazon y gusto.» Mas difícil es escribir que hablar , y es mal medio para formar escritos que merezcan el título de buenos , tejerlos con precipitacion y con una ansiedad devorante , confiados sus autores en que suplirán las faltas y llenarán los vacíos al hacer la defensa de palabra. Los magistrados forman muchas veces su juicio por lo que se escribe, porque lo oyen , lo leen , lo repasan , lo meditan y consultan , y no hay nada peor que tener que empezar un discurso , por desarraigar creencias halagadas por mucho tiempo , y por destruir prevenciones que cada dia han penetrado mas hondamente. Escríbase bien , con cuidado y con meditacion , procúrese señalar con destreza el punto de enlace y desenlace de la cuestion que se debate , y se tendrá mucho adelantado , el dia que la voz viva haya de poner en accion todos los recursos en medio de la solemnidad y el aparato del tribunal reunido.





## LECCION XVII.

---

Cómo se debe arreglar el discurso forense.

**E**L señor Enciso Castrillon, ha empezado asi una de sus lecciones. » En todas épocas (dice) hubo hombres que supieron dominar por el poder de la palabra, y sin embargo hasta los buenos tiempos de Grecia no se habló ni se escribió bien; y es que la verdadera elocuencia supone el ejercicio del ingenio y la cultura del talento, siendo muy distinta de aquella natural facilidad de hablar que no es mas que un don, una cualidad concedida á cuantos tienen energía en sus pasiones, flexibilidad en su voz, y viveza en su imaginacion. Los que esto poseen sienten con suma viveza, se afectan como sienten, lo espresan fuertemente en su exterior, y mediante una impresion puramente mecánica, transmiten al auditorio su entusiasmo y sus afectos. » Desenvolvamos este pensamiento.

¿Qué se propone el abogado que vá ha hablar á un

tribunal? ¿Se propone solo hablar? Esto cualquiera lo hace. ¿Hablar con soltura y abundancia...? Esto no es mas que ser palabrista. ¿Hablar con pureza y correccion...? Esto es solo ser gramático. ¿Hablar con sutilezas...? Esto no es mas que ser sofista, ó á lo mas ingenioso. ¿Hablar con fuerza de razon estableciendo principios y deduciendo de ellos rigorosas consecuencias...? Esto es ser lógico y argumentador y nada mas. ¿Se propone por último hacinar palabras sobre palabras, entenebrecer las cuestiones, dar á su peroracion el tono dogmático, seco, y repugnante de las aulas, y caminar por el cáos donde él se pierda y se pierdan cuantos le escuchan...? Esto es el escolasticismo con sus rancias y desterradas formas que no permite el gusto de nuestra época, para lo cual no basta decir lo que sea bueno, exacto, y aun profundo, sino que exige que se le presente de una manera agradable, elegante y fascinadora que á un tiempo obre sobre el oido halagándole, sobre la razon convenciéndola, y sobre la pasion escitándola y embriagándola. ¿Se propone sorprender y engañar? Esta es aquella falsa y funesta elocuencia que el príncipe de los poetas Griegos llama seductora de los espíritus, y que el padre de la Filosofía queria apartar de sus discípulos, mirándola como un extravío, como una corrupcion de lo mas noble y elevado que hay sobre la tierra. El abogado, pues, se propone hablar en favor de la justicia, valerse del arma de la ley y anunciar sus pensamientos con toda la ventaja, encantos, y energía que deben asegurarle el triunfo.

Pero si este es el fin que se propone el que va á lanzarse en la arena del foro; si sus conatos tienden á formarse orador, necesario es que piense que la elocuencia



tiene varios géneros ó tipos, y que cada uno cuenta en su favor disposiciones mas ó menos felices para ellos. Hombres hay á quienes los detalles matan, y que tratan con una facilidad y con una elevacion admirables las cuestiones en grande. Otros hay que no se ocupan sino con pena de la argumentacion, de sus reglas y de su rigorismo, y que desplegan una imaginacion sorprendente, que agrada, deleita ó arrebatata segun los objetos á que se aplica. En este se vé una elocuencia dulce, tranquila y persuasiva que se infiltra en nosotros como la aroma de la flor que aspiramos; aquel nos turba, conmueve y arrastra con su palabra irresistible; no es esta ya el blando céfiro que nos enviaba su soplo halagador; es el huracan desencadenado que nos estremece y lleva en pos de sí. Cada uno de estos tonos pide diversas facultades, y el que quiera sobresalir un dia, debe estudiarse ante todo á si mismo, como el que desea ser cantor mide primero la cuerda y estension de su voz para ver en qué género la debe egercitar.

Puesto ya el abogado en el caso de ir á hablar en el tribunal, lo primero que debe hacer, es repasar con cuidado y profunda atencion la historia de los hechos que ofrecen las actuaciones, y consultar con no menos esmero todas las leyes y doctrinas que juegan, asi en pro como en contra, en la causa ú opinion que defiende. Para formar un juicio acertado en este trabajo y facilitarlo en gran manera, debe notarse que todos los negocios, todos los casos por mas complicados que parezcan, tienen un punto culminante y generador, en el cual consiste toda la controversia, y de cuyo exacto conocimiento pende el acierto de la resolucion legal. Descubrir este punto que es el origen y el nudo de la cues-

tion, fijarla con exactitud, y presentarla con claridad es tener ya andada la mayor parte del camino, y alcanzar una ventaja inmensa sobre nuestro adversario. Muchas veces se sucumbe porque no se ha acertado á colocar el debate en su verdadero terreno y no se ha hecho otra cosa que construir un fantasma, quedando el punto verdadero de la cuestion sin tocar, despues de consumidas largas horas en una discusion estraviada é inútil. Que procure el abogado en el exámen de los hechos y de los principios descubrir este punto de que arranca y á que se refiere toda la dificultad, que se penetre bien de él, que examine la filiacion de las ideas y de los demas hechos subordinados á aquel primitivo, que forme en su entendimiento una cadena de generacion y enlace entre todos los principios, y entre estos y sus consecuencias, y verá á llena luz, lo que antes le parecia oscuro, y hallará fijeza en lo que solo encontraba vaguedad, pudiendo hablar desde luego en la materia sin estraviarse ni confundirse, sin repetirse ni vacilar, con órden, con método, y con las bellezas en las formas que le hayan ocurrido en la meditacion solitaria, y que de nuevo la inspirarán el calor y los arrebatos del momento.

Pero no basta con leer y desentrañar un espediente; con establecer una genealogía rigurosa entre los hechos é ideas que aparecen dispersos y en desórden en todo su curso, y con encontrar el punto capital que forma el foco de todas las observaciones. Hay otro auxilio muy importante que nunca debe despreciarse. Tal es el que suministran las conferencias repetidas con los interesados, que son por lo comun la guia que mejor dirige, y la luz que derrama mas resplandor y claridad. Parece

una paradoja , y es sin embargo la verdad mas demostrada. Nadie conoce un negocio mejor que la parte. La vista del abogado es mas clara , y mas experimentada; la de su cliente es mas continua y mas observadora. El abogado tiene muchos negocios á que atender; el interesado no tiene mas que aquel que le ocupa todas las horas y todos los instantes. El abogado ve de pronto la cuestion en su relacion mas inmediata y palpable; el interesado la ha visto y revisto en todas las relaciones posibles. El uno tiene la ciencia ayudada del celo; el otro tiene el instinto ilustrado por el interés. El uno destina algunas horas á pensar en aquel asunto; el otro piensa en él cuando se levanta , cuando come , en sus paseos , cuando se acuesta , al despertar de nuevo , y es un pensamiento vivo , continuo , intenso , profundo que le sigue á todas partes como una sombra. Ciceron nos dice: »que de nada sacaba mas utilidad y mas ilustracion, que de estas conversaciones.» Y la experiencia nos demuestra todos los dias la verdad de la observacion. Muchas veces se necesita armarse de una paciencia á toda prueba para sostener estas entrevistas frecuentemente fatigosas y aun insoportables. En ellas se dicen cosas inútiles , redundantes , cansadas y hasta necias. Pero de pronto surge una idea luminosa , una observacion decisiva , un hecho importante en que no se habia reparado , y el director se vé iluminado de repente por el dirigido. Para sacar todo el provecho posible de estos diálogos , convendrá al abogado colocarse por un momento en el lugar de la parte opuesta; hacer reparos é impugnaciones , y frecuentemente las respuestas del interesado , abrirán nuevos caminos y distintos horizontes.

Examinado , pues , el espediente , examinadas las le-

yes y doctrinas, y examinado el interesado mismo, se tienen todos los materiales, y ya se debe pensar en empezar á construir. Es llegado el momento de formular en nuestra mente la defensa hablada.

Fórmese desde luego un plan general, sin guardar todavía el rigorismo de las proporciones, sin pensar siquiera en la belleza del colorido. Este plan no debe ser mas que la fórmula algun tanto vaga del discurso; lo que son las líneas para el arquitecto, lo que es el contorno para el dibujante. Entren en este golpe de vista las réplicas y dificultades que se nos podrán oponer: encaféncense con el sistema de defensa que nos hemos propuesto, y déseles el lugar mas natural y oportuno; sepárense las ideas generales de las secundarias, y examínese la relacion y dependencia que unas tienen con otras. ¿Está ya todo esto hecho? Pues entonces, el discurso ó defensa nacerá fácilmente de la preparacion. ¿Pero cómo se arreglará y medirán sus proporciones?

En la parte en que tratamos de la elocuencia en general, digimos las que tenia un discurso oratorio, y fijamos las principales reglas de cada una. Ahora nos contraeremos mas particularmente á las defensas forenses, esponiendo las observaciones que reclama su índole especial.

#### EXORDIO.

La primera cuestion que se debe examinar al entrar en esta materia, es si los exordios son convenientes y admisibles, ó si como quieren algunos deben desterrarse de las defensas. Los que creen esto último, se fundan en que si gana la benevolencia de los jueces, no es mas que un ardid coronado por el suceso, una sorpresa

que ataca la independencia, la inflexibilidad, y la libertad en el juicio de la magistratura; y si nada consigue, es inútil y ocioso. Esto es reproducir respecto á una parte la impugnacion á la elocuencia en general, de que ya nos hemos ocupado y creemos haber satisfecho de una manera cumplida.

El abogado en todo su discurso desde el principio al fin, debe buscar la verdad, por el camino de la verdad misma; y si en este camino espere la amenidad, si procura cautivar la atencion de los que han de decidir para que pronuncien en la linea de la justicia y de su deber, laudable es el fin, honesto y justificable el medio.

Pero no todos los discursos merecen exordio. A los de poca importancia que versan sobre materias sencillas y de suyo óbvias, bastan algunas palabras que sirvan de introduccion, sin que á estas ligeras frases deba darse una forma determinada. Mas cuando la gravedad, el interés ó la importancia de la causa la imprime cierta solemnidad, el exordio debe ser la preparacion natural y calculada que atraiga y fije los ánimos para lanzar despues sobre ellos y sobre el corazon, las pruebas y las corrientes de la pasion oratoria. Esta sola observacion determina desde luego la teoria del exordio. Inútil será buscarlo en motivos remotos, en causas estrañas, en circunstancias que no tengan un enlace directo é inmediato con la cuestion actual. De esta, y de su fondo deben sacarse los exordios, y por eso han dicho los retóricos que deben nacer *ex visceribus causæ*.

Otra cuestion viene inmediatamente. ¿Convendrá como aconsejan varios autores, tomar los exordios de la persona y cualidades de los jueces, de las de los abogados y de las de los mismos litigantes? Por punto

general creemos que no, y que esta práctica indiscreta tiene mas peligros que ventajas. Un exordio tomado de las circunstancias ó cualidades de los jueces, de la confianza que inspira su prudencia, su sabiduria y rectitud, se mirará solo como un himno, como una arenga laudatoria, y por mas que sea merecido el elogio, siempre se verá como una baja é interesada lisonja. Los magistrados mismos se prevendrán contra el letrado que así los incienza, descubriendo el arte y el designio á través de la delicadeza misma de las palabras: y esta prevencion aumentará á medida que sea mas digno de alabanza, porque el verdadero mérito es siempre modesto. Por otra parte es un contrasentido dirigirse á las personas, cuando estas desaparecen en el tribunal, cuando el hombre queda en la puerta y solo se conserva bajo la toga el sacerdote de la justicia que va á hacer resonar la voz de la ley en su santuario.

Tomar los exordios de las personas de los abogados, puede ser todavia mas extraño y hasta ridiculo. Se necesita mucha presuncion para presentarse en escena en un teatro destinado á objeto mas grande, á mas elevados fines. El caso, la ley, los principios y su aplicacion, hé aquí todo lo que debe formar el círculo de una defensa; las personas son extrañas á las cuestiones, y no deben nunca ni mezclarse ni confundirse con ellas. Se nos dirá que Ciceron tan justamente respetado y tan universalmente aplaudido por sus defensas, hablaba en ellas de sí propio con harta frecuencia. Sin que pretendamos desconocer la exactitud de la observacion, responderemos que hay pocos hombres que puedan tener los títulos que el orador latino para re-

basar la línea de la modestia : que esta falta de medida circunspecta se le ha notado como un borron ; y sobre todo que escusa merece casi siempre porque solo hablaba de sí , de su probidad , de su amor á la patria , y de su desprendimiento en las ocasiones solemnes en que se ventilaban las materias mas capitales , en las que era necesario dar por fiador de su sinceridad y buen deseo el testimonio de su anterior conducta. Sus recuerdos no eran apologías , eran argumentos.

En cuanto á los litigantes , si no siempre , podrá venir alguna vez tomarlos por materia de los exordios. Un hombre honrado , pacífico , laborioso , de inclinaciones dulces , de necesidades poco dispendiosas , es acusado de robo ó de asesinato. Podrá entonces el abogado formar su exordio sobre estos antecedentes que pueden inspirar una prevencion favorable : mas aun en este caso debe contentarse con aquellas indicaciones que basten á su objeto , reservar dar mas latitud á las ideas para la narracion , y guardar toda su fuerza y toda su vehemencia para la peroracion ó parte de afectos.

Los exordios son el extremo del discurso en que puede haber mas invencion y mas variedad. Sobre ellos solo puede darse reglas generales , que cada uno aplica despues segun su talento y segun su genio. Presentaremos sin embargo algun modelo , para que los principiantes vean el giro que deben dar á este periodo de sus discursos.

Tres desgraciados habian sido condenados al suplicio de la rueda en Francia. El proceso abundaba en vicios que era necesario ante todo atacar. Las sentencias anteriores formaban si no evidencia , al menos casi

certidumbre legal de que hubiesen cometido el delito; y el abogado Mr. D'upaly, que se encargó de la causa, necesitaba desvanecer todos estos agravantes precedentes. Véase la manera delicada y fina, á la vez que firme y enérgica con que llenó el objeto en el exordio de su defensa. Dijo así:

«Por sentencia del bailio de Chaumont, dada el 11 de agosto de 1783, fueron condenados á presidio perpétuo tres acusados de robos nocturnos, con violencia, rotura de puertas, etc.

Esta sentencia fue anulada el 20 de octubre siguiente, condenándolos á morir en la rueda *por lo que resultaba del proceso*.

¡Y eran inocentes!

Almas sensibles, tranquilizaos. Estos tres inocentes aun viven.

Condenados por la sentencia á volver á Chaumont para sufrir su pena, debian espirar en presencia de sus mugeres, de sus hijos y de sus madres, quienes por la primera y última vez les hubieran vuelto á ver al cabo de tres años y los hubieran creído delincuentes.

Pero uno de aquellos hombres singulares que siempre son sensibles á las desgracias de la humanidad, y en cuyo pecho parece que el mismo Dios ha depositado una parte de su providencia á favor de los que gimen en secreto y se ven abandonados al infortunio, se apresuró á hacer oír la voz de la humanidad en el trono de la justicia, y al instante una orden del rey suspendió la ejecucion é hizo que hasta nueva orden permaneciesen en la cárcel estos infelices.

Obligacion de todos es dar gracias al gefe de la magistratura cuya activa sensibilidad vela de un extremo



á otro del reino , vibrando la amenazadora cuchilla de la justicia : jamás estuvo mejor autorizado para detenerla cuando iba á caer sobre las víctimas. En efecto, ¡ qué sentencia ! ¡ Pronunciada con absoluto desprecio de las formas legales ! ¡ pronunciada sin prueba alguna de la culpabilidad de los acusados , y *aun sin que existiese el cuerpo del delito* ! ¡ pronunciada contra la prueba misma de la inocencia ! Y en fin , pronunciada por una parcialidad manifiesta de los primeros jueces.... ¡ Y era una sentencia de muerte !

Pero en fin , estos tres desgraciados aun viven : habiendo sido arrastrados por espacio de tres años á cinco cárceles , á la presencia de cinco tribunales ; enviados á presidio por una sentencia , á la rueda por otra , aun respiran. Luis XVI reina : la sabiduría y la humanidad dirigen la justicia , y yo demostraré infaliblemente su inocencia.

Sin embargo temo , no puedo ocultarlo , tres poderosas objeciones que van á hacerme , y son la integridad , la humanidad , las luces del tribunal soberano que ha legitimado los procedimientos y agravado la sentencia.

Lejos estoy de rehusar el tributo debido á las virtudes y á las luces de este tribunal respetable.

Sin duda nuestros magistrados son humanos , ¡ pero el código criminal es tan riguroso !

Nuestros magistrados son sábios ; pero á pesar del deseo de nuestros magistrados , y aun de nuestro monarca , ¡ es tan bárbara nuestra jurisprudencia criminal !

Sé que nuestros magistrados no precipitan sus fallos ; que no se impacientan jamás en el cumplimiento de

sus deberes ni en sus tareas; pero el cargo de distribuir diariamente la justicia civil y criminal á tantos, es escesivo, y los oprime.

Si hubiese algun hombre demasiado sensible que á vista de una sentencia que envia á la rueda tres inocentes, se abandonase á reconvenciones demasiado amargas contra los soberanos magistrados, le diria yo que semejantes casos efectivamente son una desgracia pública; pero los magistrados son hombres, y al lado de ese corto número de errores que de cuando en cuando salen de los tribunales superiores, y que si tanto se estrañan es prueba de que son raros, deben ver en las historias las grandes faltas políticas de los gabinetes, ó las que en los campos de batalla sacrifican ejércitos enteros, y esas grandes imprudencias de la administracion que en un momento destruyen provincias; y en fin, esos grandes errores de las legislaciones, ya civiles, ya criminales, ya políticas, que esclavizan, corrompen ó destruyen generaciones y siglos; y viendo esto no imputareis como delito á los magistrados la deplorable condicion de los hombres públicos y la universal debilidad del espíritu humano.

Antes de todo creo conveniente advertir á cuantos solo se interesan por aquellas ruidosas desgracias, que son el resultado de las pasiones, á aquellos que son indiferentes á las desgracias ocultas hijas de los acasos, y que por lo mismo creerian degradar sus lágrimas si las derramasen conmovidos por las desgracias del pueblo; es conveniente, repito, advertirles que este discurso nada las interesa, pues los tres hombres á quienes defiendo no son mas en efecto que tres hombres: todas las noticias que tengo de ellos son que se llaman

*Lardoise, Simare y Bradier*, que pacíficos y sin nota alguna vivían con sus madres; sus esposas y sus hijos en unas chozas hasta hace tres años, época en que una atroz calumnia ha llevado arrastrando á dos de ellos (el tercero murió en la prision) de cárcel en cárcel y de tribunal en tribunal hasta la rueda.

Bien quisiera que esta defensa no fuese larga, pues conozco el siglo en que vivo y cuáles son sus costumbres; pero una de las desgracias de mis clientes es que se necesita mucho tiempo para contarlas.

Ademas de eso he de hablar contra una sentencia, y como esta los condena, *segun los resultados del proceso*, me obliga á presentar la justificacion de mis defendidos en *todos los casos del proceso*.

Por último, cuando se escribe para probar la inocencia de tres hombres, contra una sentencia soberana y en presencia de los cadalsos, siempre se teme no haber demostrado bastante bien su inocencia.»

Este exordio tiene sencillez, está trazado con destreza y adornado con algunas pinceladas de sentimiento. Sigamos examinando las demas partes de una defensa.



## LECCION XVIII.

---

Continuacion del mismo asunto.—Proposicion y division.

**A**NTES de continuar en el examen de las demas partes de una defensa, necesario es determinar una diferencia importante que no debe perderse nunca de vista: tal es la que existe entre los pleitos y las causas. Hay tirada una línea de separacion entre unos y otras tan marcada y profunda, que se necesitaria estar ciegos para no repararla, y mucha falta de tacto y buen sentido para no acomodarse á ella en lo que se escriba y en lo que se hable.

Los pleitos son de suyo áridos, y pocas veces salen de la esfera de la lógica y de la conviccion rigurosa; *las causas tienen otro círculo mas estenso, y se prestan frecuentemente á la imaginacion y á los movimientos oratorios.* En los primeros el abogado es el historiador que relata y el geómetra que hace demostraciones: en las segundas es el orador que amplifica, el ge-

nio que vuela, y el pintor que derrama sobre el cuadro golpes de sentimiento y de pasion. En aquellos se habla á la razon sentada en el tribunal como un juez rígido, severo y que no quiere oír ni entiende mas que su lenguaje; en estas se habla ademas de á la razon, á la pasion que se mueve, que se agita, que se inflama, y que es susceptible de grandes y variadas emociones. En los pleitos solo tiene lugar el entendimiento con sus formas indeclinables, con sus frases cortadas y medidas, y con su aspecto ceñudo y descontentadizo. En las causas por el contrario, sin quitar nada al entendimiento, se despliega la fantasía con sus giros caprichosos, con su lenguaje vivo y animado, y con su barniz seductor.

Alguna vez, sin embargo, se presentan pleitos que participan de la índole de las causas en cuanto á las formas de expresion, y causas hay tambien en que el vuelo no puede levantarse tanto como se quisiera porque su naturaleza no lo permite. Un pleito con un tutor injusto y avaro; que haya faltado á la confianza que de él hiciera el testador, espoliando á sus hijos, correspondiendo ingratamente á la amistad del que le nombrára íntima y aparentemente cordial durante su vida, formará un cuadro de interés para el abogado, de que podrá sacar mucho partido, aunque la cuestion sea de cuentas, que es lo mas seco y prosáico que puede ocurrir; y advertiremos de paso que aun los *negocios mas estériles para la imaginacion, tienen á las veces relaciones de otro género mas ameno y agradable que debe estudiar y aprovechar el orador para darles el conveniente matiz de belleza y entusiasmo. Una causa, aunque tal sea por su índole, si es de pequeñas*

proporciones , si su importancia es escasa , no dará lugar á movimientos apasionados , y quedará siempre encerrada en un círculo estrecho y oscuro. Pero volvamos al punto principal.

Ya digimos al tratar de la elocuencia en general, que la proposicion no siempre se reducía á formas determinadas , sino que iba embebida en la mente y espíritu del discurso. Si es explícita y se sujeta á una forma dada , debe cuidar mucho el abogado de imprimirle una novedad en los términos que sorprenda y agrade á la vez. Conocido el objeto , los jueces y el auditorio saben tan bien como el defensor , cuál es la proposicion que va á sostener y demostrar ; pero como todo lo que es sabido empalaga y fatiga , menester es que el abogado para evitar este inconveniente , presente su proposicion de una manera ingeniosa y nueva , de modo que aunque la idea sea la misma que se esperaba , las formas la desfiguren y la hagan parecer otra cosa.

Cuando no se emite de un modo preciso y directo , el abogado debe llevarla bien presente y como escrita en su espíritu ; porque la cuestion toda no tiene otro círculo que el que la proposicion le señala , y todo lo que salga de él será una difusion fatigante y una desviacion censurable. El discurso debe formar varios ródios segun los varios rumbos de demostracion que se proponga ; pero ródios que salgan del mismo centro y que no lleguen mas allá de la periferia.

Viene inmediatamente despues la division , y al contraernos á ella , tropezamos desde luego con la cuestion que divide á los retóricos. ¿ Es mala en sí misma y nociva á los efectos oratorios la division ? ¿ debe mirársela segun Fenelon , como una novedad introducida

por el escolasticismo, ó como Blair y otros pretenden, es ventajosa y útil en las defensas? Nuestra opinion se mantiene á igual distancia de ambos extremos. En la primera parte de estas lecciones digimos que tenia el inconveniente de romper la unidad; mas en materias complicadas podrá servir á la claridad, y en ese caso se debe admitir, porque la claridad es antes que todo en lo que se habla y escribe, puesto que sin ella inutil es hablar y escribir, porque nada se comprende. Sin las demas cualidades habrá discurso mas ó menos perfecto; pero sin claridad no habrá discurso, porque no merece el nombre de tal un papel escrito ó una arenga hablada que escapa á la inteligencia de todos como si fuera un conjunto indescifrable de arcanos. Y no basta esa claridad que hace las materias accesibles al exámen detenido de la reflexion: debe ser tal, que la comprension le siga instantáneamente: que nos entiendan hasta las capacidades mas inferiores; que nos entiendan aun cuando no procuren entendernos; porque como ha dicho un autor moderno, «la claridad en las defensas debe parecerse á la luz del sol, que la percibimos de la manera mas rápida, sin que necesitemos para ello poner atencion ni cuidado alguno.»

Esta observacion lleva á otra consecuencia, y es que si la division debe ser en sí misma notablemente clara en su language y en su construccion, deberá constar de pocos miembros. Las subdivisiones ademas deberán condenarse, porque su inmediato efecto es complicar y oscurecer. Deberá tambien procurarse siempre que todos los miembros salgan de la proposicion y vuelvan á ella, porque este es el flujo y reflujó que se debe establecer y conservar entre ambos elementos, y aten-



der con esmero al orden y forma de la division cuando nos decidamos á usarla, porque todo defecto en ella se hace notar y sentir en el progreso y duracion del discurso.

#### NARRACION.

¿En qué consiste que hay personas que al referir un suceso cualquiera sin exageracion ni exactitud, lo hacen de una manera tan adecuada y tan propia, con tanta naturalidad y sencillez colorido, que gozamos al escucharlas, y nos parece ver un cuadro, mas bien que oír una relacion? ¿Por qué otros cuando cuentan la cosa mas trivial é insignificante, la oscurecen y confunden, atormentan nuestro entendimiento, fatigan nuestro oído y nuestra paciencia, y nos dejan por último con mil dudas, sin poder formar una idea clara y precisa de aquello que hemos oído? Consiste en que una narracion tiene reglas y obtiene una gran ventaja el que las siga, bien sea porque las conozca, ó bien porque le ayude su privilegiada disposicion, ó sus acertados instintos.

Sin embargo de este interés, algunos han condenado la narracion en las defensas forenses, suponiendo que la hace inútil la precedente esposicion del relator. Si esta consideracion valiera, pudiera tambien decirse que es inútil la defensa hablada, porque ya se ha escrito; y aun añadirse que no se necesita alegar escribiendo, bastando solo la esposicion de los hechos y la enunciacion del caso en litigio, porque los jueces conocen las leyes y no necesitan que se les desembarace ni trace un camino que de antemano les ha señalado el estudio y la posesion de la ciencia. El apuntamiento del relator

es la crónica general de los sucesos y de los derechos que han tenido lugar ó que se disputan ; pero despues de oida esta historia vaga , entra la mano del abogado á entresacar lo que conviene á sus designios , y á presentarlo en la narracion de su defensa como un cuadro metódico , arreglado y en relieve , que hiera y cautive la atencion , y que sirva de centro comun á todas las direcciones en que ha de radiarse el discurso legal. El relator dibuja el objeto por su superficie , por su corteza ; el abogado lo hace ver por su parte interior , y en los pormenores mas ocultos. La relacion de aquel es inanimada y fria , es el cadáver , que ni respira ni se mueve ; la de este es la voz de la pasion que principia á rebelarse , el cuerpo animado y en accion que anuncia á dónde va , y todos los caracteres de su poderosa vitalidad. Hé aqui por qué Ciceron la ha llamado *mantial* de todo el discurso ; nombre que verdaderamente le cuadra ; porque cualquiera que sea el desarrollo que una arenga reciba en boca del orador ; cualquiera que sean los giros que le dé su talento y su imaginacion creadora ; cualquiera que sean los rumbos que el pensamiento señale á sus concepciones , todo ha de estar enclavado ó iniciado al menos en la narracion , que es por decirlo asi , la semilla fecundante que produce el arbol , que despues estiende sus lozanas ramas á gran distancia de su tronco y de su raiz central.

De esta observacion se deduce que la narracion ha de abrazar todos los hechos importantes de la cuestion que se debate , y los demas que con ella tengan relacion ; y que su cualidad primera debe ser la veracidad en el fondo , y la verosimilitud desde el momento en que se espone.

Mas aqui se nos dirá sin duda : ¿ cómo si ha de ser veráz, necesita ademas presentarse como verosimil? ¿ No es mas la verdad y el asentimiento que produce , que la verosimilitud que solo lleva á juicios de probabilidad mas ó menos remota?

Para obviar este argumento hemos dicho que debe tener veracidad en el fondo , y verosimilitud desde el momento en que se espone. Puede una proposicion ó una idea ser verdadera en sí misma , y sin embargo presentarse por lo pronto como inverosímil por sus circunstancias raras y extraordinarias. La veracidad de una narracion se desenvuelve y demuestra en el progreso del discurso, porque este es el fin que el abogado se propone , y el término á que se dirigen todos sus conatos. Pero la narracion no puede contener este desenvolvimiento : queda todavia una gran distancia por recorrer hasta llegar al terreno de las pruebas en que la luz brota de la palabra , aclara las cuestiones , y subyuga á la razon antes dudosa y vacilante. Pero si desde el principio los hechos que se refieren aparecieran inverosímiles , esa misma razon se sublebaria contra lo que escucha , y el abogado lucharia en vano por disipar un precedente funesto que habria alarmado los ánimos y puesto en guardia las creencias. Estos son los verdaderos principios que la práctica y la observacion han llegado á fijar : principios que deben observarse inviolablemente si se desea conseguir el objeto ; pues como ha dicho Bacon , » las ciencias se asemejan á las pirámides , cuya base es la esperiencia , y cuya cúspide ocupan los axiomas. » Claridad , brevedad y probabilidad , hé aquí las tres circunstancias que debe tener toda narracion para que se construya sobre ella con

éxito un discurso, cuya circunferencia podrá estenderse segun convenga, pero cuyo punto céntrico estará siempre cardinalmente en aquel bosquejo primitivo.

Segun esto, el abogado no deberá mentir nunca en su narracion; y nosotros inculcamos mas y mas esta idea, porque Quintiliano escribió un tratado para enseñar el modo de faltar con destreza á la verdad en las relaciones, desfigurando los hechos de una manera que será sagáz, pero no por eso menos reprehensible. Agúcese cuanto se quiera el ingenio para dar grande importancia á lo que nos conviene, y rebajarla á lo que nos perjudica: hasta aqui llega la jurisdiccion del abogado en el campo de las estratagemas; pero falsear los hechos y desnaturalizar las cuestiones, es un ardid indigno que la moral condena, y de que nunca se valdrá como arma el profesor que estime en algo su nombre y reputacion.

El language que se emplee en las narraciones deberá ser ligero y proporcionado al objeto. ¿Pero admiten estas el estilo figurado? Hé aqui otra cuestion que divide á los retóricos.

Los que lo niegan nos dicen: »la narracion es una historia, y las historias piden concision y sencillez.»

El abogado mientras refiere es un testigo que depone en presencia de la verdad; y exactitud y no flores es todo lo que la verdad le demanda. Las metáforas, las comparaciones y los demas ornatos oratorios ocultan siempre algun error, porque las semejanzas no son identidades; y el error, cualquiera que sea, no puede permitirse en un punto tan grave y trascendental. Basta la mas ligera inexactitud en la relacion, debida tal vez á una figura oratoria, para variar la fisonomía toda de

una cuestión dada ; así como basta el mas pequeño desnivel en el cimiento de un edificio , para falsear todos sus cuerpos ; y como la mas imperceptible diferencia en el ojo del tirador hace que la bala vaya á dar á gran distancia del punto á que aquel la dirigia. »

Sin embargo , creemos que las narraciones no solo admiten sino que reclaman muchas veces el estilo figurado. No aconsejaremos al abogado que se valga en ellas de los medios que desfiguran ; pero sí que eche mano de todos los que hermocean. Condenaremos la hipérbole que todo lo exagera ó lo deprime , y que por regla general no debe usarse en ocasiones tan solemnes ; pero le diremos que se valga de los giros y formas que dan gracia , belleza y colorido , porque así su relacion se escuchará con vivo interés , se insinuará favorablemente en los ánimos , y se grabará en ellos de un modo permanente. La narracion por su sencillez no admite los grandes movimientos ; pero hay imágenes insinuantes , aunque ligeras , sin grande profundidad , pero con brillo , que pueden aprovecharse con gran suceso. Una narracion descarnada , seca , infecunda , á nadie gusta y con nadie se recomienda ; en tanto que otra que se presenta con las formas y con el barniz oratorio , á todos interesa , y se abre en los espíritus camino á la conviccion. Este es un consejo que el abogado no debe olvidar nunca. Desde sus primeras palabras debe proponerse agradar , marchar en linea recta á su fin , y tomar posesion en la atencion y en el ánimo de los que le escuchan. Esto no se consigue con un lenguaje desnudo de novedad y de atractivos. Ciceron y Quintiliano recomiendan mucho el ornato en la narracion , y nos dicen que debe ser *jucundissima*.

Pero entremos en otra cuestion acaso mas importante. ¿Puede tener lugar en las narraciones el patético? A primera vista parece que no, porque en ellas se habla solo al entendimiento, y el patético se dirige al corazon. Los afectos no estan en la cabeza, y á la cabeza van encaminadas las relaciones de los sucesos, para interesar despues la sensibilidad por medio del language de la pasion. Mas sin embargo el patético indirecto puede y debe mezclarse en las narraciones, para que asi sea luego mas intenso y mas seguro el efecto del patético directo de que se echa mano en la peroracion. Por patético indirecto se entienden ciertas pinceladas, ciertos golpes al corazon, que si no lo exaltan, lo conmueven, y que empiezan la obra que el patético directo concluye mas tarde. Estos rasgos que pasan con la celeridad del relámpago, pero que brillan é impresionan como él, dejan hondo recuerdo, despiertan los afectos que dormian bajo la helada ceniza de la indiferencia, y los animan para que respondan á la impulsion de la palabra, y á las vibraciones poderosas de la inspiracion. En la música necesitamos de un prelude que ponga á tono nuestro oido, si despues hemos de gozar delicias incabales en una de esas tocatas misteriosas que concibió el genio en sus transportes, y en el inesplicable secreto de sus melancólicas concepciones. Asi tambien el corazon, que no es mas que un instrumento con una cuerda para cada sonido, y un sonido para cada afecto, necesita un prelude antes que se conmueva intensa y profundamente, que se dilate en sus expansiones indefinibles, que derrame por el espacio los ecos que rodaban por sus abismos, y que abra al mundo los tesoros inagotables de su sen-

sibilidad. El patético indirecto templa la lira y preludia; el directo se apodera de ella con mano diestra y segura, y vibra los sonidos que estremecen y despedazan.

Pero todavía tiene otra ventaja el patético indirecto esparcido en la narracion. Cuando el orador en una defensa llega á la parte de afectos, todos saben que va á poner en juego todos sus medios, y á atacar al corazon con todas las armas de su elocuencia. Instintivamente se previenen y desconfian. A las veces este recelo forma un muro que no pueden penetrar los golpes mas certeros y porfiados, ni las imágenes mas bellas y seductoras. En el patético indirecto, sucede lo contrario. Como consiste en rasgos rápidos y fugaces, en frases sueltas que parecen nacidas al acaso y sin desiguio ni premeditacion, ni los jueces ni el auditorio se alarman, y consigue siempre su objeto porque encuentra las armas abiertas y confiadas.

La peroracion es el verdadero y grande teatro del patético directo; pero su resultado no es tan inmediato ni tan eficaz, si el indirecto no le ha precedido en la narracion, y en todas las demas partes de la defensa que lo hayan podido admitir:

Antes de concluir sobre la narracion fijemos nuestro juicio en otra cuestion igualmente debatida. ¿Qué orden debe seguirse en las narraciones? ¿El cronológico, ó el sistemático? Sobre este punto no puede fijarse una regla general: las circunstancias son solo las que deben decidir nuestra eleccion.

Si en la esposicion es necesario para la claridad seguir el hilo de las fechas; si la genealogia de los sucesos es por decirlo asi la llave del discurso; si de no guardar esta filiacion habian de seguirse la inversion ó

la vaguedad en lo que despues se digera , convendrá preferir el órden cronológico. Pero si no se hace sentir aquella necesidad mortificadora ; si las ideas pueden moverse libremente en la esfera del debate sin guardar ese método de servilidad y rigidez ; si la índole de los hechos y no su origen es lo que principalmente debe someterse al examen legal y filosófico , entonces deberá preferirse el órden sistemático , porque en él , el pensamiento vuela sin estorbos ni ligaduras , dá sus concepciones el desenvolvimiento libre que mas le place , las coloca en donde mejor le parece , sin puntos fijos de partida , de parada , ni de descanso. Aconsejaremos á los abogados que empleen en sus narraciones este orden siempre que puedan hacerlo sin inconveniente , y aun cuando el interés de seguir el cronológico desaparezca al lado de la ventaja mayor de dar completa unidad á la defensa , de no mutilar ni desconcertar el plan que la forme , de agrupar despues las razones , de eslabonarlas y estrecharlas de manera que alcancen una fuerza y un valor que indudablemente perderian en otro método de esposicion mas ceñido y mas severo.

Digimos antes que la narracion admite el estilo figurado , y ahora añadimos que alguna vez llama en su auxilio hasta las descripciones. Por regla general , el lugar mas apropósito para estas como para el patético es la peroracion ; pero tambien puede convenir usarlas en la narracion , y por eso queremos decir aqui sobre ellas algunas palabras.

Lo primero que debe advertirse es que se necesita gran tino y un tacto muy delicado para emplear oportunamente la descripcion. Puesta en un negocio que no tenga gran magnitud , es una cosa lánguida y desabrida:



colocada en un negocio trivial ó insignificante, llega á ser hasta ridícula.

No cabe por lo tanto la descripción en el foro, sino en aquellos asuntos de formas colosales y de circunstancias extraordinarias, que es necesario revelar con toda su viveza y con todo su colorido. Entonces el orador examina todas esas circunstancias, las reúne, las pinta con atrevido y exacto pincel, y sus palabras se graban, porque hablan á los ojos por medio de los otros sentidos. Estas son las pinturas de mas calor y de mas vehemencia que salen de la boca del abogado; pero en medio de este fuego y de esta pasión tiene reglas á que atenerse, porque el entusiasmo no es el delirio, ni le es permitido como al poeta, vagar con libre vuelo por los campos de la fantasía.

El poeta no tiene otro fin que el de agradar, y para conseguirlo puede inventar á su placer circunstancias, y exagerarlas al soplo de su imaginación caprichosa. Aun cuando escriba un poema, busca una base histórica, y se separa de ella y la abandona en el momento que su genio ó su entusiasmo le señalan nuevos rumbos de creación y desenvolvimiento. Pero el abogado habla para instruir, y no puede decir mas que la verdad. En el instante en que sus descripciones se apartan de este camino, dejan de ser descripciones; porque no tienen el principal carácter de las oratorias que es la exactitud, ni tampoco el de las poéticas, que es el tipo ideal y fantástico. En buen hora que escoja las circunstancias de mas fuerza y de mas emoción: que las ofrezca con todo el calor de una imaginación fogosa y fecunda: pero la exactitud mas escrupulosa debe dominar á las ideas y á las imágenes, porque el orador

no relata ni describe, sino para esponer los sucesos con entera fidelidad. No podemos resistir al deseo de copiar una descripcion del Sr. Melendez Valdés, en su acusacion por el horrible asesinato de un honrado padre de familia, verificado con acuerdo de su adúltera consorte, por el amante de esta. A nuestros lectores podrá servir de modelo por su viveza y naturalidad.

» Llega (dice) por último el malvado, y ella le recibe gozosa saliendo entonces de la alcoba del infeliz á quien acababa de servir una medicina. Hále dejado abiertas las puertas vidrieras, para que en nada se pueda detener. Sepáranse los dos: á entretener ella á sus criadas, y él á consumir la alevosía. Entonces fué cuando la fria rigidez del delito, efecto de una conciencia ulcerada y del sobresalto y el terror ocupó á pesar suyo todo los miembros de esta muger despiadada, cuando entre las luchas y congojas de su delincuente corazon la vieron sus criadas helada y temblando, fingiendo ella un precepto de su inocente marido, insultándolo hasta el fin para venir á acompañarlas... Entre tanto el cobarde alevoso se precipita á la alcoba: corre el pasador de una mampara para asegurarse mas y mas; y se lanza un puñal en la mano sobre el indefenso, el desnudo, el enfermo. Este se incorpora despavorido; pero el golpe mortal está ya dado; y á pesar de su espíritu y su serenidad, solo le quedan fuerzas en su triste agonía para clamar por amparo á su alevosa muger. Dos veces repite su nombre: y ella en tanto entretiene falaz á las criadas, fingiendo desmayarse. El adulterio y el parricidio delante de los ojos; y la sangre, la venganza, y las furias en su inhumano corazon... Permita V. A. que en este instante le transporte yo con la idea á aquella

alcoba , funesto teatro de desolacion y maldades, para que llore y se estremezca sobre la escena de sangre y horror que allí se representa. Un hombre de bien en la flor de sus dias , y lleno de las mas nobles esperanzas, acometido y muerto dentro de su casa ; desarmado, desnudo , revolcándose en su sangre , y arrojado del lecho conyugal por el mismo que se lo manchaba. Herido en este lecho , asilo del hombre el mas seguro y sagrado, rodeado de su familia y en las agonías de la muerte, sin que nadie le pueda socorrer ; clamando á su muger ; y esta furia , este mónstruo , esta muger impia , haciendo espaldas al parricidio , y mintiendo un desmayo para dar tiempo de huir al alevoso. Este infeliz, el puñal en la mano, corriendo á recoger con los dedos ensangrentados el vil premio de su infame traicion , la desesperacion y las furias que lo cercan ya , y se apoderan de su alma criminal , mientras escapa temblando y azorado entre la oscuridad y las tinieblas á ponerse en seguro. El clamor y la griteria de las criadas , su correr despavoridas y sin tino, su angustia , sus ayes , sus temores , el tumulto de las gentes , la guardia , la confusion, el espanto , y el atropellamiento y el horror por todas partes. »

¿Retira V. A. los ojos? ¿Se aparta consternado? No señor , no : permanezca firme, mire bien , y contemple. ¿Qué cuadro , qué objeto , qué lugar , qué hora aquella para su justísima severidad y sus entrañas paternas, para su tierna solicitud é indecible amor hácia todos sus hijos! Allí quisiera yo que hubieran podido ser preguntados los reos en nombre de la ley : allí delante de aquel cadáver aun palpitante y descoyuntado ; traspasado , ó mas bien despedazado el pecho , caidos los brazos , los

miembros desmayados , apagados los ojos , y todo inundado en su inocente sangre : allí , señor , allí , y entre el horror , las lágrimas y la desolacion de aquella alcaoba.... aquí á lo menos poderlos trasladar ahora , ponerlos enfrente de esas sangrientas ropas , hacérselas mirar y contemplar , lanzárselas á sus indignos rostros , y causarles con ella su estremecimiento y agonias. Así empezaría el brazo vengador de la eterna justicia á descargar sobre ellos una parte de las gravísimas penás á que es acreedora su maldad. »

Toda la habilidad de la descripcion como puede verse en este ejemplo , está en elegir bien las circunstancias que mas hieren y resaltan , y en representarlas con concision , naturalidad y calor. En la narracion hace algunas veces maravilloso efecto ; pero mas propia es todavia de la peroracion , en que el interés y la vehemencia deben llevarse al último grado. Puede convenir aunque se reserve para este avanzado periodo de la defensa , dar algunas pinceladas descriptivas en los que le preceden , y así se hallarán dispuestos los ánimos y preparada la emocion , para cuando el orador quiera presentar la descripcion mas acabada , y con ella dar el golpe decisivo á la sensibilidad y á los afectos de los que le escuchan. Conocida su teoria , será fácil acomodarla á los casos que ocurran , y conseguir el efecto sorprendente que siempre produce. Pero elijase bien la cuestion y el momento , si no se quiere degenerar en la afectacion y en el ridiculo.

#### PARTE DE PRUEBA.

Esta es la parte del discurso que comprende el verda-

dero debate; parte reservada á la demostracion, y en que consiste el verdadero mérito intrínseco de una defensa. Ella forma el núcleo de interés y conviccion, y segun se desempeña, hay lugar ó no á esperar el triunfo que se desea. Poco importa que se haya tenido la fortuna de formular un exordio adecuado é insinuante; poco importa que la proposicion, la division y la narracion hayan estado desempeñadas con oportunidad y acierto; poco importará que la peroracion nueva y aun arrebate, y que la conclusion sea diestra y feliz; si la argumentacion y refutacion han sido lánguidas y mal sostenidas, el edificio caerá por su base á pesar de su brillo y bellas proporciones, y nada podrá preservar al abogado y á su cliente de esta inevitable desgracia.

En la parte de prueba ha de procurarse que no haya minuciosidad ni abandono. Algunos incurren en la primera, y con ello perjudican mucho su causa cuando creen que mas la apoyan, rodeándola por todas partes de argumentos y razones, elegidos con poco tino y acierto. Esta es una observacion que nunca falla. Se forma mala idea de un negocio desde el momento en que se ve que para sostenerlo se acude á argumentos capciosos y aparentes, de poca ó ninguna fuerza real. No consiste en alegar mucho, sino en que sea bueno y escogido lo que se alegue. Mas conviccion producen pocas razones pero poderosas y eficaces, que muchas sin solidéz, decoradas solo con el brillo fascinador del ingenio, ó con los rodeos y ardidés de la sutileza.

Con este defecto se toca otro en que algunos abogados suelen incurrir. Llevados del indiscreto deseo de apurar las cuestiones, de hacer gran parada de sagacidad y de erudicion, contestan á réplicas que no merecen aten-

cion alguna, y aun se empeñan séria y obstinadamente en probar lo que nadie les ha negado. Esto rebaja siempre el tono de la defensa; debilita el interés en los que oyen, rebela la puerilidad que siempre es enojosa, y lo que es peor todavía, enajena la benevolencia y la atención, que en vano se procura despues conducir arrastrando á otras consideraciones mas graves é importantes. Las cuestiones como las columnas tienen su base. Si se quiere derribar estas, inútil es dirigir los esfuerzos contra la cúspide, ni contra el cuerpo de la obra: el cimiento es lo que debe atacarse, y una vez socabado este, todo cae y se derrumba desde el momento en que flaquea el punto de apoyo que las sostenia. Asi en todos los debates juridicos, hay una idea, una consideracion capital sobre la cual descansan todas las demas ideas y consideraciones secundarias. Estè es el punto de la muralla á que deben dirigirse los fuegos para abrir la brecha: en el instante en que esto se logre, lo demas desaparece como el humo, por mas brillante ó fuerte que antes pareciera. Búsquese, pues, este punto cardinal y generador; señálesele con exactitud; combátasele con energia y con empeño; y tan luego como ceda ó se destruya por la fuerza de nuestras razones y de nuestras pruebas, desaparecerán los demas argumentos que por él estaban sostenidos, ó con él se hallaban enlazados. Lo demas, no es otra cosa que repetir ataques sin inteligencia ni direccion, y hacer un inútil fuego de guerrillas, que no basta á decidir la accion, ni á dar al combatiente una señalada victoria.

En otra falta no menos grave incurre el abogado que se empeña porfiadamente en probar que su cliente no

ha cometido el delito , cuando lo contrario resulta de los autos , y aun tal vez él mismo lo tiene confesado. El defensor no debe convenir abierta y paladinamente en que su defendido haya cometido el crimen de que se le acusa , porque esto seria defraudar su objeto , y hacer hasta cierto punto traicion á su mision protectora: pero tampoco debe insistir ciega y temerariamente en procurar demostrar la completa inocencia del procesado . cuando está convencido de lo contrario, porque esto seria prostituir la profesion con la mentira , faltar á su providad , y rebelarse contra su propia conciencia. Mas entonces se nos preguntará acaso , ¿de qué sirve el abogado? ¿Qué objeto tiene su intervencion? ¿Qué esperanza podrá poner en él , el desgraciado que se ase á su mano como el náufrago se ase á la punta de una roca ó de un cable para salvarse?

La mision del abogado en estos casos se reduce á procurar atenuar el cargo y el delito que no puede desconocer; á examinar las circunstancias , á sacar de ellas el mas ventajoso partido , á oponer á la ley que es severa é inflexible , los principios de la equidad , de la humanidad , y de la compasion que inducen á la clemencia.

Ni pudiera ser otra cosa. Si la abogacia fundara su mérito y su realce en sacar al crimen de los tribunales adornado con la corona del triunfo , y escudado con un bill de indemnidad , esta profesion que es por su naturaleza bienhechora se convertiría en un azote de la humanidad , presentándose siempre dispuesta á acariciar y nutrir á los malvados que son su plaga.

Entonces el abogado pondria el puñal en la mano del asesino , la tea en la del incendiario , y las armas

todas en poder de los perversos decididos por instinto y por hábito á emplearlas contra el indefenso y contra el inocente.

Pero hé aquí otra cuestion que se necesita esclarecer. ¿Debe el abogado en todo caso encargarse de la defensa de las causas , aunque para él sea cierto y positivo el delito? A pesar de la severidad del principio que consignamos cuando digimos que no debia admitir negocios injustos , creemos que no debe vacilar en encargarse de las defensas en las causas criminales, por mas que los cargos aparezcan fundados y concluyentes. Daremos la razon de nuestra teoria.

En los pleitos el abogado puede y debe elegir, porque no hay ninguna consideracion superior á su independencia, y porque es el hombre quien viene á demandarle un servicio, mediante una retribucion. Las posiciones son normales, y no hay ninguna circunstancia especial que deba mirarse como sagrada y decisiva. En las causas por el contrario, no es el hombre que aspira á una fortuna tal vez sin títulos, el que busca en el abogado un instrumento á sus designios de engrandecimiento y poder: es el infeliz que sumido en una cárcel, tal vez en presencia del cadalso, tiende á su alrededor una mirada atribulada, y busca en las ánsias de su mortal agonía quien le sustraiga á un destino tan cercano como horrible. No espera aqui por lo comun el defensor el premio de sus trabajos en un dinero que acaso bastaria á prostituir una accion tanto mas laudable, cuanto es mas desinteresada. Ese infeliz, cualquiera que sea la conviccion de su crimen, tiene un derecho á defenderse, porque los tribunales no estan condenados á la ceguera de Edipo, ni á la



cólera irreflexiva de los Dioses de la Mitología. Tienen su espada para herir; pero no la desenvainan hasta que despues de un exámen maduro y circunspecto, despues de una defensa ámplia, libre y sin restriccion alguna, su razon les presenta un criminal, y su deber les manda inmolarlo. Si derecho, pues, tiene todo encausado á defenderse, obligacion tendrá de prestarle su ayuda el abogado á quien elija como mas apropósito á su entender para patrocinarle.

¿Y qué otra cosa mas grata y dulce al corazon, que volar al amparo de quien á través de tantas puertas y de tantos cerrojos; desde el sitio en que resuenan las impías carcajadas de la maldad impudente mezcladas con las lágrimas del dolor, con los ayes del sufrimiento y con los gritos frenéticos de la desesperacion en su colmo, nos dirige una palabra suplicante, teñida con el colorido de la vergüenza y acaso tambien con el del arrepentimiento? El abogado es el angel del consuelo para los infortunados que padecen y lloran por consecuencia de sus extravíos, de sus errores, y no será aventurado decir, de su fatalidad. Porque hay muchas veces puesto en el camino de la vida un sendero funesto, en que el destino ciego lanza al hombre con su brazo irresistible. Entonces la desgracia es la causa del crimen, y la desgracia es tambien su término y paradero. Séres maldecidos desde el momento en que ven la luz, la miseria los recibe en sus brazos, la sociedad los rechaza, los mira como una excrescencia fétida y peligrosa, y condenándolos anticipadamente á las privaciones y al desprecio, los fuerza á ser sus enemigos para sostener una vida que por tantos títulos les es odiosa.

¡Y cuántas veces los hombres mas inofensivos y mas puros; los que recogen con la penalidad del trabajo los medios de sostener á su familia en la oscuridad, pero en la honradez; son victimas de estrañas combinaciones, de absurdas calumnias, de estrategias abominables, y bajan á los calabozos para morir en ellos, si una voz amiga no hiciese triunfar su causa á la vista del mundo! ¿Qué seria de estos infelices abandonados á sí mismos y á su infortunio? ¿Qué seria de sus familias indigentes y desoladas? ¡Noble ministerio aquel á que ha confiado el cielo la mision de velar por todas sus criaturas, de acudir á su lado en sus tribulaciones, de enjugar sus lágrimas y de volverlos al abandonado hogar en que tambien lloran sus hijos! Si la abogacia en medio de sus áridos trabajos, de sus atenciones incesantes, de sus agobiadoras tareas ofrece alguna compensacion, es el placer de ayudar á los perseguidos, y de hacer proclamar su inocencia á la cara de sus enduroidos perseguidores. Pero volvamos al punto de que nos hemos separado casi sin percibirlo, porque en estas materias el corazon guia, y el sentimiento domina y ahoga á la reflexion.

En la exposicion de las pruebas hay un punto muy importante á que atender, y tal es la propiedad y la naturalidad de las transiciones. El tránsito de una consideracion á otra, tiene siempre cierta dureza porque rompe el hilo de las ideas que nos ocupaban y entretenian en aquel momento, y esto le dá siempre cierto aspecto repugnante. Necesario es, pues, que el orador sea tan diestro en sus transiciones, que ni los jueces ni el auditorio se aperciban de que se ha pasado á otra parte ó miembro del discurso, hasta que reconocen con

gusto que se encuentran en otro sitio no menos bello y agradable. Para esto se necesita que la transición no tenga forma determinada; que no se anuncie ni se indique; que nazca, corra y se complete de la manera mas natural, como si fuera el curso propio y sosegado que llevara la defensa en todo el espacio que debe correr.

Los exordios y las transiciones son ciertamente lo que mas prueba el talento y tacto delicado del orador: de poco le servirán las reglas, si para aplicarlas no le ayudan aquellas felices disposiciones.

Si queremos reducir á punto claro y de exactitud la doctrina varia de muchos autores respecto á las pruebas, bastará consignar el principio de que todas deben nacer del proceso, y que deben dividirse en directas é indirectas, segun que las actuaciones las arrojen inmediata y naturalmente, ó segun se necesite para su deducción de una reflexion mas detenida ó de inducciones mas ingeniosas. Las directas son de bulto, se ven, se perciben y se tocan desde luego, y no se necesita gran caudal de conocimientos ni de ingenio para hallarlas prontamente y esponerlas en la defensa. Pero las indirectas piden mas cuidado, mas atencion, un examen mas profundo y detenido, las inducciones de la lógica mas severa y mas indeclinable. Las primeras son como la corriente de un rio cuyo manantial está inmediato, que cuando nos proponemos encontrar su origen, pocos pasos bastan para que demos con él: las segundas por el contrario, son como el rio que tiene un manantial lejano, cuyo curso dá continuas vueltas y casi se pierde en los giros caprichosos de su direccion cubierta á cada paso de maleza en sus orillas, que se necesita andar mucho é ir con vista perspicaz para ha-

llar por último el punto en que nació. Ciertamente el consignar las pruebas no es de la incunvencia del orador y sí del jurisconsulto, puesto que á este último toca fijar los argumentos á que el primero debe solo dar una forma determinada, la mas adecuada y bella; pero como no hay belleza posible en la esposicion cuando el raciocinio adolece de vicios en su esencia, y como ademas el orador que habla es en nuestro caso al mismo tiempo el abogado que discurre, conveniente será que apuntemos siquiera algunas reglas sobre este punto tan capital y tan interesante al éxito de las defensas, asi escritas como orales.

Hemos dicho que las pruebas directas nacen inmediatamente del asunto en cuestion, y para encontrarlas bastará tener una razon clara y una lógica no perversa ni estragada por el hábito pernicioso de los sofismas; pero cuando se trata de las indirectas, la cuestion es muy diversa y de mayor dificultad. Aqui no se trata ya de un objeto de gran balumba que baste abrir los ojos para verlo en toda su magnitud; se trata de un objeto de pequeñas y dudosas proporciones, que está oculto, y que se necesita descubrir á fuerza de examen; de un objeto que se nos oculta y pierde á cada paso, y que es necesario fijar, siguiendo de demostracion en demostracion, y de raciocinio en raciocinio. La ciencia es en el hombre lo que son las alturas en la figura del mundo. Cuando subimos una, á cada paso que damos se nos agranda el horizonte y percibimos lo que antes no alcanzábamos á descubrir. Asi cuando subimos por la pendiente del trabajo y del estudio hácia la cima de los conocimientos humanos, cada indagacion nos descubre nuevos puntos de vista,

y vemos las cuestiones por muchos mas lados de los que antes eran el resultado de nuestros aislados y escasos conocimientos. Y no se crea que nos pueden servir solo aquellos que pertenecen de una manera determinada y ceñida á la cuestion que nos proponemos indagar: las verdades estan eslabonadas y entrelazadas unas con otras; y por eso sin duda ha dicho Ciceron: «que todos los conocimientos humanos estan ligados por un vínculo comun y tienen entre sí cierta clase de parentesco.»

Mas los conocimientos y las ideas no bastan por sí solos. Es necesario que entren en el laboratorio de la meditacion, y que en él, el pensamiento creador y analizador del hombre los mida y calcule en todas sus faces, que los una y arregle del modo mas natural, y que vaya siguiendo su generacion hasta llegar al punto de aplicacion que le conviene. Segun esto, el estudio reúne los materiales, y la reflexion los aprovecha, arregla y aplica; observacion que debe tenerse muy presente, porque el estudio sin la meditacion viene á ser estéril y la meditacion sin el estudio es infecunda porque le falta la base sobre la cual puede moverse libremente y con todo el posible provecho.

La pauta principal que debe consultar el abogado cuando se propone encontrar pruebas para hacerlas valer en una defensa, es la ley. Esta es la medida, el regulador, el fanal que alumbra las cuestiones y abre caminos seguros al descubrimiento y aplicacion de todos los principios. Pero es muy pobre y muy estéril el campo de la ley por sí solo, y cuando se le mira sin relacion á todos los demas elementos que le sirvieron de base y que son su mejor fórmula esplicativa. Por eso

dijimos antes que no basta al abogado conocer ceñidamente las leyes, sino que necesita comprender su espíritu, los motivos que las impulsaron, las miras del legislador, las bases de equidad que las abonan y recomiendan; y que siendo todo esto del dominio del derecho constituyente y de la filosofía, indispensable se hace que el abogado se halle previamente instruido en estas ciencias, y que pueda contar con los inmensos recursos que proporcionarán á su espíritu de exámen. Cuando no alcanzan estos medios á nuestras miras, puederrecurrirse al de explicar la ley por otras que con ella deben guardar analogía y concierto. Los tratadistas forman tambien un auxilio importante; pero su opinion solo puede alegarse como un dato de confirmacion á nuestro juicio, sin que se la mire como decisiva, porque el carácter aislado del hombre que escribe, dista inmensamente de la autoridad soberana del legislador. Alegando la opinion de los comentadores con esta circunspeccion y prudencia, todavia debe cuidarse de no aglomerar las citas porque esto oscurece y daña en vez de favorecer. En esta parte el gusto de la época ha variado notablemente. En lo antiguo los alegatos é informes estaban empedrados por decirlo así, de citas y datos de erudicion, y no parecia sino que los abogados se convertian en eco de las voces que habian resonado anteriormente, como si abdicasen por entero á las prerogativas de su pensamiento, para recibir el yugo y la autoridad de los escritores que les habian precedido. Ahora la inteligencia se ha emancipado, y confia en sus medios mas que en los estraños. Se discurre, y no se cita, ó se cita poco. El pensamiento se mueve en todas direcciones para indagar, y no permanece quieto para repetir

servilmente lo que otros indagaron. Se cree, y se cree con razon que lo que otro hombre pudo descubrir, podemos tambien descubrirlo nosotros, y el cetro del magisterio ha sido reemplazado por la discusion mas amplia, mas inquieta y mas osada. En esto sin duda ganan las ciencias que antes puede decirse que solo tenian un aspecto histórico, puesto que mirando á lo pasado se renunciaba al porvenir y á las nuevas esferas que el talento podía descubrir en sus diversos rumbos.

Las citas del derecho romano, y mas aun las de sus comentadores, solo pueden mirarse como comprobacion de razon. Convendrá no multiplicarlas, porque toda cita ata y sujeta al pensamiento imponiéndole el yugo de la escuela, y despojándole del carácter filosófico y de libre indagacion que le es tan esencial y preciso. La autoridad de los demas no se recibe sino cuando es conforme á la razon comun: preferible será, pues, buscar esta y demostrarla, á andar á caza de opiniones y sentencias que nada valen si están en contradiccion con los buenos principios, ó sirven de poco cuando les son conformes. La luz refulgente del sol no se aumenta con las llamaradas de nuestras hogueras ni de nuestros volcanes.

Todo lo indicado hasta aqui, es relativo á la cuestion de derecho; pero á su lado y paralelamente con ella corre la cuestion de hecho, mas difícil sin duda de comprender y señalar, porque no está escrita sino en un proceso, en que frecuentemente, la malicia, el dolo, el perjurio, las cábalas y las intrigas ocultan ú oscurecen la verdad, y ofrecen en su lugar el error y la impostura. ¿Quién se atreverá á decir despues de leida y releida una causa, que conoce los hechos tales como

pasaron , ni qué juez podrá creerse seguro de que en su sentencia castiga el delito real y no el delito aparente? ¡Cuántas circunstancias se combinan á las veces de una manera fatál, para deponer contra el hombre, ageno sin embargo á toda culpa! ¡ Debilidad de nuestra razon , miseria de la condicion humana! Todas las acciones tienen aparte de su carácter esencial, condiciones ó circunstancias que rebajan ó alteran aquel para la aplicacion de la ley, y en su exacto conocimiento está el secreto, está la justicia, está la seguridad de los fallos. El hecho mas violento y á primera vista mas criminal ha tenido sus precedentes, sus motivos de induccion, su fuerza motriz, que si no alcanza á escucharlo, basta al menos algunas veces á hacerlo mirar con menor severidad y acaso con indulgencia. Mas estos motivos, estos resortes ocultos, esta fuerza que obra sobre el corazon solo los ve Dios, y escapan con frecuencia á la vista débil ó deslumbrada de los hombres. Con razon se ha dicho que tenemos sobre los ojos un velo que con el trabajo y el examen vamos levantando muy poco á poco, y que casi nunca conseguimos alzar completamente.

El mismo D'Aguesseau en la famosa causa de la Pivardiere, nos ha dicho: «¿Qué resta, pues, sino tratar humanamente los negocios humanos, persuadirse que todo lo que es materia de los juicios es del resorte de la jurisprudencia, en la que se juzga de las cosas, no segun son en sí mismas, sino segun lo que aparecen; y humillarse á la vista de la nada de la ciencia, y si nos atrevemos á decirlo, de la nada de la justicia humana que en las cuestiones de hecho se ve precisada á juzgar no sobre la verdad eterna de las cosas, sino so-



bre sus sombras, sus figuras y sus apariencias?» Si aquel célebre jurisconsulto se esplicaba así en un negocio en que hasta las casualidades se combinaron para persuadir la existencia de un delito que no se había cometido, nuestros abogados y nuestros jueces no podrán menos de reconocer y confesar que todos los días se les presentan casos muy parecidos, en que la conciencia no queda completamente tranquila y satisfecha ni cuando defiende, ni cuando acusa, ni cuando absuelve, ni cuando condena. Las cuestiones de hecho son un caos para el que quiere profundizarlas con imparcialidad y buena fe: son un laberinto sin guía en que se dirigen los pasos al acaso, y en que después del cansancio y la fatiga, nos vemos obligados á sentarnos y á confesar que nos hemos perdido. ¿Quién mide ni califica los motivos reservados del corazón? Pues ellos forman sin embargo el origen y la esencia constitutiva de las acciones. ¿Quién penetra en la intención? Y no obstante la intención es todo; porque es la voluntad en su primitiva expresión; es después el conato en su fórmula ostensible; es por último el hecho en su traducción material.

Mas dejando á un lado estos enigmas indescifrables de la voluntad, y queriendo estar solo á lo que las cosas aparecen por sus formas palpables ó esternas, ¿quién nos asegura que las diligencias de una causa publican los acontecimientos como fueron en sí, con su verdadera fisonomía, con su exacta significacion, con su propio y verdadero colorido? ¿Qué medida reguladora é infalible tenemos para formar nuestros juicios y para poder descansar en ellos con la tranquilidad del geómetra que mide un triángulo? ¿Se quiere estar

á la confesion del reo , que se mira como el argumento mas concluyente y mas irrefragable? ¡ Cuántas veces una delicadeza , una gratitud ó un pundonor laudables aunque funestos , han puesto en boca del acusado palabras que han servido á su inmerecida condenacion! ¿ Cuántas otras un hombre sumido en una carcel , á pesar de estar inocente , agobiado bajo el peso de mil desgracias , amargada su vida por mil sinsabores , espantado por el anatema de una opinion que irreflexivamente le condena y rechaza , ha confesado un crimen de que no tenia ni aun noticia , por poner término á unos dias de que habia tomado posesion el infortunio , y que regia á su antojo un destino ciego é implacable?

¿ Se quiere estar á datos escritos? ¿ Pero con cuánta facilidad se suplantán estos , viniendo á ser , no una prueba auténtica ni aun atendible , sino el producto de una intriga asquerosa , de una tentacion , ó de una recompensa inmoral?

¿ Se quiere estar á los testigos? Piénsese que los dichos de estos se combinan , se tejen y se amalgaman por la astucia que dirige su plan abominable ; piénsese que los dichos mismos de los declarantes varían de significacion en el entendimiento ó en la lengua de los que se toman el encargo de redactarlos en las diligencias escritas , y piénsese por último y principalmente , en lo falible de nuestras impresiones y nuestros sentidos , en nuestra triste condicion de error y de debilidad , y en que el asentimiento de todo el mundo al principio de que el sol caminaba por los espacios no anunciaba la verdad , que surgió despues de mucho tiempo de la cabeza creadora y de las demostraciones de Copérnico. Todo es falible en el mundo , y es triste ley que sobre

la vida de los hombres haya de decidirse y resolverse por medios tan inseguros, marchando en la indagacion por caminos tan espuestos á extravío, y tan rodeados de tinieblas.

Pero aun de esto mismo puede sacar mucho partido el abogado diestro y analizador. Si se trata de la confesion del acusado, indagará y espondrá su situacion angustiosa ó desesperada, el estado de su imaginacion y de su cerebro, su ódio por la vida que se la hiciera mirar como un fardo fatigoso que se necesitara arrojar para verse libre de su peso. Si motivos de delicadeza le obligan á abrazar resignado la muerte antes que hacer revelaciones que pudieran salvarle, recorrerá estos motivos, se fijará en estos sentimientos elevados de que nunca son capaces las almas débiles y corrompidas dispuestas al delito, y ya que no pueda pronunciar la apoteosis de una cualidad tan rara y sublime, la ofrecerá á la vista de los jueces como un título de perdon, de admiracion y de lástima. En este terreno caben por su interés todos los medios oratorios, todos los arranques y todas las figuras mas patéticas y solemnes.

Si se trata de papeles, desenvolverá las teorías y los secretos caligráficos, y hará ver que no puede tomarse por dato irrecusable de conviccion, lo que frecuentemente es la consecuencia de la mala fe y de la pericia.

Si se trata de testigos, analizará sus declaraciones. Unas las atacará por oscuras; otras por sobradamente estudiadas y espresivas que puedan por ello inspirar la presuncion de enemistad y ódio: éstas porque dicen poco y no son concluyentes; aquellas porque dicen de-

masiado; y todas las unirá, las comparará para notar sus diferencias y contradicciones, y entonces la lógica clara y sutil del abogado, disipará toda prevención y todos los cargos, y sacará á su cliente con la fuerza de su talento y de su palabra de la espesa y fuerte red en que le hubiera envuelto la fatalidad ó el encono de sus enemigos.

¿Pero qué orden deberá guardarse en la esposicion de las pruebas? Algunos aconsejan que se vaya en gradacion ascendente, y que presentando primero las mas débiles, se pase luego á otras de mas fuerza, de modo que á cada paso vaya creciendo el interés, y se reserven para las últimas las mas concluyentes é indeclinables. Si una defensa hubiera de mirarse solo escrita sobre el papel, ó debiera oirse bajo el aspecto de un discurso oratorio con todas sus medidas y proporciones, no hay duda en que este sistema de enunciacion gustaria mas, porque es el mas natural, el mas sencillo y el mas agradable; pero como se habla para convencer y mover á los jueces, necesario es sacrificarlo todo á este objeto y preferir lo util á lo mas bello. Cuando las pruebas se enuncian con ese compás y con esa medida de proporciones ajustadas, las primeras no hacen por su debilidad grande impresion, regularmente enfrian si no enagenan la atencion del que escucha, y se necesita que esta sea muy perseverante, para que fijándose despues en argumentos mas sólidos é indestructibles, les dé en el ánimo y en el corazon todo el valor que en sí tienen. Por esta razon nos parece preferible que siempre que la naturaleza de la cuestion lo permita, se espongan al principio de la parte de prueba uno ó dos raciocinios de gran peso y entidad, para

que desde el primer instante se cautive la atencion y se convenza: que á seguida se ofrezcan las pruebas mas débiles, que viniendo inmediatamente despues de otras poderosas, hacen poco notable su insignificancia, y que por último se termine con las mas concluyentes y robustas, porque asi se hace una impresion honda y durable en el entendimiento, y su recuerdo se conserva hasta estampar el fallo que viene á ser su inmediata y genuina expresion.

Esta es una estratagema provechosa que en muchas ocasiones dá felices resultados. El hombre desconfia muchas veces de todo, y desconfian mas aquellos cuyas decisiones han de pesar sobre su conciencia. La razon tiene sus leyes y sus movimientos, y se necesita mucha destreza para comunicarle el impulso que nos proponemos, y darle una direccion determinada. En un camino cualquiera, lo que mas recordamos es el punto de partida y el de parada: lo demas, como no sea muy notable, pasa por delante de nuestros ojos como desapercibido. Si en la parte de argumentacion se consigue impresionar fuertemente los ánimos con las primeras razones, y si esta impresion se robustece y arraiga con los últimos racionios, poco importa que el intervalo entre ambos extremos se llene de consideraciones de menos peso, porque estas estan defendidas á vanguardia y retaguardia, y el espíritu de examen y de desconfianza no puede penetrar facilmente hasta ellas. Por el contrario, cuando empezando por ténues y fútiles argumentos se va progresivamente aumentando en fuerza y valor, el alma se acomoda de una manera lenta á estas transformaciones, como nos acomodamos á los tránsitos graduados de una temperatura casi sin

notarlo, y no se siente aquella impresion nueva, inesperada, irresistible, decisiva; que es la que se necesita producir para triunfar en las luchas del foro. Por esta razon aconsejamos que se prefiera el método de exposicion que dejamos indicado.



## LECCION XIX.

---

Mas sobre la parte de argumentacion.

**H**EMOS dicho que la parte de prueba era la mas interesante en toda defensa , y que de ella dependia principalmente el feliz ó desgraciado éxito de una causa. Los demas estremos forman ecos , melodias , movimientos tal vez mal seguros y por lo tanto transitorios; la prueba presenta razones y triunfa, porque se dirige al entendimiento y lo convence. Seguiremos dando reglas acerca de la teoria y esposicion de los argumentos, porque en este periodo se dá poco á la diction y á sus atavios , y todo el valor y todo el mérito está en la oportunidad y fuerza con que se ofrecen los racionios. Este es el objeto del orador forense , y no otro. Por esta razon hemos querido dar mas latitud á esta materia.

Acabamos de decir que en la parte de prueba tienen poco lugar los movimientos oratorios , las galas y be-

llezas de espresion. En ella basta que el language sea claro, vivo y apremiante. Lo único que se necesita es ingenio para encontrar los argumentos, talento para combinarlos y presentarlos, y habilidad para esponerlos de la manera mas perceptible y convincente. Recordaremos aqui lo que ya digimos en otro lugar. El *modus in rebus* tan recomendado en todo, debe guardarse mas fielmente en los discursos oratorios. Cada uno de sus periodos tiene su índole propia y su objeto determinado. Querer lucir igualmente en todos ellos las galas de la espresion y el movimiento de los afectos, seria desconocer la naturaleza distinta de cada uno, y formar un todo confuso que viniera á ser repugnante. Sin el claro oscuro, sin los contrastes y alternativas, sin que se emplee sucesiva y oportunamente la razon y la pasion, la claridad del racionio y la belleza del colorido, no se crea que se ha pronunciado una defensa ajustada á las reglas y á la observacion, que convenza y agrade, que arranque á la vez los aplausos y el fallo á que se aspira. Un discurso oratorio, si se nos permite valernos de una comparacion fundada en su forma y en su objeto, diremos que es parecido en ciertas relaciones á una accion campal. El exordio, proposicion y division inician el combate, llaman la atencion, y señalan el terreno de la lucha: las pruebas son los fuegos, son la accion empeñada y reñida en que cada uno de los combatientes procura ganar posicion y obtener la victoria: la peroracion es la llamada al entusiasmo para dar la última carga; y la conclusion es el himno ó canto de triunfo.

Si segun acaba de verse, las figuras no deben usarse en la parte de prueba sino con mucha parsimonia y



economía, hay algunas que dañan y que indudablemente se vuelven contra el mismo que indiscretamente las usa. Tales son las hipérboles que exagerando las ideas ó deprimiéndolas con demasía, contienen siempre un fondo de inexactitud y de error de que se vale el contrario para combatirnos. De este peligro y de este defecto pueden adolecer en ocasiones las antítesis y otros medios que tienen mas gracia y brillo aparente, que fijeza y solidez en la realidad. En la prueba, mas que en ninguna otra parte del discurso, debe haber en los pensamientos precision y verdad rigurosa.

No aconsejaremos del mismo modo que se eviten las amplificaciones. Sin ellas, la elocuencia no se diferenciaria de la lógica, y fundado en esta observacion dijo ya un antiguo filósofo »que el argumento lógico podia compararse á la mano cerrada, y el argumento oratorio á la mano abierta.» Las amplificaciones de nombres, de adjetivos y de verbos, dan fuerza, armonia y gala á la dición, y las amplificaciones de ideas son las que nutren un discurso y las que le dan el tipo y carácter de tal, porque sin ellas no seria mas que un cuerpo desnudo, un objeto árido y seco sin otro adorno que el ropaje desagradable del escolasticismo. Por regla general puede decirse que el que mejor amplifique en la prueba, será el que conseguirá darle mas valor, el que mas cautivará la atencion de los jueces, y ganará á la vez su aprobacion y su fallo. Un pensamiento encerrado en estrechos limites, anunciado con pocas y secas palabras, tendrá tal vez solidez y grande profundidad; pero ésta escapará con frecuencia á una atencion distraida ó á una capacidad limitada, y dejará un vacío que nada podrá llenar despues. Por el contrario: cuando

este mismo pensamiento recibe varios giros en la boca del orador; cuando se le presenta diestramente por todas sus faces; cuando se le hace ver y notar en todas sus relaciones; cuando en una palabra, se le amplifica, deja de ser el mismo, no representa ya solo el valor de la unidad, sino que ha recibido en su dilatacion provechosa un número crecido de unidades que vienen á formar con él una suma considerable.

El principal conato del abogado debe ser fijar bien la cuestion. Sin esto no hay verdaderamente objeto de debate, y todo queda reducido á una palabrería insustancial é inoportuna que á todos fatiga y á ninguno convence. Los esfuerzos que entonces se hacen por una y otra parte son vanos y perdidos, y la contienda presenta el risible espectáculo de una escaramuza en que los tiros se disparan sin direccion fija, de modo que unos van altos, otros bajos, y ninguno da en el blanco. El cuidado de establecer bien las cuestiones, de plantearlas con exactitud y acierto, y de no permitir que salgan de su terreno, es de mayor interés para el que habla el último, porque á las veces con solo este trabajo facil y sencillo, desvanece cuanto se ha dicho antes, é inclina á su favor la balanza sin otros esfuerzos ni fatiga. Suele ocurrir que el que habla primero apela al medio de desnaturalizar la cuestion para mirarla bajo el aspecto que mas le conviene. No se necesita, pues, entonces otra cosa que traerla á sus verdaderos términos, y con esto solo vendrá á tierra todo el edificio y toda la gran balumba que haya podido levantar un adversario diestro y poco escrupuloso.

Pero aquí se ofrece naturalmente una cuestion que cada uno resolverá y aplicará segun sus disposiciones.

¿Qué dá mas ventaja al abogado , hablar el primero ó hacerlo en último lugar? Recuérdese lo que ya digimos respecto á la necesidad que tienen todos los que han de mezclarse en estos debates , de ser , al menos hasta cierto punto improvisadores. Al que no lo sea ; al que no pueda formular contestaciones y racionios de una manera instantánea y presentarlos con orden , método y claridad ; con cierta soltura y elegancia que agraden y cautiven , ciertamente le será preferible hablar el primero. Este se parecerá al hombre de vista débil , de tardos y pesados movimientos , que no puede caminar mas que por terrenos claros y por caminos conocidos. El abogado tan infecundo en medios repentinos , tan tristemente ceñido á la preparacion , tiene que llevar en la mano el hilo de su defensa sin que pueda soltarlo nunca , y en el momento en que un accidente imprevisto le saca de su esfera ó le presenta consideraciones que no habia calculado ; en el momento en que la cuestion cambia de cualquier modo su fisonomía , se reconoce cortado y perdido. Este solo puede hablar el primero , porque sus discursos se reducen á relatar con mas ó menos desenvoltura lo que ya lleva estudiado y aprendido.

Al que por el contrario , le es facil despues de haber oido á su competidor someter á un plan instantáneo todo lo que ha dicho , encontrar respuestas oportunas y concluyentes , y ofrecerlas al tribunal que escucha , con un lenguaje claro , preciso y adornado de gracias y bellezas , le es inmensamente ventajoso usar el último de la palabra. ¿Qué ventaja mayor que la de recoger rápidamente tantos y tantos materiales , medirlos con el compás intelectual de una manera pronta y segura,

analizarlos y comprenderlos en todas sus relaciones con esa lógica severa y con esa crítica atinada que nunca engañan, ver delante de sus ojos un campo dilatado cuyos horizontes traza de una mirada el entendimiento, y tender el vuelo por ese espacio, remontarse en él como el águila que se cierne en las nubes, y desde allí lanzarse como ella sobre su presa para oprimirla y despedazarla? El abogado que habla el último, si está favorecido por buenas disposiciones oratorias, tiene siempre incalculables ventajas sobre el que le precede. Este es en verdad dueño de preparar y esponer los argumentos que mas le cuadran, detenidamente meditados, limados y aliñados en el retiro de su gabinete; pero su competidor apenas los ha oído, se apodera de ellos y los destroza.

El primero produce con su palabra una impresion fija y si se quiere profunda; pero cuando la creia permanente, ve que otra voz enemiga la va debilitando, que cambia de teatro el interés, y que las señales de favorable acogida con que él se lisongeba van desapareciendo y reemplazándose por otras que disipan todas sus ilusiones y matan todas sus esperanzas. El que habla primero tiene que ser hasta profeta, porque necesita preveer todo lo que dirá su adversario para repararlo préviamente; el que habla el último no tiene que ocuparse de estos cuidados ni de estas congeturas, porque han de presentarle el enemigo en el palenque con todas sus armas, y cuenta en sí mismo el poder de desarmarlo y vencerlo en cuanto le acometa. Aquel ha vivido en sus combinaciones y cálculos del porvenir y sus contingencias siempre inciertas y dudosas; éste vive solo de lo presente, de lo actual,

del instante en que habla, y puede confiar en que parodiará el *llegué, vi y vencí* de César, antes de ser llamado al combate, ni saber el adversario con quién tiene que luchar.

El último que habla entra en la arena por esta sola razon con muchas probabilidades. La sala de audiencia con su aparato y con su solemnidad llama desde luego la atencion en los jueces y en los concurrentes sobre la escena que va á representarse, y al llegar el momento de dejarse oír la voz del primer defensor, todos atienden y se contraen porque este momento ha sido largamente esperado; pero la curiosidad se aviva y el interés crece y se aumenta en favor del que le sigue, porque impresionados los ánimos con las razones que escuchan, quieren adivinar cómo serán rebatidas, y aguardan con impaciencia el instante de presenciar este desenlace. El posterior en la palabra encuentra ya allanado el camino, ansiosa la atencion, y pendiente al auditorio de su boca, todo lo cual en distintas circunstancias seria el resultado de un feliz y bien combinado exordio.

No tiene por lo comun necesidad de formular proposicion ni division, porque halla la cuestion ya planteada y desenvuelta, y puede formar de su discurso un todo compacto, una falange impenetrable que resista al examen mas analítico y detenido.

En la parte de prueba tiene todavia ventajas mas conocidas, porque supuestos sus conocimientos y su facilidad de improvisar, no se le puede coger en una emboscada, no se le puede sorprender por mas que se procure, y ve ante sus ojos un inmenso campo en que moverse libremente, mil caminos y mil medios en su

auxilio para responder victoriosamente á todo lo que ha oido. Tiene todas las dificultades y todos los argumentos opuestos delante de sí como en un cuadro, y en la esfera trazada á la discusion puede escribir el *non plus ultra*, porque no hay ya ni fuerzas auxiliares ni otros elementos que vengan á la lucha mas tarde, y con que sea necesario entrar en nueva contienda. Pero tal vez los racionios hechos por su competidor sean inopinados y vigorosos; nada importa: la animacion que produce la pugna, el calor del instante, la memoria que franquea sus tesoros; la meditacion prévia que todo lo ha enlazado, todo lo ha previsto y todo lo ha calculado de antemano, vendrán en auxilio del luchador y le ofrecerán proyectiles con que arruinar los últimos y mas fuertes baluartes de su antagonista. Todo, generalmente hablando, tiene contestacion. Las cuestiones presentan varios lados á la discusion legal y filosófica, y cuando no se las puede acometer de una manera directa, de frente y con el pecho á la luz, se las embiste por la línea oblicua ó circular y por caminos cubiertos.

Pero tanto el abogado que habla primero en un debate, como el que habla despues, necesitan conocer perfectamente el mecanismo y valor de todos los elementos de que han de echar mano en la parte de argumentacion ó prueba, puesto que en ella se ha de procurar ser precisos y convincentes, mas bien que agradables y floridos. Esta consideracion y este interés nos obligan á esponer algunas observaciones de que se podrá hacer en casos dados un uso muy provechoso.

La prueba es el medio de que nos servimos para establecer la verdad de un hecho. La que mas juega en

las causas criminales es comunmente la de testigos , y por eso , atendida su importancia y su frecuencia , queremos fijar algunas reglas de buen criterio y esposicion , sin emprender no obstante , el improbo trabajo de hacer anatomía del espíritu humano como aconseja Bentham para apreciar los motivos de veracidad , de exactitud é imparcialidad que mueven á los declarantes en sus asertos.

Al examinar la forma de nuestros juicios , la cadena de nuestros procedimientos actuales , lentos si se quiere , pero regulares y pacíficos , no podemos menos de notar el progreso que las sociedades han hecho , y de felicitar á la humanidad que ha sacudido el yugo de bárbaras costumbres , reemplazando á prácticas monstruosas las reglas de la lógica que indaga , y de la filosofía que consuela. Apenas puede creerse hoy que la prueba del agua y del fuego , los combates judiciales , los juramentos espurgatorios y la tortura hayan ido disputándose el terreno en la legislacion penal , admitiéndose por medios de conviccion , como si la naturaleza hubiese de doblar sus leyes inmutables y eternas ante el capricho de los hombres , y como si la dureza de los miembros , la fiereza del alma y la insensibilidad del corazon fueran el mejor comprobante de la inocencia que se busca.

Pero las formas tranquilas y de razon mas modernamente introducidas ¿llevan con frecuencia al resultado que se anhela? ¿dán comunmente una evidencia que aquiete todos los celos y desvanezca todas las dudas? ¿pueden tomarse por demostraciones acabadas contra las cuales nada tenga que oponer la conciencia en sus temores y aun en sus escrúpulos? ¿debe alguna vez de-

sesperar el abogado? ¿puede alguna el juez que condena con arreglo á la justicia de la ley, estar seguro de que ha condenado con arreglo á la justicia de Dios y á la verdad de las cosas? ¿qué guía seguiremos en medio de esta oscuridad, ya que la intencion y el celo no bastan á dirigirnos?

La disposicion á creer es el estado habitual del hombre, ¡y ay de él si hubiera de vivir siempre entregado á la desconfianza! La fe es todo en la religion, y la fe es tambien todo en el mundo. Sin la fe religiosa no puede ganarse el cielo, y sin la fe humana no puede vivirse feliz en la tierra. El hombre necesita creer para vivir en paz; pero necesita ademas saber dudar para no ser continuamente engañado. Volney ha colocado al frente de una de sus mejores obras la máxima de que »el principio de la sabiduria consiste en saber dudar.»

Son muy pocas las cosas de que formamos idea por nosotros mismos, en comparacion de las que sabemos por los demas; y segun esta observacion fundada en la esperiencia de todos en cuantas situaciones puede ofrecer la vida, vivir en continúa duda y en perpétua incredulidad, seria un eterno suplicio. Vivir por otra parte creyendo siempre sin reflexion ni examen, seria estar á merced de los mas astutos, y ser el juguete y la victima de los impostores. Prescindamos, pues, de la teoria de un escritor inglés relativa al enlace que supone existir entre la creencia y la simpatia, y determinemos sencillamente las reglas de credulidad respecto á los testigos. Sin que pretendamos tratar la materia tan profundamente y en tantas y tan variadas relaciones como lo hace Bentham, no negaremos que este sistema hasta cierto punto tiene su base en la ideologia.



En el testigo que depone ha habido una impresion relativamente al hecho que afirma, y un juicio formado á consecuencia de la misma impresion. En esta no puede haber error; pero en el juicio lo puede haber, y lo hay por desgracia muchas veces. Si yo miro una vara metida en el agua, me parecerá que está torcida ó rota, aunque realmente no lo está. Si me contento con decir: »veo una vara torcida ó rota,» diré una verdad, porque tal es la impresion que se obra en mis sentidos; pero si avanzo á formar un juicio sobre esta base; si digo: »la vara que veo está torcida ó rota,» habrá en mi proposicion un error que hubiera podido evitar con solo examinar la vara fuera del agua. Si nuestros errores, pues, principian en el juicio, y si éste está ideológica é intelectualmente separado de la impresion porque entre esta y aquel hay todavia la percepcion por la cual el alma se hace sabedora de la impresion recibida, hay la sensacion por la cual la mira como agradable ó desagradable, y hay la idea que se la representa, de desear seria que el testigo en su declaracion pudiese referir solo sus impresiones, porque solo así podríamos asegurarnos de su exactitud y veracidad.

Mas esta distincion no puede hacerse en la práctica, porque los dos actos aunque distintos y separados, son en nosotros casi instantáneos. Tenemos por lo tanto que escuchar en el testigo no solo su impresion en que no puede haber inexactitud, sino tambien su juicio que frecuentemente adolece de error: y esto es lo primero que debe tomarse en cuenta para prevenirnos contra su dicho, medirlo y analizarlo de modo que nos descubra los vicios de que adolece. Imposible es dar para esto

reglas generales ; pero como el hombre para no creer, para rechazar lo que otros le dicen necesita un motivo ó una razon determinada , pasaremos á esponer generalmente la mayor parte de estos motivos ó razones.

Todo testigo puede no ser creible por causas físicas, intelectuales ó morales ; y el cuidado del abogado debe estar en recorrer con prolija atencion todas sus circunstancias , para ver si se encuentra en alguno de los casos ó situaciones en que puede y debe combatir su testimonio.

Por causas físicas: como si depone haber presenciado un hecho á hora determinada , y al mismo tiempo resulta que aquel dia se encontraba en otro lugar, desde el cual es imposible que hubiera podido llegar para aquel momento al sitio en que se supone verificado el suceso. Si aunque estuviese en él , le separase del teatro del acontecimiento la interposicion de un objeto cualquiera, de modo que no lo pudiese presenciar con la claridad que se necesita para imponerse bien de él y de sus circunstancias. Si el testigo ve poco , el hecho se supone acaecido en una noche oscura , y mas aun si no conoce de trato íntimo al supuesto reo á quien grava con su declaracion. Si depone sobre una conversacion tenida en una lengua que él no conoce : si se refiere á palabras ó frases sueltas aunque conozca la lengua , porque sin llevar el hilo entero de la conversacion, le es imposible comprender el sentido en que las frases se pronunciaron , si estas espresaban el juicio del que estaba hablando, ó si eran la relacion de las que otro hubiera dicho. Esto y otros motivos iguales ó parecidos en casos análogos , autorizarán á combatir el testimonio que nos perjudica , mirado por el lado de las causas

físicas que obran en el buen criterio para negar nuestro asentimiento.

Las causas intelectuales pueden abrir tambien ancho campo á nuestras impugnaciones. El estado de la razon del testigo; su imaginacion exaltada ó estraviada por el temor ó por la sorpresa; su ligereza é irreflexion habitual en el modo de formar sus convicciones; su completa ignorancia en la materia facultativa ó científica sobre que ha depuesto; estas circunstancias con otras muchas que podrán ocurrir en la misma línea, serán motivos muy poderosos para destruir ó rebajar al menos considerablemente el valor de sus asertos.

Las causas morales por último que nacen de la voluntad y del corazon. No basta que el testigo sepa la verdad del suceso; es necesario que quiera deponerla. Es necesario que no se halle movido por el resorte de la enemistad, del odio, ó del deseo de venganza. Es necesario en contrario sentido que no tenga parcialidad por interés, por amistad ó por amor. Unese á estos motivos muchas veces la compasion, especialmente si las penas son escesivas, ó cuando la ley que las determina, aunque no sean estas tan severas, pugna con la opinion y con el espíritu del pais ó de la época. Entonces á la sancion legal se sustituye la sancion individual; y las conciencias se revelan contra los principios que la legislacion reconoce; entonces la piedad se deja oír en toda su intensidad y con toda su elocuencia: el testigo absuelve en su corazon lo que la ley condena en su estravío ó en su rigor inconsiderado, y si no puede salvar al reo absolutamente, se decide al menos á protegerle. De aqui esos testigos que Blackstone llama misericordiosos.

Bentham exige en el dicho del testigo para darle crédito, las circunstancias de que sea responsivo, particularizado, distinto, reflexivo y no sugerido de una manera indebida: y como medios legales que sirven á escitar al declarante á producirse con lisura y buena fe, enumera la pena de la ley, el interrogatorio, el contratestimonio y la publicidad. Diremos dos palabras de esplicacion sobre cada una de estas ideas.

Testimonio responsivo es el que recae á las preguntas hechas, y esta es la forma mas conveniente y adecuada para que aquel venga á ser particularizado y circunstanciado. Desde luego se conoce el interés de que el dicho del testigo reúna estas dos cualidades. Un aserto vago de nada sirve, y es de absoluta necesidad que se contraiga y ciña al caso que se esplora, que es lo que le dá el carácter de particularizado, y que además espresé todas las circunstancias que concurrieron en este mismo hecho, que á las veces alteran y cambian completamente su naturaleza y su significacion. La muerte que se da de una manera alevosa es ciertamente mas criminal que la que se mira como el resultado de una cuestion acalorada y de un movimiento irresistible en la irritacion y efervescencia de las pasiones; y aun esta última rebaja en muchos quilates su gravedad, cuando el matador, hombre pacífico y de costumbres arregladas, se ve provocado y herido en su honor, instigado y ofendido de un modo que agota todo sufrimiento. Si el testigo no espresa todas estas circunstancias, su dicho será incompleto; será en realidad falso aunque no lo sea en cuanto al hecho principal, porque dará de este una idea equivocada, y hará formar un juicio muy diferente del que debiera formarse. El

que la declaracion sea responsiva , produce ó al menos debe producir, la ventaja de que sea particularizada y circunstanciada , porque á todos estos detalles debe conducir la pregunta.

Testimonio distinto es el que contiene toda la claridad necesaria , y es contrario al confuso. En este último no puede decirse que hay verdad ni error, porque no se comprende ; y el abogado cuando le perjudica en la significacion que se le pretende dar, podrá señalarlo como una cantidad que no existe, como un elemento inútil, que no puede agregarse á los elementos conocidos y valederos que sirven de base á la conviccion. El testimonio confuso de palabra puede facilmente aclararse por medio de otras preguntas ; pero el testimonio confuso por escrito es de mas nociva trascendencia, porque permanece con grave daño de los derechos de la verdad y de los interesados.

El testimonio reflexivo es el que se da despues de haber concedido al testigo tiempo para recordar los sucesos y para ayudar á su memoria en todo lo que necesite. La precipitacion engendra frecuentemente errores; y como en los juicios en que se trata de la fortuna, de la honra , ó de la vida de los hombres, la verdad es el objeto á que se aspira y á que se encamina todo el procedimiento , debe huirse toda sorpresa y permitir para responder el espacio necesario á reunir y combinar todos los recuerdos.

No sugerido de una manera indebida : todo testimonio debe ser libre , espontáneo é independiente ; y esto aleja y condena la idea de la sugestion. Se añade *de una manera indebida* ; porque frecuentemente el que ha de declarar necesita para fijar su memoria invocar la

de otros sobre fechas, pormenores y circunstancias, y esta ayuda que pudiera calificarse de una sugestion, nada tiene de censurable siempre que se preste con lealtad y buena fe.

Toda declaracion, pues, que pugne con estos principios ó en que se echen de menos estas circunstancias, podrá ser combatida con fruto por el abogado, á quien toca indagar los vicios de que adolece todo lo que daña á su desigñio, y combatirlo con las armas de la razon y de la lógica.

Entre las garantias ó medios para asegurar la veracidad del testigo, cuenta como se ha visto, el jurisperito inglés en primer lugar, la pena de la ley establecida contra los que deponen falsamente. Sobre esto debe hacerse una distincion. La ley en esta parte solo puede castigar la intencion; el propósito de dar un testimonio falso; pero mentir y faltar á la verdad no son lo mismo. Miente y es digno de castigo el que depone contra su propia conviccion. Esta podrá muy bien ser equivocada; y entonces habrá mentira y delito en el testigo, aunque realmente no haya falsedad en lo que asegura. El declarante por el contrario que afirma lo que cree, lo que tiene en él una profunda conviccion, si esta es equivocada, faltará á la verdad, pero no habrá mentido; y entonces la ley no puede castigarle á no ser que la equivocacion en que haya incurrido sea efecto de su incuria ó falta de examen, de su ligereza ó temeridad.

Ya hemos visto cómo el interrogatorio aclara y encadena las ideas, cómo las determina, y cómo quita al testigo la ocasion de divagar, de ser confuso con sus rodeos y de ocultar tal vez la verdad en las sinuosidades de una relacion estudiada y vaga.

El contratestimonio es la oposicion de otro testigo al aserto primero, y su posibilidad sujeta é intimidada á todo declarante que recela verse envuelto y confundido en su inveracidad y en sus ardides.

La publicidad por último es el mejor remedio y la mejor precaucion contra la impostura ó la falsedad, porque lo que se produce á la luz, en un campo abierto y con el inminente riesgo de provocar impugnaciones y cargos, tiene una garantía de verdad, que falta en todo lo que se teje y combina en la oscuridad, y con la confianza del misterio, origen y escudo de tantas maldades.

Con estas cuestiones está enlazada la del juramento; y como el abogado se verá muchas veces en la necesidad de hacer observaciones sobre él y sobre la fuerza que pueda dar á un aserto que le perjudique, conveniente será añadir algunas líneas sobre una materia tan importante y de tan frecuente uso.

La fuerza del juramento depende de tres sanciones: la religiosa, la legal y la del honor. Por la primera el hombre teme incurrir en los divinos castigos si falta á la verdad: por la segunda mira sobre su cabeza la espada de la ley dispuesta á caer sobre su perjurio: y por la tercera considera la infamia que seguirá á su mentira, y la opinion que con su dedo le señalará como un hombre sin conciencia, sin escrúpulos y sin fe. Pero veamos hasta qué punto son ineficaces estos medios, y hasta qué grado pueden adormecerse y aun borrarse estos temores.

La sancion religiosa debería ser siempre la principal; y no obstante vemos que da poco ó ningun resultado cuando no la apoyan la sancion legal y la del honor. Póngase á un declarante en pugna con sus principios,

con un interés que él califique de justificable , con sus convicciones y con sus creencias , y se verá con cuánta facilidad se olvida de la sancion religiosa , y comete un perjurio sin reparo y sin remordimientos. Los juramentos de aduana que tan frecuentes han sido en Inglaterra ; los que recaen sobre la observancia de los reglamentos académicos , y todos los demas contraidos á objetos que se consideran ya como insignificantes y anticuados , ó acaso como nocivos , no son mirados sino como vanas y ridículas fórmulas de que todos se desentienden. Póngase á un acusado en la triste posicion de entregar su vida al verdugo , ó de negar su delito sobre el cual espera no se encuentre otra prueba , y se verá cómo prescinde del juramento y del terror que debiera inspirarle su profanacion. ¿ Y por qué? Porque hay en el corazon otro sentimiento mas vivo , otro principio mas grande , otro estímulo mas poderoso , otro interés mas apremiante ; el de la propia conservacion.

¿ Produce por ventura el juramento en los jueces una confianza completa y absoluta? No : porque ellos saben que se le mira mas veces como un fantasma que como una divinidad armada é inexorable que se venga cuando se la ofende. ¿ Deja de ser cierto que los mismos jueces desconfian mas de los saludables efectos de esta ceremonia á proporcion que mas ven , que mas juzgan , y que pueden contar para ilustrar su razon con mayor caudal de esperiencia? Todo esto es seguro ; y poca fe puede tenerse por lo tanto en una garantia mas aparente que positiva , mas desmentida que confirmada , y que los años , la práctica y la observacion debilitan continuamente con sus lecciones. Por esta razon nada mas



filosófico, mas acertado y justo que exceptuar de la concurrencia del juramento las declaraciones y confesiones de los procesados, porque lo contrario es colocarlos entre el cielo y la tierra, entre Dios y ellos mismos, entre la religion y la naturaleza, entre la vida y la muerte.

Mas entre los dichos de los testigos diversos, opuestos y aun contradictorios, hay reglas de valoracion y aprecio que deben guardarse si se quiere que la razon y la filosofía dominen en los juicios. Existe un testigo que depone en favor del reo, y otro que le grava: en igualdad de circunstancias este dato queda reducido á cero, porque no hay mas motivo para creer al que condena que al que salva; y el un testimonio queda por el otro destruido. Hay dos testigos contrarios al procesado y uno solo que le es favorable: entonces de dos quitando uno queda uno, y éste no forma por sí prueba completa, bastante para condenar.

Sobre las circunstancias debe tambien el abogado fijarse con filosófica critica y gran detenimiento. Hay algunas de tal magnitud que nunca se olvidan, al paso que otras por lo insignificante ó pequeñas se borran muy facilmente de nuestra memoria. En los juicios debe regularse todo por los principios comunes, y no por las escepciones. Un testigo al cabo de muchos años cuando han pasado acontecimientos de grande bulto, agitaciones y vaivenes, mudanzas y contratiempos que han quebrantado los espíritus y trabajado las memorias, se presenta recordando una circunstancia pequenísima, á que es de suponer diera poca ó ninguna atencion. Esta circunstancia podrá ser muy interesante en aquel caso; pero el testigo á proporcion que aumente aquel interés, me-

recerá menos crédito , porque no podría admitirse sino como un fenómeno de memoria prodigiosa, un recuerdo tan exacto y tenáz , á través de tanto tiempo y de tantas dificultades.

¿ Y qué deberemos decir , cuando nos colocamos en la línea de la duda , de esas funestas casualidades dispuestas por el acaso y que tantas veces condenan, comprometen las reputaciones mejor establecidas , lanzan sobre el inocente la marca del crimen , y le cierran por lo pronto todos los caminos á su defensa y justificación? Pocos hombres habrá que no se hayan encontrado alguna vez en esas situaciones amargas y desesperantes, en que un tejido de circunstancias casuales pudieran darle por un accidente inesperado el aspecto de delincuente , tal vez cuando su interior está mas puro, y su conciencia mas satisfecha. La vida no es mas que el resultado de esas casualidades , que favorecen si son felices , pero que matan si son desgraciadas. Las apariencias no son la realidad ; y á veces difieren tanto de ella como dista el un polo del otro. Se necesita , pues , mirar el producto de las indagaciones jurídicas cuando nos presentan un criminal , con suma desconfianza, con sumo recelo ; porque dado el golpe ya no hay remedio, y porque todas las lágrimas del arrepentimiento no pueden volver á la vida al infeliz que fue inmolado en las sangrientas aras del error.

La causa de Luis de la Pivardiere á que antes se ha hecho una ligera alusion , es el mejor comprobante de lo que dejamos consignado. Habia este casado con una señora de Narbona de quien empezó á disgustarse muy pronto , porque consideraciones de fortuna y no de simpatia ni de amor , habian ajustado aquel enlace.

Al disgusto sucedió la indiferencia, y á la indiferencia el aborrecimiento. La señora tomó un amante, y el marido marchó á Auserre donde se enamoró de una jóven hermosa hija de un alguacil, y fingiéndose soltero, se casó con ella. Cada seis meses iba á Narbona á ver á su primera muger ó mas bien á cobrar sus rentas, y estas visitas tan importunas é interesadas aumentaron la irritacion y el odio de la primera consorte.

En una de ellas llegó la Pivardiere á Narbona el día en que se celebraba la festividad de la patrona de la ciudad, con cuyo motivo la muger de aquel habia reunido en su casa á todos sus amigos para darles una comida. Ya á este tiempo se habia descubierto el segundo matrimonio. El caballero la Pivardiere se presenta y es recibido por su antigua muger no con las muestras de indiferencia que antes, sino con las señales mas marcadas de un ódio vivo é implacable, y de un deseo de venganza que se reflejaba en sus miradas y ademanes. Aquel inesperado accidente turba la alegría del convite. Abréviase la comida y los convidados se retiran presintiendo cada uno un grave disgusto entre personas tan abiertamente hostiles.

Al dia siguiente no parece la Pivardiere y se instruyen las oportunas diligencias. Hállase el caballo y la capa, pero son inútiles todas las indagaciones en busca del dueño. Se reciben testigos: las criadas dicen que cuando el marido se retiró á dormir á su cuarto, la señora las habia confinado en el último piso, y dejádoles cerradas con llave; que habian llamado poco despues á la puerta de la casa, y que una voz desconocida habia preguntado si habia venido el señor de la Pivardiere. Añaden que despues se oyó un tiro. Se reconoce la ha-

obstinada que se agite en sus incertidumbres, desesperada de sacudir su manto pesado y frio; pero si diremos que si el escepticismo en medio de su estravagancia puede ser alguna vez provechoso aplicado en una proporcion razonable, será cuando buscamos la verdad en un proceso, en el cual se va á fallar sobre la honra ó la vida de un hombre: ¿Qué juez podrá decir: »tengo completa seguridad en mi juicio?» ¿Qué abogado podrá eselamar: »he hecho todo lo que se podia hacer, mi exámen no admite mejora, estoy satisfecho de mí mismo y de que la vida del acusado no se ha comprometido por mi causa?

Las cuestiones todas son como los horizontes que varian segun es diverso el punto desde que se les contempla. A las veces nos empeñamos en el exámen de una causa; meditamos detenida y profundamente sobre ella; nos parece que la vemos en todas sus relaciones posibles; y cuando abandonamos la taréa satisfechos de nuestra perspicacia, un momento despues surge una feliz inspiracion de la distraccion misma, y descubrimos caminos rectos, desembarazados y seguros que nos llevan al término que antes no habiamos podido ni aun presentir.

Por eso digimos que el secreto del acierto estaba en el trabajo. Cuando no se dá á los negocios sino una atencion ligera y superficial; cuando nos contentamos con conocerlos en sus puntos salientes sin penetrar en sus particularidades y menos en sus arcanos; cuando el dia que con ellos hacemos conocimiento es tambien el de nuestra despedida porque no volvemos á acordarnos hasta que llega el caso de la discusion, entonces es imposible que ésta corresponda á la idea que debe

formarse de una buena defensa, que nos haga brillar un solo instante, ni que deje satisfecho nuestro deber ni á cubierto la tremenda responsabilidad que sobre nosotros pesa. Pero volvamos mas directamente á la parte de argumentacion.

A las veces hay pruebas del crimen y las hay tambien de la inocencia. Entonces es menester que el abogado despliegue todas sus fuerzas, que ponga en accion todos sus medios y en movimiento todos sus recursos; que procure por un lado rebajar y aun destruir las pruebas del delito, realzar y ofrecer en relieve con fuerza de argumentacion y con belleza y vehemencia en el colorido las pruebas de la inculpabilidad. El término de este trabajo será formar un paralelo diestro y de pasion; figura que recorriendo y comparando principios, hechos y circunstancias, concluye con una proposicion esclusiva y victoriosa. El crimen siempre es dudoso y se necesitan fuertes motivos para reconocerlo. Cuando ademas del principio y á través de indicios, de sospechas, de conjeturas mas ó menos graves, hay consignada una prueba en favor del acusado, necesario es explotarla con tanta destreza como calor, porque siempre debe presumirse al hombre inocente; puesto que bueno es por su naturaleza, y que solo deja de serlo cuando los errores de los otros hombres pervierten su razon, cuando su ejemplo le contagia, y cuando el egoismo y las pasiones le hacen degenerar de su índole primitiva.

Si se atacan dichos de testigos, los racionios deben ser lógicos y exactos á la vez que de energia y calor. Pero si lo que se ataca es la confesion del mismo procesado, la cuestion se eleva y á esta proporcion debe elevarse el language. Los móviles de nuestra voluntad;

el instinto general de conservacion; el vivo deseo que lleva á todos los hombres á la vida y al placer; el terror que inspiran la muerte y los padecimientos, serán otros tantos campos que recorrerá el abogado para sacar de todo la consecuencia de que la confesion es siempre sospechosa, porque segun un axioma, sin desviarnos de todas las presunciones naturales, morales y jurídicas, no puede tenerse por verosímil que ningun hombre se convierta en su propio enemigo, y quiera por su mismo testimonio ser instrumento de su desgracia. Búsquese en esta confesion si ha habido sugestion ó intimidacion para arrancarla; y si aquí no se encuentra el motivo de aberracion tan estraña é inesplicable, procúrese buscar en otra parte no menos atendible: en la situacion del encausado que le hiciera mirar la muerte como el término de una jornada trabajosa á que fuera necesario darse prisa por llegar. En algunas legislaciones no es permitido hacer preguntas al reo para que revele su culpa: y máxima es de humanidad y de justicia que la confesion sin otros comprobantes no basta para condenar, y que siempre recibe contra ella todo género de prueba y de impugnacion.

La parte de prueba no puede faltar en las defensas, si bien de las demas se prescinde en ocasiones sin violencia y sin inconveniente. Y es importante que se desempeñe con el mayor cuidado y esmero, no solo porque forma el período principal del debate, sino tambien porque la argumentacion que encierra ha de preparar los caminos á la peroracion que viene despues. Esta no es mas que una luz fosfórica que no calienta y se apaga en breve cuando encuentra un vacío en la conviccion en vez de recaer sobre una demostracion com-

pleta y acabada. Lo primero es probar el hecho, señalar y demostrar la verdad, y sin que esto preceda, la parte patética no podrá ser mas que ridicula. En vano será clamar en ella contra una violencia, contra una depredacion, contra un asesinato, si la violencia, la depredacion y el asesinato no se han convencido y presentado á la vista de los jueces como una realidad funesta que no es posible desconocer.

Mas aunque la parte de argumentacion esté esclusivamente destinada al convencimiento, deben aprovecharse las oportunidades que ofrezca para dirigir al corazon algunas escitaciones. Ya indicamos en otro lugar que el patético indirecto debia sembrarse en todo el discurso, porque dispone las almas á la fuerte é irresistible emocion que luego completa el patético directo. Pero estos golpes en la prueba no deben ser mas que escitaciones rápidas y pasajeras. El cuidado principal, único y casi esclusivo, ha de estar en producir razones de peso y de valor incontradecibles; porque la mayor imprudencia que puede cometer el abogado; el pecado que difícilmente se le perdona, es el mostrar indiferencia ó poco aprecio por el talento de los jueces, ocuparse poco de su entendimiento por medio de los racionios, y fijarse en la peroracion como queriendo atraerlos y fascinarlos con el brillo de las figuras y de las imágenes.

Debe ponerse mucho cuidado en no repetir una prueba ya presentada, pues no hay nada que moleste tanto á los que escuchan como las repeticiones. Esto no quiere decir que no se insista en los argumentos todo lo que se crea necesario para producir y arraigar la conviccion en el ánimo de los jueces; pero esplanar una idea no es copiarla una y otra vez, y puede darse gran dila-

lacion á los pensamientos sin incurrir en repeticiones enojosas.

Convendrá llevar escritas sobre el papel algunas palabras que recuerden los argumentos que queremos usar, y el orden de su esposicion. Como esta es la parte principal de la defensa, interesa mucho que no se olvide ninguno de los racionios que hemos hallado combinado y dispuesto en el recogimiento de la meditacion, y no interesa menos que el orden en que se espongan sea el mismo que les haya fijado nuestra eleccion y nuestro estudio; porque del lugar que ocupan los argumentos depende una gran parte de su fuerza. Pero no se olvide lo que digimos en otra parte sobre el auxilio que debe buscarse en lo que se escribe para que sirva á la memoria. No deben trazarse sino simples notas de recuerdo, palabras ó tal vez señales que produzcan la reminiscencia de la idea en nuestro entendimiento, pues si pasan á ser mas que esto, oscurecen en vez de aclarar, y sirven de traba al orador en lugar de servirle de ayuda.

En cuanto á la esposicion de las pruebas, debe haber unidad en el fondo, y variedad en la forma. Los argumentos han de estar enlazados entre sí, con la relacion y dependencia natural que mas le convenga. Y esta dependencia y enlace debe verse á primera vista, como se ve en un esqueleto la trabazon de las partes y hasta el mecanismo de las articulaciones. Mas al lado de esta unidad que es absolutamente precisa, se procurará la variedad en la forma para que la defensa sea amena y agradable. Unas veces reunirá el abogado los argumentos; otras los separará; ahora se valdrá del modo espositivo; despues del interrogativo; en tanto



se dirigirá á los jueces ; en tanto á su adversario : en fin, procurará por estos medios dar variedad á su discurso y quitarle la monotonía de las formas continuas é invariables que se hacen siempre para el auditorio pesadas é insufribles.

Los argumentos deben esponerse con suma circunspeccion y decoro. Partiendo de esta máxima que recomiendan la santidad del lugar y la solemnidad y aparato de los juicios, condenamos desde luego que se eche mano del risible , porque este no se aviene con el tono sério y hasta severo de formalidad y compostura que debe guardarse en el porte y el lenguaje. Los antiguos echaban frecuentemente mano de estos medios; pero hoy apenas se usan , y cuando se apela á ellos se hace con moderacion , con prudencia y con fino tacto. Cuando las cuestiones se presentan por el lado del ridiculo , se desconcierta facilmente á los hombres ; pero tambien se les irrita , y esta irritacion dá lugar á respuestas envenenadas que convierten el santuario de la justicia en teatro de ofensas y denuestos.

Concluiremos con una advertencia. Que el abogado cuando informe estudie la fisonomia de los jueces , y que procure leer en ella el estado de conviccion en que se encuentra el alma. Si cuando ha espuesto y dilucidado un argumento trasluce en el semblante del magistrado señales de duda é incredulidad , que siga amplificando , y presentándolo en todos los conceptos y en todas las aplicaciones posibles. Pero si comprende que el entendimiento del juez está ya convencido , que abandone aquel extremo , y pase á otro diferente.



## LECCION XX.

---

De la refutacion.—Peroracion.—Epitogo.—Y conclusion.

**L**A refutacion es el complemento de la parte de prueba. No basta dar razones que concluyan y arrastren; es necesario ademas no dejar en pie ninguna de las de nuestro adversario, á quien debe procurarse llevar á la mas completa derrota. Cuidese de no pecar en esta parte, ni por defecto, ni por exceso. Sucede lo primero, cuando no se procura responder á todas las observaciones hechas por el antagonista, que merecen por su importancia ser rebatidas; y sucede lo segundo, cuando se intenta rebatir con tanta minuciosidad, que se descende á pequenezes que no valian la pena de tomarse en consideracion, con lo que se desentona y desvirtúa toda defensa.

Cuando nos contentamos con esponer razones en apoyo de la opinion que sostenemos; con rodear nuestra defensa de principios y demostraciones que se insi-

núen poderosamente en el ánimo de los jueces , estos ven por una y por otra parte méritos, esfuerzos y elementos de convicción, los miden en su criterio ilustrado é imparcial, y en este trabajo lento y difícil todavía pueden permanecer dudosos. Los espectadores á su vez dicen para sí.—»Los dos han hablado bien; los dos han demostrado su idea, y ambos parece que tengan razon—» Pero la refutacion dispersa las dudas, fija el juicio seguro y destruye todas las perplejidades. Es necesario, pues, con una mano edificar, y con la otra destruir.

Si no se ha hecho más que argumentar, los argumentos de una y otra parte quedan como colocados en balanza: se recuerdan con igual exactitud y con igual fuerza; el entendimiento permanece indeciso, y la voluntad perpleja. Falta un procedimiento fatigoso para salir de la incertidumbre, que es el del exámen y de la crítica; y no todos están dispuestos á hacerlo, porque generalmente somos perezosos é irreflexivos. Mas todas estas tinieblas se disipan cuando el orador se anticipa, coge por la mano por decirlo así, á los jueces y al auditorio, les va presentando uno por uno todos los argumentos de que se valió su adversario, les va mostrando su flaqueza, y revelándoles el secreto de su insignificancia. Entonces no hay mas que abrir los ojos para ver la luz que brota á torrentes de la palabra del abogado: no hay mas que escuchar y decidir; que oír y comparar; seguir al guia que nos enseña el camino y al mismo tiempo nos lo allana. La operacion es rápida y fácil, y el triunfo del orador instantáneo y completo.

Mientras el entendimiento duda, permanece como el fiel llamado por dos pesos iguales, que cede alternati-

vamente á todos los movimientos y á todos los accidentes, que oscila sin cesar, y que no acierta á fijarse. Pero en el instante en que la refutacion se deja oír, desaparecen estas alternativas; una fuerza nueva viene á resolver en las leyes del equilibrio, y el fiel cae sin vacilacion y sin demora del lado en que se ha puesto este nuevo peso tan inesperado y decisivo.

Toda la dificultad de la refutacion está en que sea completa é ingeniosa. Completa para que no quede ningun punto por cubrir; ninguna fuerza enemiga por combatir y arrollar; ingeniosa para presentar los argumentos de nuestro competidor del modo mas ventajoso á nuestro designio, por el lado que pueden recibir mas fuerte y mas serio ataque. Todas las ideas son por decirlo así, elásticas, y el entendimiento que las crea, que las mide y que las calcula, puede facilmente dilatarlas ó comprimir las, darles varios giros, y hacerles presentar la superficie que mas le acomoda en sus sagaces combinaciones, y en sus inagotables recursos. Cuando la idea en sí misma por su figura tersa y redonda si nos es licito espresarnos de este modo, no da lugar á estos ensanches, entonces se la mira por el lado de las consecuencias que admite, y se ataca el resultado ya que no se puede acacar el precedente. De todos modos hay ataque, y ataque que cuando no da la victoria al que lo ensaya, produce por lo menos el enflaquecimiento y parcial derrota en las fuerzas de su contrario. Llevados de este designio, deberemos procurar ofrecer siempre en las ideas que combatimos el lado que mas se preste á la refutacion de raciocinio, y á la refutacion de passion. Por el primer camino hablaremos á los espíritus, los convenceremos y subyugaremos con las armas de

la lógica: por el segundo completaremos la obra dirigiéndonos al corazón y á las imaginaciones, dispuestas ya por el eco de una convicción profunda y arraigada. En esto último hay todavía otra ventaja mas notable. Como á seguida de la refutación viene la parte patética, todo lo que la haya preparado es bien recibido, y produce un efecto agradable, como lo produce en la música la ejecución de un prelude que dispone al oído y á los afectos para las grandes armonías que debemos escuchar despues.

¿Mas cuál deberá ser el lenguaje que se use en la refutación? El lenguaje debe corresponder siempre á las impresiones que le preceden, y al tono que estas hayan podido dar al alma en sus movimientos y flexibilidad. En la parte de demostración el discurso corre sereno como la barca que camina con la corriente mansa de un río sin agitación y sin choques. El calor parecería inoportuno, porque nada lo escita y nada puede justificarlo. El orador se parece al ejército que en un vistoso simulacro, ostenta su superioridad y poder, en la habilidad y destreza de sus combinadas evoluciones. Pero en la refutación todo varia. La barca se ha convertido en un buque que lucha con el furor del Oceano, y cuyo piloto necesita gobernar el timon con mano fuerte y segura. El simulacro ha venido á ser la batalla encarnizada en que el que acomete procura destruir las falanges de un enemigo que consumió todas sus municiones, y que le espera á pie firme confiado en que no podrá romper sus filas. En la refutación por lo tanto puede y debe haber mas calor, un lenguaje mas elevado, movimientos y arranques que no permite el carácter tranquilo de la parte de prueba. La oposición enardece; y

natural es siempre que el hombre responda á ella con mas pasion y con mas vehemencia. Si esta vehemencia sería un defecto en la línea reflexiva y templada de la demostracion, otro defecto sería la calma y la impasibilidad en la línea acalorada y ardiente de una respuesta en el acto provocada. Cada parte del discurso tiene su regla, su medida y su nivel.

¿Pero qué método será de mas efecto en la refutacion? Esto depende de las circunstancias. Hay ocasiones en que conviene ir intercalando en la série de nuestras observaciones los argumentos contrarios, y rebatiéndolos al propio tiempo. Esto equivale á ir marchando rápidamente y arrojando á la vez á gran distancia las piedras que nos dificultaban el paso. Otras veces es preferible dejar intactos los racionios opuestos, para la refutacion; y cuando esta llega, presentarlos en línea, é irlos pulverizando uno por uno, hasta dejarlos desvanecidos todos. El primer medio suele tener mas gracia, y siempre prueba gran facilidad y comprension: el segundo da una idea mas acabada, produce una conviccion mas profunda, y lleva á una victoria mas decisiva.

El que habla antes no puede refutar; y tiene que pasar por la mortificacion de verse refutado. Su deber y su amor propio le obligan á lanzarse en el campo de las congeturas, á calcular los argumentos de que podrá valerse su contrario, y á darles anticipadamente la contestacion que mas podrá desvirtuarlos. Esta táctica es muy provechosa, porque desarma al adversario antes de que empiece á batirse. Pero es casi imposible que pueda preverse todo lo que formará despues el discurso de nuestro antagonista. Las esferas de la inteligencia son ilimitadas, y nadie las mide con ojo exacto, y con ajus-

tado compas. Las cuestiones varían á cada paso de fisonomía y de formas, y no se puede decir antes que se formen en boca del orador, con qué semblante y en qué actitud aparecerán en el debate. Por esta razón por más que el abogado que habla primero se afane en explorar los rumbos que seguirá su contrario, no podrá nunca imaginarlos todos, y se encontrará sorprendido por raciocinios incalculados, y aun incalculables en la fecundidad del talento, y en la rica mina de sus creaciones. He aquí la gran ventaja del último que usa de la palabra; he aquí también un inconveniente á que nuestras prácticas y nuestros reglamentos debían acudir. Como ya no se permite hablar al que primero ha hablado sino para rectificar hechos después que ha concluido su contrario, sucede frecuentemente que este ha desvirtuado las cuestiones con estudio y con designio, que ha sembrado su defensa de inexactitudes en la esfera de la ciencia y de la polémica, y en vez de una voz enérgica que las combatiera, solo sucede un silencio profundo y respetuoso, y la palabra *visto*. Los ecos que entonces quedan dilatándose por el espacio, son ecos inseguros y falaces; y sin embargo, parece que se les respeta, y que el auditorio todavía se detenga un instante para escuchar cómo entonan su himno de triunfo. Convendría por esta razón permitir una réplica por cada parte, con lo que las cuestiones y las ideas se aclararían y fijarían del modo más terminante; pues si el tiempo tiene su precio, la verdad y la justicia tienen sus derechos de más valor é interés que el tiempo mismo.



### PERORACION.

La primera cuestion que se presenta es si la peroracion debe tener lugar en las defensas de las causas. Los que lo niegan alegan en favor de su opinion razones que creen incontestables.

El juez (dicen) juzga con el entendimiento y no con el corazon. Su ministerio no da entrada á las pasiones, y estas son precisamente las que se mueven y escitan por los ardidés oratorios. Despues que la razon del magistrado está convencida, nada debe escuchar, porque todo lo que se le diga será insidioso y seductor. La magistratura falla por principios, y no por sentimiento, ni por instintos. La lástima, la piedad, la conmiseracion, serán impulsos muy nobles y recomendables en el hombre que no tiene este carácter público, ni severos deberes que cumplir; pero en el juez serán una falta y hasta un delito, porque le apartarán del camino estrecho de la justicia para entregarlo á todas las direcciones y cambios de unas emociones tan variables como transitorias. Que la razon oiga, compare, decida; pero que la pasion permanezca en calma. El juez es el órgano de la ley, y esta no tiene pasion. No ama, no odia, no compadece ni se venga: que el magistrado como imágen suya no de oídos á lo que ella rechaza, ni reconozca un yugo que su impassibilidad le manda romper. El oráculo de la justicia entra en el tribunal seguido y acompañado solo de su conciencia que es su conjuéz, su antorcha, su guia, su deidad inspiradora; y habiendo dejado á la puerta todos los afectos del hombre, porque el hombre no penetra en aquel sagrado recinto. La parte, pues,

patética ó de afectos , debe desterrarse en las defensas judiciales.

Pero esto es querer negar la sensibilidad á los jueces, ó pretender al menos que sus elevadas y consoladoras emociones se subyuguen y dominen por la voz de un deber duro é impracticable. Por mas que se declame afectando esa filosofia fiera y superior á la naturaleza humana , no podrá separarse nunca el corazon de la cabeza; porque entre uno y otra existirán siempre corrientes de comunicacion que los mantendrán en un dulce y recíproco comercio. ¿Dejará nunca el magistrado de ser hombre? ¿Podrá dejar como tal de amar é interesarse por la virtud , de aborrecer y decretar el castigo del vicio? ¿Obrará al ceder á estos impulsos, solo como el eco ó el instrumento de vida de una palabra muerta, escrita en los códigos , ó su corazon tomará al mismo tiempo parte en lo que su cabeza le presenta como justo? Esa impasibilidad es un sueño, y nos atreveremos á decir , que es un bien para la humanidad que lo sea. La razon no puede ser esclava, y la sensibilidad muchas veces la dirige, la ilustra y la consuela. ¿Se prohibirá al defensor del infeliz que ha sido víctima de una calumnia , que ha bajado á los calabozos entre la miseria y el desprecio , que ha visto oscurecido y manchado su nombre ínterin celebraban su desgracia sus desapiadados perseguidores , pintar todas estas maldades con el vivo colorido que les presta la virtud indignada , el dia en que pueda hacer oír su voz despues de tantos padecimientos atroces y de tan doloroso silencio? ¿Se querrá en esta hora largamente deseada atar la lengua del abogado que representa á su cliente , permitiéndole solo ocuparse de una demostracion árida y

fria, sin invocar un recuerdo, sin exhalar una queja, sin que se tolere que su pasion que se desborda pinte y hable á la pasion de los demas? ¿Se pretenderá que el juez como si no fuera hombre, como si otro dia no pudiera ser juguete de iguales ó parecidas combinaciones, como si no amenazasen tambien á sus hijos, á sus amigos, y á cuanto quiere y respeta en la tierra, oiga la relacion de tantas miserias y de tantos crímenes con helada indiferencia, no afectando en nada su corazon el infortunio de sus semejantes? Este es un delirio que no puede medir la razon, y que apenas alcanza á comprenderlo.

La falta de ley; la oscuridad de esta; la oscuridad tambien del caso en su indole ó en sus circunstancias, reclaman muchas veces del juez cierta intervencion discrecional, y en esta parte la equidad regula, y el corazon es el mejor consejero. El patético por lo tanto en las defensas judiciales es no solamente útil sino tambien necesario.

Al ponerlo en accion, el principal cuidado del orador debe ser que no se conozca su designio. Si en todas las partes del discurso debe haber mucha naturalidad, en esta es doblemente precisa; porque siempre los hombres se previenen y alarman contra las palabras de los demas, cuando conocen que son interesadas y producidas con un designio calculado de antemano. Para disfrazar la intencion de mover y arrebatir que indudablemente lleva el abogado al usar del patético, conviene que este vaya precedido del racionio, y aun envuelto en él, para que la razon lo defienda, lo autorice, y le preste todo su peso. Cuando no hay razon en el fondo, la parte de afectos no pasa de ser un entreteni-

miento mas ó menos agradable, una música mas ó menos sentida; porque deja en el alma con el vacío una débil y efímera impresion. El patético es la coronacion del edificio, que pide base y consistencia en el cuerpo de la obra. El sentimiento sin punto de aplomo y solidez, es el humo que no puede precipitarse sobre la tierra, sino que se dispersa y disipa arrastrado por el viento. Por esto decia Ciceron: » hablemos como si solo aspirásemos á instruir y probar, y que los elementos del agrado y de la persuasion se esparzan por el discurso como la sangre corre por las venas atravesando todo el cuerpo humano. »

El Sr. Sainz Andino ha dicho en su recomendable obra sobre la elocuencia del foro: » Tres son los grandes resortes de la elocuencia; la demostracion, el deleite, y la emocion. Las fuentes, pues, á que el orador debe recurrir, son la ciencia, la imaginacion, y el sentimiento. La primera le proveerá de armas fuertes y vigorosas con que sostener la lucha: la segunda de flores con que amenizará sus razonamientos, y los hará gratos á sus oyentes; y la tercera en fin, pondrá á su disposicion los afectos del corazon humano para que le sirvan de otras tantas palancas con que pueda inclinar, atraer, y mover la voluntad hacia el punto mas conveniente á sus fines. » Ya nos hemos ocupado de las dos primeras de estas fuentes; estamos en la tercera, y para conocerla bien, se necesita determinar el principio fundamental y el mecanismo de nuestras emociones. La materia es importante, y debe tratarse con algun determinimiento.

¿ Queremos conmover á los demás? Lo primero que hay que averiguar es cómo se les conmueve, ó lo que

es lo mismo; cuáles son los resortes que deben tocarse, y la manera en que debe hacerse para producir esta conmoción.

Los dos grandes móviles del corazón humano, son el placer y el dolor. Adquirir aquel y evitar este, es siempre en el hombre el fin y objeto de todos los actos de su vida. La diversidad de gusto, inclinaciones, de predilecciones y odios se esplican por este secreto; y por él también las alianzas que se contraen, y hasta las simpatías que muchas veces le sirven de base.

Se cree que la sensibilidad es en todos la causa eficiente de la benevolencia, y la que hace que nos compadezcamos á la vista ó con la relación de un suceso lamentable, que lloremos por las desgracias de los demas, y que concibamos un sentimiento de repugnancia por lo que es en sí malo y temible. Pero si se profundiza mas, acaso comprenderemos que el hombre lo hace todo originariamente con relación á sí mismo, y que los rasgos mas pronunciados y decisivos de su interés por sus semejantes, tal vez no son mas que la traduccion y la aplicacion del interés individual, que se transforma sin desvirtuarse. Siempre seguimos la huella y el norte del placer: y aun cuando parezca que buscamos el de los otros, no es en realidad sino el nuestro el que principalmente procuramos con afán y con incesantes conatos. Se vé aqui un hombre que ha hecho de la amistad su ídolo, que no sabe separarse del amigo con quien comparte sus intereses, sus pensamientos y sus secretos; que á todas horas le acompaña, y procura adivinar sus deseos para anticiparse á satisfacerlos. ¿Por qué esta anhelación y estos cuidados? Porque encuentra en ello su placer y su satisfaccion;

porque no podria vivir tranquilo ni contento separado de aquella persona; porque la inclinacion favorecida por el trato y fortificada por la costumbre, ha hecho de su compania un elemento de ventura y hasta una necesidad de la vida. Véase por mas que sea amargo decirlo, el egoismo aunque útil y provechoso bajo las apariencias de la amistad y de la benevolencia.

Hay allí un amante que delira por la muger á quien ama; que le consagra todas las horas de su existencia; que no tiene otro instinto, otra idea, ni otro pensamiento que este amor; que lucha con las dificultades; que sufre todo género de disgustos; que cuenta sus horas por las penalidades y sinsabores. ¿Es acaso por ella por quien hace el sacrificio? No: es porque encuentra un placer inesplicable en esta vida de ansiedad y de tormento; es porque el corazon mas poderoso que la razon se subleva contra ella y la subyuga; es porque la separacion y alejamiento le colocarian en una vida mas amarga y mas insoportable; es en una palabra, porque sumando y restando que es á lo que se reducen casi todas las situaciones y nuestra resolucion en ellas, se encuentra todavia un bien, ó al menos un dolor menor en esta lenta y dolorosa agonía. Por nosotros y no por los demas, nos sometemos á esta situacion de prueba y de martirio.

Cuando el corazon es bueno; cuando sus aspiraciones y sus arranques son nobles y generosos, de este *yo*, punto generador de las acciones, resulta un bien para la humanidad, porque el movimiento es de expansion, va del centro á la circunferencia, y el hombre procura para satisfacer sus tendencias bienhechoras, derramar en los demas su afecto y sus beneficios: pero cuando

el corazon es perverso ó está petrificado , el *yo* que domina en todo , produce un daño positivo á cuantos con él se ponen en contacto , porque el movimiento es de contraccion , va de la circunferencia al centro , y solo se mira á los hombres como elementos de que el egoismo de mal género se sirve en sus cálculos frios ó feroces. La bondad , pues , ó la perversidad del corazon , debida á la índole de cada uno , á su educacion ó á sus hábitos , es la que determina la marcha de cada individualidad , y la que le hace seguir una ú otra direccion en el camino de la vida.

Si el secreto , pues , en estos fenómenos de nuestra existencia , está radicalmente en el *yo* á pesar de las transformaciones que puede admitir en sus varios rumbos y afectos , por el *yo* deberemos atacar al corazon cuando queramos dominarlo y atraerlo á nuestros fines como impelido por un poder magnético.

El corazon se mueve siempre por comparaciones actuales , ó por impulsos debidos en su origen á comparaciones antiguas. Compadecemos á los desgraciados porque nosotros lo hemos sido ó podemos serlo en lo sucesivo , y querriamos que en ese caso se nos compadeciera. Ese lazo simpático que une á la humanidad se explica principalmente por este sentimiento ; y en tal observacion se funda el dicho antiguo de » *homo sum nihil humanum á me alienum puto.* »

La justicia es generalmente apetecida y acatada , porque se la mira como la divinidad protectora que vela en torno nuestro por nuestra seguridad ; y la benevolencia ; esta disposicion de adhesion é interés por los demas hombres , produce en nosotros una impresion grata é intensa , porque nos representa el bien que hoy se hace

á unos , que mañana se dispensará á otros , y que tal vez un día pudiera recaer en nosotros mismos. Siempre nuestras ideas van acompañadas del presentimiento de este comercio; el bien y el mal se miran como comunicables , y esta mancomunidad de posibilidad al menos , prepara y dirige nuestros juicios y nuestros corazones.

Pues bien : hablemos con calor en favor de la justicia , y de todo lo que defiende , protege y consuela á la humanidad , y estemos seguros de que nuestras palabras encontrarán eco en cuantos nos escuchen. Esceptuamos á los malvados que no pueden querer la justicia que les amenaza , ni la felicidad de los otros de que son enemigos. Fuera de estos , el sentimiento de lo justo y de la benevolencia está gravado por la mano de Dios por medio de este encadenamiento en la conciencia humana , y responde á nuestra voz siempre que se le invoca. Tales son los misterios del corazon y de su sensibilidad.

Esta última que es tal vez el mayor enigma de la naturaleza , y cuyos resultados podemos apreciar sin conocer jamás la índole de su causa ni su mecanismo ; que es propiamente la vida ; que acaso ès algo mas que la vida , porque segun la opinion de algunos y las observaciones , puede durar instantes despues que la llama vital se ha apagado y estinguido , es el origen de las emociones , y á ella deben dirigirse en la parte de afectos todos los esfuerzos del orador.

La sensibilidad es por lo comun mayor en la muger que en el hombre , porque su organizacion es mas propia , mas fina y adecuada , y segun el célebre Cabanis , los fenómenos físicos y los morales se confunden en su raiz , y caminan siempre en íntima relacion.



Los jóvenes son también generalmente más sensibles que los viejos. La juventud; esa edad rica de esperanzas y de inocencia en que todavía no se conoce el mundo como es; en que se vé por un prisma encantado; en que las impresiones penetran hasta el corazón, y allí se gravan con caracteres de fuego; en que nos afecta todo, por todo se llora, y se encuentra al llorar un placer que participa á la vez de la pena y del consuelo; esa edad ciega, confiada, crédula, inesperta, es la más á propósito para sentir emociones vivas y profundas. El corazón del hombre se parece á la corteza del árbol. Delgada, tersa y tierna al principio, recibe todas las inscripciones y todas las figuras que la mano de un niño intente en ella gravar: el tiempo la arruga y la endurece después, y apenas puede abrirle señal el primer golpe del hacha. Tal vez hay otra causa todavía más triste. El hombre á cierta edad necesita toda su sensibilidad para sí, porque ve huir la vida y los placeres, y puede dar menos á los otros. De cualquier modo, en la juventud todos somos sensibles; el mundo, la edad, y la experiencia petrifican los corazones. Ellos nos dan cierta dureza con sus lecciones terribles, y ellos son los que nos hacen desgraciados; porque la mayor de todas las desgracias es ciertamente la de no poder llorar. El corazón es una planta, y sin este rocío bienhechor se seca y perece.

¡Mas qué amarga alternativa! ¡Hay un corazón sensible? Compadecemoslo porque las penas lo quebrantarán y sufrirá hasta en sus idealidades y en sus quimeras. ¿Existe otro corazón duro é insensible? Compadecemoslo también, porque asistirá á la escena del mundo como las figuras pintadas en los bastidores, sil

aplaudir ni silvar, sin llorar y sin estremecerse, sin sentir jamás una emocion dulce y consoladora. De esta dureza de alma á no tenerla hay poca diferencia; de este temple de vida á la muerte apenas hay distancia alguna.

Si, pues, la sensibilidad es el fundamento y manantial de la elocuencia patética, inútil será que el orador pretenda desarrollarla, si él no siente, ni se vé en aquel instante conmovido. En el raciocinio podemos encontrar ideas y argumentos buscándolos con perseverancia por los caminos de la indagacion y de las inducciones; pero los movimientos del corazon son espontáneos, y no se llaman, sino que ellos se presentan. Sin sensibilidad no puede haber verdadero orador. El que falto de esta cualidad á la vez feliz y funesta, quiera mezclarse en las luchas de la palabra, podrá convencer con sus razones; podrá tal vez deleitar con sus figuras y giros: pero no alcanzará nunca á inflamar á sus oyentes, á conmoverlos con su voz, ni á estremecer su alma con las sorprendentes emociones de la agitacion y del entusiasmo.

¿Y qué reglas deberán seguirse para producir una escitacion, viva, intensa y permanente? Los autores han escrito mucho sobre esta materia, y nosotros ceñiremos sus observaciones á lo mas interesante y preciso.

Es una verdad que el alma permanece en su habitual estado de indiferencia y calma, mientras una escitacion enérgica y poderosa no la sacude y saca de aquella tranquila apatía. Pero no basta hacer llamada á los afectos; es indispensable que se haga con oportunidad y en la forma mas á propósito, y para ello deben servir los preceptos que la oratoria ha establecido fundada en la observacion.

La primera regla es que se intente solo producir la emocion sobre asunto que de ella sea susceptible. La naturaleza en esta parte no puede ser nunca forzada. Inútil será que se procure causar un sentimiento sério y profundo, si la materia es de índole muy diversa, ó si por su pequenez é insignificancia, ni inspira interés, ni se presta á las grandes formas. Entonces los esfuerzos del orador serán no solo infructuosos, sino hasta ridiculos. Que no se olvide esta importante advertencia. En otra parte digimos que en el orador á diferencia del poeta cabe la medianía, y que en su carrera puede quedar sin rubor á cierta distancia del término. Pero las verdades no son absolutas, y siempre tienen su lado escepcional. En el periodo patético de un discurso no cabe medianía alguna en los resultados. O se produce la emocion, y el orador consigue su objeto, ó escolla en sus conatos, y pasa por la vergüenza del ridiculo. Esta observacion debe tenerse muy presente para no poner en juego la parte de afectos donde no tenga natural y óbvia cabida. No hay nada tan risible como querer dar proporciones y estatura de gigante á lo que solo las tiene de pigmeo.

Tambien han dicho los autores que la emocion ha de tener un principio cierto, probado, y grave. Sin esto, todo el trabajo pesará sobre el vacío, y no podrá causarse emocion porque la razon no estará convencida ó la materia no tendrá aquella solemnidad que sirve de base y de escitacion á los grandes afectos. Estos no recaen nunca ni sobre cosas fútiles, ni sobre cosas improbadas é inverosímiles. La conviccion, la figeza y el interés son siempre el origen y el pábulo de estos giros elevados y de estas conmociones vivas y penetrantes.

Otra regla es que se use del patético siempre con naturalidad, y nunca con exageracion. Cuando el sentimiento se fuerza, descubre su marca de arrastrado y violento, la lleva consigo, y la imprime en los que escuchan. La afectacion no da otro resultado que el de la risa, y afectacion es todo lo que no es sencillo y natural. Pero aunque lo sea el sentimiento, puede exagerarse; y cuando asi sucede, deja de serlo en todo lo que escede á las debidas y justas proporciones. Entonces se quiere agrandar la figura sin regla ni medida, y solo se producen monstruos.

Sobre todo: cuídese en la pasion de no prodigar adornos, porque es como las mugeres cuya hermosura arrastra por sí sola, que pierde cuando se la envuelve en pesados y confusos atavíos. La pasion ha de herir con la rapidez de la flecha y esta no caminaria tan veloz ni tan suelta si se la embutiera en otros objetos aunque fueran graciosos y brillantes, con el designio de darle belleza á la vista. Todo adorno en una palabra de fuego, entibia este en el orador, y en el corazon de su auditorio.

La pasion no tiene ciertamente en el discurso un lugar señalado y esclusivo, fuera del cual deba suponerse estravagantemente colocada. Debe usarse en todos los parages en que cuadre bien y sea reclamada con interés y naturalidad: pero la peroracion es su lugar de preferencia, en ella debe ostentarse en todo su poder, aparecer con toda su fuerza, y reunir como en un foco las mas grandes imágenes y los mas vehementes afectos.

Mas cuídese mucho de no insistir demasiado en el patético. La excitacion que produce es violenta, y todo

lo que es violento se sostiene por poco tiempo; porque solo las situaciones tranquilas y normales son permanentes. Sobre esto debe decirse en proporcionada escala, lo que antes digimos del sublime. El corazon sufre y goza á la vez en sus apasionados arranques, y ni el sufrimiento ni el placer se pueden prolongar sin que se debiliten. Cuando se insiste demasiado en la pasion, se cae bien pronto en el cansancio. El corazon se embota y adormece, y echa fuera de sí todo lo que no puede ya contener. Nada hay en el mundo inmenso. Las cosas tienen su medida, su cabida dada, y en llenándose esta, todo lo demas rebosa y se pierde. El orador necesita acaso mas saber cuando ha de callar y lo que ha de callar, que lo que ha de decir y cómo lo ha de decir. Si un momento menos puede dejar incompleto un discurso, un momento mas puede desvirtuarlo y destruir todo su efecto. No insistir, pues, con pesadez en el patético; su impresion es casi siempre fugaz, y por eso se ha dicho sin duda que nada se seca tan pronto como las lágrimas.

El orador cuando se propone hacer sentir á los demas, es necesario no solo que él sienta, sino tambien que presente en su exterior muestras de su sentimiento. Aunque se nos digan las cosas mas tristes y lamentables, si se nos dirigen con un semblante alegre ó sereno, con acento sosegado y con ademanes sin viveza y sin espresion, lo oiremos sin afectarnos, porque la impresion de la palabra se borra ó debilita por la de la accion. Estas son dos aliadas que alcanzan una fuerza inmensa cuando pelean unidas; pero que reciprocamente se destruyen cuando se baten separadas sin correspondencia ni armonia. En esta observacion está fun-

dado el — » *si vis me flere, dolendum est primum ipse tibi.* »—

Hasta tal punto llevaban los antiguos la observancia de esta regla, que Ciceron queria que el abogado llorase en determinados casos. No condenaremos nosotros absolutamente este consejo; pero si diremos que no debe usarse sino cuando el orador no lo pueda evitar, que será la prueba mas segura de que es natural el llanto y de que se logrará con él escitar la simpatia. El abogado no es el actor que en la escena puede y debe realzar los afectos porque se coloca en lugar de los héroes ó personas á quienes representa. Necesita en todo mucho tino, mucho pulso, y suma circunspeccion. Que no llore nunca por cálculo como medio previsto y ensayado, porque se traslucirá su ficcion, y enfriará en vez de conmover: pero que derrame lágrimas cuando se agolpan á sus ojos por un movimiento espontáneo é irresistible en la conmocion que le produzca el cuadro que está trazando, y entonces que esté seguro de que no permanecerán enjutos los ojos de sus oyentes. No hay nada tan contagioso como las lágrimas, cuando se conoce que salen de las profundidas del corazon y de sus senos misteriosos.

En el patético debe cuidarse mucho que la locucion sea grata al oido. Para esto se necesita no solo que la diction sea escogida, sino que se combinen de la manera mas proporeionada las frases, las palabras y hasta las letras. Esto es lo que se llama número oratorio, y produce siempre un efecto maravilloso. Mas esta perfeccion debe ser la conquista de anteriores trabajos y del hábito que por ellos se alcanza, y no el resultado de la atencion y fatigas del momento. Si se traslucen estas,

todo el efecto desaparece. No importa que alguna vez se incurra en el desorden de las ideas. El método y correcta formación de estas es el mérito de la parte de prueba, en que no habiéndose escitado todavía la pasión, y hablándose con calma y serenidad, no es disimulable la inversión del orden mas conforme y riguroso. La peroración por el contrario, es el desbordamiento del calor oratorio, y este arroja lejos de sí el compás para servirse solo de sus alas.

Diremos para concluir por ahora esta lección, que todo en una defensa se reduce principalmente á argumentos de razón, y á escitación de afectos. Los primeros se dirigen al entendimiento y tienen su lugar en la parte de prueba: la segunda se encamina al sentimiento y tiene su sitio en la peroración. Que procure con esmero el abogado llenar cumplidamente ambas partes y podrá entregarse á la consoladora confianza de conseguir su fin, y á la dulce convicción de haber cumplido con su deber. Lo demas no depende de nosotros, ni pesa sobre nuestras conciencias.







## LECCION XXI.

---

Continuacion de la precedente.

### EPILOGO.

**M**UCHOS han confundido el epilogo con la parte de afectos, y sin embargo son cosas muy diversas, separadas por una línea que no se puede equivocar. El epilogo se refiere á la demostracion antes hecha, á las ideas en ella presentadas; y la peroracion al sentimiento que se procura escitar despues de concluido aquel trabajo. El epilogo repite; la peroracion solo desflora: aquel habla al entendimiento; este á la pasion. Ni en su índole, pues, ni en su causa, ni en sus efectos, tienen nada de comun.

Segun las reglas que dejamos establecidas, podia tenerse el epilogo como un defecto, puesto que hemos dicho que deben evitarse las repeticiones, y el epilogo no es mas que una repeticion. No obstante, lo miramos como útil en ocasiones, y lo admitimos fundados en otro principio.

Siempre son defectuosas las repeticiones en la parte de raciocinio, porque quieta y sosegada en ella el alma, debe suponerse fresca y exacta la memoria, fija la vista en el orden del discurso, en lo que se dijo, y en lo que queda por decir. Pero no sucede así en la pasión. En esta el calor domina, y ya vimos cómo escusa hasta el desorden de las ideas. El epilogo viene á seguida de la parte patética; cuando todavía el orador está poseído de sus arranques y de sus transportes; cuando toma la repeticion como un desahogo, porque la razon que cree asistirle le oprime y sofoca con su peso. Esta parte del discurso tiene su fundamento como todas en la observacion. Es indudable que una persona que habla apasionada repite con frecuencia las mismas ideas, porque estas en su movimiento incesante y rápido se ofrecen continuamente á la imaginacion que afecta, la cual no puede condenar á la apatía ni al silencio tan multiplicadas escitaciones. La teoría del epilogo, pues, tiene su confirmacion y su apoyo en la naturaleza.

Sin embargo: es ciertamente una repeticion, y á fin de que el resúmen no se haga pesado y enojoso, debe darse otra forma á las ideas, otras apariencias y otro traje, para que aunque se conozca que es lo mismo que antes se oyó, haya al menos el cebo y el atractivo de la variedad. La regla de los retóricos es que se proceda con tal arte, que se encuentre novedad en la repeticion misma, y que parezca no que se anda por segunda vez el mismo camino, sino solo que se renueva la memoria de lo que antes hemos escuchado. » *Ut memoria non horatio renovata videatur.* »

En el resúmen, el objeto del orador es traer á un punto de vista el mas sencillo, el mas lacónico y per-

ceptible, todo lo que ha dicho, y esto pide sin duda mucha destreza, y grande sagacidad. No se trata de hacer una repeticion mas ó menos difusa, porque para esto bastaria conservar vivos los recuerdos, y acertar á producirlos nuevamente sin desorden ni confusion. El fin del abogado en el epilogo, debe ser mas profundo y trascendental. Debe procurar entresacar del cúmulo de ideas que ha formado la defensa las principales y mas concluyentes, y esponerlas en breves palabras por el lado que mas impresionen, y con tal ingenio y maestría que causen una segunda impresion mas poderosa y penetrante que la primera. Para esto se necesita ver con la mayor claridad toda la generacion de los principios, de sus consecuencias; la cuestion en su punto céntrico; la alegacion y las réplicas; abrazar ese gran todo de una ogeada; abarcarlo con el pensamiento en uno de sus movimientos de concentracion; notar los puntos salientes, y presentarlos con tanta viveza como exactitud. El epilogo que reúne estas circunstancias, añade mucha fuerza á la defensa, hace las veces de un discurso nuevo, y sirve para enclavar otra vez en el alma y en el corazon la conviccion y la persuasion que han sido el objeto de todos nuestros afanes. Lo demas no tiene mérito alguno. Epilogar de otra manera, es solo darnos una segunda edicion de lo que antes hemos oido.

En el epilogo pueden usarse con mucha utilidad los paralelos. Como se trata con especialidad de dejar una impresion intensa y permanente, y como para ello conduce en gran manera á establecer un exámen ó comparacion en pocas pinceladas de causa á causa, de derecho á derecho, de razones á razones, y de personas

á personas , los paralelos que tienen este objeto determinado pueden ser muy ventajosos. Al lado de una causa sostenida de una parte con ardidés y estratagemas , resalta mas la razon de quien se ha conducido en ella con lealtad y noble franqueza : á la vista de un derecho vago , oscuro é indeterminado , ostenta doblemente su valor otro que se ha demostrado hasta la evidencia por pruebas seguras é irrecusables : las razones fútiles y contradictorias , revelan mas su pequeñez cuando se las mira en contraposicion de otras poderosas que se enlazan y sostienen mútuamente: y por último, un hombre discolo y osado , de conducta abandonada, entregado al ocio y á los vicios , nunca parece mas detestable , que cuando se le compara con otro , prudente y medido en su conducta , morigerado é irrepreensible, dedicado al trabajo , al cuidado de su familia , y al cumplimiento de todos los deberes domésticos y sociales. Cuando se manejan bien los paralelos dan un resultado seguro , porque en ellos el colorido es siempre vivo , y como los extremos que se ponen en parangon se tocan en todas sus dimensiones , se hacen mas perceptibles y notables todas las diferencias. Este es el último golpe que acaba de desvanecer si alguna duda quedase, y de arraigar la conviccion de una manera decisiva y aun indeleble.

#### DE LA CONCLUSION.

Tocamos ya en la última parte del discurso. Parece á primera vista que el concluir no debe tener ninguna dificultad , y sin embargo exige mucha observacion y gran tino. No es indiferente el lugar y el modo en que debe terminarse una defensa. De la oportunidad y acier-

to en esta parte depende muchas veces que el efecto se complete, ó que se destruya.

Difícil es dar una regla general, porque casi siempre determinan la elección las circunstancias, y estas son por lo comun instantáneas é imprevistas. El abogado debe observar mucho el estado de persuasión de los jueces, el asentimiento que dan á sus palabras, el interés que en ellos producen, y cuando note que el efecto es conocido y completo en cuanto puede serlo, debe poner término á su arenga.

Casi siempre sabe el orador cómo va á empezar, pero no puede calcular cuándo y cómo va á concluir.

Si se termina de una manera tibia, la impresion decae ó se debilita, y el recuerdo corresponde á esta languidez, porque los recuerdos como los ecos responden siempre á las últimas palabras que resonaron.

Por esto conviene que la conclusion sea estudiada, y de la misma entonacion que la parte animada del discurso, porque de otro modo se naufraga al tocar ya en el puerto. El trabajo de una larga y bien enunciada arenga se pierde ó rebaja mucho, cuando en su conclusion decae ó se debilita; y por el contrario, la impresion que pudo causar se aviva y reanima si la terminacion es propia y bien desempeñada. El abogado debe procurar imitar á los gladiadores romanos, que una de las cosas que mas estudiaban era el modo de caer con dignidad y con gracia en la arena del Circo. Ya sea que el orador pueda lisonjearse con las apariencias de haber vencido, ó ya que presienta que va á alcanzarle la triste suerte de ser derrotado, siempre debe cuidar mucho de las últimas palabras que salen de su boca, porque estas son su postrer esfuerzo, y serán tambien su dogal ó su corona.



## LECCION XXII.

---

Invencion,— disposicion,—elocucion,—y pronunciacion.

**E**n todas las partes del discurso de que nos hemos ocupado , concurren la invencion , la disposicion , la elocucion y la pronunciacion.

En el exordio la invencion se reduce á determinar las ideas ó pensamientos que queremos hacer entrar en él, la disposicion á colocarles en el órden mas oportuno, y la elocucion á espresarlos con un lenguaje claro, sencillo, é insinuante. De la pronunciacion hablaremos despues, porque pide para el abogado reglas particulares y algun tanto detenidas.

Ya digimos que los exordios debian salir del mismo asunto , y que por esta razon algunos los formaban despues de arreglado todo el discurso, porque asi creian enlazarlos mejor, y hacerlos nacer por decirlo así , de sus mismas entrañas. A pesar de esta regla , á la muer-

te de Demóstenes se encontraron varios exordios que sin duda tenia preparados para hacerlos servir á otras tantas defensas, y esto da á conocer que el príncipe de la elocuencia Griega se separaba alguna vez de esta máxima. Tales exordios, tomados de otro lugar que del fondo de la causa misma, se levantan sobre ideas generales, sobre lugares comunes, y no son ciertamente los mas adecuados, ni los que producen mas efecto.

En la proposicion y division, el inventar, el disponer y el enunciar, están reducidos á pocos pensamientos y palabras, y basta que haya claridad, método y exactitud.

En el periodo de prueba por el contrario, la operacion es lenta y alguna vez difícil en estos procedimientos. La invencion es muy importante, porque de encontrar los mas y mejores argumentos depende todo el resultado: en su mejor orden consiste una gran parte de su fuerza, y el lenguaje preciso, sonoro y persuasivo es de absoluta necesidad para que la palabra produzca y arraigue una conviccion completa.

En la peroracion, la invencion consiste en encontrar las ideas que mas hablan al sentimiento; la disposicion, en arreglarlas del modo que aunque no sea el mas rigurosamente ordenado, pueda llevar á aquel fin; y la elocucion, en valerse de las frases de mas fuerza é intensidad para conmover y arrebatarse á cuantos nos escuchan. Aquí como ya indicamos, debe haber pocos adornos, porque la pasion quiere vigor y no galas.

En el epilogo puede decirse que mas bien que invencion hay eleccion, pues no se hace otra cosa que tomar de todo lo espuesto lo que creemos mas fuerte y concluyente; la disposicion sirve para ordenarlo en la for-



ma mas propia, y la elocucion para vestirlo de modo que lleve en sí belleza y energía.

La conclusion por último, pide la invencion puesto que ha de formarse con ideas; disposicion, porque estas reclaman arreglo intelectual, y elocucion, porque se necesita adornarlas con formas esternas las mas apropósito para hacer durable y permanente la impresion que antes hayamos producido.

Hablemos ya de la pronunciacion común á todas las partes que forman una defensa, y de un interés é importancia que acaso no se calcula bastantemente.

Cuando tratamos de la elocuencia en general, recorrimos con estension esta materia, y entre otras cosas digimos, que constando la pronunciacion de muchos elementos, correspondian á ella la voz, la espresion de la fisonomía, y la accion del cuerpo. Dimos entonces varias reglas; pero no bastan sin duda para el abogado, porque su elocuencia en esta parte difiere de todas las otras, y el respeto que inspira el tribunal en que habla, la solemnidad severa de aquel templo dedicado á la justicia, la mayor compostura y templanza que exige en todo, hace forzosas é inexcusables otras preveniciones.

La voz debe tener cierta gravedad y ser siempre en su acento comedida y respetuosa. La entonacion ha de empezar en una cuerda media aunque con mucha claridad siempre, porque asi puede despues sin fatiga subirse ó bajarse segun lo reclame la necesidad de espresar las afecciones.

Asi como digimos que el language debia tener su claro oscuro, asi tambien debe tenerlo la voz. Cuando nada nos acalora ni nos agita; cuando la discusion es

tranquila y apacible , aquella debe ser tambien sosegada , porque debe estar en armonia con el estado del corazon. Cuando por el contrario la pasion se escita y se desborda , la voz debe ser poderosa , enérgica y alguna vez terrible ; porque entonces no es mas que el eco de una tempestad interior , el trueno que anuncia el desorden de la naturaleza. Esta vehemencia sienta muy bien cuando las circunstancias la piden ó la escusan : pero no hay nada tan ridiculo como dar grandes gritos sin que haya ocasion que pueda justificarlos , como si la razon de los jueces estuviera en sus oidos , ó como si se hubiese de convencer con la fuerza de los pulmones.

Segun sean las ideas que se anuncian y los movimientos que produzcan en nosotros , deberá ser la velocidad y el timbre que se de á la palabra. Los pensamientos que producen en el discurso cierto peso y cierta autoridad , deben enunciarse con voces medidas , lentas y cadenciosas. Los que han de comunicarle viveza , deben espresarse de una manera rápida y acalorada. La pasion necesita entonces desahogarse , y la palabra que revela su fuego , debe correr y aun vagar segun sus varios impulsos.

Hay conceptos que piden una inflexion mas marcada en la voz , y si esta falta , desaparece todo el encanto. Esto es lo que se llama *énfasis* , que es el auxiliar mas poderoso en boca de un abogado diestro y entendido. Se puede asegurar que si todo un discurso fuera pronunciado en el mismo tono , sin ninguna diferencia en el acento , y formando un ruido monotono parecido al de un batan ó de una cascada , nos fatigaria á corto rato por mas bellezas que contuviera , y ningun poder ejer-

ceria sobre los espíritus, ni sobre los corazones de los que lo escuchasen. La voz tiene en sí misma, su música, y su poesía; y cuando se desdena ó se olvida, solo queda una prosa repugnante é insoportable.

Las pausas son tambien de gran socorro no solo porque dan lugar para pensar y para hacer combinaciones instantáneas, sino tambien porque contribuyen á que el abogado se serene, y conserve el dominio sobre sí mismo que le es tan necesario.

En cuanto á la espresion del semblante, debe procurarse que sea tranquila y afectuosa. Hay rostros mudos y de hierro que permanecen indiferentes á toda emocion: otros hay tan obedientes á la pasion, que la revelan en el instante mismo en que la sienten. Si el orador es sensible hasta este grado, no necesita consultar reglas. Naturalmente se poseerá del asunto, su sensibilidad se despertará, y crecerá en proporcion que crezca el interés, y su fisonomía será un espejo en que aparecerán todas estas impresiones, todos estos cambios, y todas estas alternativas.

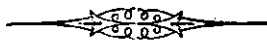
Relativamente al ademan ó accion, debe aconsejarse que no se ensaye, porque se incurrirá en afectacion, y esta mata siempre todas las bellezas. En la elocuencia forense debe haber poca accion, porque el foro en nada se parece á la escena. La accion viva y continua representa casi siempre situaciones extraordinarias, y las luchas judiciales, no son por lo comun el teatro de estas situaciones.

En todo el porte del abogado debe haber decoro y dignidad, sin timidez y sin arrogancia. Las actitudes poco nobles, los golpes de manos, las miradas atrevidas y jactanciosas, todos los ademanes de altivez y osadía se

deben proscribir , porque son agenos del lugar y de suyo irreverentes.

No debe mirarse al auditorio , porque es á los jueces y no á él á quien se dirigen los razonamientos : mas si alguna vez se le lanzára una mirada rápida , procúrese que esta no indique un ruego mas ó menos claro por su aprobacion , porque el abogado no la necesita mas que de su conciencia , y se rebaja en el momento en que la busca en otra parte.

El abogado para accionar con propiedad debe seguir los movimientos de la naturaleza , mas bien que estudiar reglas muy dificiles de distinguir y aplicar en cada caso. Que piense que es el intérprete del interesado y no el interesado mismo , por lo que necesita usar de mas templanza ; y hecha esta observacion que se posea del asunto , y que siga en la accion el impulso que le comunique el sentimiento. Asi es como la espresion se hará natural y propia , y como representará fielmente todos los afectos y las vivas impresiones del alma. Sin este auxilio , la palabra aparece pálida cuando no muerta , y llegando sus ecos á lo mas al entendimiento , son casi de todo punto perdidos para el corazon.



## LECCION XXIII.

---

Del estilo en los discursos forenses.

**P**ARA conocer los medios de que debemos valernos en cualquier cosa que nos proponemos hacer , lo primero es determinar el fin ú objeto á que nos encaminamos. La elocuencia en último resultado no es mas que el arte de obrar sobre los entendimientos y sobre las voluntades , para dominarlos y atraerlos á nuestra opinion y designio. Fijese la vista en este norte , y será fecil encontrar el language ó estilo de que debemos valernos en cada caso.

Toda defensa tiene dos partes conocidamente distintas: la una que habla á la razon , la otra que se dirige á las pasiones. La primera es la prueba ; la segunda la peroracion. Pero aparte de estos dos extremos capitales , existen otros accesorios que sirven para pre-

parar ó concluir la accion , para fijarla y determinarla del modo mas conveniente.

Hugo Blair define el estilo » el modo particular con que un hombre espresa sus ideas por medio del lenguaje. El estilo (añade) se diferencia del lenguaje ó de las palabras. Las palabras de que se vale un autor pueden ser propias ; y su estilo puede sin embargo tener muchos defectos ; puede ser seco ó duro , débil ó afectado. El estilo tiene siempre alguna analogía con el modo de pensar del autor. Es una pintura de las ideas que se escitan en su ánimo , y del modo en que se escitan : y de aqui proviene que cuando examinamos la composicion de un autor , nos es súmamente difícil en muchos casos separar el estilo del sentimiento. No es de admirar que estas dos cosas estén tan íntimamente unidas ; porque no es otra cosa el estilo que aquella suerte de espresion que con mas facilidad toman nuestros pensamientos. De aquí es , que diferentes paises han sido notados por particularidades de estilo análogas á su genio y temperamento. Las naciones orientales animaron el suyo con las figuras mas fuertes é hiperbólicas. Los Atenieses , pueblo civilizado y agudo , se formaron un estilo exacto , claro y limpio. Los Asiáticos joviales y flojos en sus maneras , afectaron un estilo florido y difuso. Semejantes diferencias características se advierten por lo comun en el estilo de los Ingleses , Franceses y Españoles. »

Las cualidades principales del estilo deben ser la claridad y el ornato ; la primera para que se entienda bien todo lo que se dice , la segunda para que guste por la naturalidad y belleza de la espresion.

El estilo , queriendo estar á sus fórmulas mas gene-

rales de aplicacion y dejando aparte otras muchas gradaciones menos útiles , se divide en sencillo , que sirve para instruir , medio ó florido que produce placer y deleite en los que lo escuchan , y elevado ó sublime que es el lenguaje de la pasion con todos sus giros y movimientos.

Un discurso forense no debe ofrecer el cuadro de ninguno de estos estilos de una manera aislada y exclusiva , sino que debe ser el resultado y feliz combinacion de todos ellos. Repetimos la máxima antes sentada de que determine ante todo el objeto , y así podremos marchar á él , por el camino mas óbvio y natural.

El exordio aspira á atraernos la atencion del auditorio y á hacerlo dócil y benévolo á lo que despues se le diga. Para esto , basta despertar su curiosidad , y fijarla en el objeto de que nos estamos ocupando. El estilo por lo tanto deberá ser claro y sencillo. Pero se necesita hacer una observacion. Cabe claridad y sencillez sin que haya belleza : y ya digimos , que el orador debe procurar que no falte esta en sus exordios ; porque lo bello es siempre un atractivo , y se recibe mejor lo que se nos dice , cuando se nos presenta colocado entre flores. No deben sin embargo prodigarse estas , porque nunca conviene hacer alarde desde el principio de toda la riqueza de la imaginacion , y sí ir derramando sus galas con prudencia y economía.

La proposicion y division no son mas que dos puntos señalados en el cuadro del discurso por su laconismo y claridad.

La parte de prueba es la que hemos dicho que se dirige á los entendimientos para convencerlos. Su estilo

debe ser claro , preciso , exacto , y al mismo tiempo de una virtud apremiante. Recibe menos de la elocuencia que de la lógica , y de nada servirían formas floridas y pomposas , si faltaba la fuerza , el vigor y la magia de conviccion que deben acompañar á todos los argumentos. Hasta aqui el estilo no ha podido ni debido elevarse. Marcha por un terreno áspero y difícil , y solo debe cuidar de allanarlo y de superar los obstáculos. Necesita ser solo claro en su esencia , poderoso en sus resultados , para ganar el asentimiento que es lo único que se propone. Pero se llega á la segunda parte de una defensa , y desde aquel momento varia completamente la decoracion. En ella los pensamientos se agrandan , y el language debe del mismo modo crecer en magnitud. Los afectos se despiertan , y las palabras deben servirles de instrumento y de intérprete; la pasion brota y se exalta , y la locucion debe participar de su energia y de su fuego. El estilo aqui debe ser elevado , rico y de un poder decisivo y soberano.

Al pasarse al epilogo y á la conclusion , no debe dejarse ninguna de estas dos armas para hacer solo uso de la otra. Con ambas se ha de combatir , mezclando segun convenga la sencillez y claridad con el vigor y la energia. Conviene reanimar la conviccion que debió producir la prueba , y no dejar entibiar la pasion que la palabra fogosa é inspirada haya podido hacer brotar con sus galpes atrevidos. La demostracion sin la pasion es la lógica ; la pasion sin la demostracion es solo una superficie sin fondo , una sombra sin cuerpo , una hoja que flota en el aire y que desaparece en sus torbellinos. El orador ha menester reunir lo uno á lo otro ; formar un cuerpo con belleza pero con solidez , construir un edi-



ficio agradable en sus proporciones., estable y sólido en la seguridad de sus cimientos.

Si el abogado ha de reunir todos los estilos, como otros tantos arsenales de cuyas armas tendrá que usar como mas le convenga, necesario es que procure adquirirlos en un grado de facilidad y soltura, que se presenten á su deseo y obedezcan sus mandatos con tanta prontitud como perfeccion. No hay duda en que las impresiones, el temperamento y la educacion influyen poderosamente en las ideas y afectos del hombre, y por consiguiente en su estilo, que no es mas respecto á aquellos que el traje con que se adornan, su mas inmediata y natural espresion. Los que habitan paises risueños y de una naturaleza alegre y apacible piensan con ligereza y gracia, y espresan sus conceptos con un colorido que corresponde á aquel tipo. Los moradores de lugares sombríos, afectados continuamente por objetos opacos ó siniestros, tiñen sus ideas con el barniz de sus impresiones, y este resalta despues en su language: los que viven en sitios que convidan á la contemplacion y al recogimiento, que desarrollan la fuerza del pensamiento en todo su poder é intensidad, tienen en su estilo cierto carácter profundo y sublime que concentra el alma, y hace experimentar emociones profundas.

Mas si estas causas y el temperamento contribuyen á dar un estilo determinado, la educacion es casi siempre el agente mas decisivo. El hombre antes de empezar á educar su pensamiento por el pensamiento mismo, antes de buscar en la lectura y en otros modelos tipos de creacion y de espresion, puede decirse que no tiene estilo propio, y que solo posee facultades y disposiciones

para llegar despues á adquirirlo. El estudio, la meditacion y el trabajo, son los caminos por donde se llega á esta adquisicion despues de detenidas y reiteradas tentativas. No basta leer ni oír para formarse un buen estilo; se necesita pensar, y pensar detenidamente sobre lo que se ha leído ú oído, y probar con infatigable perseverancia á imitar los giros de espresion, sin inutilizar nuestras alas, sin proponernos seguir los rumbos que examinamos con ciega servilidad. Los ejemplos y los modelos son solo el tono y la direccion que se da á nuestra alma, ansiosa de encontrar un guía que nos dirija con exactitud y acierto. Puestos por este medio en la senda, nuestros pies no deben tener ninguna traba para recorrer el espacio que se ofrece á nuestra vista, y no se necesita otra cosa, que mirar alguna vez para ver si en nuestra carrera nos separamos de la línea que nos habíamos propuesto seguir.

Pero ademas de los principios generales, el estilo tiene tambien otras reglas de particular aplicacion. Como debe ser siempre el reflejo del pensamiento y de sus emociones, es necesario que corresponda á uno y otras, no solo en la idea que anuncia y en el giro del lenguaje con que la viste, sino tambien con la propiedad de la palabra escogida, y hasta con su acento. Si esponemos un concepto triste y melancólico, sentará muy mal mezclar una voz alegre y festiva; porque esto desvirtuaria toda la espresion, y destruiria inmediatamente su encanto. Si nos proponemos anunciar una idea ligera, seria muy inoportuno intercalar alguna palabra grave; y si hacemos alguna pintura alegre ó entretenida, seria de muy mal efecto toda espresion de sentimiento ó tristeza. Asi es como la lengua obedece al

alma , y sirve fielmente á todas sus inspiraciones : asi es como ofrece al corazon sus recursos , y se convierte en eco de las pasiones que le conmueven ó agitan. Mientras guardemos este orden de relacion y analogia entre lo interior y lo esterno, entre la idea y la palabra, entre el sentimiento y su espresion , podremos decir que imitamos y seguimos á la naturaleza , y aplaudirnos de poseer el estilo mas conveniente y mas propio.





## LECCION XXIV.

---

Mas sobre el estilo.

**E**N todas las concepciones del espíritu; en todas las fórmulas de enunciación que toma el pensamiento, hay siempre puntos generales sobre los cuales gira toda la elaboración mental, y que se deben tener presentes para no estraviarse en los tránsitos y diversos rumbos que sigue el desenvolvimiento. Así en el estilo de los discursos forenses hay condiciones precisas á que no se puede faltar, hay un carácter dado que es menester imprimir en nuestras producciones y conservar inalterable en todos sus periodos. El Sr. Sainz Andino ha trazado tan lacónica como exactamente este carácter, cuando ha dicho: » En un informe pedimos justicia, y no hay nada tan severo como la justicia; la pedimos á los jueces, y nada hay tan grave como la magistratura: nuestra arma es la ley, y nada hay mas noble y elevado que

la ley. El discurso forense por lo tanto debe ser severo, grave y noble.»

Esta sola pincelada basta para dar á conocer el carácter y entonacion de las defensas del foro. No deben ser la obra de una imaginacion siempre risueña y bulliciosa, superficial con gracia, mas á propósito para entretener y divertir que para causar impresiones enérgicas y permanentes. El foro entonces se asemejaría á la diversion de un espectáculo, y nada se aviene menos con su rigidez y solemnidad. Exactitud en los pensamientos, elevacion en las ideas, dignidad y decoro en el modo de presentarlas; ese tinte de solemnidad y de aparato que lo recomienda y engradece todo, he aqui las cualidades que el abogado debe procurar que concurren en sus discursos.

Para esto conviene ensanchar el círculo de la discusion, y aumentar en todo lo posible el interés de esta, mirándola bajo aquellos puntos de vista que mas bien puedan realzar su importancia. Mientras las cuestiones están encerradas en la reducida esfera de la individualidad, puede decirse que se ofrecen en cierto modo como indiferentes, y que no cautivan la atencion de una manera viva y estable. Verdad es que la humanidad forma una cadena cuyos eslabones todos estan enlazados y sostenidos entre sí; pero aunque se tocan, á veces son insensibles á este roce, y se necesita producir un movimiento total para que cada una de las partes siga obedeciendo á la necesidad que le imprimen la analogia ó la intermediacion. Asi tambien para que las cuestiones que solo afectan al individuo vengán á mirarse como causa comun, y á avivarse ese sentimiento de mancomunidad que une á todos los hombres, conviene levan-

tarlas á la altura del interés general, siempre que su indole ó las circunstancias del caso permitan esta transformacion. Se trata de un asesinato, ó de un adulterio. No deberá contentarse el abogado con ceñirse al acontecimiento que se discute, sino que colocando la cuestion en una esfera mas lata, dándole proporciones mas grandes y por consiguiente mas interesantes, remontándose á los principios, deberá pintar estos crímenes como una calamidad que á todos amenaza, y que en el interés de todos está castigarlos con una severidad que sirva al escarmiento, y que haga imposible ó menos probable su repeticion. Entonces los jueces y el público se interesarán y conmoverán á pesar suyo; porque todos tienen una vida que preservar del puñal del asesino; todos ó la mayor parte tienen una muger que pudiera ser el blanco y la víctima de las asechanzas de un seductor.

Este es el secreto; el modo de aprovecharlo pide cierta destreza y sagacidad. No se ha de hablar al corazon de cada uno como si quisiera proclamarse por juez al egoismo: preséntese la cuestion en términos latos y de interés general, y se conseguirá el fin, porque en ese gran todo entran como partes componentes las aisladas individualidades. Píntese á la sociedad entera amenazada, á las leyes hechas el juguete y la burla de estos malvados; el desorden que producirian sus conatos si la justicia no los reprimiese; invóquese la causa de los principios; el sagrado derecho que cada uno tiene á que se conserve y respete su existencia; la santidad del matrimonio; los funestos efectos de todo lo que lo perturba y altera; y entonces, una discusion que encerrada en los límites de la personalidad parecia árida é infe-

cunda, escitará la atencion y las simpatías, conmoverá todos los corazones, y hará asomar las lágrimas á todos los ojos.

Pero si el discurso forense segun digimos antes, debe ser severo, grave y noble, cualquiera podrá creer que en él deben proscribirse las figuras. No es asi ciertamente. Las figuras y la gravedad no son incompatibles. Ellas dan elevacion al language; pintan sin desvirtuar, hermocean la diction, abren al entendimiento nuevos horizontes de comprension y nuevos puntos de vista, afectan el corazon de una manera mas eficaz, y añaden al sentimiento solemnidad y viveza. Nada mas grave, mas severo y mas noble, qué las figuras cuando nacen del alma y al corazon se dirigen, siguiendo la ley y las condiciones de su reciproco comercio.

Mas no conviene que deslumbrados con la utilidad de estos giros, procuremos con un afan nocivo encontrarlos y apiñarlos en nuestras defensas. La figura que se formula á fuerza de buscarla es por lo comun violenta y desagradable. Para que guste es necesario que se conozca ante todo su espontaneidad; y nunca aparece como espontáneo lo que solo es el fruto de un trabajo improbo y fatigoso. Que se deje correr libremente el pensamiento; que se deje que la pasion animada por la memoria, provocada por la lucha, inspirada por el calor del instante y de los accidentes, se mueva en los espacios que recorre, sin anhelacion y sin estudio. Las figuras y las imágenes se ofrecerán sin que se las llame, y esté cierto el orador de que el momento en que las busque será el mismo en que ellas se alejen. Los movimientos del alma y del corazon no se miden ni se dirigen: su impulso está fuera del alcance de nuestra voluntad.



Ya al tratar de la elocuencia en general, indicamos las figuras que mas se acomodaban á cada una de las partes del discurso. Aquellas observaciones pueden aplicarse á las defensas del foro, si bien estas piden en todo suma prudencia y circunspeccion. Los tropos y figuras de naturalidad y gracia sentarán bien en los periodos del discurso que no tienen grande importancia; las interrogaciones y demas de una fuerza apremiante, tendrán su lugar en la prueba; mas cuidese mucho en la peroracion del uso del apóstrofe y de la prosopopeya, porque estas son demasiado solemnes, piden circunstancias de gran calor ó por mejor decir de gran desbordamiento de calor, no hacen efecto alguno ó lo producen contrario, cuando el asunto en aquel punto de vista no está á nivel con el vuelo exagerado que toma el orador en su lastimoso extravío.

Una regla de observar en todas las figuras es, que no deben jamás degenerar en vulgares ni triviales. La exactitud de esta prevencion es muy fácil de comprender. Una de las principales ventajas de las figuras consiste en añadir belleza, elegancia y realce al pensamiento; y lo que de suyo es trivial ó bajo, no puede menos de imprimir la misma marca sobre todo lo que afecta. Si las figuras son elevadas y dignas en sí y con relacion á los objetos, engrandecen el discurso y le dan un tono y una dignidad de que sin ellas careceria; pero si por el contrario son fútiles ó de escasa magnitud, dan vulgaridad en vez de elevacion, y convierten en prosáico hasta el concepto mas poético. En la entonacion de un discurso, todo lo que es débil ó desafina, destruye el efecto y debe reputarse como una verdadera caída.

Pero por mas que sean bien escogidas las figuras,

es necesario que no se prodiguen si se desea que den grande resultado. Aparte del claro oscuro que debe tener toda defensa porque la variedad es uno de sus principales méritos y siempre el mejor atractivo, sin las alternativas en que tanto goza el alma, todo viene á hacerse monótono, y concluye por fatigar por mas bello que en sí sea. Las figuras son como los adornos en los trages. Su economía los hace mas notables, y cuando se amontonan y apiñan resulta una confusion que oscurece hasta á la misma belleza. La sencillez gusta en todo, y en los discursos debe estudiarse mucho el grado de adorno que les conviene, para no rebajarlos por su pobreza ni recargarlos con su profusion.

¿Y convendrá llevar aprendidas de memoria las figuras que han de usarse en el discurso? Todo lo que vá fijamente enclavado en aquella facultad es de suyo embarazoso y servil, y descubre hasta en su facilidad misma el secreto del estudio y de la preparacion. Por otra parte: no siempre sirve bien la memoria, y al que va atenido á la materialidad de las palabras, le desconcierta y confunde el menor tropiezo y la mas ligera equivocacion. Esto mata toda la belleza y la ilusion del auditorio en un momento decisivo, en que se esperaba un rasgo feliz y sorprendente. Tales son los peligros de confiar á la memoria hasta el materialismo de las frases. Lo que sí deberá hacerse es calcular de antemano algunas figuras y el lugar de su oportunidad; meditar sobre ellas para fijar bien el pensamiento, y si se quiere hasta el giro que se le ha de dar; conservar á lo mas una palabra ó una sola señal de recuerdo, y abandonarse al influjo de los accidentes, seguros de que la figura se nos ofrecerá en el momento mas adecuado, y de que se for-

mulará en nuestros lábios instantáneamente con palabras mas armoniosas, mas propias, mas bellas ó mas fuertes que las que hubiéramos podido encontrar en la quietud de nuestras meditaciones. Este método tiene muchas ventajas, pues ya dijimos en otra parte que no puede estraviarse ni perderse el que va atenido, no á palabras que facilmente se alejan ó pierden en la memoria, sino á ideas que por su enlace con otras ofrecen mil repentinos medios de análoga sustitucion.

No perdiendo, pues, de vista que el tipo de las defensas del foro debe ser la severidad, la gravedad y la elevacion, y guardando respecto al uso de las figuras con que se adorna y embellece un discurso las reglas que se han indicado, el estilo será el mas propio y conforme, y aparecerá rico en su misma economía, y espléndido sin profusion. En este feliz medio está la perfeccion oratoria de que es tan fácil alejarse por exceso, como por defecto.

### **Del Abogado.**

¡Noble es la profesion del abogado!.

La historia ensalza con orgullo á los grandes capitanes, á los hombres afortunados coronados por la victoria, á aquellos principalmente cuyo valor ha salvado su pais, á aquellos que han sucumbido defendiendo heroicamente la causa sagrada de la oprimida patria.

Ella tributa la mas profunda veneracion á los legisladores verdaderamente dignos de este nombre, á aquellos cuya razon elevada ha establecido los primeros fundamentos de las sociedades humanas sancionando la moral, dando garantias á la justicia, fundando útiles ins-

tituciones , y asegurando la libertad de los pueblos.

Cerca de ellos coloca á los jurisconsultos que interpretando la obra de los legisladores , han deducido de ella justas aplicaciones á la práctica; y distingue principalmente á los que por la fuerza de su lógica y por la prevision de su genio , han preparado mejoras que el legislador ha debido apropiarse.

¡Honra á los grandes magistrados que con la firmeza de su carácter y la sabiduría de sus fallos han dado fuerza y autorizado las leyes! Sin ellos en efecto serian estas impotentes, porque con razon se ha dicho que si la ley es un magistrado mudo , el magistrado es la ley viva.

Así ha empezado uno de sus tratados el elocuente Mr Berrier.

Y en verdad ¿qué hay mas elevado y noble que la profesion de la abogacia? Ella ha sustituido las luchas tranquilas de la palabra á los combates de la fuerza; ella ha establecido un culto para la justicia , en cuyo templo los magistrados y los jurisconsultos son los sacerdotes; ella se pone siempre de parte del desvalido , protege y defiende á los desgraciados que demandan su ayuda, derrama consuelos hasta en la negra mansion del crimen , y con razon se la puede definir como un hombre grande definió á la medicina , diciendo que es la filantropía personificada. El atributo de defender es dulce y consolador. En los tiempos en que la abogacia no formaba una corporacion separada y distinguida , los encausados y litigantes encomendaban sus defensas á los que creian con mas resolucion y con mas pericia , y el celo y la elocuencia por sí solos suplían al conocimiento del derecho , triunfando no pocas veces de las intrigas

y del fraude , en medio de los frenéticos aplausos de la multitud. Pero la civilizacion dió un paso , la legislacion formó una ciencia , y su estudio se hizo el objeto de los afanes de cuantos quisieron consagrarse al bien de la humanidad. Desde entonces cesaron los defensores de amistad ó de instinto , para dar entrada á los patronos de ciencia y de estudio , asi como los que curaban con simples y con el solo auxilio de la observacion, han dejado su lugar á los facultativos , despues que la ciencia ha franqueado sus tesoros y revelado sus arcanos al sábio que la consulta á vista de la muerte y en su retiro pacífico. La abogacia ha sido una profesion , profesion que da honra y lucro , pero que tambien impone deberes.

Para cumplirlos , la principal cualidad en el abogado debe ser la independenciam. La abogacia es de suyo la profesion acaso mas independiente de todas. Abroquelado el jurisconsulto con la justicia de la causa que defiende , va al tribunal el dia de la vista sin conocer tal vez á los jueces , sin necesitar conocerlos , porque la fuerza de su palabra y de su razon hacen inútiles todas las recomendaciones. Pronuncia su defensa con sentido interés , con santa libertad ; sin que ninguna consideracion humana le imponga ni intimide , porque concluido su trabajo , vuelve tranquilo á su casa , y en ella vive de su reputacion sin necesitar para nada los favores del poder , ni la benevolencia de los poderosos. Con razon , pues , decia D' Aguesseau: » En medio de la sujecion casi general de todas las condiciones , una profesion tan antigua como la magistratura , tan necesaria como la justicia , y tan noble como la virtud , se distingue por un carácter peculiar : y única entre todos los estados.

se conserva siempre en la dichosa y pacífica profesion de su independenciam... Dichosos vosotros que os hallais en un estado en el que hacer su fortuna y cumplir su obligacion es una misma cosa; en donde el mérito y la gloria son inseparables; y en donde el hombre único autor de su elevacion, tiene á todos los demas dependientes de sus luces, y les obliga á rendir homenaje únicamente á la superioridad de su talento... El público que conoce cuán apreciable es vuestro tiempo, os dispensa de las ceremonias que exige de los demas hombres; y aquellos cuya fortuna arrastra siempre tras sí una multitud de adoradores, van á despojarse en vuestra casa del esplendor de su dignidad para someterse á vuestras decisiones, y á esperar de vuestros consejos la paz y tranquilidad de sus familias.»

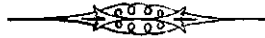
Pero de nada serviria esta independenciam en el abogado, si estuviese dominada por perversos instintos, y si su abuso dirigiese las acciones al mal. Se necesita, pues, que vaya acompañada de la integridad, y que el jurisconsulto dirija siempre su conducta por un sentimiento fijo y permanente de justicia, fuera del cual no puede haber ni mérito ni gloria.

El que no busque el triunfo de la ley y de la razon en todos sus pasos; el que se preste por debilidad ó por cálculo á todas las aspiraciones y exigencias de los litigantes; aspiraciones y exigencias que no tienen algunas veces otro principio que el de el interés y la corrupcion; el que haga servir sus medios á censurables fines, no conseguirá otra cosa, aunque pudiera alguna vez lisonjearle el resultado, que prostituir la profesion, y sacrificar su nombre á una gloria efimera, aparente y funesta. Por esto ha dicho el escritor que antes hemos

citado : » Jamás os lisongeéis del fatal honor de haber oscurecido la verdad : y prefiriendo los intereses de la justicia al deseo de una vana reputacion , procurad mas bien hacer ver la bondad de vuestra causa , que la grandeza de vuestro talento. »

Menester es ademas que el abogado abrace la causa que defiende con un interés decidido y activo , para que no perdona medio de hacerla triunfar , dentro de los límites que le señalan su dignidad y su propio decoro. Y establecemos esta modificacion , porque el defensor no debe entregarse ciegamente á los consejos de impulsos irreflexivos , sirviendo de dócil instrumento á tendencias inconsideradas , ni de desahogo á la cólera é irritacion de su cliente , puesto que su posicion es mas elevada , mas exenta de odios y de pasiones mezquinas. Hay litigantes que creen que su defensa no es cumplida , si no se derrama con profusion en ella la injuria y el sarcasmo ; y el abogado que cede y se entrega á este deseo , rebaja su ministerio , entra en un campo vedado y se rebaja á si mismo , descendiendo al fango inmundo , para revolverse en él como un despreciable insecto. Dignas son de notarse las palabras que el escritor á quien vamos aludiendo , dirige á estos abogados dóciles y reprehensiblemente apasionados. » Negad á vuestros clientes , (dice) negáos á vosotros mismos el placer inhumano de una declamacion injuriosa. Lejos de servir de las armas de la mentira y de la calumnia , procurad que vuestra delicadeza llegue hasta el extremo de suprimir aun las reconvenciones bien fundadas , cuando solo sirven de ofender á vuestros contrariós sin ser útiles á vuestros defendidos ; y en el caso de que el interés de estos os obligue á espresarlas , procurad que el co-

medimiento con que las propongais, sea una prueba de su verdad, y que conozca el público que la necesidad que vuestra obligacion os impone, os arranca con disgusto lo que la moderacion desearia poder disimular.»



### **Conclusion.**

Ciceron reputaba de sùmamente árduo y difícil el escribir sobre elocuencia. Si yo me hubiera atendido á la opinion de tan respetable maestro, ciertamente no hubiera emprendido este trabajo. Solo tenia escritas dos lecciones cuando lo anuncié al público, y no contaba con ninguna preparacion para las restantes. Faltábame absolutamente el tiempo, y no podia prometerme para despues tener mas horas á mi disposicion.

No me engañé en este juicio. Entregado sin descanso á las ocupaciones de mi profesion, solo he podido consagrar á esta nueva tarea los momentos que forman alguna vez paréntesis en ella, y algunos otros que he necesitado quitar á mi reposo. ¡ Cuántas veces en el breve espacio en que escribia un párrafo he necesitado dejar y volver á tomar continuamente la pluma para darme á otros objetos del momento, y para aprovechar despues los vacíos que estos me dejaban!. Esta alternativa es sùmamente desagradable y funesta á la vez para el es-



critor. En estos incesantes cambios, la atencion se distrae, el raciocinio pierde su hilo y su fecundidad, y la pasion se enfria y se desentona. Yo he tenido que pasar por este inconveniente y por esta gran desventaja, y lo anuncio asi, para que mis lectores, cuando se aperciaban de tales faltas, sepan á lo que las han de achacar, y no las atribuyan á ineficacia de las reglas.

Cuando he podido entregarme sin interrupcion algunas horas al trabajo, me ha sido necesario que la pluma siguiera á la imaginacion en su veloz movimiento, y no he tenido en mi favor, ni la meditacion que crea y dispone, ni la atencion que despues corrige y pule. La imprenta; ese monstruo que devora en pocos instantes todo lo que se le arroja, me apremiaba sin cesar, y mi pensamiento y mi mano corrian siempre con anhelacion y con angustia. Asi por una necesidad dura, pero inevitable, no he podido seguir la regla tantas veces repetida en esta obra de que se piense y medite con detenimiento, se trabaje con lentitud, y se revea con la atencion mas prolija. Por este motivo y por las medidas que habia dado al trabajo al tiempo de anunciarlo, no me ha sido posible hacer otra cosa que desflorar algunas materias que hubiera deseado tratar mas profundamente; si bien confio darles mayor latitud en un apéndice, si algun dia puedo disponer del tiempo que ahora me falta.

Con gusto hubiera realizado esta idea en algunos dias que he tenido de descanso últimamente, en el intervalo que se da á las tareas en la estacion mas calorosa; pero hallándome en este periodo en un pais que no habia visto en mucho tiempo; lleno para mí de recuerdos á la vez dulces y dolorosos, mi alma estaba embargada por tantas sensaciones, y se resistia á salir de sus éxtasis

para recorrer otro terreno, en comparacion de aquellos, árido y enojoso. Gustábale solo hablar con aquel lenguaje místico é indescifrable; con aquella elocuencia que no se trasmite al lábio ni á la pluma, y que solo envia al corazon para revelarle sus insondables misterios.

A pesar de todo he procurado fijar los preceptos generales de la oratoria, y principalmente darles sistema y unidad. He creido que en vez de desenvolver teorías dispersas y abstractas; en vez de acumular reglas sobre reglas, era preferible coger por la mano al que quisiera dedicarse á estos estudios, y señalarle lo que debia hacer y lo que debia evitar, desde la primera preparacion de un discurso, hasta su enunciacion mas elevada y completa.

En la parte de la elocuencia en general he intentado esponer sus leyes y su mecanismo; las cualidades y estudios del orador; las palabras y giros que adornan y embellecen un discurso; los caracteres de la imaginacion, y el tipo é índole del sublime; las partes en que se divide una arenga, y el modo con que debe desempeñarse cada una de ellas: y por si no bastaba el conocimiento de estos principios para su aplicacion inmediata á otras clases de elocuencia distintas de la del foro y de la parlamentaria, he entrado en la teoría de cada una, y he procurado ofrecerla con la posible exactitud y brevedad.

Hecho esto, estaba asentada la base, y bosquejado el plan que se debe seguir en la formacion de todo discurso, y cualquiera que sea el género á que se desee aplicar los preceptos. Pero en cada especie de oratoria hay un carácter particular que debe consultarse, una

entonacion diferente á que el orador se debe acomodar. Por esta razon mi trabajo respecto á la elocuencia del foro se ha reducido á marcar los puntos de diferencia y escepcion , partiendo siempre de aquellas reglas fundamentales. Por medio de este procedimiento las materias mas abstractas y dificiles pueden hacerse sùmamamente accesibles y aun fáciles y familiares ; y yo espero que este sea el resultado en los que con atencion y perseverancia estudien estas lecciones. Confio en que con ellas los jóvenes podrán hacer rápidos progresos , y conquistar el dominio sobre la palabra que á primera vista se cree tan árduo y costoso.

Y digo que los jóvenes podrán alcanzar estas ventajas , porque el estudio de la oratoria tiene un tiempo, pasado el cual, las tentativas son por lo común infructuosas. He dicho en otra parte que se fatigaria en vano para ser orador el que absolutamente careciese de disposiciones, y lo mismo debe entenderse de aquellos, en quienes la edad ha venido á marchitar la flor de su imaginacion , por mas que antes haya sido viva y fragante. La juventud ; esa edad dichosa en que el hombre se mece siempre en sus sabrosos delirios ; en que realza los objetos con el colorido de su entusiasmo ; en que para él todo son encantos , todo belleza y poesia ; en que los giros mas sorprendentes se le hacen habituales, y le acuden como por encanto las figuras y las imágenes mas atrevidas y felices , esa y no otra es la época apropiado para el estudio de la elocuencia. Despues , cuando la imaginacion se apaga ó debilita , cuando la esperiencia, el mundo , y la edad , destruyen las ilusiones ; cuando la fibra se relaja ó se postra , no se piensa sino con lentitud y con trabajo , ni se siente sino débil y oscuramen-

te, ni se pinta sino con mano tímida y convulsa. Esta no es ya la edad de aprender la elocuencia que pide animacion y fuego, y solo exhala donde estos faltan, ecos impotentes parecidos á los suspiros de un moribundo.

En los mismos que han poseido el don de la palabra con una lozania y vigor apenas creibles, los años van trabajando sus facultades, la imaginacion no les presta ya sino una luz amortiguada y pálida, y se ve con dolor que imitan en su marcha fatal al curso del sol que temple el calor de sus rayos á proporcion que mas se acerca al ocaso. ¡Triste ley de la naturaleza! Todas sus obras aparecen, se desarrollan, ostentan por un momento todo su poder, y el instante mismo de su mayor altura se tóca con el que principia su declinacion. Los grandes oradores terminan por lo comun en ser difusos recitadores, su imaginacion como sus pies no marcha en la vejez sino con vacilacion y dificultad, y faltos sus discursos de vuelos osados, de imágenes animadas, de entonacion firme y vigorosa, no sirven sino para hacernos conocer las ruinas del edificio, el esqueleto del gigante. Si alguna vez se reanima y sale de su habitual postracion el hombre oprimido por el peso de los años, lanza un sonido poderoso y vuelve á enmudecer: sus esfuerzos bastan para ofrecerlo un instante al mundo como antes era, pero no para sostenerlo contra su gravitacion: es la lámpara sin pábulo que arroja un fuerte destello de luz antes de apagarse para siempre.

Hay sin embargo corazones que no envejecen. Las palabras de Chateaubriand anciano, escritas en el pacífico retiro que esperaba servirle de tumba, no tienen menos osadia, menos fuego ni menos uncion, que las

que atravesaban por su cabeza delirante á la vista de los bosques de América, de los lagos del Canadá ó del crater del Vesubio, cuando corria para él la edad de la animacion y de los placeres. Pero Chateaubriand es una escepcion en todo, que no se verá copiada en el mundo con frecuencia.

Mas no porque la elocuencia se debilite ó estinga con la edad, debemos ser menos perseverantes y celosos en adquirirla. Todas las ventajas, todos los goces de la vida á que aspiramos con tanto afan, siguen como una sombra á la juventud, y desaparecen con ella. ¿Ni de qué serviria una espada colocada en la mano de un cadáver? La palabra es un arma que sirve para la conquista y para el triunfo mientras el hombre puede desear conquistar y vencer. Cuando ya en los años cercanos á su fin se prepara á la muerte que lo reclama, nada importa que su voz por mas poderosa que haya sido se haga imponente y fúnebre. Entonces es el verdadero emblema de la estatua de Mennón, cuyos acentos armoniosos y fuertes por la mañana, se cambian en opacos y débiles al aproximarse la noche que va á envolverla entre sus sombras.



# INDICE



De las lecciones contenidas en este tomo.

	PAGS.
DICCURSO INAUGURAL. . . . .	3
LECCION I. De la Elocuencia.—De su índole y destino.—De las reglas.—Elocuencia del silencio.—De accion independiente de la palabra.—Diferencia entre ser orador y ser elocuente.—Del calor.—El patético.—Y el abandono en el discurso. . . . .	17
LECCION II. Historia de la Elocuencia.—Cualidades y estudios del orador. . . . .	24
LECCION III. Cualidades del estilo.—Tropos y figuras. . . . .	35
LECCION IV. De las figuras de pensamiento. . . . .	53
LECCION V. De la imaginacion y del sublime. . . . .	73
LECCION VI. De la formacion de un discurso. . . . .	95
LECCION VII. De la invencion, disposicion, elocucion y pronunciacion. . . . .	107
LECCION VIII. Trabajos preparatorios para la elocuencia y reglas generales para el orador. . . . .	124
LECCION IX. Reflexiones filosóficas y de aplicacion sobre los principios establecidos. . . . .	133
LECCION X. Aplicacion de las teorías espuestas á varias clases de elocuencia. . . . .	149
LECCION XI. De la posibilidad en todos los hombres con pocas escepciones, de llegar á ser elocuentes. . . . .	175
LECCION XII. Reflexiones sobre el desarrollo y carácter distintivo de la elocuencia, segun el estado de las sociedades. . . . .	181
LECCION XIII. Recapitulacion y consejos. . . . .	187

## ELOCUENCIA FORENSE.

LECCION XIV. Historia de la elocuencia del Foro.—Su necesidad en el estado actual de las sociedades. . . . .	199
LECCION XV. Carácter de la elocuencia judicial, estudios y cualidades del orador del foro. . . . .	219
LECCION XVI. Dictámenes, demanda, contestacion y posteriores escritos. . . . .	239

	PAGS.
LECCION XVII. Cómo se debe arreglar el discurso forense.	245
LECCION XVIII. Continuacion del mismo asunto.—Proposicion y division.	259
LECCION XIX. Mas sobre la parte de argumentacion.	293
LECCION XX. De la refutacion.—Peroracion.—Epilogo y conclusion.	323
LECCION XXI. Continuacion de la precedente.	345
LECCION XXII. Invencion.—Disposicion.—Elocucion.—Y pronunciacion.	354
LECCION XXIII. Del estilo en los discursos forenses.	357
LECCION XXIV. Mas sobre el estilo.	365
DEL ABOGADO.	371
CONCLUSION	376





